GABRIELA MISTRAL

Doris, vida mía

cartas

Lumen

Índice

CUBIERTA
Y MISTRAL REAPARECE. Prólogo de Alia Trabucco Zerán
DONDE YO SEA UN POCO FELIZ. Nota sobre esta edición
CARTAS
REFERENCIAS
NOTAS
CRÉDITOS

Tú sabes bien que voy a
volver a tu lado —sea donde sea.

DORIS DANA

Y Mistral reaparece

Poeta, ensayista, premio Nobel de literatura, profesora, intelectual, mujer, chilena, diplomática, «madre queer de la nación», emigrante, conferencista, lesbiana.[1] Los adjetivos, roles, características u oficios con los que definimos, de manera siempre fallida e insuficiente, a un ser humano, parecen volverse aún más elusivos, más imprecisos, a la hora de describir a Gabriela Mistral, una de las figuras más inagotables en la historia literaria e intelectual de Chile.

Nadie como Lucila Godoy Alcayaga ha tenido tantos y tan diversos perfiles públicos y privados. Ninguna como Gabriela Mistral ha sido celebrada, negada, recuperada, leída y releída, torcida y disputada desde tantas dimensiones. Y nadie como ella, la galardonada poeta, la docente innovadora, ha sido objeto de una reapropiación tan poderosa como la ocurrida en los muros de la revuelta chilena del año 2019.

Enterrada hace más de sesenta años en el cementerio de Montegrande, al interior del Valle del Elqui, definida porfiadamente por los poderes oficiales como la «poetisa de la infancia» o la abnegada maestra provinciana, roles acordes a la imagen de feminidad que se pretendía proyectar desde ese Chile hacendal y patriarcal, Mistral, insurrecta, como un porfiado espectro de todo lo que no pudo domesticar ese Chile hipócrita y pacato, reapareció en las murallas de esa revolución con unos pantalones ajustados ciñéndole la cintura, una pañoleta verde atada a su cuello, un libro abierto en su mano derecha, una bandera negra en la izquierda, y los ojos abiertos y aguzados observando con atención, desde los rayados muros de Santiago, al pueblo que de pronto se reapropiaba de lo que también era suyo: la palabra.[2]

Acaso esos obstinados intentos de domesticación provenientes de la

oficialidad literaria, académica y política hayan sido el resorte que propició esa pertinaz reaparición. O a lo mejor el propio carácter opaco de Mistral, escurridiza ante las etiquetas, polifónica en su escritura, recelosa de su intimidad, habilísima en la política y capaz de construir para sí misma un rinconcito de felicidad en un mundo que proscribía o silenciaba incluso el nombre de sus afectos, hacen de ella ese ícono popular que hoy equivale a decir coraje, talento, rebeldía y transgresión. Porque aunque Gabriela Mistral todavía sea leída exclusivamente por algunos textos escolares como la virtuosa profesora del Elqui, la mujer que jamás se repondría del suicidio de Yin-Yin,[3] o la que retrató el paisaje avasallador de Chile como ninguna, fue eso, ciertamente, pero también muchísimo más. De ello dan cuenta las múltiples reediciones de su prosa política, mística, las nuevas recopilaciones de su poesía y esta selección de las cartas que envió a lo largo de casi una década, la última de su vida, a la norteamericana Doris Dana.[4]

Apasionadas cartas de una mujer a otra mujer donde Gabriela Mistral expresa con ferocidad y dulzura sus angustias, sus celos, su amor, sus aprensiones y su ternura hacia una de las personas centrales no solo durante su vida, sino también después de su muerte. En esta cuidadosa selección de Daniela Schütte —que incluye algunas cartas inéditas de Mistral a Dana, tras la primera edición a cargo del director del Archivo del Escritor, Pedro Pablo Zegers, y que causara revuelo en el todavía timorato Chile de los dos mil—, vuelve a revelarse esa otra dimensión de Mistral que con tanto esmero y durante tanto tiempo se intentó borrar o maquillar con curiosos y anacrónicos eufemismos.[5]

Una dimensión afectiva y sexual que no es, por cierto, la única ni necesariamente la más importante en la vida de la poeta. Sin embargo, el hecho de que Gabriela Mistral compartiera su cotidianeidad e intimidad con otra mujer y que, de hecho, viviera gran parte de su vida rodeada de mujeres como Palma Guillén o Laura Rodig en lugar de plegarse a las demandas que pesaban y siguen pesando sobre la feminidad, muy probablemente incidió de manera decisiva en su escritura, en su mirada, en su errancia por el mundo y en la conformación de sus círculos sociales. Algo similar a lo que ocurriría en las trayectorias vitales y literarias de escritoras como Vita Sackville

West o Virginia Woolf, de Gertrude Stein o Susan Sontag, en la obra visual de artistas como Hannah Gluckstein o Mónica Briones, o en la producción de la multifacética fotógrafa y escritora Annemarie Schwarzenbach, y que forjó en cada una de ellas una mirada distinta, *otra*, que torció sus letras o coloreó sus obras de un tinte diferente al mandatado por una normatividad de género que se cuela de manera explícita o implícita, deliberada o involuntaria, en gran parte del arte y la literatura. Una diferencia, un desacato, que hoy las pone en inesperado diálogo entre sí y que también abre esa conexión, ya más contemporánea, hacia las letras de Pedro Lemebel —otro que estuvo presente en las paredes de esa revuelta—, o hacia la escritura de María Carolina Geel o de la argentina Sylvia Molloy; pero que a su vez no borra el vínculo entre la obra de Mistral y la de algunos escritores a los que admiraba abiertamente como Rubén Darío o Amado Nervo, Frédéric Mistral, Rabindranath Tagore o León Tolstói, como han realzado las ya más clásicas lecturas mistralianas.

Es una nueva capa de sentido que hunde sus raíces en su sexualidad y se añade a las dimensiones literarias y políticas más conocidas de la poeta. Que dota de densidad a su ya excepcional biografía, la enriquece, suma y, hoy en día, se vuelve ineludible para una lectura más integral y compleja de la vida de una figura crucial de las letras hispanoamericanas. Una lectura desde el presente, donde la sexualidad y el género adquieren un protagonismo durante décadas negado o convenientemente relegado al secreto en el caso de sexualidades disidentes y casi nunca, por cierto, cuando se trata de la heterosexualidad dominante, siempre pública y abierta. Una lectura que hoy permite escribir la palabra lesbiana en la misma oración que el nombre de Gabriela Mistral para ampliar, así, una visión acotada y parcial de uno de los personajes fundamentales de nuestra historia, la primera hispanoamericana en ser reconocida con el Premio Nobel, única mujer de habla castellana con este galardón, y cuyo perfil se ha renovado una y otra vez según el curso cambiante de los tiempos.

Ambivalente en su relación con Chile, crítica del carácter insular y endogámico de su país y, sin embargo, siempre nostálgica del paisaje que había recorrido siendo muy joven como profesora en lugares tan distintos como Antofagasta, La Serena, Traiguén o Punta Arenas, en

estas epístolas que no pretendían ser publicadas, que ella muy probablemente no imaginó impresas, Mistral reaparece, una vez más, transformada. Y reaparece vulnerable y también recriminadora. Y poderosa y tierna hace otra aparición. Y surge, simultáneamente, controladora y celosa. Y retorna envuelta en una luz enceguecedora y después retrocede opaca, melancólica, rabiosa, exhausta. Una Mistral singular y sobre todo plural, porque Gabriela Mistral es y seguirá siendo tantas como las lecturas que ofrezca el tiempo pasado, el presente y un futuro que irá desplegando sus propias y nuevas versiones a medida que se examinen con mayor detención los manuscritos, cartas, fotografías y otros documentos que se encuentran todavía inéditos en la Biblioteca Nacional de Chile.

Hija de un profesor, Juan Jerónimo Godoy Villanueva, y de una modista, Petronila Alcayaga, dedicada tempranamente a la enseñanza y a la escritura, la vida de Mistral estuvo marcada por viajes que la llevarían primero a recorrer el territorio chileno y, más tarde, a vivir en distintas ciudades del mundo en sus labores diplomáticas y académicas. En uno de esos viajes, cuando Mistral tenía 57 años, conoció a Doris Dana. O, en realidad, fue Dana quien la escuchó y observó con atención como asistente a una charla en Barnard College, en 1946. El año anterior, Mistral ya había ganado el Premio Nobel de Literatura; ya había viajado por su trabajo consular de Madrid a Lisboa, de Guatemala a Petrópolis, Niza y Los Angeles; ya había conocido diversas ciudades de México, Brasil, Francia, Cuba y Argentina; y, aunque todavía no le otorgaban en Chile el tardío y esquivo premio Nacional de Literatura, su vida ya había seguido un camino muy distinto al recorrido por otras mujeres y también otros hombres de su generación. Un camino marcado por la literatura, los viajes y las tensiones políticas de su tiempo, una vida única, compleja e intensa, excepcional como pocas, y que muy probablemente fascinó a la joven norteamericana.

Fue Dana, de 26 años, graduada de la carrera de literatura e idiomas de la Universidad de Columbia y que ya había traducido al inglés «El otro desastre alemán», un texto de Mistral publicado en un homenaje a Thomas Mann, quien la vio desde uno de los pupitres de ese salón universitario. Fue Dana quien, atraída por la escritura y el

pensamiento de Mistral, le envió dos años después, en 1948, la primera carta de esta relación inicialmente epistolar: «Su nombre representa para mí todo lo que es fuerte y significativo, bello y realmente eterno», escribió la norteamericana. Pero fue Mistral quien luego haría de la epístola, de la letra, su herramienta para conocer un poco más a la misteriosa Doris Dana. Se trata de cartas de indudable valor biográfico, literario e histórico, y que, en esta selección, crean un arco afectivo que va desde la timidez al arrojo, de la incipiente amistad a «un amor violento de cuerpo y alma», y que permiten asomarse a aspectos más desconocidos del carácter de Mistral y de su relación de pareja.

En un epistolario, sobre todo en uno amoroso o familiar, los encabezados y las despedidas suelen ser extremadamente sugerentes. En las cartas del escritor Francis Scott Fitzgerald a su hija, enviadas entre 1933 y 1940, la llama tiernamente «Tesoro», «Scottie», «Scottina», para luego despedirse, «con todo mi amor», «con muchos cariños» o con un frío y seco «saludos» cuando la relación entre ellos se tensiona.6 En las cartas de amor de la intelectual y teórica marxista Rosa Luxemburgo, recientemente publicadas en castellano, ella llama a Leo Jogiches, uno de sus amores, «¡Ciucia, mi tesoro!», «Mi amado y querido Dziodziuszka», para después despedirse con «un besito en tu boquita» o «te beso en la nariz».7 En *Doris, vida mía*, Gabriela Mistral escoge cuidosamente cómo se referirá a Doris Dana. Es vertiginoso y revelador el tránsito de esos escuetos encabezados. «Cara señorita», «Amiga mía», «Cara Doris Dana», escribe con timidez al principio Mistral pero luego surgen, ya más coquetos, los «Cara y linda Doris», «Doriña», «Niña vagabunda», para dar paso al más celoso «Doris mía y... de tantas», o al más recriminador «Olvidadiza Doris», o «Niña mala y ajena» y, finalmente, darle espacio al «Amor», «Doris Danita», «Loquita mía», «Doris amada», ya posterior a sus encuentros. Es conmovedora la ternura con la que se pasa de un «acepte mis cariñosos saludos», a un «hasta pronto, mi amor. Yo te abrazo estrechamente, yo te tengo sobre mi pecho». Y poderosa la pasión de nombrar con rabia a su enamorada en momentos en que la respuesta de Doris Dana tarda días, semanas, y al otro lado la espera, lejos e impaciente, una ansiosa Mistral.

El modo en que es nombrada la destinataria, en este caso Doris Dana, no es, sin embargo, la única pista para asomarse al universo de un epistolario. Igualmente central, sobre todo en estas misivas, es el modo en que se nombra el yo, la remitente, más aún cuando la relación tiene un origen y un amplio desarrollo epistolar y cuando quien las envía es una escritora. Gabriela Mistral, quien ya muy joven descartara su nombre de nacimiento y asumiera uno escogido por y para sí misma, firma en estas cartas de maneras múltiples, como si fuera plenamente consciente de las limitaciones del lenguaje a la hora de aproximarse a sus propios recovecos o como si intuyera los muchos sentidos que adoptaría su nombre y su identidad con el curso vertiginoso de las décadas.

Es llamativo que en muchas de estas cartas Mistral oscile entre el femenino y el masculino, que sea ella y luego él, en un vaivén de roles que fluye con libertad, lejos de las estructuras de la normatividad de género y en una dinámica abierta y lúdica que le permite, por momentos, ser «tu Gabriela», para luego erigirse en «el que más te quiere», «yo procuraré ser menos brutal y necio», «tuyo, Gabriela».

Él, masculino, una forma gramatical que ha sido interpretada en relación al rol paternal que supuestamente habría jugado Mistral respecto a Dana, varias décadas menor, y a quien, efectivamente, llamaba «hijita mía», «hijita Doris» o «chiquita mía», en ese giro más bien epocal o propio del campo chileno y que la propia Doris adopta para referirse a su vez a Mistral, pese a la diferencia generacional, como su «hijita». En una lectura más contemporánea, sin embargo, este interesante vaivén entre el masculino y el femenino puede ser leído como un giro queer de la relación, donde Mistral habita el masculino al nombrar su propio cuerpo y sus emociones, evocando con ese gesto, con esa transgresión, el carácter performático de las relaciones de género y la construcción lúdica, abierta y radicalmente transformable del cuerpo físico y textual.

Y es que Mistral no se nombra en masculino en todo momento. No parece ser él en relación a una muchacha mucho más joven ni tampoco una figura paternal jerárquica o autoritaria, sino más bien deviene él en los instantes en que con más fuerza emergen emociones como los celos, la inseguridad o el sufrimiento por la partida de Doris.

«Qué estúpido ha sido el que más te quiere, Doris mía», escribe Mistral y luego, un día después, vuelve a ser «Tuyísima», «Toda tuya», para enseguida ser, una vez más, «tu pobrecito», «tu hijo que no es un necio, ni un perverso, ni un mentiroso», o «un poseso (poseído)» que se despide con un «Te beso, tuyo». Una masculinidad que podría ser performática e identitaria, lúdica y política, pero que está ahí, ambigua e innegable, para ser leída también por los ojos del presente.

Pero cómo nombrarse y cómo nombrar no son, tampoco, los únicos modos en que se conforma el *yo* y la *otra*, la *amada* y el *otro*, en este importante epistolario. En el trenzado de estas misivas amorosas hay agujeros, ausencias y hondos silencios que vale la pena nombrar. Faltan, en primer lugar, gran parte de las cartas que enviara Doris Dana a Mistral y cuyo paradero, en buena medida, se desconoce. Es explícita la preocupación de Mistral por esta desaparición y una y otra vez brota la angustia de que otros leyeran esas cartas privadas, perdidas. En más de una ocasión Mistral incluso le advierte a Dana que un sobre ha llegado «visiblemente abierto», que otro claramente se ha perdido, o que sus acompañantes y empleadas revisan chismosamente sus bolsillos y leen lo que Doris le escribe. Una preocupación que no solo remite a la información privada dirigida a una diplomática en tiempos de «espionaje insufrible», en palabras de Mistral, sino también a una intimidad cifrada en sus líneas y que hace de las cartas «armas o veneno», en palabras de la poeta, generando la sensación de un peligro, de una potencial exposición, que más tarde trazaría continuidades simbólicas con la exposición de la relación entre ambas mujeres y su curiosa «pérdida» de la memoria nacional.

Junto a las respuestas de Dana, por lo general más escuetas y espaciadas en el tiempo que las cartas de la prolífica Mistral, hay otras que están ausentes si lo que se pretende es entender más de la relación entre ellas. Y es que resulta importante también realzar, tras décadas de ocultamiento de este relación, que durante sus vidas, es decir, en su propio presente, Gabriela Mistral y Doris Dana sí fueron nombradas y consideradas en sus círculos como lo que eran: una pareja. Así dan cuenta no solamente el tenor amoroso de estas cartas y el hecho de que Dana fuera declarada la albacea de Mistral, sino las cientos de misivas que Mistral recibía de manera regular y donde amigos y

conocidos envían saludos y cariños a Doris, reflejando ese conocer y reconocer posteriormente negado. Así, André Racz, tras una visita en Italia, pregunta por Doris y le manda sus cariñosos saludos; o Palma Guillén le pregunta a Dana por el estado de salud de Mistral o simplemente se reiteran las misivas con saludos a ambas, visibilizando la gran relevancia que Doris tuvo en su vida. Se trata de cartas que no forman parte de la trama íntima entre las mujeres, pero que sí conforman una textualidad donde ellas aparecen como pareja nombrable, reconocible, tal como demuestran también las fotografías publicadas en esta nueva edición.

Como es el caso de muchas parejas, la relación entre Doris Dana y Gabriela Mistral emerge, en estas páginas, problemática, apasionada, insuficiente, compleja, remota, simultáneamente excepcional y ordinaria, feliz e infeliz. Una relación tensionada por los largos períodos de ausencia de Dana y por los viajes de Mistral, y donde son constantes y llamativos algunos tópicos entre ellas. Como un elemento constante y angustioso, inusualmente presente, el cuerpo enfermo se reitera a lo largo de estas páginas, ese cuerpo que «parece que no fuese mío», escribe Mistral y que evidencia una apertura a reconocer su propia fragilidad de manera descarnada e insistente, volviendo a su vez angustiosa su dependencia de Dana. Y, fuera del cuerpo, que a ratos se recupera y a ratos recae, el dinero aparece como otra persistente preocupación, como elemento de control, escollo y angustia que conduce, de manera cada vez más constante, a un deseo simple y, sin embargo, revolucionario para ambas. «Creo que nosotras dos debemos tener un nido nuestro en alguna parte», dice Mistral, «más huerto que casa», repetirá después instruyendo a Dana sobre qué tipo de casa escoger para ellas. Una fantasía, la del espacio compartido y feliz, que para una poeta «descentrada, fuera de lugar», como la describe lúcidamente Verónica Zondek, resulta bella y urgente, triste y desesperada, y permite ver cuánto de esa casa, cuánto de ese hogar, fue la propia relación con Doris Dana.

Gabriela Mistral y Doris Dana vivirían un vínculo de ausencias y presencias. Se escribirían, se reencontrarían y separarían en más de una ocasión. Pero si la muerte tiene el poder de fijar esa última relación, ese último instante con una luz que se proyecta sobre la vida

pasada, lo cierto es que Mistral cumplió en sus últimos días con un deseo expresado tempranamente a Doris Dana. En diciembre de 1948, Gabriela Mistral, desde México, escribe: «Cuando tú vuelvas, si es que vuelves, no te vayas enseguida. Yo quiero acabarme contigo y quiero morirme en tus brazos». Esos últimos meses de Mistral transcurrirían en ese rincón con más huerto que casa, rodeada de los árboles frutales que había anhelado después de una vida de viajes, un lugar que les sirvió de refugio y que fue, tal vez, el escenario de esa tan esquiva y anhelada felicidad.

ALIA TRABUCCO ZERÁN

DONDE YO SEA UN POCO FELIZ

Nota sobre esta edición

Unos meses después de recibir el Premio Nobel de Literatura, el 7 de mayo de 1946, Gabriela Mistral fue invitada a un homenaje en Barnard College, en la ciudad de Nueva York.

Mistral tuvo completa libertad sobre el tema, la forma y la extensión de su participación y había pedido expresamente suprimir los discursos: «Usted, haga lo que quiera, o converse, como usted sabe hacerlo, sobre lo que desee y el tiempo que desee, o lea algunas de sus poesías [...] Las alumnas se alegrarán de poder escucharla y seguramente le harán algunas preguntas. Cualquier cosa que usted haga, nos parecerá bien», le comentó Amelia Agostini del Río en una de las cartas preparando su participación.

De acuerdo con *The Barnard Bulletin*,[1] Gabriela Mistral centró su participación en el tema de la xenofobia «El odio y el miedo a las cosas y a las personas distintas a uno mismo». Durante la conferencia, dictada en español, relató anécdotas de sus viajes a Europa que servían para ilustrar este miedo con el que, en su opinión, el mundo estaba infectado.

En alguna parte del auditorio estaba Doris Dana.

Casi dos años más tarde, el 9 de febrero de 1948, Mistral recibió una cordial y cariñosa carta escrita en Nueva York. El sobre contenía también un ejemplar del libro *The Stature of Thomas Mann*. La carta, mecanografiada y con acentos manuscritos, estaba firmada por Doris.

Poco tiempo después, en marzo de 1948, Doris le confiesa: «Hace dos años, tuve el gusto de conocerla personalmente en una conferencia que dio usted en Barnard College aquí en Nueva York. En aquel

entonces tanto mi timidez, como mi deficiente conocimiento del español, así como el temor de agregarme a los que en ese momento se arremolinaban a su alrededor, me impidieron acercarme a usted a saludarla y hablarle algunas palabras. Todavía recuerdo vivamente, con angustia, el sufrimiento que se reflejaba en sus ojos durante esos momentos de prueba».

Pasaron algunos meses y, en agosto del mismo año, ya se encontraban planeando un viaje por tierra a México que las llevaría a encontrarse a principios de octubre. A inicios de noviembre estaban en Mérida y en diciembre ya en Fortín de las Flores, en Veracruz.

El año 1949 las encuentra en México. Es un tiempo de adaptación y nostalgia para Gabriela por los constantes viajes de Doris, además de distintos cambios de casa y hoteles, Fortín de las Flores, La Orduña, la hacienda el Lencero de Rafael Murillo y promesas de tierras que no llegan.

En 1950 Mistral continúa en México con frecuentes visitas de Doris. Junio es un mes difícil tras su partida, ahora más prolongada. Esto lleva por primera vez a Mistral a telefonear a una de sus amigas para conocer su paradero. A fines de noviembre parten juntas a Italia donde permanecen hasta enero del 53. Durante este periodo, pasan algunos meses, semanas o días juntas frecuentemente interrumpidos por los viajes de Doris. También las demandas de Mistral que, conforme pasan los años, se van haciendo más intensas. Por una parte, el temor permanente de la pérdida de correspondencia y por otra la pérdida de memoria que aqueja a Mistral desde 1951, como comenta Palma Guillén a Dana. Por último, la preocupación permanente por el poco tiempo que le quedaba para compartir con Doris.

En enero de 1953 Mistral viaja a Cuba, luego de un paso breve por Florida. En carta del 7 de abril de ese año, Doris sugiere a Radomiro Tomic solicitar la figura del cónsul en comisión en Nueva York debido su delicado estado de salud. Así, ella podría utilizar su tiempo con mayor libertad sin los ajetreos propios de una oficina consular. La propuesta, si bien acogida por el gobierno, fue interpretada por Mistral como una más de las señas de errancia impuesta.

El año 1954 viajan juntas a Canadá y a Chile, y en octubre de ese año, ya de regreso en Estados Unidos, Mistral pasa una temporada en

Nueva Orleans, donde también había estado en 1953 y en 1947.

Después de unos meses en Nueva York, en febrero de 1955, Mistral regresa con Gilda Péndola, su asistente y amiga, a esa ciudad. Según cuenta Gilda a Doris en carta del 19 de febrero, Mistral se desorienta con frecuencia y salen a ver casitas con huerto por petición suya.[2] El resto de ese año, y hasta su muerte, salvo interrupciones eventuales, Doris Dana y Gabriela Mistral permanecen juntas.

Doris, vida mía recoge ciento ochenta y tres cartas escritas por Gabriela Mistral a Doris Dana entre 1948 y 1956 conservadas por la Biblioteca Nacional de Chile y accesibles desde el sitio Biblioteca Nacional Digital. La selección fue realizada a partir de un corpus inicial de doscientos setenta y ocho documentos y las referencias para consultar todas las cartas aquí seleccionadas se encuentra al final de este volumen.

Forman parte de este libro aquellas cartas que pueden ser apreciadas en términos literarios y aquellas que revelan aspectos poco conocidos o recurrentes en la vida, pensamientos y emociones de Mistral. También, fueron incluidas aquellas cartas que, de algún modo, dan cuenta del momento en el que fueron escritas, con las impresiones, preocupaciones, opiniones políticas, sociales y económicas de Chile, Latinoamérica y el mundo, como suele ocurrir con sus textos. Por último, el eje central de la selección: la relación amorosa entre ambas.

Las ciento ochenta y tres cartas fueron transcritas directamente desde los originales digitalizados disponibles en el sitio de la Biblioteca Nacional. Al momento de hacerlo, se respetó en su totalidad el documento original, a excepción de abreviaciones en nombres o lugares, evidentes en su contexto, que fueron integradas a los documentos para mejor comprensión del lector. Con el mismo fin se ajustaron los subrayados a cursivas además de enmiendas menores en la puntuación, cuidando de no alterar el contenido del mensaje. En los pocos casos en los que no fue posible descifrar la letra de Mistral se indicó [...].

Si bien Mistral fue una profusa escritora de cartas, la datación de sus comunicaciones, a excepción de las oficiales, no era actividad de su preferencia. Así, muchas de estas cartas no indican fecha exacta. En atención de esto, en los documentos que consignaban una fecha, ya sea

en la misma carta, en los timbres del servicio postal o bien anotaciones manuscritas de Doris indicándolo, se respetó esta información. Cuando no estuvo disponible, se optó por la identificación de hitos o marcas que, contrapuestos a datos o eventos en su vida, permitieran identificar la fecha. Fundamental fue en este proceso, además de la revisión de noticias internacionales de la época, la lectura de cartas destinadas a y escritas por otros interlocutores. En este sentido, documentos oficiales del Ministerio de Relaciones Exteriores, invitaciones de distintos organismos y telegramas de la más diversa procedencia resultaron útiles indicios de aproximación. Del mismo modo, la posibilidad de cotejar relatos y sucesiones de acontecimientos en la correspondencia de Mistral y Palma Guillén, Radomiro Tomic, Emma Godoy, Sixtina Araya, solo por mencionar algunos, además de las cartas enviadas y recibidas por Doris con los mismos destinatarios o con quienes en ese momento acompañaban a Gabriela —como por ejemplo Gilda Péndola—, resultó fundamental. En todos estos casos, la fecha (o la parte de la fecha que corresponde) ha sido indicada entre corchetes.

En las cartas en los que ninguno de estos caminos condujo a certezas, se optó por priorizar la identificación de posibles continuidades narrativas que permitieran seguir el orden indicando también entre corchetes el año.

El tratamiento de las notas intentó ser lo más limpio posible. En términos generales, se optó por incluir notas breves para señalar a las personas que estuvieran directamente relacionadas con Mistral o Doris, a excepción de algunos autores que, por su mención sin demasiado contexto, pudieran prestarse a equívoco. Personas que por sus cargos u obras puedan ser conocidas por un público amplio o cuya mención es tangencial al relato y que la lectura permite deducir su rol no fueron anotadas. Lo mismo ocurrió con algunas personas en las que, pese a la investigación, no fue posible su identificación.

Por otra parte, Mistral solía enviarle en un solo sobre, varias cartas escritas en distintos días. En dos casos, el orden en que se incluyen no es cronológico.[3]

Doris, vida mía no habría sido posible sin el trabajo de muchas personas que de una forma u otra han contribuido en el estudio y la

difusión de la obra de Gabriela Mistral. En primer lugar, el trabajo de los profesionales del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional, encargados de recibir, procesar y hacer disponible para un público amplio, el valioso legado donado por Doris Atkinson, albacea de Doris Dana. También resulta fundamental el aporte de diversos investigadores, académicos y especialistas que han dedicado su trabajo a recopilar, comprender, editar y dar forma y nuevas luces sobre la obra mistraliana. Dentro de estos, no puedo dejar de mencionar, por cierto, a Pedro Pablo Zegers —quien generosamente me permitió colaborar en la investigación y edición del libro *Niña errante*—, Elizabeth Horan, Karen Benavente, Magda Sepúlveda, Velma García-Gorena, Gladys González, Diego del Pozo, Martin C. Taylor, solo por mencionar algunos.

Doris, vida mía propone una lectura sobre la vida que vivió Mistral junto a Doris, desde esa primera carta del 9 de febrero de 1948 hasta el momento de su muerte. Intenta hilvanar los retazos que quedaron de una relación construida, a pesar de largos periodos de distancia y ausencia, sobre cartas y telegramas que se pierden, se retrasan, o son leídos de maneras equívocas; pero también sobre el amor, el respeto y la profunda convicción en los vínculos que vienen de otra vida. Invita a comprender sus diferencias culturales, de edad y temperamento como capas y matices que, de alguna forma, explican la complejidad de esta relación, dan luces sobre su profundidad y son el reflejo de la búsqueda del lugar donde Mistral pudiera ser, como señala en una de las cartas de este libro, «un poco feliz».

DANIELA SCHÜTTE GONZÁLEZ

1948

[Marzo de 1948]

Cara Señorita,

Su bella carta cordial me ha conmovido. Yo no me merezco ese cariño suyo y menos esa admiración; pero a los viejos profesores nos gusta ser queridos de los jóvenes, con o sin, derecho a ello...

Téngame usted por amiga suya. Nos hemos reunido en un mundo muy noble: en la obra de nuestro venerado Thomas Mann.

Yo soy una mujer tímida, a pesar de la dureza de mis versos. Y respeto mucho a los grandes atareados, por la calidad de su trabajo y por el cansancio que tienen de las gentes. No he buscado ver al maestro y ahora tengo decidido un viaje a México y a Venezuela. Puedo regresar, pero también puedo quedarme por allá. Y no me resigno a no verlo.

Si le es posible a usted pídale un cuarto de hora para mí. Yo iré a Los Ángeles a fines de marzo. (Salgo muy poco porque no tengo salud.)

Mil gracias por el libro. Era tiempo ya de hacerle sentir a Thomas Mann la devoción de los suyos. Me siento muy honrada de estar presente en ese testimonio de «Acción de gracias» al que tanto nos ha dado.

Acepte mis cariñosos saludos.

Gabriela Mistral

Yo vivo en Sta. Bárbara, 729 Anapamú St.

6 de abril de 1948

Cara Doris Dana:

Sí, por gracia suya, yo tendré la dicha de ver el rostro de Thomas Mann y de saludar a su compañera. Le debo mucho a usted, querida.

Ese viaje nuestro por México sería una fiesta. Pero mi itinerario se ha torcido un poco. *Parece*, aún no es seguro, que yo iría por tren, de Los Ángeles a Alabama, para tomar allí un barco rumbo a San Juan. Yo no sé, querida, cuándo usted viene y es casi seguro que no le interesa el trayecto Los Ángeles–Nueva Orleans en auto. (El avión me sube la presión y me da mareo.)

Mucho me gustaría recobrar su rostro por entero. A mi edad los semblantes se anegan un poco.

Tal vez yo quede algún tiempo en Puerto Rico. Si así fuese, tal vez, usted quisiera llegar a esa *linda* isla, bastante olvidada por el turismo americano.

Muy hermoso su libro. ¡Mil gracias! Me habría dado gran pena no ver allí a nadie de la América del Sur. Porque allí se lee y creo que con entendimiento a Thomas Mann, cosa que a mí me conmueve constatar.

Que nos encontremos, pues, adonde ello sea dable.

El afecto y la gratitud de su vieja amiga,

Gabriela Mistral

12 de agosto de 1948

Cara Doris Dana:

Perdone la tardanza, querida. En estos días mi cuerpo ha andado bastante flojo.

Yo he postergado el viaje a México *hasta fines de octubre*. Y no fui a Puerto Rico a causa de una pequeña revolución estudiantil que hubo allí.

En los meses de calor, querida, yo no puedo salir sino al atardecer, o de noche. Me vienen unas congestiones bruscas. Por esto, creo que es prudente, sobre todo a causa del desierto, retardar el viaje a México.

Tampoco he ido a Los Ángeles, Doris. Pero me será gratísimo ir en su compañía a visitar a Thomas Mann, en el caso de que él pueda concedernos una entrevista.

Dígame usted su itinerario. Porque yo pretendo hacer este recorrido: Los Ángeles–San Diego; San Diego–Tijuana; Tijuana–Ensenada; Ensenada–Guaymas, Mazatlán–Mazatlán Acapulco–Acapulco Guadalajara. (En Acapulco me tardaría un poco.)

Es muy posible que usted no pueda hacer estas jornadas, querida. Pero tal vez podamos ir juntas, en su auto hasta algunos de esos puntos.

Lo más difícil me parece que sea acordar las fechas. Veo que usted tiene otras.

En todo caso, esta su vieja amiga, le propone que, de paso, usted se aloje en esta casa pudiendo quedar en ella los días que quiera. Esta ciudad es fina y suave y la casa tiene silencio y árboles.

Yo debo viajar con mi secretaria, la ex-alumna mía de Midleburry College, Consuelo Saleva, portorriqueña.[1]

Voy a México como invitada del Presidente, pero no puedo subir a México City por mi presión alta.

Deme sus noticias buena amiga mía y reciba mis afectos sinceros y mi agradecimiento además.

Gabriela Mistral

24 de septiembre de 1948

Cara Doris:

Mil gracias por sus noticias. Yo la he tenido sin las mías.

Tal vez en mi anterior no le dije bien este dato: Saldremos de aquí *entre* el fin de octubre y el comienzo de noviembre. Es posible querida, que usted no quiera *durar* aquí, en esta casa suya. Pero la ciudad es fina y esta cada es suave, de pinos y de silencio.

No puedo salir antes Doris porque voy a tardar mucho tiempo lejos —tal vez no regrese— y mi secretaria tiene que liquidar muchas cosas y además arrendar esta casa.

Pero, si usted quiere seguir solita el viaje, también se descansará aquí de la travesía ¡tan pesada! De vuestro continente, que no país...

No recuerdo si le dije que mi viajar es muy fastidioso, porque debo evitarme *el calor y las alturas*, y cortar las jornadas para evitarme la fatiga. Pero viajaremos juntas hasta donde se pueda, querida.

No más por ahora. Llegue a la hora que quiera, pero avise por telegrama.

Un abrazo de su amiga casi sin rostro que ya la quiere,

Gabriela Mistral

* Si viene la guerra, saldría antes.

[Sin fecha, antes de noviembre, 1948]

Yo voy a México por 4 meses. No subiré a México City.

He propuesto al gobierno: 1º ir de avión desde Los Ángeles a Nueva Orleans, Nueva Orleans *to* Veracruz. Veracruz–Orizaba. Orizaba–Yucatán. 2º *To go* Ensenada. Ensenada–Guaymas. Guaymas–Mazatlán. Tal vez Mazatlán–Acapulco. Espero la respuesta del gobierno.

Tú necesitas ir a México City. Después (*after*) tú —*si quieres*— irías a Orizaba o a Ensenada o Mazatlán.

No tomaré nunca tu libertad. Guárdala entera. No te pediré nada excepto tu compañía por algunos meses.

Tus gastos de vida en Orizaba o Yucatán serían míos.

Yo la cuidaré (defenderé) a usted de usted misma (de sí misma) y también de mí misma.

Me costará dolor, pero yo lo haré.

Yo no deseo quedar viviendo (no vivir) muy lejos de ti,[2]

1949

22 de febrero de 1949

Cara y linda Doris, vino tu telegrama, bastante atrasado. Muchas gracias de tus noticias.

Dejaste esta casa harto vacía, no poco helada y pesada de congoja.

Gracias te doy de haber ido a Santa Bárbara y de haber venido aquí. Dios te lo pague en gracia y alegría.

En la mesa, siento escarchada la orilla derecha; en el cuarto, sentada en mi sillón, levanto de pronto la cabeza y te busco, como los niños tontos que no acaban de entender. La muerte y su hija la ausencia tardan mucho en ser entendidas y aceptadas por mí.

Todavía te creo cerca. Tal vez cuando ya *sepa* te dejaré en paz. Porque el recuerdo es como las tenazas calientes y hace daño y también exaspera.

Yo procuraré aprender, entender, que te he perdido. Porque solo se tiene lo que está a nuestro lado y se mira a cada momento. Todo lo demás es como los barcos que navegan: no se les sabe ubicar, seguir, alcanzar.

Cada vez que te falte algo o que necesites de la «pobre cosa» que es una imagen que *conforte*, escríbeme, yo te responderé.

Fuiste para mí una alegría tan linda que llega a parecerme mentira. Parece que lo soñé. Por soñado me lo tengo, que no por vivido.

Yo he casi acabado lo del botánico.

Hay una novedad. Llegó un cable largo del Embajada de Venezuela, con otro del presidente. Contesté que voy allá en poco más. Lo de Puerto Rico lo veo oscuro y dudoso. Los famosos nacionalistas (fascistas + comunistas) me huelen mal. No hay razón de ir a hacer cóleras y a oír que me dicen «ayancada» en sus papelitos calenturientos y sueltos de lengua.

Si tú quieres ver Guatemala, allá te esperaré. Yo creo irme a mediados de marzo, vía Habana. Volaré desde el puerto aéreo de Matanzas. Si Dios quiere.

Cuídate. ¡Por favor, come, come bien!

A fines de mes irá lo sabido. Cuida de ti. Has trabajado de más por nosotros. Ahora piensa en ti misma.

Parece como que vivieras de milagro, como que fueses un puro juego de la luz y el aire, eres una rayita más unos cabellos que vuelan.

Ya no te alcanzo, ya estás, como siempre estuviste, entre los extraños.

Un abrazo de Gabriela

27 de febrero de 1949

Cara Doris, creo que hoy hace ya ocho o nueve días que tú partiste. Yo no he recibido carta tuya. Tuve un telegrama de llegada a Puebla —dos o tres días después de tu llegada. Vino después otro telegrama sobre tu itinerario Puebla–México. Recibí este antes de salir a Jalapa.

Llegamos aquí ayer 26. Vinimos por ver cómo anda el clima para los meses de más calor.

Emma Godoy[3] había avisado su visita a Mocambo. Le avisé de venir a Jalapa.

Todo esto, te lo digo con precisión, porque es útil.

Cuídate, come, da noticias de tu coche enfermo. Ten prudencia en tu regreso —en tu camino.

Saludos fraternos de Gabriela

9 de abril de 1949

Amor:

Yo acabo de oír tu voz: ¡Te la agradecí tanto! Desde que te fuiste yo no río y se me acumula en la sangre no sé qué materia densa *y oscura*. Yo recibí como mi parte una melancolía constante de la cual me han hecho salir solamente los niños, la música y tú. Y tú recibiste como parte una ración de alegría, también constante, pero, además recibiste la gracia de darla y de meterla de pecho adentro hasta en los seres más ácidos.

Yo no puedo saber aún, amor mío, lo que ocurra conmigo a lo largo de los sesenta días de tu plazo. Si me callo, será que no quiero decirte cosas amargas. *Yo tengo más respeto de ti y de tu alma de lo que tú sabes*. Si no puedo más conmigo misma, tal vez me echo a andar y tomo cualquier bus hacia los pueblecitos. Solo la vista de las tierras nuevas me llena ciertos hondones que llevo en el pecho y me distrae por algunas horas. Así me salvo, pero solo provisoriamente.

Tú aprende a rezar, para rezar por mí.

Cambiamos de cuarto: mi cama es ancha y Tulia duerme en un buen sofá, al lado mío.

El cuarto tiene *sol* de tarde y yo puedo trabajar.

Vino el pedido de un texto para la UNESCO, dedicado a Goethe, y en eso estoy. El trabajo también puede ayudarme a esperar.

Es probable el que tú hayas torcido el rumbo hacia Puebla. Tú no puedes resistir a aquella especie de dínamo, o mejor de imán. Es tu inconsciente que busca el rostro que tú amas sin saberlo bien.[4]

También yo estoy viviendo la obsesión, amor. Así he estado trabajando dos horas.

Una punta va hacia el trabajo, la otra hacia lo vivido. Yo no sabía hasta dónde eso —lo vivido— ha cavado en mí, hasta dónde estoy quemada por ese punzón de fuego, que duele igual que la brasa ardiendo sobre la palma de la mano.

¡Ten tú alegría!

Gabriela

10 de abril de 1949

Tú no te imaginas, Doriña, cómo yo te escribo. Hace una hora salí, con mantilla negra a la cabeza, rumbo a la iglesia. Apenas pude quedar adentro siete minutos. El aura era pesada y fatal. Salí y me puse a trotar por las calles (¡Asústate!) porque sopla un aire fresco de sierra y me acordé del Valle de Elqui... Solo me ocurrió que entré al puesto de cigarros del lado a beber Orange y no hallé el portamonedas chiquito. Me *fiaron* y vine al hotel a pedir dinero. (Y sí tenía: llevaba 50 pesos...) Volví y la camisa de dormir me dio calor: es franela. Entonces —cosa nunca hecha— me la saqué. Te escribo, pues, en Madre Eva. No abriré la puerta ni al Rey David —que es el único Rey— que reconozco (a Salomón también...).

Otros sucesos de hoy: La famosa «niñita»[5] se escapó de mañana en cuanto desayunó. Y estuvo ausente una hora y media o dos. Al volver —no sé de dónde— la reprendí. Y se echó a gritar: «¡Yo quiero irme. Yo no quiero vivir aquí!». Le contesté incontinente: ¡Te vas, sí, sí, en cuanto llegue Aurelio! Llegó y recomenzó la niñita. Entonces se la puse en las rodillas. Y se fue y yo, talvez por primera vez en mi vida, estoy sola, así como dicen los poetas sacarinos... «solo, solo», dicen, y es mentira, es puro Lamartine. Aurelio me ofreció a Beta,[6] y esta viene mañana, tal vez llega a las diez u once. A ver si hace lo mismo. *Este pueblo es inefable*...

¿Y por qué, loquita mía, tú, dejas debajo de una cama de Ruiz Galindo[7] dos pares, dos, de zapatos? ¿Por qué aventaste aquellos con puntas de metal? ¿Es que también tú eres loca perdida? ¿Qué hago yo entonces? ¿O es que quisiste *devolver* los zapatos esos?

Yo, de dos y media a cuatro p.m., estuve siguiéndote. A las cuatro vino a verme la dueña del hotel. Seguirte mentalmente era una tortura. Minuto a minuto te *escapabas*. Y como parece que no tengo fe en ningún ser humano (¡qué vergüenza!) tragué hiel yendo en tu seguimiento.

Antes de eso, «la niña» halló tus retratos y me los puso en la falda. (Me buscaría compañía.) Viendo la cabecita primero, pensé en hacerla ampliar. Pero no me gustó cabalmente. Y como tuviste la ocurrencia de dejarme una colección, una serie, del clan Dana-Artasánchez[8] y con les enfants Artasánchez, pasé a la siguiente foto: eras tú con Monsieur Artasánchez y con Mme. Artasánchez. Y con cada uno de todos ellos coqueteabas, y *con una dicha* que no te he visto *nunca* en mi casa. Avec raison, con razón. Se necesita de toda mi ceguera para que yo crea, y espere. Mis cegueras suelen durar lo de Coni: diez o doce años. Pero otras solo duraron una noche, o una semana. Así y todo, me propuse ver cómo te cortaba yo de las fotos, para dejarte sola; pero no había modo de separarte sin daño de la casta Artasánchez. *Y esto fue mi día de hoy*. Como es domingo, no quise trabajar en lo que llama la Iglesia «labores serviles» y leí unos bonitos cuentos de niños del Istmo (Tehuantepec). Yo recé por ti, porque seas feliz donde estés y con quien estés.

No sé si te llame por teléfono mañana. Creo que no te oiré bien. Pero, además, quiero dejarte en paz unos días, con el otro ejemplar M.

No quiero seguir. Estoy muy malcriada hoy; estoy insufrible, insoportable.

Sé feliz, querida. Tú mereces eso. Yo lo sé muy bien. Lo mereces como pocos seres.

Gabriela

P.S. Vino carta de Querida. Te la mando mañana. Devuélvemela.

—Esta de hoy fue tu segunda escapada, después de la Nueva York-California por huir del psiquiatra.[9] ¿Hay otras más? ¿Es un *sistema*?

14 de abril de 1949

Yo tuve una impresión muy confusa y muy penosa al oírte hoy, sin poder entenderte. Era un dolor y me quedé como paralizada. Entendí esto: que tuviste un colapso del corazón. Que eso fue en el avión. Yo había recibido tu cable, diciéndome que llegaste *bien*. Algo dijiste de Puerto Rico que no entendí en absoluto. Te oía una voz rota desconocida en ti, querida mía, una voz como de pájaro herido. *Y hubo algo sobre un sueño horrible que habrías tenido*.10 Tú sabes, vida mía, que yo no puedo oír los mensajes telefónicos sino *a tercias. Es mejor ponerme un cable, mi amor, en casos de emergencia*.

He procurado, en dos horas, entender. Y lo que me viene al espíritu es la idea de que una de mis cartas, aquella dura, en la cual me quejé de tu silencio, esa carta *torpe*, por amarga y ácida, tenga la culpa de tu voz rota, criatura querida, y de tu sueño malo, y de su daño en el corazón. Voy a ponerte hoy un cable y no a hablar por teléfono, *pues eso es en vano*.

Nos hemos separado ambos sin acabar, sin *rematar*, el conocimiento de nosotros mismos. *Es una mala cosa*. Parece que tú ignoras aún que a mí me viene una especie de borrachera de amargura de pronto, algo como una purga infernal que me cae a las entrañas y que me da una agonía sin sangre y *sin llanto, es decir, sin alivio*.11 Aquel grupo de fotos unidas por un elástico, me produjo eso. Y *yo no debí escribirte en tal estado de ánimo*, pero soy arrebatado, recuérdalo, *y colérico, Y TORPE, TORPE*. Por favor, no vuelvas nunca nunca a sufrir así, a padecer por mi culpa. Sabe de una vez que, padeciendo así, me das tú *una enorme vergüenza de mí mismo*. Prométeme esto. Hay en ti, cariño mío, una «*sagessse*» que yo no poseo, cierta *sabiduría de tu raza inglesa*. Yo te tengo, por esto también, un profundo respeto, que tú ignoras. Y hay en mí, además de la pasión, cierta admiración *tan ancha por tu persona, por tus ideales, por tu conducta*, que ignoras tú también. Dios mío, y tú allá, tan lejos, sufriendo sin razón verdadera y dañándote el corazón.

No puedo con la máquina.
Esta es mi carta cuarta.

Es una prueba muy agria, querida mía la de nuestra separación. YO SÉ, SÉ, que *no hay torpeza tan grande como separarse*. Es posible no verse más y es posible que nuevos intereses del alma penetren en uno de los separados. Eso es lo que, en nuestro caso, puede pasar contigo, contigo, CONMIGO NO, te lo aseguro, Doris Dana.

Yo sé que tú has ido a arreglar cuestiones económicas tuyas y... hasta mías. Pero todo eso, valga lo que valga, *no vale la felicidad que se tenía estando juntos* y en cambio significa *un riesgo enorme: el de perderse, repito*.

Yo he quedado en un vivir extraño que ni sé contar. (Llevo cuatro días de vagar como un fantasma, haciendo esfuerzos que nunca hice por salir de la obsesión, de la tristeza, *del temor* que me trabajan. Miedo es todo esto, *puro miedo de perderte*.)

Una sola carta tuya he tenido yo, una. Pero es tan hermosa, tan lindamente escrita, que hace tres o cuatro días la llevo conmigo y no la romperé sin haber copiado las frases de ella que más me han confortado, removido. Cada vez que la saco de mi bolsillo, la beso, como si se tratase de un documento de vida o muerte. Y es que me aferro a esa lectura por creer, por tener fe, *y por esperar*. Pero falta, Dios mío, tanto tiempo para que tú vuelvas —si es que vuelves—.

Ten fe en mí tú. Yo creía que la tuvieses, pero no hay tal. Hazme esta gracia: cree en que tu hijito no es un sucio, ni un perverso, ni un mentiroso. A pesar del ser latino...

Estoy escribiendo con una gran torpeza. *Duermo muy poco*. Caigo al sueño allá por las dos de la mañana y despierto muy temprano. Y esto pasa hace ya unos siete días tal vez. Tomo mis medicinas, pero no quiero doblar la dosis del calmante. Les tengo horror a las drogas.

Te dije por teléfono, por eso mismo, puras torpezas; lo de tu salud me turbó mucho.

Me vine al Hotel México, aquel en el cual tal vez he comido contigo. Tengo dos cuartos frescos y hay aquí un ambiente *de familia*, un lindo patio con flores; el servicio es mejor y el precio de la habitación doble cuesta la mitad de aquel hotel frío de criados que no me parecen honestos. La habitación a la cual me cambiaron tiembla por algún

defecto de la construcción, y no hay teléfono, y estaba yo asfixiada de espacio. Esta es una pequeña casita de dos cuartos casi grandes y separados del edificio. Ay, si estuvieras aquí con tu pobrecillo, con esta alma perdida, este fantasma tuyo y de Yin, que todo lo espera de ti y a quien *tú sola puedes salvar* por unos años sobre este mundo espantoso —las noticias de hoy me parecen muy inquietantes, leyendo entre líneas—. Si eso estalla, cómo vamos a reunirnos, alma querida, ¿y dónde? Lo primero que se altera son las comunicaciones. Piensa en esto también. Si tú debieses quedar en tu país, yo volvería a California, incluso con peligro, o a otro punto de los Estados Unidos. *Siempre que pueda estar contigo*.

Te suplico aclararme cuanto no entendí por teléfono. Había lo de un mal sueño y creo que esto se relacionaba con Puerto Rico. Vino hoy una carta inefable de Coni, de cinco páginas y toda ella *banal*. ¡Qué frescura, que inconsciencia! Ella me estrujó el corazón y ahora me relata su viaje minuciosamente. Es una carta de turista...

Insisto en lo dicho: cree en mí, *no me ofendas con tu sospecha ni tus temores*. Yo me he dado, he hecho don de mí, vivo sobre esta realidad, *en ella*. Estoy muy consciente de nuestro vínculo profundo, te guardo lealtad cabal. Mis ojos y mi pobre pensamiento *están fijos en ti*. Anoche logré REALIZAR tu cara y te besé en ella, de pedazo a pedazo.

—En la próxima te hablo de Margarita Michelena12 y Emma Godoy.

14 de abril de 1949

Amor, te decía en mi carta de hoy 14 que llevo varias noches de mal dormir. Duermo de dos o tres de la mañana y hasta las siete. Pero quiero volver a hablarte hoy. (Te acabo de poner un telegrama. No quisieron recibir el pago de la respuesta estos palurdos.)

Yo no entiendo nada de lo ocurrido, mi amor. Solo sospecho que mi carta sobre los Artasánchez te ha hecho sufrir mucho. Y fue que eso o el avión te ha causado un *daño del corazón*.

Qué estúpido ha sido el que más te quiere, Doris mía. ¡Perdóname, vida mía, perdóname! ¡No lo haré más! Y tú guardarás el control de ti, y haz fe en tu pobrecillo, que es un ser *torpe*, vehemente y envenenado por su complejo de inferioridad (el de la edad).

Duerme, mi amor, descansa. Yo procuraré ser menos brutal y necio. Yo te debo el lavarme de estos defectos. Yo te debo felicidad por cuanto he recibido de ti.

Pero yo te repito que el mayor daño entre todos es separarse demasiado pronto, antes de conocerse bien y *de haber creado la confianza mutua*, la certidumbre *total*.

Me parece muy mal el que se pierdan cartas. Eso es muy peligroso. Yo puse por mis manos tres al correo, una hoy y mañana irá esta.

Duerme, mi amor, Dios te cure de tu dolencia. Perdona el que te he herido, por no creerme amado, por pensarme postergado en tu corazón. (Sigo mañana)

Te beso, tuyo,

15 de abril de 1949

Hace tiempo que yo no sueño. Por esto me siento ahora doblemente ciego, es decir, ciego de día y de noche. Voy a mandar a Beta al hotel por si hubiese carta tuya. ¡Ay, cómo sé lo que ha ocurrido contigo! No entiendo si eso pasó por el avión o allá, en tu terrible Nueva York; no sé nada, a pesar de que es poca la distancia física que nos separa. Y así viviré yo dos meses. Quisiera dormirme y despertar el día en que llegues.

Anoche pensé que, muy probablemente, no sea aquí donde nos reencontremos, amor mío, vida mía, sino en tu California. Pero tú tienes que venir a buscar tu coche. Si no me mandan a Europa, será muy lindo irme contigo, vida, ir lado a lado cuatro o seis días. Porque viajaremos a jornadas cortas.

¿No es así? Y me llevarías como un bultito a tu costado. (Necesito saber si te hizo mal el avión. Porque en tal caso, mi pobrecita, tendrías que salir de Nueva York por tren o bus y viajar a jornadas cortas hasta encontrarme.)

Ahora yo veo que no me alarmaba yo en vano. Trabajaste en la casa de Mocambo como una loquita y tu cuerpo no tiene resistencias, óyelo, *no tienen reservas*. Por favor no te des en Nueva York un ajetreo excesivo. Por favor cuídate para mí. La vida tuya tanto como la mía están en tus manos. Yo soy una gota de agua dentro del hueco de tus manos. Yo seré lo que tú quieras que sea, yo viviré por ti y el tiempo que quieran mi corazón flaco y tú, tú, Doris mía.

Creo que en ningún caso yo quedaré aquí más de dos meses. Aunque ahora estoy bien alojado, no debo quedar aquí más tiempo, mi amor.

No te inquieten las visitas que tengo. Oye, Margarita Michelena vino con su segundo marido. Es una mujer que *no da nada* en su rostro y da poco en la conversación. Lo que vale en ella, en el trato de ella, es *su juicio y su sinceridad*, sus informaciones del mundo. Aunque por desgracia es muy izquierda. Se ha casado con un hombre que la adora

pero que es mediocre de espíritu y de cultura. No es feo, tampoco simpático.

En cuanto a la pobre Emma Godoy, ya la conoces. Viene ahora más cuerda, más sensata. Ha ayudado mucho a hacer mi mudanza. Está durmiendo en el otro extremo del hotel. (Ya te dije que estoy en el «Hotel México».)

Así, pues, no tengas malos pensamientos, amor, no seas loca, no te pongas a desvariar.[13] Un mueble de tu apartamento, la fruta que comes, las uñas de tus manos, no son más tuyos que yo. Créelo y queda tranquila. Todo lo tranquila que se puede vivir cuando se tiene la vida partida. Eso es la vida nuestra vida mía, y esto me hace mucho daño.

Viene gente. Hasta pronto, mi amor. Yo te abrazo estrechamente, yo te tengo sobre mi pecho.

Tu Gabriela

P.S. Dime cuánto has gastado en médico y medicinas.

17 de abril de 1949

Hoy he esperado en vano tu respuesta a mi cable. (Te pedía noticias de tu salud.) Hice hablar por teléfono a Palma14 sobre tu salud. A ver si ella te telegrafía y tiene respuesta tuya. ¿Es que esta gente no mandó mi telegrama?

Mañana pondré otro. Yo *necesito* saber cómo sigues.

Escríbeme según te lo rogué, *cada tres días* diez líneas en una tarjeta. No te pido más. Pero no me niegues esto. O que me escriba tu hermana. Es tremendo no saber nada.

Tu Gabriela

16 de abril de 1949

Dear,

Yo quedé anoche, naturalmente bajo la impresión vertical de tu noticia. ¿Por qué me la habías ocultado, vida mía? Pero no tengo detalles; sé que es cosa seria y sé que tú no estás haciendo *todo lo que debes* en esta circunstancia. Por ejemplo, tú has visto un solo médico; tú no te has hecho radiografías aún. Ver *tres* para creer en el diagnóstico, es lo menos que debes hacer, chiquita mía, es lo menos.

Me da *horror* pensar que, ausente, no me vas a obedecer y que tampoco vas a obedecer a tus familiares. Me da un miedo muy grande de la indiferencia que te he visto respecto de ti misma. Me espanta acordarme de esto. Hasta las tres o cuatro de la mañana he estado repasando tus actos y tu actitud respecto de ti misma y tengo un miedo muy grande por esto, porque veo que no me vas a obedecer.

En la carta que te mandé ayer, yo te decía, al pie, que me dijeras tus gastos de médico y medicinas. Ellos tienen que triplicarse ahora. Es absolutamente necesario, mi Doris, que tú me digas esto *enseguida*, en acabando de leer esta carta.

Tú has dicho solamente que tienes «infección al pulmón» y fiebre alta. Esto, la fiebre, es siempre síntoma serio. Ignoro todo el resto: no sé si la infección tiene ya foco y si es vieja o nueva. Margarita Michelena me dijo que la fiebre podría ser *de paludismo*. Yo me acuerdo de tu viaje diario al mercado, mi pobrecita, y de aquel lugar tan, tan sucio. Ay, yo tanteo a ciegas. Y amontono recuerdos. Mi hermana tuvo, en su juventud, focos tuberculosos en el pulmón. Parecía perdida, y en aldeas sin médico. Le hicieron «puntos de fuego» y se curó absolutamente y por toda la vida. Una escritora venezolana, Teresa de la Parra,15 padeció lo mismo tratada por la flor de los médicos de Francia y Suiza. El mal estaba oculto y era viejo, y vivía ella, además, una crisis sentimental. Viajó un día *en auto* de Madrid a París, en día helado y recayó y la perdimos. Era una «flor de raza»

como tú; su compañera y enfermera tuvo ese viaje por suicidio. Iba adelante con la ventanilla abierta.

¡Ay, repaso tantas cosas y te sé *tan imprudente*!

Te hará mucha falta tu maquinita. Toma auto hijita, y lleva cuentas para que yo pueda saberlas.

Espero —y a veces deseo pero— que tú seas capaz de ser buena y leal para mí, es decir, de pedirme exactamente lo que necesitas... Son muy caras las *cardiologías*, hijita mía, Doris. Pero son absolutamente necesarias.

Me da un vago alivio saber que tu hermana mayor es médico. Para que te busque *especialistas* del pulmón o de las infecciones. Necesito *saber* cuál de esas cosas tienes. A mí se me alivia, hijita, solo con la verdad. Dímelo todo. Yo soy fuerte para resistir, primero porque he sufrido mucho, segundo *porque tengo fe*. Te lo repito, hay que decirme la verdad entera, toda. Yo no soy un niño, a pesar de que parezco eso. Y yo debo *ser* informada sobre tu salud *crudamente, Doris*.

Yo te hablé en carta anterior, *de manera vaga*, sobre el producto de esa casa de Monrovia, que *yo te tengo destinada*. Ese arriendo (alrededor de 120 o 130) es ya tuyo, pero se queda la cifra muy corta para los gastos que tendrás durante tu enfermedad. Otra vez te ruego: Pide lo que necesitas ahora. Dímelo por carta o por telegrama, hijita mía.

Yo no tengo sino a ti en este mundo. Yo no te he dicho rectamente este hecho. Solo te tengo a ti, y solo te quiero a ti. Sálvate, pon todas tus fuerzas y tu atención en el tratamiento. (Y cuéntame ese mal sueño que tuviste.)

La noticia de tu mal la tuve ayer, Viernes Santo. Y en la tarde, yo recé, y me vino a la mente una manera de oración que nunca hice, la de Cristo crucificado y sufriendo. Y la de su sangre. Es algo absolutamente ajeno y contrario a mi modo de rezar. Era, tal vez que venía sobre mí este dolor, *esta prueba*. Yo la soportaré, por Él y por ti. Yo saqué fuerzas de esa oración. Hoy es Sábado de Gloria. Llegué tarde a los «coros» de la catedral. Y no recé; solo puedo rezar sola, parece.

Espero tener el lunes tu carta (Son días feriados y el servicio postal es malo). ¿Recibiste esa carta extraviada?

No puedo ir a verte querida: por la falta de la lengua, solo por eso. Y

esto me duele horriblemente. Voy a mandar a visitarte a la mujer del mejor novelista nuestro. Es una profesora de ciencias portorriqueña ayancada. Recíbela. Quiero que alguien te vea de mi parte y me diga la verdad.

Una vez más: dame el parecer de tres médicos sobre tu caso.

Te abrazo tiernamente,

Gabriela

[17 de abril de 1949]

Vida mía, yo estoy haciendo la conferencia de hoy en este mismo cuadernito. He hecho una *parada*, porque a cada momento tú me cortas la conferencia. A cada rato... Tu rostro anda en el aire, llena esta casa tan grande, salta como un pájaro aquí y allá. Ay, vida mía, ¿cómo estás tú, qué te han dicho los médicos, dónde estás, qué haces, qué piensas, qué expresión tienen tus ojos, tu boca? ¿Quiénes están contigo? ¿Dormiste bien? ¿Te acuerdas de tu pobrecito? Porque él se acuerda de ti a cada momento. Tú dices: «Guarda esto lindo que tenemos». Sí mi amor, guárdalo tú también. No lo pierdas. Yo lo velo, yo lo cuido de esto. Es muy delicado el amor. Se rompe de nada o se gasta, se envejece, se afea, se vuelve costumbre helada. Cuídalo, mi amor, vela sobre él.

Lo primero es que mejores, que te trates, que tomes todas tus medicinas. *Que comas bien, muy bien*, sin ahorrar *nada* en eso que comas. Todo lo que no te haga daño, que comas lo mejor, *aunque te cueste caro*.

Y que guardes tu alegría, que tengas alegría, a pesar de todo, aunque estemos separados, aunque estés enfermita. La alegría cuenta tanto como el alimento en el mal del hígado. Acuérdate de que estaremos juntos muy pronto, acuérdate. Puedes bajar en ocho o diez días, quedar por aquí una semana y volver a subir. (Cuando bajes, llévate algunos cheques de nuestra cuenta común. Lo olvidaste.)

No olvides que el hígado precisa de *agua*. Bebe bastante. Y recuerda la *Boldina*, tratamiento hoy *universal* del hígado.

Yo quiero verte, luz mía, claridad de mis ojos, único gozo mío, sostén de mi torpeza y mi invalidez y mi sonambulismo. Tú eres mi único apoyo en este mundo y mi única *razón de vivir*, óyelo, óyelo. No me falles. Y cobra alegría. Si no mejoras, yo puedo pedir *enseguida* mis pasajes al ministerio. Recuerda esto.

No te digo más hoy. Te beso, te espero, te busco y te tengo,

Tu Gabriela

18 de abril de 1949

Antes de tus cartas.

Vida mía, por fin, por fin, yo recibo cartas tuyas. Después de la primera —y única— con fecha 9 yo no había recibido nada de ti y mi ánimo cayó en una depresión un poco colérica, sombría y sin esperanza. Mi naturaleza tiende a eso, pero esta vez la cosa ha sido mucho peor. Tres noches yo he dormido solo de cuatro a siete de la mañana. Un desvelo muy extraño, vida mía. Una especie de *paro, de* parada del pensamiento, yo no sé si de la consciencia misma.

Porque desde que te fuiste solo me llegó una carta tuya, *una*. Y te he mandado *seis*. Y yo no tengo fe en lo humano, vida mía, aunque parezca tenerla. La carta única que yo tenía ha andado en mi bolsillo. Su tacto me quemaba.

Las noticias de tu salud, que me diste por teléfono, parece que yo no las he entendido. Te oí, *literalmente*, esto: que el médico te había hallado *una infección al pulmón*. Eso me ha tenido en *una* zozobra *constante*, constante. La indiscreta y descontrolada Emma Godoy me dijo, en presencia de Michelena, que es una mujer muy sensata y delicada: «No viva en esa nerviosidad por Doris. Ella tiene buenos médicos».

Sigo, pues, sin saber qué tú tienes al pulmón o si se trata solo del corazón. Ay, me da tanta pena que el avión —que yo creí mejor para ti — te hiciese ese gran daño. Oye, amor: Cuando yo era de la UNO,16 tuve que tomar avión en Los Ángeles. Iba conmigo una yanqui loca. En Dallas había tempestad. El aviador subió con prudencia; pero bajó verticalmente y el corazón se me fue. *Fue un colapso corto*. La tempestad tuya fue peor y el daño más grande. Ya te he dicho de ver *tres* especialistas. Pero infórmame *enseguida* de si además de eso te han hallado el pulmón infectado. *Dímelo, por favor*.

Tengo que decirte algo más. Yo temí *varias veces* el que la fuerza del amor y la repetición te dañase, precisamente, el corazón. Debí

decírtelo, pero tuve pudor y temor de que pensases mal de mí. Ay, yo te cuidaré más, más, *de mí y de ti misma*.

Como has visto, las cartas tardan que es un horror. No te alarmes por mí: anoche *he dormido* y mi cara es mejor. Dormí de una a ocho horas.

Necesito saber cuáles son *tus problemas* de allá, así los morales como los económicos, y sobre todo, preciso el detalle de tu dolencia, *lo que dan las radiografías*.

En una carta dura que acabo de romper, yo te decía que tengas tuberculosis o lo que fuese, *yo te quiero a mi lado, conmigo y que mi conducta contigo —nuestra vida— será la misma de antes por mi parte*.

Ahora añado que tú, tú, *resuelvas mis problemas*. *Parece* que yo tengo que volver a Santa Bárbara porque, según me dicen, la guerra es lo más probable en Europa. Piensa tú por mí. Y para hacerlo, haz un esfuerzo para buscar tu control, para recobrarlo, vida mía y *resuelve por mí*. Esas dos casas no se deben dejar tiradas en California. ¿No es así? Tú también vas a cargar con esto de pensar en el lado económico de toda mi vida. Y para hacerlo, vas a ver dos médicos más y a tomar las medicinas.

(Va aparte un recorte interesante sobre tierras en el norte. Léelo).

Yo te mando en otro sobre un cheque por doscientos dólares. Tú *deberás* decirme, *como una hija*, cuánto necesitas. Yo creo que tu hermana habrá tomado otro apartamento y que tus gastos subirán.

Te suplico que no comas mal. Dime cuánto necesitas, vida mía, para el corazón flaco, y lo mismo para el pulmón, *es indispensable* hacer *una super-alimentación cotidiana*. Hazla por mí. Tal vez aquí mismo tú has comido mal. Ve a un buen restaurante. Y dime por favor lo que necesitas para eso.

Eda Ramelli[17] escribió a Palma y a mí diciendo que quiere (desea) venir a México. Palma le ofreció su casa. Yo le contesté que tú volverías en mes y medio más. Le añadí que ella poco te quiere a ti y que tú volverás conmigo después de ese mes y medio. No importa que venga Eda.

Yo consulté ese tiempo porque tú me diste ese cálculo, hijita mía. Ahora que tú estás enferma, yo *necesito que* te hagas uno y otro y otro tratamiento con médicos especializados. Solo así yo viviré tranquila

esperándote. Y me volveré confiada contigo a California. ¿Es que tú, realmente, vas a volver con tu pobrecita? Dímelo de nuevo.

Pero, óyelo bien: yo tampoco puedo estar sin ti más tiempo que ese mes y medio. *No puedo*. Tal vez pudiésemos vivir con mar de veras en Goleta. Tú irías a la casa, si allí yo reservo un cuarto para oficina, arrendando lo demás. O bien, hallaríamos sobre el mar libre de Santa Bárbara donde hay oleaje, dos cuartos para las dos, comiendo afuera. Piensa tú todo esto.

Sobra decirte que yo no pienso *ni por un momento* en vivir sin ti. Si no te vas tú conmigo, sería absurdo llegar a California sin la lengua, *sola e infeliz*. También he pensado en pedir el apartamento grande de la casa de Monrovia y quedar allí por unos meses. Para poder arrendar de nuevo a precio justo y cuidar del pobre jardín. *Pero eso es caluroso para tu corazón*.

Ensaya, vida, el ponerte como hago yo, paños mojados —muy fríos — en el corazón. Yo me he aliviado así en estos días de las fuertes *palpitaciones*. Necesitamos *saber* si tú tienes realmente una *lesión*. Para los nervios, toma extracto —esencia— de valeriana.

Ya no puedes viajar más por avión. Piensa cómo llegarás tú a California. Y cómo se arregla lo de tu auto. Tal vez el chofer de Palma pudiese llevarme con mis bultos a California. Allí, en la frontera nos juntaríamos. Porque México no es tierra para ti, yo lo he visto bien. En definitiva no, de paso sí.

Prueba, observa, si una superalimentación: puerco, bifes (carne asada, jugo de carne) *te da fuerzas*. Ya te he dicho que yo te mandaré dinero para eso y lo demás. A mí me ofende la falta de confianza total que tú mantienes conmigo en lo económico. *Me ofende*. Ahora se trata de salvar *a toda costa* tu salud.

No sigo porque tengo que hacer. Ay, gracias de tus tres cartas. Yo vuelvo a creer, yo vuelvo a esperar. *Yo dependo de ti como del pan y el agua*. ¡No me dejes sin cartas, por favor!

Y cuéntame qué conflictos familiares hallaste allí.

(Tú podrías también venirte acá, por barco a pesar de Eda R. Este hotel te gustará y Eda R. puede estar aparte. Yo tengo aquí dos cuartos, dos).

El abrazo fiel, tierno y cerrado de

Gabriela

A mí no me ha pasado nada aquí

18 Abril de 1949

Yo he vuelto a leer las muy tristes preciosas cartas tuyas. A la segunda lectura, todavía no les tomo todo el sentido. Solo a la tercera vez yo puedo *creer* que, verdaderamente, *tú deseas volver muy pronto*.

Oye, vida: acaba de estar aquí aquel médico que conocimos en el viaje a Chacopan, camino de San Juan, cerca del Volcán Orizaba. Le conté lo de tu accidente cardíaco en el avión y me ha dicho esto: que el daño que se sufre por un descenso vertical del avión —como el mío — consiste en que la arteria llamada *mitral* —una vez me pusieron ese nombre— o se desplaza *o se altera* no recuerdo la palabra. Que el daño *no equivale a la lesión* y que la mitral se recobra *lentamente*. *Por sí misma, dice*, por el ejercicio de la circulación. Me prometió escribirte sobre el asunto y traerme la carta. ¡Vieras qué alivio me dio eso! No completo, porque puede ser que tú ya tuvieses mal el corazón *desde aquí*, a causa del calor y lo demás... *En tal caso, chiquita mía, el asunto sería más grave*. Procura tú recordar *si en Mocambo sentiste algo malo. Haz memoria, hijita*.

Ahora lo de tu viaje. Varias veces, con la poca cortesía que yo tengo, *te pedí que no te fueses*. Yo sabía lo que iba a ocurrir en mí, quedada aquí con recuerdos tremendos y con una criada primitiva por sola compañía. Pero no me aceptaste, porque tú no sabías *plenamente* la realidad de una ausencia inmediata en vínculo tan fuerte. Ya ves tú el resultado de esta ignorancia: infelicidad en los dos lados y quién sabe qué nuevo daño en tu corazón. No te digo todo esto como reproche, sino para que evitemos en el futuro *locuras* como ésta.

Tengo mi cabeza cansada de una larga conversación y por esto solo voy a darte probabilidades no una solución firme.

Yo debo, antes de irme de aquí, acabar el artículo sobre el Presidente; además tres prólogos. Pero lo más malo es el calor para mi viaje de regreso a California. Una salida sería irnos a Guatemala; ignoro si hay barcos de aquí allá. Parece que no los hay. Tú sabes que

a Puerto Rico avisé que no iba, sin decir que no lo hago por miedo *de la difamación* de Coni. Tendría que ir allá sin ti y eso sería una calamidad. Además, la casa de Santa Bárbara está arrendada por un año. Ignoro si puedo, legalmente, dar aviso a los arrendatarios de Monrovia —a los de abajo— de que necesito su apartamento. Consulta esto a Mrs. Kerr.[18] Otra cuestión aún: si hay daño en tu corazón, no puedes tú, venir a Jalapa. *Yo siento aquí la altura*. Tú la sentirás más. Queda el irnos al norte de México: *parece que hierve*. Iríamos a Ensenada, por ejemplo. Y si se tratase de ir más cerca, iríamos a Córdoba. Yo veo mal tu regreso porque el Estado tiene la xenofobia que ya sabes. Me acaban de invitar a un Congreso en Cuba. Contesté que no, a causa del calor. ¡Ay, que cosa infernal! Ayúdame, preciosa, ayúdame a pensar todo esto.

Para que Palma no *vea* nada, podría yo decirle lo de la altura de Jalapa. Tal vez entonces me propone irme a Guadalajara o mejor, a Chapala cerca de allí, que es más fresca, a causa del lago. Esta solución me parece más viable, pero ignoro la altura de Chapala, que puede ser, para ti y para mí casi más mala que la de Jalapa. En todo caso, vida mía, *tú no puedes volver a volar*. (Jalapa está a 1.400 pero Coatepec está a 1.300.)

Yo te prometo comenzar mañana a salir de mis compromisos —hay dos conferencias ya prometidas para Jalapa. Y te prometo hacer todo esto *en el término de veinte días*, si es que tú me dices pronto que puedes en los veinte días tratarte con *dos médicos más*, para saber cuál es tu estado *para salir de viaje*. Ese viaje, querida mía, tendrías tú que hacerlo por barco, si vinieses a Veracruz —Jalapa o a Guadalajara— Chalapa, y por tierra si yo me fuese a Ensenada —*que hierve de calor*. Si tú fueses hacia la frontera norte a encontrarte conmigo, deberás hacer, a lo menos, cuatro *o cinco* jornadas. El movimiento del tren, *daña el corazón*. Esta seria cuestión de que me prometas que tú harás esas jornadas en tu viaje a Nueva York—Los Ángeles o Nueva York-Laredo. Yo no permitiré más que te fatigues ni abuses de tu fuerza. *Nunca más*.

Dime, linda, si hay otras vías que a mí no se me ocurren. Yo no entiendo nada en *vías*. En mi viaje hacia el norte, yo deberé dar una o dos conferencias para justificar ante el ministerio ese vagabundaje...

Tal vez te parezca más viable lo de venirte tú aquí por barco y seguir conmigo para Guadalajara. Desde allí seguiríamos después hacia Ensenada. Yo me intereso en una tierrita allí, o sobre el mar o sobre el Río Grande o el Colorado. *Lee el recorte*. Van a ser muy baratas.

Yo daré a Palma esta razón...

En Chapala podríamos quedar dos meses y otros tantos o un me en Ensenada.

Antes de realizar todos estos movimientos, yo necesito SABER, SABER, vida mía, que tu corazón *está en estado de hacer ese viaje* por jornadas, bajando de tu Nueva York al suroeste, o sea hacia Los Ángeles o Laredo y de allí hacia Ensenada o bien hacia Guadalajara. Te ruego vivir atenta a tu propio estado, *a tu corazón querido*.

Mi vida, a mí me aflige mucho, *pero mucho*, ver *el estado moral en que te hallas*. Parece que tú no tuvieses fe alguna en mí, parece que yo no fuese nadie para ti. Yo soy un ejemplar de tranquila— desesperada, óyelo bien. *Yo necesito de ti mucho más que tú de mí*. Me pasa un escalofrío por la carne al leer que te me puedes morir. Tú tienes ciertos «*deberes*» conmigo —perdona la palabra— y el primero de ellos es *convivir conmigo*. Dime: ¿Es que no te alegra el que en veinte días más podamos estar juntas?

II

Vino por segunda vez el médico de Chocamán y me ha dicho lo siguiente, él y su compañero, empleado del Turismo aquí: Que hay barcos —suponen que de carga y pasajeros, americanos, y que van a Tampico. Yo te esperaría allí, vidita. Es fácil ir de Veracruz allí. De allá seguiríamos, *por Papantla y Tuxpan, hacia Guanajuato; de allí hacia Guadalajara*, haciendo paradas en varias partes. Me falta averiguar si hay buses o trenes, creo que me han dicho que hay tren. Guadalajara, te lo advierto, está a 1.500 metros, pero Chapala, el lago, está a dos horas y es más bajo: 1.300. Pregunta a tu médico *si tu corazoncito resiste bien*, BIEN, esa altura. Si eso es alto, hay salida de allí hacia Mazatlán y Guaymas, *costa y casi costa*. A mí me da un gozo repasar este itinerario *que ni sé decirte lo que siento*.

III

Retiene esto:

Otros datos: el pueblecito llamado Coatepec, a media hora de aquí, está a *1.300 metros*. Jalapa es fría y este frío me está volviendo mi viejo dolor de riñón y de huesos. La ciudad es muy pintoresca, Jalapa. Tú vendrías de Veracruz acá, pero averigua si hay barcos tuyos a Veracruz. Esto no lo sé. (Yo iría a buscarte a Veracruz.)

Tu coche te lo podría llevar de México a Guadalajara el chofer de Palma, *tal vez también pudiera llevarlo a Tampico*. Allí irían las dos *pobrecitas* vueltas de nuevo *ricas*, y atrás irían mis maletas. Vida mía, ¿no te alegras tú?

¿Cómo es posible, mi amor, que después de haber leído las cartas mías tú sigas dudando, penando, desesperando? Es un pecado, Doris mía, es algo, además, que no entiendo. ¿Es que tú crees que hay un peligro de perderme? *Estás loca de atar*. Ay, defiéndete de ese desvarío. Date cuenta de que hay entre nosotros algo *muy poderoso, un vínculo extraño, que debe venir de otra encarnación*. Yo te suplico dos cosas: primero, que veas de tener *tres diagnósticos*; segundo, que saques fuerza de ti y esperes esos días que faltan para volver a verse *y no soltarse más. Sí, para no soltarse más, vida mía*. Has hecho una torpeza muy grande yéndote y volviéndote una sorda a mis pedidos de no partir.

En cuanto a tu miedo de perderme, *a tu falta completa de confianza*, te digo que yo no me merezco eso, que me da un poco de cólera y un mucho de tristeza, casi de amargura. Yo no soy una sinvergüenza, no, mi amor, *yo no soy eso que tú imaginas*. Es preciso que yo sepa por tu carta próxima que tú crees en mí. Soy una desgraciada si tú sigues sin tener fe en tu Gabriela.

P.S. Va ese cheque, destinado a médicos y radiografías. Ignoro el precio de tus pasajes. Dímelo. Acúsame recibo del cheque por telegrama.

21 de abril de 1949

Vida mía, esa carta que va es «diplomática», tú comprendes. Yo no pienso nunca ni en irme sin ti a Santa Bárbara ni a Italia... Me llegó una carta de una española, ofreciéndoseme, por indicación de un hermano de Palma. Con la carta adjunta se acaba eso...

Yo quería *hoy* tener carta tuya. Me eché en la cama cansada y de pronto te vi, te vi: el pensamiento tuyo me alcanzó *enteramente*.

Me inquieta más que antes no saber de ti *seguido*. Por tu salud. Hoy sé —en carta de Palma— que ha habido un «colapso». ¿Tuyo o del avión? ¡Dímelo por favor! ¿Fue un colapso del corazón, vida? ¡Ay, dímelo! *¿Por qué te fuiste? Dímelo*.

Yo te contaré de mi pobre vida solo cuando vuelva a verte. Yo también tengo ganas de morirme. Porque dudo de que vuelvas. Ahora todo me parece un sueño que he soñado. Emma debe haberse ido muy decepcionada pues escribe *de otro modo*, muy cauta (prudente) y sin azúcares ni llamarada de horno. ¿Es cierto lo que hemos vivido? ¿Es verdad que yo voy a volver a verte con estos ojos de carne?

¿Con quién vives? ¿Con tu hermana? ¿Por qué yo estoy aquí?

El retardo de tus cartas —y el de las mías— se debe a que no sale ni llega aquí el correo aéreo. Va de aquí a México, de ahí parte de tu Nueva York.

¿Por qué yo detesto esa ciudad? ¿Es que yo voy a perderte a causa de ella?

Ahora leo cosas que puedan cogerme y cansarme. Leo sobre los *Metales* (para eso del «Recado sobre Chile»).19

¿Recibiste mi carta en que te digo de venirte *por barco* a Veracruz? Es lo único que no te hará mal.

Fue ayer un cheque para ti. Fue certificado y con acuse de recibo.

Voy a dormir, amor mío. Todo me parece un poema que yo estaba haciendo, una vida que yo me he inventado, puesto que no sigue, que ha pasado.

Tu Gabriela

22 de abril de 1949

Doris mía, me da un verdadero *horror* el pensarte en la cama sin alimentos. Acabo de escribir a un chileno, escritor y cónsul, pidiéndole que vaya a verte. Es un *Délano*.[20] Pero lo más seguro es que se ha ido a Chile. Y no tengo allí, en esa horrible ciudad, ningún otro amigo que haga por ti lo que yo no puedo hacer. Esto me hace muy infeliz.

Halla manera tú de que te lleven a tu apartamento chocolate, nueces, pasas y galletas. Pide esto por teléfono a Iglesias[21] o a otro. ¡Por favor, no es posible que estés a medio comer! Tu debilidad puede traerte una tuberculosis. ¡Ten piedad de ti *y de mí*! No peques contra ti misma; no me hagas más infeliz aún. Yo vivo tu ausencia como una «prueba» o penitencia tremenda. Vela sobre tu cuerpecito enfermo y sobre mi tranquilidad.

Dame paz, dámela. Arregla, *busca, un modo de comer*, y de comer *cosas substanciales*, vida mía. Yo te mandaré dinero para eso también.

Y dime *toda la verdad* que den tus cardiogramas y tus radiologías. Sé buena, obedéceme, chiquita mía. Si es verdad que deseas darme tu vida, si te interesas en que yo tenga felicidad por la vida tuya, por nuestra vida en común, *cuídate de momento a momento*. Cuídate como una materia preciosa, *porque tú eres eso*, vida mía. La gente estúpida no ha sabido mirarte y *verte*.

Para darme tranquilidad respecto a... Puebla, tú solo necesitabas decirme: «yo no quiero así a M».[22] En vez de eso me has dicho «que quieres morir». ¡Qué horror, vida mía, qué atrocidad! ¡Cómo es difícil que una raza comprenda a otra!

Tú no me conoces todavía bien, mi amor. *Tú ignoras la profundidad de mi vínculo contigo*. Dame tiempo, dámelo, para hacerte un poco feliz. Tenme *paciencia*, *espera a ver y a oír lo que tú eres para mí*, y cómo yo te necesito hasta un punto de vida o muerte. Espera a vivir sola conmigo para juzgarme con pleno conocimiento.

Esta es la carta que escribo con más tristeza. Nunca supieron los

seres que yo quise que yo los quería entrañablemente.

Pero es necesario que tú lo sepas. Esto me urge; es preciso que *sepas*, que comprendas *y que quieras vivir para mí*. Por amor o por caridad, sábelo.

Tu Gabriela

Fue hace cinco días un cheque para ti. Pídeme lo que te falte de dinero para ti.

22 de abril de 1949

Vida mía, yo sigo naturalmente inquieto por ti. A causa de ese *daño* del corazón y también de la infección. Y de esa mano *mía* que tiembla en ti. Y de la fiebre. Es cosa muy mala la fiebre, vida.

Por hoy escribiré corto. Después te explicaré.

Tú sabes que la moral del enfermo es cosa muy importante. Ten fe y esperanza y alegría. Cúrate para tu obra, para mí, para nuestro futuro. Yo seré una especie de muerto si sigo viviendo *esta tremenda ausencia tuya*.

Nunca te he dicho de venir por avión tampoco venir por tierra. Solo por barco, vida mía: el avión daña mucho el corazón. Tú no entendiste esto en mi carta.

He sido *un* animal hablándote duramente a causa de los celos. Recuerda siempre que el español es una lengua muy *brutal* y recuerda también que nuestras razas son muy diversas. No sufras por mis palabras ¿Por qué tú no sabes aún hasta dónde yo te quiero?

Escríbeme poco pero cada día. Te pedí en una carta *diez líneas*. (Se pierden cartas mías y tal vez también tuyas. En los países latinos siempre se me pierden las cartas. Esto no tiene remedio.)

Vente *solo cuando tengas fuerzas*. Y me pides el dinero necesario para tu viaje. Espero que hoy, 22, ya te haya llegado mi cheque. Dímelo.

¿Qué puede hacerse para que te lleven comida y cigarros? Voy a ver quién te lleva chocolate, pasas (uvas secas) y cigarros. Y pan de soya, *que da fuerzas*. ¡Ay, todo esto va a tardar tanto!

La humanidad de hoy es de un egoísmo indecente. Casi todos. Pero es muy malo el que tú no me digas *la manera de ayudarte a vivir*. Ayúdame tú: no sé cómo obtener que te lleven comida a tu apartamento. ¡Horrible ciudad de Nueva York!

Tú no te fatigues más con cartas largas. Dime las cosas en pocas palabras.

Avión no, nunca más viajarás por avión. Barco hasta Veracruz. Allí

estaré esperándote.

Solo a ti tengo. Cuídate por mí. Yo me cuido por ti.

Tuyo, Gabriela

23 de abril de 1949

Vida mía, esa carta la he hallado —¡qué horror!— en un libro. El libro fue movilizado por la tremenda Emma y tal vez por Palma también...

Yo no debería mandártela porque tu enfermedad te tiene más nerviosa. Pero me parece honradez mandártela. Yo pasé siete días sin cartas tuyas. Ignoraba enteramente que tú estabas enferma, ¡mi pobrecita! Todo lo escrito allí en cuanto a rencor, a resentimiento, a cosas feas, *todo eso ha pasado y se ha quemado*. Pero esa carta no era solo amargura. Yo puse allí, al lado de esas *miserias*, mi preocupación constante de ti, *permanente*. Todo eso, lo feo y lo sentimental tú lo hallarás allí.

Yo te hablaba allí, vida mía, de un dolor feroz de cabeza. Después eso pasó, y volvió. Fui donde el doctor y me dio nuevamente penicilina y doble. Esta vez se complicó con la nariz y los oídos. La sinusitis en pleno. Ya me han dado (segunda vez) penicilina, y doble. ¡Ya esto *ha pasado*, vida! No te conturbes. Parece que tenemos hasta las dolencias comunes. Es misterioso esto. ¡Perdóname, vida! Yo no tenía idea alguna de que tú estabas también tendida en la cama. ¡Perdóname! *Siete días, dentro de mí, son ahora una especie de eternidad*. Repito que esa carta va para que tú veas que enojada te quiero lo mismo y me preocupo por ti. Ese pobre salario que allí te ofrecí —que a salario no alcanza— tendrá su contraparte en mi testamento. Estoy esperándote para rehacerlo, anularlo por otro. Y necesito hacer eso contigo, aquí, *porque es un riesgo no anular el anterior*, Doris mía. (Hay otra carta de Coni, ahora manda *besos*.)

Te ruego; lee esto primero y no sufras, ¡por favor!

Va esa carta porque debe ir. Es lealtad el mandártela. Compréndelo así.

Mi infección ha sido de lo que llaman senos frontales: nariz, un ojo, frente y lo alto de la cabeza. Todo esto debe venir del clima de Veracruz. ¡Qué barbaridad! Todo es nada si tú estás a salvo. Me faltan,

Señor, noticias últimas de tu salud.

Por favor, tú no te atormentes: *ya eso pasó*. (Tal vez ese anuncio que tú viste era eso.) Yo necesito que tú descanses sobre mí, como sobre una piedra.

El peligro de la salud *es solo tuyo*. Porque ese estado de debilidad es un peligro constante. Si quieres paz para mí, ¡cuídate tú, tú!

Llega en este momento carta tuya. Es del 19, el día en que te puse yo el cheque (doscientos dólares). Me extraña no haber recibido el telegrama que te pedí de acuse de recibo. (Yo no creo en los correos criollos.) Pero eso fue certificado y con acuse de recibo. Voy a ponerte telegrama hoy. Me duele que ese dinero no haya ido antes, vida. Faltó en el momento más necesario.

Yo sabía, *por mí*, que la vitamina E, tan despreciada, es cosa muy seria. Yo te ruego tomarla tú. (Cuidado que excita el amor...) A mí ella me resucitó en California, al regreso de Suecia, vida mía. Tómala, por favor. Pero, además, que te den algo para *hacer sangre*. ¿Hierro? Y date una superalimentación de bifes (carne asada). *Y dime, dime el dinero que necesites*. No sigo porque tengo que hacer. Una mecanógrafa me hace copias.

Tú me tienes. Solo tú me tienes. Bésame.

Tu Gabriela

12 de abril de 1949

Querida mía, tú conoces el cuerpo, pero no el alma entera de tu pobrecilla. Y así, no has adivinado *el infierno puro* que ha sido para mí tu silencio de siete o más días. Yo no te exijo maravillas. Te pido solo una tarjeta cada tres días y en ella, diez líneas tuyas. Ayer puse, juntas, tres cartas para ti. Perdona ese amazonas de escritura. Yo he tenido tres días de crisis *doble*: un dolor tremendo de cabeza y un derrumbe de la esperanza que había puesto en ti. Hace solo horas que he salido de ese dolor hecho de pesantez y de punzadas profundas en la masa cerebral. (*Nada digas a Palma*.) Yo te agradezco profundamente esa única carta tuya que he recibido. Procuraré creer en que existe un futuro nuestro. Yo creía en eso cuando nos separamos. Pero nada hay tan dañino, tan grave, tan infernal como una *ausencia sin palabras*. Equivale a la ruptura, es eso: un corte vertical.

Entiendo que en casa de Palma no te hayan dejado soledad. El latino nunca entiende que esa soledad y esa libertad son la mejor gracia para el huésped. Tal vez Palma lo ha hecho con intención. Pero a ti te era dable salir en tu coche y escribir en cualquier parte las dichas diez líneas.

Esta carta es para decirte que, a menos de que vayamos lejos, tú vas a encargarte de los asuntos de esa casa de Monrovia. Yo olvidé fabulosamente hacerte saber que si tú vuelves, yo te dejaré esos alquileres para ti. No son salario, no Doris mía (sesenta dólares abajo; sesenta dólares arriba). Hay que procurar *alzarlos*. En todo caso, tú tendrás allí de cien a cientoveinte dólares mensuales. Me parece necesario que sepas esto, *por infeliz que sea la cifra*. Tu ropa y calzado quiero dártelos yo —aunque dejes tirados los zapatos en cualquier costa.

Gracias por haber recordado, al fin, que yo existía en un hotel de Jalapa. Dios te guarde.

Tu Gabriela

24 abril de 1949

¡Qué barbaridad vida mía! ¡Emma ha debido leer la carta adjunta! ¡Horrible gente latina! No respetan jamás la vida ajena! Pero ella está aquí porque nadie está conmigo y la Beta es una necia. Yo no puedo vivir como un fantasma que me habla solo. Hasta ahora la segunda ración de penicilina (1.000.000) anda bien. Solo que debilita mucho. Hoy he salido a caminar un poco. ¡Cómo supiese yo la realidad de tu salud en este momento! Tu telegrama dice que estás mejorando; pero no puedo saber en qué medida, hasta dónde. Para tener paz, alguna paz. Como yo temo siempre que se pierdan las cartas, te repito cosas ya dichas. Tú no debes venirte en ningún caso por avión. Ya tienes dañado el corazón. Date cuenta, comprende. Por barco sí, sea el barco desde Nueva Orleans, sea desde Nueva York. (Mejor desde Nueva York.)

Eda23 mandó las cuentas desde Santa Bárbara. Veo que han hecho *desembolsar* a Coni doscientos o trescientos dólares, no sé de qué. Y veo que tengo en el banco algo más de lo que creía yo. Por lo cual tú puedes pedirme el dinero que necesites para tu viaje, y tus médicos y medicinas, y tus extras. No hagas la sorda ni la extraña.

Tú eres un deber mío, para mí, así en lo moral como en lo material. Añade a eso tu comida. Deben llevártela a la cama, pobrecita mía. Hemos estado a la vez enfermas. Estas cosas son destinos. Me gusta haber sufrido junto contigo. Mi mano está flaca por la penicilina; pero he caminado normalmente. Todo ha sido la sinusitis, *nada más*. Tal vez cuando llegues nos vamos por Tampico a Guadalajara, para vivir en Chapala. Lo hablaremos aquí y juntas resolveremos. Está tranquila: yo tomo mis medicinas. Por ti. Dame en detalle tu enfermedad. Y el resultado de los cardiogramas. Pregunta al doctor si puedes *vivir* a 2.200 *metros* de altura. Si no puedes buscaremos a donde irnos. Doris, yo quiero verte, verte, y oírte.

Tu Gabriela

[25 de abril de 1949]

Yo fui muy feliz anoche al tener tu telegrama. ¿Es verdad-verdad que tú estás mejor? Alabado sea Dios si es verdad.

Ahora está mala cosa. Yo te mandé ayer dos cartas *juntas*. Llevan clipper (dos). Una es dulce, la otra, antigua, es ácida y dura. No debí mandártela. Tú tienes una sensibilidad extrema y maravillosa. Y yo tengo la estupidez en estas formas: la sinceridad, la franqueza en bruto; la queja, la protesta de lo que creo injusto. Y yo vivo ahora bajo esta obsesión: que es injusto que un ser quiera a dos a la vez. Perdóname, vida mía. Es lo menos que yo puedo decirte de mi vida actual. Me ahogo de esta verdad, vida mía.

Así y todo no debí mandar una carta dura y vieja; tú estás aún en cama y además tú eres *un cristal de Bohemia* y mis manos —pobres ellas— no saben aún manejar *esa materia preciosa*. Otra vez perdóname. Sí, perdóname y dímelo.

Yo estoy viviendo contigo un ensayo. (Debería callármelo; pero no puedo.) Es el ensayo de que tú me quieras solo a mí de amor. Yo tendré paciencia y esperanza. Cuando ya vea que no lo logro, que no lo consigo sabré hacer lo necesario.

Dormí bien. Con remedios. El sueño se ha ido de mí.

Tengo gente: vino Emma. Porque Palma no pudo venir y yo necesitaba a Palma. Tú no temas nada: «Yo no tengo el corazón partido» de la canción.

Hay más cartas *urgentes*. Por eso escribo poco.

Hijita: Yo no necesito tu auto. Yo debo caminar. Dispone de él.

Te besa tu Gabriela

26 de abril de 1949

Yo no debería escribirte día 26. Es 13 + 13. Pero voy a procurar que esta carta salga *medida*. La carta adjunta la escribí así porque temí que cayese a manos de Emma (Nada hay más feo, plebeyo y sucio que la tiranía y el abuso latinos en la vida común).

Doris mía: yo acabo de recibir de ti dos cartas de esas que suelen pararme el aliento. Las impresiones felices me dejan un largo rato inmóvil y casi sin pensamiento. Yo te digo mil veces gracias.

Hoy debo caminar, e ir a almorzar, y a comprar algunas cosas. Por esto escribiré corto.

El corazón no ha empeorado. Pero la gente viene a verme *y me hace hablar*. Y es eso lo que me fatiga el corazón. A ver si puedo irme al campo. Hoy llegan Palma y Manuela[24] y veré si el lugar es bueno.

Yo deseo, que mi pobre corazón *espere* para volver a enfermarse el que tú llegues, ay, el que tú vuelvas.

Tus cartas dicen que estás mejor, pero yo no sé *hasta dónde tú estás mejor, vida mía* (A mí me parece que fue cosa fatal nuestra separación. Y me sujeto de decirte más sobre este tema).

El dinero que te mandé fue para lo que te dije (deudas, etc.), alguna ropa tuya. Solo allí puedes comprarla a tu gusto. No guardes el dinero, Doris, no me des cólera ni tristeza con eso. Te repito que te mandaré tus pasajes *de barco*. Tú no debes, por ti y por mí, volver a viajar *nunca* en avión ni hacer tampoco viajes con calor (daña mucho el corazón) ni en jornadas largas *por tierra*. No me hagas repetírtelo como una *obsesión*. Tú eres el ser más precioso que yo tengo, y eres además lo único que tengo.

Necesito *absolutamente* el que me digas cuándo vienes. La Beta no sirve y si tú te quedas allá un mes más tendré que buscar aquí una persona y me da miedo siempre la gente desconocida. Dime para tomar a alguien con plazo definido. Dame pronto la fecha aproximada de tu regreso. *Para todos mis cálculos preciso saberla*.

Mis ojos están puestos en ti. *Tú eres toda mi razón de vivir*. Sufrir largo tiempo de esta dolencia me parece una penitencia muy dura. Eso solo puedo vivirlo a tu lado. Repito que hay asuntos míos que debo resolver contigo. Dame fecha, dame día. Es malo para mí *no saber*. Me pone a desvariar.

Te estrecha en sus brazos,

Tu Gabriela

[Enviada el 28 de abril de 1949]

Mi vida:

Tú eres de una raza que se controla; yo no. Tú estás segura de mí; yo no tengo seguridad alguna de ti.

Pero hay más: yo necesito de tu presencia de una manera violenta, como del aire. Parece que estuviese viviendo *una asfixia. Es eso exactamente*.

Tal vez fue locura muy grande *entrar en esta pasión*. Cuando examino *los primeros hechos*, yo sé que la culpa fue enteramente mía. Yo creí que lo que saltaba de tu mirada era amor y yo he visto después que tú miras así *a mucha gente*. Loco fui, insensato: como un niño, Doris, como un niño.

Vuelvo al punto del dinero. Tú, enferma aún, corres por Nueva York haciendo diligencias *incluso por mí*, para tener más dinero. ¡Ten cuidado, mi amor!, yo sé que eso, el dinero, es, *en ciertas vidas*, una especie de materia maldita; él quema, destroza y *mata al fin la dicha*.

Yo sé perfectamente que es muy malo cuando el dinero falta. Pero no es ese el caso nuestro, vida mía. Yo tengo esto: Salario 426; subvención *temporal* 100; arriendo de Santa Bárbara, 200; arriendo de Monrovia, 100 y tanto. Yo te ruego que pienses en lo que te digo.

A mí me queda muy *poca vida* por delante. Esas briznas de vida *yo quiero dártelas*. Y llevo ya veinte días sin ti, veinte. ¡Parecen nada y son tanto!

Otro asunto: Estoy cierta ya de que la altura me daña. Y ya he encontrado una casita en Mata de Caña para vivir un tiempo: pleno campo, pero con vecinos. Mañana voy a ver eso.

Si tú no puedes regresar enseguida, *tendré que llevar a alguien*. Pero me da miedo topar con gente mala.

Si quedo aquí esperando, seguiré viviendo el tremendo desvelo —nervioso— de que te he hablado y el estado de angustia del día entero. Yo te había ocultado lo que me pasa; pero tal vez sea necesario que lo

sepas.

Por las cuentas que te hago verás tú que no debes estar ahorrando dinero a costa de tu salud... y de mi infelicidad. Yo no puedo creer que entre doctor, medicinas y comida tú gastes la cifra que me das. En todo caso, la situación es esta: Te he dado cuatroscientos dólares. Pagaste ciento cincuenta solo de avión. Tu enfermedad y tu comida no puedes sacarlas de los cincuenta dólares que dices. ¿Por qué tú me crees tan necia? Los doscientos dólares que dices tener no puedes tenerlos enteros para tu pasaje de vuelta. Déjame que te mande *a lo menos cien*.

Yo acepto que economicemos cuando ya estés curada y estés aquí, conmigo. (Sé que lo de Italia sigue muy turbio.) Soportaremos esto hasta ver algo claro de Italia. La xenofobia será menor en el campo. Y mandaremos *a la criada* a comprar los alimentos a Jalapa. Pasan seguidos los buses de Veracruz.

Piensa todo esto; vida mía.

Por primera vez en años yo tengo en el banco tres mil dólares. No temas de este lado del dinero, no. Tú eres muy prudente y lo manejarás, y podrás ahorrar.

Yo no puedo seguir aquí viviendo: las visitas me toman cuatro y seis horas. Y en el aliento *se me va la fuerza* toda.

Lo que yo ignoro —lo sabré mañana por tu cable— *tu verdadero estado. Estoy sumamente inquieto*. Anoche soñé con mucho *fuego*. Unos dicen que eso es *peligro*; otros que es dinero. Por ello te he cablegrafiado.

Va, aparte, una *linda* carta de Palma, gracias a Dios que te quiere.

Vente, mi amor, si no estás malita. ¡Vente! *Por barco*, por barco.

Tu Gabriela

[Abril de 1949]

Doris mía:

Yo te ruego ahora, vida mía, que me oigas *sin alterar tus nervios*. Tú tenías antes control (a mí me gusta mucho el domino de sí mismo); quiero que lo conserves a toda costa.

Yo vivo un desvelo (*insomnio*) que ya dura mucho. Esto me da en el día una debilidad grande. Yo como mal. La española jefe de cocina en este hotel es una grosera. Por eso salgo a comer en lugares de comida inferior. Por otro lado los dos cuartos que tomé en este hotel, bonitos y todo, no tienen sol *ni son bien ventilados*. Espero a que vengan Palma o Emma y arreglen mi regreso al hotel antiguo. (Pero en verdad yo no siento *ningún apetito*.) Ayer me pesé. Mi peso era, al llegar a California, 83 kilos; ahora es 68 kilos.

Tú hablas de ponerte «a trabajar como loca» para ganar dinero, y venirte. Yo tengo que hablarte claro. Entiendo que te muevas por *tus asuntos editoriales*: yo deseo que tus hermosos cuentos lleguen *a mucha y fina gente*. Pero quiero decirte esto muy en serio: *no te des fatiga alguna por dinero*, después de haber estado tan grave. El dinero es «la caca del Diablo»; él no da felicidad, vida mía. (Yo sé que tú tienes una deuda grande; obliga a M. a que la pague.)

Más claro: no malogres la pequeña mejoría que tienes en tu salud por buscar dinero. No; *puedes caer de nuevo*. Y no tienes quién te cuide, y estás comiendo mal. Y vives en una soledad terrible. Y yo, entre tanto, vivo con una niña loca y tonta que no sabe nada de nada, y estoy cayendo en una profunda melancolía. Tal vez me queda poca vida; *esa poca quiero dártela a ti*. Y como veo que tú no haces nada por ti misma, quiero tenerte a mi lado, *para verte comer, y dormir, y curarte*. No quiero seguir viviendo en esta angustia por ti y tampoco sentir esta caída de mis propias fuerzas. En resumen: arregla tus asuntos editoriales prontos. Y deja tu apartamento. Y, *si estás en estado de navegar, vente. Por barco. No por avión*, *no*. Sería un daño definitivo

para tu corazón. ¿Por qué hemos de seguir las dos viviendo el infierno? Cada cosa que sé de tu estado me quema y me subleva. Observa tu cuerpo y ve, desde ahora, si hay barcos Nueva York-Veracruz o Nueva York-Tampico. Por tierra no puedes viajar en ese estado extremo de debilidad. (El gasto de tu viaje *es mío. Hay que avisármelo con tiempo*. Ya ves cuánto ha tardado en llegarte ese cheque, acabo de recibir tu telegrama sobre eso.) Tú no puedes revalidar tus fuerzas sin esto: *comer* muy bien día a día, *dormir bien, no tener preocupaciones* de dinero; *vivir fija en un lugar*. Y ser un poco feliz. Ya sabes tú que hay una diligencia y un plazo largo para tener nosotras casa en Monrovia, los apartamentos de abajo. Por esto tienes tú que decidir la fecha aproximada en la que llegaríamos allá. (Santa Bárbara —la casa— se arrendó por un año.) Tú no me respondes sobre ninguno de mis planes. Hazlo, amor.

A veces pienso que tú tienes deudas, mi amor, otras deudas aparte de aquella en que te embarcó una desvergonzada. Dime esto también, dímelo, mi Doris. *Yo veré por darte más sueldo*.

Lo primero es salvar tu salud, y de eso nadie se preocupa allí. La fiebre persistente es un síntoma *grave*. ¿Oyes? ¿Oyes a tu pobrecita? Y tu flaqueza corporal ya era extrema. Me espanta saber que estás en los huesitos.

Jalapa es fresca y casi fría. Tú y yo volveríamos al hotel Salmones, para que comas bien. No son malos los médicos, no. Y la gente es mejor que en Veracruz.

Por favor no te fatigues por razón alguna. Queda en la cama hasta que te sientas con fuerzas. Pero asegúrate una buena *superalimentación*, te lo repito. Como *chocolate*, y pasas, *y huevos*, y mantequilla en abundancia. Y leche, y jugo de naranja y *de manzanas*. Yo tengo la mayor inquietud por ti, y en ti por mí.

¿Por qué, dime, eres tú tan reservada? Cerrada para mí, casi extranjera, en cuanto se refiere a tus problemas y a tus conflictos. Yo que te lo he dicho todo, *sufro* de tu reserva, y sufro de eso cada vez que llegan tus cartas. Esto no puede seguir así, Doris mía. Esto es serio; esto *me duele mucho*. No podemos resolver nuestra vida sino a base de una confianza fraternal, *total*.

En los días pasados de dolencia, yo he estado obsesionada por este

problema. Los viejos podemos morir por cualquier cosa, en pocos días. Yo no moriría tranquila sin volver a testar para ayudarte con algo. Y sin verte, sin que estés junto a mí.

Es muy probable que mis desvelos (insomnios) vengan de esta intranquilidad en que vivo por estos problemas.

Para reponerte y poder viajar, tú necesitas a lo menos de un mes de bien comer. (El vino Quina da fuerza, vino amargo y tónico.) (Ve lo de los barcos. No puedes viajar en ese estado.)

Tu Gabriela

[Enviada el 3 de mayo de 1949]

Doris querida:

Por fin recibí a las 7 p.m. de hoy tu cable. (Carta tuya no tengo ninguna desde la B, hace cuatro días (1), y por esta ignorancia de tu salud, te cablegrafié, aunque detesto los cables.)[25] ¡Qué descanso Dios mío! El leer lo de «mi salud es buena». Llegó cuando me iba a una conferencia y así pude hablar, porque se había desatado el nudo que yo traía en mi garanta. Solo ahora pienso en que tú puedes «dorarme» demasiado tu mejoría. No lo hagas, no. Yo necesito saber la verdad. Es el silencio tuyo que me ha hecho pensar en las peores cosas sobre tus dos dolencias.

Te ruego darme el nombre de alguien a quien yo pueda escribir o cablegrafiar en el caso de no tener cartas tuyas. Es muy necesario. Yo me siento tan desvalido de no saber a quién pedir información pronto y verídica en un caso así. No olvides esto.

Mi salud ha sido mala en los últimos días. Te lo cuento cuando ya *todo ha pasado*, a Dios gracias. Porque lo primero para mí es tener paz. Pero, aunque ahora tenga ya una tranquilidad relativa respecto de tu salud, sigue obrando sobre mí *la altura* de manera visible. Y estoy luchando con Manuela Reyes y con Palma Guillén porque me dejen *bajarme* cuatroscientos metros aunque sea al campo. Sé *ahora* que la falta de aire en este *apartamento* más la altura me dan el ahogo *pequeño* que tengo.

Hoy despaché a Beta. Salvo error, creo que cogía dinero de más. Mi gasto había subido mucho. Es un horror la falta de honestidad de la gente de servicio.

Me he quedado sola. Pero también debí despachar a una extraña mujer que se me ha pegado ocho días —judía sin bautismo, *logrera*, que no me ha dejado solo un momento y ha hecho cosas feas: mentir en cada hora y finalmente *pedir a Beta las cartas que mando al correo*, aparte de cien cosas más. Un *bicho* muy feo y sin educación (cortesía)

ninguna. Ya te lo contaré.

Ojalá te llegue mi última carta. Ahí verás el ánimo desgraciado en que he estado hasta tener tus noticias.

Manuela está acá por tres días. Después viene Palma y estoy buscando otra sirviente.

Ignoro detalles de tu mejoría. Necesito saber *sobre todo* si hay *lesión* al corazón. Dime esto. No me lo calles. Si la hay, debemos, por ambos quedar en parte más baja. Andan buscándome casa baja, pero mejor de las que yo había hallado. Dios me ayude.

Parece que el peligro que me anunciaba el fuego que soñé era el de la mujerona esa. Ya Manuela la echó. Y la policía busca información sobre ella... Creo que bastaba echarla.

Duerme querida, cabecita de cobre noble, ojos de Yin, discreta y fina según el marfil, color de la flor del manzano, duerme. Dios te junte los párpados.

Tu Gabriela

(1) Ha llegado una sin letra. Sí que falta otra.

4 de mayo de 1949

Doris querida, tu vidita se ha vuelto *misteriosa* para mí desde que te fuiste. El monstruo helado que es esa ciudad te tomó después de dos semanas; tu pasado te subió a la superficie y yo fui perdiéndote, hasta que llegaste al silencio. Yo no quiero hacerte una *jeremiada*. Lo que he vivido en diez días te lo contaré si es que vuelves.

¿Por qué no me hablaste antes por teléfono? Me habrías ahorrado tanta zozobra, tanto pesimismo, *tanta derrota*. Olvidaste enteramente que yo soy un enfermo. En el momento en que llamaste, yo había «llamado» a mi hermana muerta y le había dicho que hiciese algo por mí, sin saber qué, que me aliviase este corazón tan cargado, a lo largo de diez días. Además, acababa de saber la muerte de Cruchaga Tocornal, aquel grande y buen viejo que había pedido Italia para mí. Había ido esta semana donde el médico. Él me dijo que era mi hígado el que no andaba, que el corazón no está ni mal ni bien. Me volvió a dar más penicilina.

Sí, estoy sola desde que despaché a Beta, niña de poca vergüenza. Y ando por la calle comprando mis medicinas, comiendo en los restauranes, buscando mis sellos, mi papel, mis bananas, el periódico, los libros, etc. Y varias veces he pensado —no varias veces, es eso siempre: en *la inutilidad absoluta de mi vida*. Porque la congoja roba la poca fuerza del cuerpo y no tengo deseo alguno de escribir. Ni de leer.

Quisiera saber si la lucha con tu madre viene de que ella no te deja salir de su ciudad o de cuestión de intereses, o de simple «gagaísmo». Porque tu voz hablando de ella era bastante *grave*.

Hablé en seguida a tu M. de Puebla. La voz de ella fue primero fastidiada; después cambió. (¿Es que ella sabe la *preocupación* que ella me da?) Está bien, queda tranquila. Tal vez sea verdad que tú vienes a México, por ella. Pero como eres piadosa, cuando me veas la caída corporal tal vez te quedes conmigo un tiempo.

He pensado que el médico aquel te haya encontrado.[26] *Tu voz de*

ahora era muy otra que la del primer llamado telefónico. O ha habido cualquiera de esos encuentros fuertes que las gentes tienen, las mujeres, las muchachas como tú y que mudan la vida y todo, hasta los huesos.

Yo te pedí una *cosa humilde*: diez líneas, diez cada tres días. Para mi tranquilidad y para el ahorro de tu tiempo habría sido suficiente. *No te pedí más y eso no* me lo has dado. Pero es cierto que la criatura americana es muy celosa de su libertad y eso tal vez te pareció un abuso, *una presión*. Yo no tengo vida suficiente para hacerte comprender que la máquina humana que llamamos latinidad —aunque yo no tenga *ninguna sangre latina*, tengo «hábitos latinos»— marcha de modo muy opuesto a la sajona. El único deseo que hallarás asentado en el centro de mi espíritu es el de acabarme *y descansar* y no pedir nada a nadie, ni a ti, para que se me alargue la vida. En estos días tan intensos, solo el pensamiento de la muerte me ha dado algún descanso. No tengo nada que hacer en este mundo.

Y si te he llamado con esa urgencia y esa insistencia es porque tengo alguna cosa que hacer por ti, y hacerla pronto. Una vez que tú me ayudes en eso, tú vuelves a ser libre. Puedes buscar a alguien que me acompañe y volver a tu ciudad tremenda.

No tengas, pues, miedo de volver; no te voy a exigir, ni a pedir, que te quedes. No soy yo sino Palma quien me hace ver médicos. Yo no quiero vivir de nuevo los días que he vivido últimamente.

No comprendí con claridad la fecha próxima de tu viaje. Me dio un calofrío la sola idea de que te vengas por avión. Espero que me oíste *el NO*. Ten paciencia y vente por barco: *es peligro mucho menor*.

Tal vez te guste esta ciudad. Hay dos cuartos no malos. Hay librerías por si quieres leer en español. Hay una orquesta sinfónica muy buena.

Ignoro aún si voy a Italia o vuelvo a tu país. Yo creo que en Santa Bárara tú puedes hallar gente joven que te den amistad y sean de tu agrado. Pero necesito que me digas *por carta* si debe pedirse enseguida o desde aquí los dos apartamentos de la planta baja que hay en Monrovia.

Voy mañana a un pueblo a ponerte esta carta. Las que tú dices haberme mandado *no llegaron. Hace diez días que no sé de ti*. Y lo he pensado todo, hasta que pudieses estar muerta, todo menos que no me

escribieses esas diez líneas.

Más te diría pero esta máquina no anda.

Voy a mandarte un cheque para tu barco. Ojalá te compres un vestido allá, por si tardamos en llegar a Santa Bárbara o nos vamos a Europa.

Yo te abrazo. Gabriela

5 de mayo de 1949

No sobra decirte, para que perdones esta carta amarga, que yo estoy mal de salud hace bastantes días. Despierto con sueño, sigo con sueño, duermo una siesta larga y me levanto con sueño. Hoy me dormí a las once de la mañana y he despertado a las tres de la tarde. Hay además una extrema debilidad. Ando por avivarme, pero el cuerpo parece que no fuese mío. El médico ha dicho que es el hígado; pero estoy comiendo con gran cuidado y nada que pueda hacerme mal. Como tal vez muy poco: no hay apetito ninguno.

Yo no te doy estos datos para asustarte y traerte por fuerza. Yo sé que si llegas a venir será para irte de nuevo y que yo sufriré mucho más de lo que sufro al ver que tu vida conmigo te cansa y no te da ninguna felicidad. Yo prefiero que no vengas a verte en la mirada —y percibir en los silencios—, que Nueva York está en ti todo el tiempo.

Ese dinero no representa —créelo—, una presión para traerte; de todos modos yo iba a mandártelos. Tus cuentas no vienen justas: tú has debido gastar mucho en médicos y debes gastar algo en ropa, en vestidos y zapatos.

Por primera vez van a tratarme el hígado, tal vez de eso venga alguna reacción. A veces pienso que avispa o abeja de alas coloradas que me picó en Mocambo me haya infectado no sé de qué. Y la dueña del hotel cree que mi dolor de hombros y de huesos, venga de paludismo. El médico es inteligente y buscará.

Llegó Palma, a Dios gracias. Dios es bueno. Él te tenga de su mano, igualmente.

[Mayo de 1949]

Doris mía, ayer yo salí hacia Mata de Caña, volví a ver las casas (ahora por dentro). Hay dos buenas, pero vacías de muebles.

Hace un montón de días, mi amor, que yo vivo hablando sin parar, como un fonógrafo. Y tengo por eso *la fatiga permanente*. Si duro aquí, hay que huir al campo. Yo no resisto y a la vez no puedo echar a la gente. Parece que en verdad no quiero sino un desierto... verde, con una sola personita. Y hablar solo a esa personita... Y oír música y dormir, dormir.

Y si he de quedarme sin la personita, quiero morirme pero de la muerte dulce de Yucatán. Y llegar a donde esté Yin y mi madre y mi hermana.

Hay cartas perdidas, *mías y tuyas*. Ya eso ha comenzado y es cosa fatal. Me da una cólera.

Tú español ha mejorado grandemente en la última carta. Solo hay dos *faltas* –errores. ¡Qué alegría! En un año, eso estará hecho.

Pienso muchas veces en que tú puedes traducirme al inglés. Yo te explicaría todos los vocablos difíciles, raros y las *nuances* que hay entre los sinónimos.

Nunca te he dicho yo lo que pienso de ti. Y aquí comienzo a decírtelo. He observado —con una punzada de dolor en pleno corazón — que tú me crees enteramente sorda y ciega para ti. Yo soy solo *un ser lento* que necesita de tiempo para ver, oír, palpar y entender. Nunca tuve inteligencia rápida. En España me dijeron que el «Godoy» es un apellido que significa «gente de Gotha», es decir, godo, o sea alemán. Por encima de eso el indio quechua y las abuelas judías y tienes una combinación de lentitud y de amor, porque también el vasco es lento de cabeza.

El tipo de ser que tú eres solo estoy «orillándolo», solo tengo cogida una orilla, un pedazo de una orilla.

Tú eres para mí *algunas* criaturas inglesas entrevistas en la poesía de

Inglaterra (1), más varios dibujos de Burne-Jones, más un escocés que se me apareció a los cuatro años, más *mucho* de la «Vida nueva» del Dante. Lo que me desconcierta son tus cualidades positivas: la eficacia, la rapidez, la sensatez, la racionalidad cabal.

Sí, yo creo que tú me quieres como a madre, a hermana, a hija. Esto es todo. Y pienso que yo debo ajustarme a eso y quedarme con eso, que es un bien grande y profundo; y agradecerlo infinitamente. Yo te prometo hacer todo lo posible por corresponder a estas tres gracias, tan anchas y profundas.

He comenzado en mí, ya, un esfuerzo en relación con eso, una especie de menuda y sutil operación en mí misma para eso. Tú vas a ayudarme en ello. Yo sé que, en el fondo, tú deseas *eso* mismo. Tú puedes lograr en mí las mudanzas que quieras. Tienes el don de hacerlo todo sin que nada duela, de una manera inefable. Porque hay en ti una manera inefable. Porque hay en ti *mucho, mucho* de inefable, de angélico; una delicadeza, una piedad, y *una aristocracia en los sentidos y en las potencias, una categoría humana muy subida*, de la cual me doy cuenta cabal, *aunque tú* no lo creas. La bastedad —la rudeza— está en mí, la cáscara; la almendra es otra cosa.

Yo solo comienzo a decirte algo de lo que tú eres en mí. Voy a seguir, *pero en verso*.

Es imposible que yo continúe esta vida de hablar todo el día. Una mujer de la cual te hablaré después ha invitado a nombre mío a tres personas de México. Se han quedado aquí tres o cuatro días. Aparte de eso está la gente local y M.R.27 y su nieta. *Es demasiado para mí*. Yo estoy topando fondo de fatiga. Pero no te alarmes. Eliminada la mujer esto no va a parar. Ella ha estado aquí conmigo además. *Yo no sé echar a la gente*. La echó la señora del hotel y la policía anda averiguando qué cosa es ese pájaro...

Coni va en la tercera carta y la tercera tarjeta postal. Yo no le contesto. Siempre me dieron esta cosa satánica del cariño con un revés de odio sombrío, como el anverso de una hoja maldita de árbol.

No creas que yo no comprenda la realidad: si tú has de quedarte conmigo indefinidamente, debes dejar allá arreglado y seguro lo de tu libro. Toma autos, ¡por favor no te fatigues más! Yo voy a mandarte cien dólares en días más. Son para eso: para que te cuides. (León

Felipe28 habla a las gentes *muy bien* de tus cuentos). Tú solo me has contado uno. Y me duele esto.

Devuelta Beta, yo estoy viviendo sola. (Mandé a Beta por ladroncita y porque se sale a la calle.)

Los dos millones de la penicilina *no* me han aliviado de nada ¿y a ti? Gracias a Dios que ya caminas, ríes y escribes.

Gabriela

(1) Arquetipos humanos.

[Recibida el 21 de mayo de 1949]

Doris querida:

Te escribo cansada, después de un visiteo de tres horas... Y dudo de que te llegue esta carta antes de tu partida. ¡Ojalá! Me inquieta grandemente la flaqueza de tu corazón. Yo iré a Veracruz y *ensayaremos* si puedes o no subir a esta altura de Jalapa: 1.400 metros. Tengo fe en que tu corazón se rehaga *lentamente*. Pero renunciando a fatigarlo con muchas excursiones de auto, óyelo. Y no trabajando en nada material. Solo leyendo. (Trae libros, dear.) Sí, yo espero tu mejoría, tu salud. Pero vendrá poco a poco. Chávez[29] debe verte en cuanto tú llegues, a México. Por tren o por barco.

Hace tres días solo que yo estoy bien, con fuerza, con ánimo.

No te he escrito a causa de dos cosas: Primero, la amargura. No quiero hacerte daño con ella. Segundo, porque he tenido que hacer una cosa muy difícil, *por nueva*: un poema largo sobre Goethe. ¡Tú me habrías ayudado tanto! Ha una semana te puse un cable diciéndote hablar con el cónsul chileno Grez,[30] de Nueva York, quien tiene para ti ciento cincuenta dólares que le mandé. Hoy he vuelto a avisarte que vayas a tomar ese dinero —para ropa y libros o para lo que necesites. Obedéceme.

Hoy llegaron (el sobre estaba visiblemente abierto) dos cartas tuyas. ¡Mil gracias! Te he vuelto a pedir que hagas tu viaje en *tres* jornadas. Duerme en cada una de ellas. Y queda a lo menos un día en cada una. La fatiga física es muy mala para el corazón. Aun no sé qué resuelve de mí el Ministerio. Las noticias de Europa vuelven a ser malas y tal vez *no* me manda ni a Italia ni a Suiza. Mis deseos son, uno por uno, los mismos tuyos. Pensamos paralelamente, pensamos como una sola persona, en tal unidad que eso parece un milagro. Yo me cuido. El doctor nuevo parece que acierta conmigo tratándome —por primera vez *por el hígado*. Tal vez tú también sufras de eso. Voy a comer, dear. Yo te espero día a día. (Me inquieta el que tú pienses volver pronto

conmigo a Nueva York. Tú debes descansar *seis meses*.)

Tu Gabriela

24 de mayo de 1949

Vida mía:

Yo salí ayer con las cuatro visitas hacia Veracruz. Por ver el mar. Y llegué cansado. Te escribo desde la cama, pero *no estoy mal*, no.

Al llegar a mi cuarto, sin tener ya ninguna idea de tener carta *tuya*, hallé en el velador tu carta del 17. El sello es del 19. Ha tardado solo cuatro días. Y quedé profundamente sorprendido de ella. Te quejas de que no te escribo. Yo estuve esperándote, y, repito, sin escribirte por evitar que mis cartas quedasen allá rodando. Parece que tú me has escrito, pero yo no he tenido palabra tuya en *más* de dos semanas. En mi estado, que ha sido de una profunda depresión moral, como verás por las cartas adjuntas, ese largo silencio tuyo ha sido fatal. Añade a eso las noticias de M. que tuve por teléfono.

He reflexionado si debía o no mandarte esas cartas mías. (Ya antes rompí dos o tres.) Tal vez es mejor que sepas algo de lo que he vivido en estos días. Yo soy ahora, en lo moral, una especie de convaleciente. Tu carta del 17 me ha traído cierto alivio; ha dado un gran suspiro de alivio. Pero es cosa de rehacer en mí la fe, como un miembro roto, lentamente, como tú estás tratando tu corazón. Tú sabías muy bien que la esperanza (la fe inclusa en ella) se quiebra en mí con muy poco.

En todo caso yo te *pido perdón* por esas cartas en la parte donde yo te digo de no venir a Jalapa aunque vengas a México. En este país tú dependes de una familia y esa familia es precisamente la de M.M. Hay, además, en M. de Puebla alguna cosa obscura que percibo y entiendo a medias. *Tú no eres el ser libre que yo creí*, no, no lo eres. Y por esto y por tu silencio, tan cargado de sentido, tú hallarás en mí un ser que no te va a pedir nada. Tú harás lo que quieras, tendrás la libertad absoluta que tú amas tanto, yo no te pediré nada, Doris, niña americana cuyas reacciones y cuyo *sentido de la vida* son muy diversos de los míos. Yo te miraré vivir y cuidaré de tu salud. Me bastará con verte en este cuarto vacío, con que oigamos juntos el canto desaforado

de los pájaros (centenares en el Parque). *Yo te veré vivir* y esto me bastará. Yo velaré por ti.

Hasta hoy no sé tu estado *preciso* de salud. Ignoro si aún sientes ahogos, si la flaqueza del cuerpo ha reaccionado un poco, si la infección cede. Lo grave sería lo primero.

Ignoro quién hace tus encargos de la calle: alimentos, medicinas, cartas, etc.

No sé si tú sales o si estás solita y tendida en tu cama. Nada sé de detalles, y yo soy muy detallista. Me sientes tan extranjero que nada me cuentas de tu vida diaria. Si tú no vienes, yo acabaré por ignorar toda tu vida y en ese punto, ya no valdrá la pena escribir —que yo te escriba.

Tú me dices en tu carta del 17 cosas que yo no puedo *concebir* como reales. No sueldan con la realidad; parecen trozos de poesía de tipo imaginativa.

El corazón, vida mía, es órgano tan celoso como un hispanoamericano. No le des violencia alguna [...][31]

[21-23 de mayo de 1949][32]

Cara Doris:

Llegaron cuatro señoras de México: Sra. Chávez, Emita y ¡dos damas más!

Yo te escribo a la una a.m. hora en que vengo a acostarme. Este día 21 fue para mí cargado de más: puedo olvidar los asuntos y es mejor que te escriba a media noche.

Quise saber si, realmente, tú salías de Nueva York hacia México hoy, 21 y hablé a M., a Puebla. Ella me dijo que tú saldrías *con su hermana de Nueva York* en la primera semana de junio. ¡Feliz señora que sabe de ti, porque yo nada sé hace doce o quince días!

Si tú haces ese viaje por la familia esa, hazlo, dear, pero no lo hagas por mí. Es posible que yo esté fuera de Jalapa para esa fecha.

Supe, también por M., que estás mejorada pero no bien todavía. Que Dios te ayude. Yo he deseado cada día saber de tu salud. Dejé de escribir solamente hacia el 16, por evitar que mis cartas no te alcanzasen ya, pues tardan mucho, como tú lo sabes y también por lo dicho antes. Dijiste que dejarías el apartamento y no tenía tu nueva dirección para cartas ni telegramas.

Si no sabes de mí será que ando en algún pueblo por descansar del visiteo diario que ya me fatiga demasiado.

Hoy he comenzado a buscar alguien que sepa inglés y pueda irse conmigo a Santa Bárbara porque son muy malas las noticias de Italia que me da un profesor de la Universidad de California y parece que deberé volver a tu país. Esto mientras puedo yo tener informes sobre algún lugar latino o donde pueda vivir con alguna paz.

Ignoro enteramente hasta donde llega tu mejoría; pero no te pido noticias. Procuraré tenerlas de M. cada ocho o diez días, cuando ya estés allí.

Yo espero que veles por tu salud y que te des clara cuenta de que eres un ser óptimamente dotado que debería cuidar más de sí. Tú

representas un capital espiritual para muchos seres. Algún día te verás en claro a ti misma y no desperdiciarás tu alma y tu cuerpo según lo haces.

Me parece tonto y vano contarte la vida que ha sido la mía en las dos semanas de tu silencio. Es *vano* porque tú, a pesar de tu inteligencia y tu sutileza no has comprendido ni la «a» de mi temperamento. Solo viste en mí el lado de niño estúpido y carente de toda lógica. No has conocido la naturaleza primitiva, no civilizada que me llevó siempre a pedir a los seres que quise una total limpieza del alma y el cuerpo y una absoluta lealtad. *Por esto me quedé solo*. Pero, aun cuando sea tan espantoso perder a los seres queridos, voy a morirme como vine, bajo el signo de lo Absoluto. No todo es en mí infancia y torpeza, Doris; hay también una adultez recóndita que en el momento dado me hace ver y palpar toda *la realidad*. Es el caso presente.

Lo que pierdes en mí son muy pocos años de amistad *terrestre*. Y esto mismo lo pierdes a medias. Porque yo te pido *contar conmigo* en cualquier situación dura que se te presente. El afecto que tú me has tenido ha sido, según la propia expresión tuya, *filial*. No quemes eso también, no lo arrojes de ti por orgullo herido. *Escríbeme en cualquier caso de emergencia*.

Pero yo te ruego que no me escribas sino por una razón de esa especie. Y te pido igualmente no venir a Jalapa. Mi ánimo está muy trabajado por los días pasados. Me harías mal y tú no quieres hacérmelo. (Un mal moral muy fuerte y el daño físico correspondiente a él.)

Tu psicología es cabal para la gente de tu raza; pero ello ha errado enteramente con este ser elemental, sin matices y *brutalmente sincero*, que llama al pan pan y al vino vino. Te engañaron mis horas y mis días de sonambulismo. Yo recobré, por unos meses contigo, mi fe en lo humano; yo creí, yo confié, yo me di. La caída ha sido tremenda. Necesito ahora rehacer mi espíritu y también mi cuerpo. Así, en soledad y en silencio. No intentes tú, *con esa piedad que en ti reemplaza al amor* rehacer *lo* dañado y zurcir lo roto. Yo no sirvo para esa clase de manipulaciones.

La piedad te falló esta vez; no supiste que una criatura puede

deshacerse, estropearse, en unos cuantos días de *angustia pura* (absoluta).

Es cierto que eres muy joven y que tienes mucha fe en ti y en el poder del encanto no poco misterioso que Dios puso en ti y que obró sobre mí.

Pero la verdad es que lo vivido por mí contigo era algo *tan absurdo* —y tan perfecto— que no podía durar. Era de un absurdo descomunal. Tú has recobrado la razón y además *has recobrado tu pasado*. Lo único que no entiendo en tu caso es que te fallara la veracidad que hay en tu naturaleza. No has tenido *el coraje de la verdad*, y con un criterio de enfermera, has preferido engañar a tu enfermo.

Yo te deseo feliz, a pesar de todo. Siempre haré por ti un voto de felicidad.

No lo pensé. Al leer tu carta.[33]

Sigo esta carta después de haberte escrito el telegrama que irá mañana. El tono perentorio de él me lo dictó la *necesidad de buscar quien me acompañe*, sea aquí, en México, sea en tu país. No es tarea fácil; es de una dificultad que me aterra. Pero de un día a otro necesitaré responder a la embajada a donde me voy y día a día preciso absolutamente de una persona que cargue con mi pobre vida.

En verdad tu silencio de dos semanas es una respuesta suficiente. Pero, por lealtad y por una cortesía elemental yo debo ponerte ese telegrama antes de resolver. Tal vez sea el último favor que yo te pida esa respuesta telegráfica. Espero que te dignes responderme el sí o el no en un cable de una palabra.

Me parece un sueño el que yo tenga que escribir una carta como la que estoy haciendo para ti. Yo te he visto ser con todos de una extremada cortesía y ser además una persona bondadosa. No sé por qué causa yo vivo esta pesadilla de que tú me rehúses una carta de diez líneas, *diciéndome qué cosa ocurre*.

Sea que hayas reanudado tu relación con el psiquiatra, o con M.M., es asunto de mera humanidad escribir, *responder* a una persona que no te ha ofendido *ni en pensamiento*. ¡Ay, Doris Dana, no te hagas un karma doble con esta crueldad que no tiene superlativo!

He hecho un verdadero examen de conciencia y no hallo en mí sino

una culpa: haber creído, a base de la coquetería que tú tienes con casi todos, que había en ti algo parecido al cariño por mí y haber obrado en consecuencia con eso. Debiste tú haberme dado una rehúsa neta e inmediata. No hubo nada parecido a eso. Tal vez comenzaste un juego conmigo cuyo calificativo prefiero no estampar. No se juega así con seres de mi especie; creo que nadie hizo nunca algo semejante.

Y por esto y por mucho más, yo vivo ahora en un verdadero *estupor*, en un asombro del cual no logro salir. Parece una burla que me hiciese el Demonio.

Hoy, conversando en medio de la gente, se me ocurrió que pudieses estar enferma de gravedad. Pero he hablado por teléfono ayer con M. y ella tendría que saberlo. Sus respuestas de ayer, como las anteriores, contenían fastidio pero no alarma alguna (fastidio de oírme).

Yo pondré esta carta al correo mañana, después de los dos repartos diarios de correspondencia. Pero esta irá, en todo caso, con unas líneas añadidas, si hubiese alguna señal tuya de que vives. Porque, en todo caso tú debes *saber* lo que yo he sido en estas dos semanas.

Debo salir a fines de mes para una casa en el campo. Es una hacienda con habitantes, propiedad de un banquero, a media hora de Jalapa.

(Yo he olvidado darte mi nueva dirección. Vivo hace quince días en la Pensión «Jardín Queta», Parque, Juárez N° 6. Aquí ha seguido llegando, de vuelta del Hotel México, toda mi correspondencia).

Yo te doy las gracias Doris Dana, de cuanto me diste de ti misma y de los trabajos que aceptaste hacer por mí, tan duros y numerosos, en Mocambo. Coni abusó de ti, de tu poca fuerza, de una manera indigna. Y yo no supe darme cuenta de ese hecho. Quemados el sentimiento y la pasión, yo guardaré hacia ti un agradecimiento profundo de la ayuda que me diste para vivir. En esta vida o en otra, eso te será devuelto por Dios o por los seres.

Adiós, Doris Dana. Sé feliz con quien sea.

Gabriela

25 de mayo de 1949

Doris querida:

Llega un tiempo en el cual el chileno paciente estalla y lanza un ultimátum... Y ese tiempo ha llegado para mí. A pesar de tu fineza de Inglaterra y de tu alarde de libertad, de tu fiebre libertaria, aquí van estas declaraciones casi bélicas, no poco brutales:

Existe en México una cosa que se llama Dr. Chávez. Ese hombre sabe más del corazón que los doctores que te están tratando.

Tú sigues allá por una de estas razones.

(a) Un amor que no confiesas. (M.M. ha vuelto a entrar en tu vida y vas a regresar con ella.)

(b) Falta de dinero para gastos que yo ignoro. La deuda en que te lanzaste por M.M. puedes amortizarla desde aquí. Yo te ayudaré para eso.

(c) Neoyorkismo. Esto no tiene cura. Opta entre esa ciudad y esta indígena del sur. Pero resuelve pronto. Yo no puedo esperar más para resolver de mi vida. Una niña viene a dormir en mi cuarto. No me sirve de nada. Otra viene a ordenar mis papeles. Hay que enseñarle todo. En el día no tengo con quien salir a la calle. Y mi cabeza suele andar con un mareo que me invalida para eso: hacer mis compras.

Quédate o vente, Doris Dana. Yo no creo en el amor escrito, «por correspondencia».

Chávez viene a verme esta semana próxima. Voy a telegrafiar por esto. Yo puedo pedirle que tarde unos días más. No mucho: una semana. Él es el creador del Instituto de Cardiología de México, único en la América Latina y es Doctor Honoris Causa de la Sorbonne y dos universidades más, europeas. Él es un sabio y un mago. En su ramo.

La razón (?) de tus médicos *no cuenta más para mí*.

Yo como aquí mal. He llegado, por eso, a una extrema debilidad y *a un enflaquecimiento grande*. Estoy tocando fondo.

No creo más en palabras. Apresura a la compañera elegida y vente.

Si Chávez ya ha venido a verme, tú lo hallarás en México. *Trátate con él*. Puedes subir por tren a México cada semana. No te dejaré manejar tu auto para viajes largos. Tú *no te vas a fatigar más: eso se acabó*.

Es de urgencia el que yo resuelva, al regreso de mi embajada —que está en la UNO—, dónde voy *y cuándo me voy*. Necesito de ti para esta resolución.

Quédate allá en definitiva o vente, haciendo tres jornadas de tren.

Te abraza tu Gabriela

—Tú tal vez te violentes por mi cable de hoy. Tengo razones de salud, de estado de ánimo y también de necesidad. Yo quiero saber por fin si lo que dicen tus cartas es verdad. (Perdona mi crudeza.)

Yo no te he precisado nada sobre tu vida conmigo en lo económico. Yo te daría (¡ay, no es un salario!) en México ciento veinte dólares; ciento cincuenta en California y en Suiza no sé; ignoro el valor de la moneda.

Pero lo que tú ahorres de mis haberes mensuales irá a una cuenta *a nombre de las dos*.

El 26 es mal día para mí y ese día va a llegarme tu respuesta.

Gabriela

[Antes de julio de 1949]

Chiquita Doris:

No te he escrito porque Palmita y yo estamos despachando una «oficiería» para el ministerio, con el fin de cumplir, por si acaso me trasladan. ¡Ay, *bastante lo dudo*!

Me preocupa lo de tu vista; temo mucho de cualquier tratamiento del ojo. Si eso anda mal, haz que te aconseje el Dr. Chávez. Y salúdalo *mucho* de mi parte.

Yo he estado casi bien; pero el calor sigue afligiéndome el corazón. Te digo esto, pero tú esperabas la *confirmación* por telegrama de mi subida a Fortín.

Cuando vayas a venirte —cuando te vengas— creo yo estar en Fortín, en la Pensión Bungallow y tú deberás tomar esa ruta de bajada. Creo que, después de un descanso en Fortín, tú vas a tener que hacer dos viajes tal vez para recoger lo dejado en el Lencero. (La casa esa de don Rafael34 está ahora en *pleito* y debemos retirar de allí lo nuestro). Dicen que hay ruta de Fortín a Jalapa.

Va la carta para Espasa Calpe. Dice la Palmita que puede Espasa Calpe mismo pagar los libros de [...] con el dinero que yo tengo allí, en Espasa Calpe. Por pudor de las cotovías —recuerda los novelones que hace la gente— procura que [...] te empaquete los libros y los mande a Espasa Calpe. Así, cerrados, *para cobrar*. O haz lo que mejor te parezca. Pero no pagues tú las cotovías con tu dinero.

Ve con calma a Espasa Calpe y revisa los *libros y escoge lo de tu interés*. Ve si tienen algo en inglés y revisa también lo *francés* que allí haya, que tal vez sea bastante. Obedéceme niña rebelde.

Lista de novedades de libros nuevos, traducciones últimas —no tengo ninguna a mano. Tú tienes mucho olfato para escoger. Pide *que te hagan ver eso y escoge*.

Dudo mucho, hijita, de que halles tú máquina.

Procura que los nuevos anteojos te vengan bien, *pero muy bien*. Es

fatal engañarse en esto porque el ojo se conforma *con estropeo* a la medición errada.

El embajador se ha ido o se va a Chile. Me apena mucho. Él fue bueno conmigo. Dale un abrazo, si aún es tiempo. Y dale todos mis agradecimientos.

Que te empaqueten bien esos libros, porque si nos vamos a Italia, yo no los abriré, para ayudar a la mudanza.

Nada más por hoy. ¡Ay, no te vengas de noche ni hagas trayecto ninguno nocturno! Sé prudente.

Un abrazo.

Gabriela

15 de agosto [de 1949]

Doris querida, lo que voy a decirte aquí, te lo repetiré por teléfono tal vez mañana.

He estado en la faena mental tremenda de pensar en la compañía que debo tener en Génova. Al fin me he acordado de la viuda de mi jefe Errázuriz. Ella quería ir a verme a California. Eso quiere decir que se atreve a viajar.

Antes de esa faena he estado tres o cuatro horas sin dormir procurando analizar lo poco que he visto en ti durante los dos días últimos. Soy tan ciego que he visto muy tarde lo que pude ver temprano. Tú has dicho, llorando, *que tú no verías a tu madre*. Es cosa que no entiendo pero que debo aceptar. (Ningún latino comprende el que haya que acompañar a una madre que se casa a los sesenta años. Pero tú eres inglesa.)

Tenía yo la candidez de creer que tú realmente querías seguirme hacia Europa. Lo creía a pie juntillas.

No sé si te he dado *decepciones* grandes en estos días; lo ignoraba por completo: ¡qué barbaridad! Yo he andado esta semana mal del cuerpo *y del espíritu*. No te lo dije, porque tú estás diez veces más mal que yo. Cuando cae mi salud (es una subida de la diabetes, del azúcar) mi ánimo es otro. He tenido y tengo abultamientos de la carne —debajo de ella—. He enflaquecido más también. Nosotras dos *nos ignoramos* mutuamente. Esto es una tragedia viva, pero esto ocurre, Doris, amor mío. Y de aquí viene nuestra desventura.

Me ha dolido horriblemente oír a Margarita esto: que tú dices —supongo que como razón para no irte conmigo— que no puedes cargar mis maletas. ¿Es que no hay maletero en las estaciones y los malecones? ¡Qué horror! ¡Qué *razón*!

Tú has perdido enteramente la salud en estos climas llenos de plagas. Este hecho me trabaja la conciencia día a día. Tú no ves siquiera la ansiedad con que miro tu cara a cada momento. Porque mi

cara siempre fue de leño o de piedra, Doris mía. Y yo no he salido antes de México para liberarte de las plagas tropicales porque un cónsul no puede moverse sin recibir sus pasajes. Pero hay en mí una especie de desesperación muda primero porque has perdido toda salud; segundo porque sé que *te pierdo* «*sin remedio y para siempre*».

No temas que te ataje, que te fuerce, que te pida acompañarme. En avión tú arruinarías más tu corazón; en barco directo y rápido sería muy fácil que fueses; pero yo sé, sé, sé, que no quieres correr el *riesgo* de vivir conmigo. Yo te parezco una mala compañera. (Tuve la torpeza de hacerte trabajar mucho un día —lo de Aurobindo[35] y lo de [...]. Yo vi solo al final que te cansaste mucho). Porque no he ganado de ti ni una *migaja* de confianza. Te bastaría decirme: «No me mandes a eso, no tengo fuerzas». Pero *no has querido darme confianza, ser tu hermana*.

Parece que nuestra experiencia está entera fallida; parece que hemos llegado a un fracaso completo. La raíz del mal es, absolutamente, el no haber yo merecido de ti eso tan simple y lindo, la confianza.

El no haber buscado arreglo para el asunto de la casa de Monrovia y habérmela rehusado verticalmente es otra de las cosas que solo ahora veo en claro. Temes comprometerte, temes que yo te obligue a vivir conmigo para siempre. Y temes todo eso porque no has podido aceptarme con mis torpezas, con mis faltas, con mis rudezas, con mis abusos. Y lo peor para mí *es que tienes razón*. El amor para el americano es una especie de camaradería pero no una entrega ni una aceptación de los defectos del otro ni la mera paciencia con esas fallas.

Es un círculo cerrado y ya sin remedio. Porque yo me voy —faltan solo dos semanas— y como nuestra reunión parece haber sido un fracaso, completo, ni tú ni yo vamos a ensayar, tal vez el remediar los errores. Y como las culpas son mías, yo soy la que menos puedo intentarlo.

Tu reserva conmigo, cosa para mí imperdonable, me cierra ahora la boca. Yo aceptaré perderte sin decirte un ¡ay! De *ayes* está llena mi garganta, Doris Dana, pero yo no soy un romanticón ni un sentimentaloide. Yo voy a callar y a dejar tu vida libre. Tal vez lo que tú has buscado en estos días es solo eso: recobrar tu libertad entera. (Tú eres de una raza libertaria y yo de una raza esclavista.)

No llores por esta carta. Me es más fácil, mi amor, escribir que

hablar estas cosas.

Tu Gabriela
Tuyo

P.S. Yo debo poner un cable a doña Carmela Errázuriz[36] mañana, a más tardar pasado mañana. Tú me responderás por teléfono. Creo difícil poder hablarte ya hoy. No estarás en casa antes de las siete. A las siete llega Palma yo creo. *El chofer se fue*. Hay otro. ¡Ojo!

[26 de septiembre de 1949]

Linda Doris:

No te alarmes por lo que te voy a decir. Yo no tengo ningún peligro inmediato. Anoche fui a un convite del Presidente. Era un concierto en su casa de Sayula. Me sentó a su lado. Conversamos cosas gratas; fue finísimo. Y de pronto me vino un terrible dolor de cabeza, mejor dicho *a la nuca*. Tal dolor que me levanté y me fui al baño a empaparme la cabeza. Eso *bajó* pronto; pero el dolor moderado dura hasta hoy. Está tranquila: Bazán va a venir en un momento más.

Busqué hoy el libro para diabéticos (en inglés). Poco entiendo lo técnico y le he pedido a Palma que me traiga un diccionario inglés y balanza para pesar los alimentos. (La había en Santa Bárbara.)

En lo poco que he leído del libro, me doy cuenta de que yo he salido enteramente, pero así, enteramente, de mi dieta. Voy a ver el modo de volver a ella.

Pero la novedad ha sido saber, por primera vez, que yo tengo *dañadas las arterias coronarias*, chiquita mía, ¿por qué me lo han escondido? Fue la tonta de Coni. Hallé esto en un informe sobre mi caso que dio el doctor de la Universidad de California a mi doctor de Santa Bárbara.

Me gustó, en la fiesta, que el gobernador se diese cuenta de que su Presidente me trate mejor que a él... Puede ser que así cambie. Porque hasta hoy *no me llama* para entregarme la tierra. El decreto ya salió y falta eso.

Vida mía, no pienses en volver en seguida por mi dolencia. Es cosa vieja y hereditaria. Tú has gastado y gastarás mucho para ir allá. Procura, esto sí, dejar *todo* hecho para *no volver en seguida*. Yo observo que los viajes te hacen mal, que te fatigan. (Tú tienes muy poca fuerza hijita.) Y las frecuentes separaciones tuyas me remueven a mí el corazón *padecido* que es el mío.

Yo no quiero que tú violentes tu viaje por mí, no, no. Pero necesito

—*esto sí*— saber más o menos cuándo estarás aquí. Esto por las diligencias sobre la tierra.

Decirme si estás aún en tu apartamento para mandarte allá el cheque destinado a «un pedacito» de tu auto (quinientos dólares). Debe ir *con seguridad*.

Un abrazo, dos, tres,

Gabriela

[27 de septiembre de 1949]

Ayer 26 (13 + 13) fue eso.

Amor:

Casi todas mis congestiones, Doris linda, arrancan de una intoxicación o de la mala circulación. Con el hielo, hoy 27, ha bajado el dolor de cabeza. Seis horas en Veracruz me congestionaron, yo creo. Esto no es nuevo. Tuve una casi mortal en Washington. Me sacaron medio litro de sangre.

¡Nada sé yo; pobre de mí! De tus problemas, nada. Y nunca sabré nada. Yo creo que es tu orgullo lo que te hace callar. Pero resulta, Doris mía, que yo debo sufrir la humillación de esta ignorancia y de otras. Y no es justo esto, y es feo además y necio y estéril y a la larga esto va a envenenar nuestra vida. Piensa tú en el problema; si no sales de eso yo me iré llagando en silencio y tu amor no debe darme llaga como los otros; él nació para ser mi alegría.

24 de noviembre [de 1949]

Mi Doris:

Me apena mucho el no haberte escrito más largo y con más intimidad a Nueva York porque —aunque no lo creas— yo soy muy tímido, tuve en la infancia un complejo de timidez que me resultó trágico. A las gentes —y a ti mismo— les costará creerlo pero es así. Y sobre todo, particularmente, especialmente, en el amor y más aún en el tuyo. Por mi edad y un poco porque no puedo hablarte en tu idioma. Recuerda siempre esta circunstancia y no me juzgues mal.

Yo he esperado recibir carta tuya para saber si el vínculo persiste; si tú has guardado entera la unión, el fervor y el éxtasis. Ahora sí puedo escribirte y te digo que mi amor vive intacto, y que es más profundo y serio, más grave y más dulce a la vez. Pero el tuyo, mientras tú estés ausente, estará para mí en una especie de peligro permanente; él depende de los encuentros que tú tengas con hombres y mujeres; él puede caer en cualquier momento, cortarse, romperse. El mío no, vida mía y amor mío. Yo tengo la pasión larga, robusta, tenaz y padecida e hincada a mitad del pecho.

Yo te espero como el alimento y el descanso, y la paz y la vida misma de mi cuerpo y la plenitud y el descanso.

Parece que lo de la tierra va saliendo. He oído de Palma por teléfono que, contra el deseo del hombre de Jalapa —el Soler— se firmó el decreto por Alemán y el ministro de agricultura.

Desde que tú llegues —y después de que descanses cuatro o siete días—, habrá que ocuparse (a) de saber lo que cuesta edificar la mitad de la futura casa; (b) de ir allá para considerar el lugar a dónde se edifica —en el caso de que no cedan las ruinas, dos de ellas apromediables; (c) de comprar, como los novios, los muebles, la cocina, etc., etc. Tú escogerás y tú formarás esa casa nuestra, poniendo en ello tu linda alma y tus gustos.

No sigo porque mi día ha sido de muchas visitas y estoy fatigado.

Tu, tu, tu

Gabriela

24 de noviembre de 1949

Doris mía:

Yo te escribo, pero olvido llevar las cartas al correo. Además he tenido dos días malitos. Son crisis, unas de ti y otras de la diabetes. Y la sensación de vacío, de ausencia, de que la vida no tiene solidez ni sentido, eso es lo tuyo.

A mi edad se sabe una cosa que los jóvenes parecen ignorar, que es preciso vivir la dicha hasta que ella se va o se agota; que es estúpido abandonarla por lo que sea: negocios, cortesías familiares, turismo, etc. Que lo divino no se ha de romper, quebrar, postergar. Porque todo daña el amor excepto él mismo. Todo es duro, agrio o insípido, tonto y sobrado menos él mismo. Todo es basura, desperdicio, chatez, vulgaridad, plebe, menos él mismo. Ojalá si eso divino dura en ti, tú te aprendas esto. Es lo único que te falta entender. Tú entiendes de este mundo casi todo, Doris mía, «fenomenito» en el «espíritu de sutilezas».

Procuro cuidarme para ti. Yo no tengo razón de vivir. Cuando llegaste, yo no tenía nada, parecía desnuda y saqueada, paupérrima, anodina como las materias más plebeyas. La pobreza pura y el tedio y una viva repugnancia de vivir. Todo lo has mudado tú y espero que lo hayas visto.

El asunto Miradores al fin llegó. No nombran el punto y lugar. La redacción oficial es aquí malísima. Dan la tierra (sesenta hectáreas) diciendo que está detrás de Jalapa... No más. Y dice el oficio que me dan eso por el valor de mi obra... Sueño, parece sueño.

Pero no sé lo que haga ahora el hombre de Jalapa, el que ofreció un «jardincito». Y es él, el ejecutor del decreto. Porque, ¡ay!, la tierra es del Estado, no del gobierno central. Y puede *situar* la tierra donde quiera.

Dora[37] está mal de un pie. Picada de insecto. Me ayuda su hermano que vino con auto.

He visto con ternura unas copias de versos míos con marcas tuyas:

rimas malas, etc. Tuve la ilusión de que escribías a mi lado. (Ay, los versos tuyos perdidos.)

Yo me cuido, repito. Por ti, por acompañarte unos tres o cinco años. No creo tener más vida que esa. Es una pobre «parcela» o hectárea, como lo otro.

Yo tengo que hacerte encargos para Monrovia. Recuérdamelo. Y no olvides mi cuota para tu auto. Va muy lento —irá menos lento lo de hacer la casa—. Me he pedido modelos de casas rurales. Hay libros americanos sobre eso, muy bien ilustrados. Te voy a mandar un cheque para comprarlos. Tú vas a pasar allá tu navidad, eso me dijiste. Ojalá puedas venirte enseguida de la navidad. Más tiempo ya parecerá la Eternidad.

No te preocupes si tus diligencias por artículos no salen. Haz, esto sí, lo de tu libro. No más.

Un abrazo tierno, Gabriela

27 de noviembre [de 1949]

Hijita Doris, yo estoy esperando desde anoche a Palma y a Manuela y aún no llegan. Me ha acompañado aquí una química... Me habla mucho. Yo me vuelo, *por descansarme*. Son horas. Y quien viene, son horas. Ayer hubo doce normalistas *tres horas. Y esto me cansa el corazón mucho, mucho*.

Estoy convencida de que el mal de mi corazón se resuelve en dos cosas: lo que no digo y fatiga e intoxicación. Yo no te he dicho que he tenido anteayer un día malo: el brazo izquierdo dolía mucho; el corazón o estaba loco o muy flojo. Esto ha pasado varias veces, en menos. Voy creyendo que se trata de la altura en buena parte. Y ayer tomé un auto y fui a *sentir la tierra* a cuatrocientos metros menos, es decir, a mil metros. Hay por allí tres casas. Tal vez pudiese obtenerse una. A ver si Palma llega y me hace esta diligencia. Es pleno campo; pero pasan buses constantemente (los de Veracruz). *Y con auto se podría vivir allí por ensayo*. De Jalapa habría que evitar la altura y la gente. (Esta es fina y simpática.)

Yo aquí no he escrito nada. Hay días de verdadera *atonía*. No puedo trabajar *—no tengo fuerza alguna—, elán alguno. Y pienso*. Pienso en este mal de mi madre que la hizo padecer sin morir treinta o más años. Pero ella era de naturaleza alegre y no tenía el alma trágica que es realmente la mía.

Los hoteles son en mí un veneno. Aquí tengo una hotelera a la cual «le da» por quererme y me retiene horas. Naturalmente me fatiga. Es muy buena mujer, pero solo me habla de su marido muerto que, dice, *me adoraba*. Yo estaría más alegre con solo estar *en el campo raso*, oyendo pájaros. Pero la gente se me apega. Es tan extraño esto. Casi toda la gente. Y me impide eso trabajar. Y la soledad de tres años que me dio Coni parece que a mí me habituó a estar solo leyendo o escribiendo. Tú, bendita seas, me llevaste la salvación del espíritu. Yo nunca lo olvidaré.

Te escribo corto porque a las diez debo ir a la universidad. Mañana tengo allí una conferencia y como no hay fuerzas, voy a hacer leer versos y diré un corto comentario de ellos.

Ay, Doris, querida niña mía, cuídate. Haz todo por tu salud, mira por ti, aliméntate bien. Y gracias por tu linda carta de ayer. Me trajo mucho consuelo. Cúrate por ti y por mí. Mañana contesto la tuya.

Gabriela

Ahora duermo siesta. Pero tomando calmantes. También los tomo en la noche. Es un mal vivir.

28 de noviembre [de 1949]

Yo no te he escrito más porque vivo literalmente atollada en visitas. Cuando no tengas carta mía, sabe que eso es a causa de este diluvio de visitas y no pienses nunca mal de mí. *Yo te lo ruego*.

Acabo de ponerte cable, preguntando por tu estado y pidiéndote decirme la fecha aproximada de tu regreso.

Día a día, vida, yo me he sujetado de decirte esto: que tu ausencia es en mí una verdadera enfermedad, un estado constante de ansiedad (a causa de tu salud y de mi corazón). Es un martirio que corre de hora en hora y es *un turno* de esperanza y de absoluto pesimismo. Pero dura mucho menos la esperanza que la desesperación. Es algo mórbido que me daña corazón, hígado y sobre todo la cabeza. No puedo trabajar.

Tú puedes dudarlo pero yo no he vivido *nunca* esta situación de ánimo, este purgatorio que me abrasa y me asfixia a la vez. Te he escondido los hechos; pero ahora pienso que ha sido error. Tú hablas de regresar *antes de dos meses*. No creo poder con tal plazo.

Tu Gabriela

28 de noviembre de 1949

¡Doris de no sé quién!

Gracias, de nuevo, por haberme hablado por teléfono. Yo quiero volver a escribirte aunque fuerza no tengo ninguna. Hoy hubo vistas y yo no pude dormir siesta. Fui a Veracruz a que mi doctor me diese una inyección (triple) de Betalín.

Vino Emma Godoy. (Tú no tienes razón de encargarme decencia. Yo la tengo.) No te recuerdo yo a ti la fidelidad... porque creo que no tienes naturaleza fiel. Ni te pido siquiera que vuelvas. Volver en enero es casi no volver. Creo que en Miradores el andar la tierra y dirigir cosas me servirá de alivio y de consolación. Hoy estuve solo contigo dos horas, las únicas que tuve libres. Y paré en el «estado de angustia» en que he caído ya dos veces desde que te fuiste. Poco después tú llamabas. ¡Otra vez gracias! Pero ni tú ni nadie podría, ahora, darme ni fe, ni esperanza en ti.

Tenemos, por desgracia, raza opuesta, formaciones opuestas y la ideación y el pensamiento opuestos. Contra todo eso yo te quiero pero así, sin esperanza alguna. Esto no me impide quererte; te quiero como a un recuerdo. A veces creo que todo fue soñado más que vivido. Quisiera explicarte esta experiencia; pero el día ha sido muy duro. (Estuvo aquí el futuro ministro de relaciones de México, dos horas y hubo otros más.) A pesar de la inyección triple, yo no me siento bien. Fue muy fuerte mi dolor al cerebro (a la nuca) en Sayula —la casa del presidente—. Y a eso se suma este sentirte perdida. Te he perdido porque tal vez nunca te gané. Y lo peor es que sé que nunca te ganaré tampoco. Así y todo mañana iré a Miradores, contigo. Yo soy un obsesional, aunque tú me creas un desvergonzado....

Gabriela

31[sic] *de noviembre* [de 1949]

Hoy hacen dieciséis días que tú te fuiste, Doris Dana.

En esta mitad de mes, yo he tenido una carta tuya, bastante corta, por cierto.

Hoy hubo anuncio de «certificado». Tal vez sea lo de siempre: algún libro de mala poesía que manda cualquiera. (Si fuese carta tuya te lo anotaré al pie.)

Tú ignoras *absolutamente* al ser con el cual tú has vivido casi un año. Y si tú ignoras, siendo yo el extravertido que soy, y siendo tú un ser tan sutil en la inteligencia, eso quiere decir, Doris Dana, que no me has mirado siquiera un momento con interés y deseo de entender a quien te ha querido tanto. Es un desdén muy inglés para los «color people».

Día por día y hora por hora, yo he vivido una tensión álgida hecha por la presencia obsesional de tu rostro, de tu memoria tremenda y candente de los días que viví contigo desde que te vi entrar por mi casa. Cuando se vive eso —cosa muy lejana de una americana— dieciséis días con una sola carta, dieciséis, son un infierno demasiado rojo, y demasiado negro o color de betún.

Yo no puedo seguir viviendo esto, Doris Dana. Sería mejor desaparecer. Hace tres días está aquí Emma Godoy. Viniendo en auto desde Miradores (mi tierra) hasta Veracruz, con Emma Godoy, en silencio yo, ella *oía*, ella percibía lo que era esa mudez mía.

Yo sé que ustedes, ingleses, desprecian profundamente, a pesar de sus grandes poetas, a las gentes *descontroladas* a las que no son dueños de sí mismos. Y yo estoy dándote el espectáculo de eso. (Puedes cortar aquí esta carta, porque el resto es peor.) Pero esta vez sí es la última y estoy usando de cierto derecho que es el de los que van a borrarse de nuestra vista, de los que no veremos más.

Día a día y hora a hora, y *a cada instante*, yo esperé una segunda carta tuya. En un estado de angustia que subía y subía. Para dormir,

yo he tenido que beber —y yo desprecio ruralmente el licor.

No quiero seguir viviendo así, no quiero ni debo. Mi corazón anda muy mal hace tres días. *Y mis resistencias morales se han agotado*.

Todo lo que tengo que decirte es esto: que no tengo más salida digna que callarme y desaparecer de tu vida —tan llena de gentes, y tan avara para mí—, y que a esto me lleva el entender ¡por fin! que yo no soy una criatura hecha para ti. Ni tú tienes caridad ni yo tengo el olvido fácil *y menos aún la indiferencia* cuando recibo el desprecio de los seres más queridos. Y que mis resistencias —la poca esperanza que hay en mí— se han agotado.

Tú eres, en el sentido mundano, una persona que lo *entiende todo*. El mundano —con conciencia de mundo— en estos casos actúa *sin cólera ni extrañeza*.

Yo vuelvo a mi pavorosa soledad, Doris Dana. La «gente de color» se retira comprendiendo y, si es un indio, no dice demasiado.

Sé feliz, Doris Dana con los tuyos. Va algo que yo te debo *realmente* por el capítulo de tu auto gastado en mis andanzas *y solo en ellas*. Si me devuelves ese cheque, Doris Dana, será que deseas ofenderme después de haberme dado diez días de agonía, *no vayas más lejos de lo que has ido, Doris Dana*. Es ya bastante.

Sé feliz entre los tuyos. En otra encarnación yo tendré más intuición y no pretenderé que me quieras «contra toda razón».

Perdóname tú mis *grandes torpezas*, *mi ceguera absoluta*.

[2 de diciembre de 1949]

Doris, aunque no te importe, yo añado lo que sigue a fin de que comprendas la violencia de esta carta y el silencio que vendrá después.

Ayer 1º yo estaba lleno de visitas. Y hablaba con ellos —Paulita,[38] Emma, [...] y su mujer— en ese estado de ausencia que tú me conoces en parte, pero que ignoras en sus crisis. Yo hablaba y atendía a la vez a mi corazón que era una brasa viva y que no parecía ser carne sino un fuego de tormento puro. Llegó González, el de Córdoba y estar con él solo —después— me dobló aquel infierno. Eran tú y Yin, eran mis dos fracasos y mis dos pasiones —pasión con M; mayúscula y con la otra —.

Por fin se fueron todos y yo no pude comer en la mesa y me acosté. Aquella brasa ardiendo siguió en mí hasta las diez de la noche.

Yo no estoy haciéndote un llamado a la piedad. Tú sabes que no tengo orgullo, pero ese *appel* a la lástima no es cosa de mi uso, Doris Dana.

Tal vez el caso tuyo actual sea el de que el amor que me diste ha pasado a otro y es a estas horas la dicha de otro.

Yo prefiero saberte feliz y plena que saberte sola y vacía. Tú mereces la felicidad como pocos seres y tú no debes *crear en el dolor como yo sino en la dicha que también es creadora*.

Doris Dana, me duele no conocer a ninguna amiga tuya que pudiese decirme cómo estás, cuál es tu salud y qué trabajo haces.

Y no hay nadie, nadie, de las gentes de aquí que pueda recibir tus noticias y dármelas.

Pero, así y todo, te pido no escribirme. Déjame *curarme*, déjame reaprender mi pobre vida *de antes*.

Y no me hagas la ofensa gratuita de atribuir todo esto a la presencia de Emma Godoy aquí. Te lo repito por última vez. Yo no soy la bestia de mera calentura física que tú has visto en mí.

Doris Dana: yo he pagado mi culpa. Mi culpa fue forzarte al amor,

llevarte a él sin que hubiese una sola chispa en ti de amor. Esto es lo que he pagado. Tú nunca habrías hecho lo que yo hice por tenerte. Pero eso no fue hecho por otra cosa que un amor violento de alma y cuerpo.

Gabriela

1 de diciembre [de 1949]

Doris Dana, como tú usas este encabezamiento, yo tendré que usarlo también, aunque no me gusta.

Por fin, Santo Dios, yo tuve dos cartas tuyas, no tres, dos hoy 1º y antes una.

Me parece honrado el enviarte dos *tremendas* cartas que yo te escribí antes, respecto de tu silencio —para ti leve—, para mí mortal.

Perdona tú por la vía del entender, del comprender, esas cartas de angustia y de rencor. Aunque tú eres un ser tan exento de ambas cosas, la desesperación y el resentimiento, yo sé que excusarás esa escritura sombría.

Procuraré, haré todo lo posible por no volver a escribirte así. Lo que yo debo hacer cuando tú te callas, como la cordillera mía es solamente callarme. Pero soy, ya te lo he dicho, un herido y un llagado. Y por otra parte, mi amor por ti es muy diferente del tuyo por mí, es de una especie, de un género, de un orden diverso. Excusa pues, dear, esas páginas. Y procura, por unos momentos, transportarte a un corazón que aprendió en este mundo el vicio de sufrir y de no tener esperanza.

Hay que perdonar a lo que es nuestro: hijos, hermanos, amantes.

Te besa tu,

Gabriela

¿Llegaron las cartas?

[1º de] *diciembre de 1949*

Vida mía, te ruego retener esto, esto: no te exijo yo cartas largas sino *frecuentes*, una cada tres días. Eso me traerá mucha, pero mucha tranquilidad. Yo te bendigo por estas dos cartas largas, que me van a cicatrizar las heridas de estos días. Cuatro veces las he leído y voy a copiar algunas frases para que ellas me sostengan durante tu ausencia. Gracias de nuevo.

Me gusta mucho que lo hindú esté dándote una *fuerza tranquila*. Yo solo he recibido esto de las escuelas hindúes. Guárdalo en ti y, de otro lado, conserva lo cristiano. En lo espiritual, no en su pobre cosmogonía; yo te estrecho sobre mí: yo te tengo ahora.

Gabriela

Va el cheque de ciento cincuenta.

[1 de] *diciembre de 1949*

Noche

Ha habido mucha gente, vida mía, entre ella un buen viejo que me ha dado muchas enseñanzas sobre la tierra de Miradores. Y me he cansado.

Fui a Veracruz. No llevaba *ninguna esperanza* de que la carta, cuyo anuncio llegó, fuese tuya.

Te ruego leer esa carta ensangrentada con serenidad. Yo he sufrido mucho, yo he andado a la vez enloquecido y super-consciente. Perdóname, hoy y siempre, recordando nuestras razas opuestas y el poco tiempo que nos conocemos y mi cuerpo acalenturado, y mi pasado de dolor y soledad. Todo esto te hará perdonarme.

Creo haber escrito otra carta más aparte de la que te envío. Es pecado querer así con *el absoluto* y con el delirio que tú podrás ver en esas cartas más amargas que ácidas, vida mía.

¡Qué frescura de manantial tus cartas (dos) para lavar en ellas este corazón ardiendo y envenenado! ¡Gracias + gracias, más aun!

Han ido tus cartas certificadas.

El papel con números fue también. ¡Dime si te llegó!

Va un cheque de ciento cincuenta dólares destinado a ser abonados a tu deuda de mil. Yo seguiré enviando las otras mensualidades.

Tengo estos días movidos. El 8 voy a una biblioteca que inauguran en el Papaloapan. Y pasado mañana voy a Jalapa de nuevo por ver cómo quedó el hoyo hecho por la perforadora. Iré por tren: el auto me fatiga más.

Hoy dormiré con dulzura, hoy tengo el corazón lleno de gratitud y de infancia feliz, Doris Dana, dueña de mi vida, de toda mi paz y de toda mi angustia también.

Dios te bendiga. Él te cuide en esa ciudad de tráfico insensato.

Si tú has mudado. Yo también. Es otra vida. Hay que quemar todo el pasado. Tu amor te besa.

Gabriela

3 de diciembre de 1949

Cara y mía:

Yo he pasado otro día de corazón malo. Esta vez ha sido el calor. (En pleno invierno, hace calor en Veracruz. Solo hacia las seis, yo he aliviado.) Pero esta vez el corazón no era una brasa: era allí un gran desfallecimiento o sea flaqueza cardíaca. No te inquietes. Si yo me sintiese mal, mal de veras, te llamarán con un cable. Pero, cuando tú vuelvas —si es que vuelves— no te vayas enseguida. Yo quiero acabarme contigo. Yo quiero morirme en tus brazos.

Yo no recuerdo cuánto te di para gastos tuyos de viaje. El cheque que te mando es para abono de tu deuda. Te *ruego* comer bien —no beber— y no perder fuerzas. Estás muy flaquita mi amor, mucho.

Me asombra el que tú me des las gracias ¡Por favor! Has comido mal, has trabajado como una loca —demás—; has hecho todo por mí, has sido enfermera, dueña de casa, todo. Si me agradeces el amor, eso, «en español» no se agradece, «se corresponde». Gracias ¿de qué? Me da vergüenza la palabra, vida mía, amor. No me la repitas.

Voy mañana —con Paulita y Emma— a Jalapa. Por lo del pozo. Vuelvo el mismo día, espero. ¡Ay, por qué yo no voy contigo! A veces pienso en que no vuelves más, Doris Dana.

Quiero que veas médico para ese enflaquecimiento que tienes; *me inquieta mucho*.

Te ruego ir a ver *por mí* a Doña Elisa Parada de Miguel,39 Park Avenue 70, creo. Preguntar por todos los de la casa y darle mis señas. *Cuéntale de mi vida aquí*. Pregúntale por su salud.

Eda Ramelli vendrá en estos días. Me hace muy feliz saber que te interesan mis «cotovías». Sigue eso y tráete libros.

Vida mía: aquí odian a *todo* extranjero, *a todos*. A los americanos, más, esto sí. Y todo criollo o mestizo hispanoamericano odia así, incluso a los suyos. Yo quemé mi pobre vida dentro de ese odio. Es herencia española. Pero los americanos desprecian, vida mía, *nos*

desprecian *infinitamente*. Soporta eso por mí, perdónalos por mí. Te envidian el color, la talla, la inteligencia, la fineza y el amor mío. Por eso viviremos *con nuestras plantas*. Sólo el vegetal es inocente y hermoso en esta América.

Que en otra encarnación las dos nazcamos en razas nórdicas, vida mía.

¿Qué haces a estas horas? ¿*Dónde estás*? Son las nueve y media de la noche.

No entiendo por qué yo no te veo dormir a mi lado; *no* sé por qué me faltas. Yo me doy cuenta de que te viviré un poco más solamente. Para vivir con los tuyos tienes mucho plazo. Pero mi brazo ya toca los términos. No lo olvides, amor mío, tenlo presente. No te preocupes de ganar dinero sino después que yo me acabe. No me despojes de tu presencia. Es toda la vida para mí, es *toda* mi alegría.

Dame tu tiempo, *devuélveme tu compañía*, no te voy a durar mucho. No me arrebates ni cuarenta ni cincuenta días. *Es mucho para mí*. No sé si volverás. *Todo es peligro en tu ausencia*. Ves y hablas a muchos; *están los que te desean en esa ciudad* tremenda y tuya. Sí, nuestro lazo (vínculo) viene seguramente de otra vida. En las muchachas de Burne-Jones *yo te hallé* y te quise, hace ya muchos años, diez o más.

Yo te beso, tu Gabriela

5 de diciembre de 1949

Doris Danita:

Hoy es 5. Yo regresé ayer tarde de Jalapa. (Ya te conté en carta de ayer lo del viaje con Paulita y Emma Godoy.)

He andado cargando un montón de cartas mías para ti. Por fin hoy las certifiqué yo mismo y las puse al correo en Veracruz. Fueron en dos grandes sobres certificados. Y con acuse de recibo. (Tal vez no te hallan en tu apartamento y no las dejan. Yo no pensé en esto.) Cóbralas vida mía. Son mucha escritura. Porque, excepto los días de viajes, yo te escribo casi todas las noches.

Yo no debería agobiarte así; pero, aunque vivo contigo el día entero, a la noche tu recuerdo se adensa tanto que no puedo otra cosa que escribirte. Es como un despeño.

II

Hoy llegó Eda Ramelli. Ha hablado de ti con simpatía. Observo que le gusta esto: el que una americana viva conmigo...

Uno de los sobres lleva ciento cincuenta dólares en un cheque. Naturalmente, me falta mandarte los quinientos del auto. Y lo que puedas necesitar. Yo te ruego que no sigas comprando cosas para mí, vida mía. Yo sé que a ti te hacen falta, en tu vida mexicana, muchas cosas de tu país. No compres nada más para mí, amor. El bien que tú puedes hacerme allá es el de no olvidarme por completo. Y no te exijo ni aún esto, solo quiero que veas claro en ti y sepas si realmente tú me quieres *de amor*. Porque yo sé que me quieres como a un hermano y a un padre, esto sí lo sé. Yo te agradezco mucho el que me sientas *tu familia*. Eso quiero yo ser, eso, para ti y además... todo el resto... *Pero necesito* saber de ti con más frecuencia. Una sola página cada día; a los tres días *las reúnes* y las mandas. No tardarse más; me llena de ansiedad y a veces de angustia. Ahórrame eso, cuídame desde lejos con

solo esto. Yo tengo un terrible complejo de inferioridad y de duda, y de celos y de fracaso en el amor.

Tu Gabriela

10 de diciembre de 1949

¿Te llegó el cheque de ciento cincuenta dólares en un sobre grande? Acabo de llegar de llegar de Coscomatepec, más allá de Tlacotalpan, otro tanto que de Alvarado a Tlacotalpan. Fui a dar una conferencia — creo que anduvo eso bien. Y la gente estuvo muy cariñosa: todos. No me cansé mucho, no. A pesar del gran calor. En otra te cuento más.

Hallé dos cartas, una del 6, otra del 7. Supongo que ahora me escribes seguido porque recibiste *dos* cartas mías, una *muy fuerte* en la cual yo me quejé amargamente de tus cartas escasas. Pero *necesito* saber si te llegó *esa carta* angustiada que era casi de ruptura. Mi amargura venía de tus pocas cartas. Iban en dos sobres grandes y pesados, creo, las dos. Yo te agradezco *infinitamente* el que te decidas a escribirme seguido. Esas crisis mías de angustia pura (absoluta) me hacen mucho mal, dear, amor; gracias, de nuevo.

Te escribo enseguida de llegar porque en la navegación larga yo he pensado, en serio y pausadamente, asuntos que son básicos para *nuestra vida futura*.

Yo he visto en claro que esa *vida* será muy mala para ti si sigue como la de antes. Malo para tu oficio *que es el de escribir*. A pesar de ser tú una civilizada + una culta, tú no tienes ningún *método de vida*. O tal vez no lo tienes a causa de «la Virgen María» etc. Sea lo que sea, yo necesito, vida mía, que tú *organices* esa vidita. A mí, a pesar de mi desorden, me gusta mucho la organización en los demás... Medita en esto por favor. Procura saber cuáles son tus horas *propicias* para trabajar. Todas tenemos *esas horas* y es muy sabio darse cuenta de ello y obrar en consecuencia, amor. Una vez sabidas, tú las defenderás de todos, *incluso de mí. ¿Oyes*?

Yo sé que no se puede hacer trabajo creativo *todos los días*. Pero hay que tomar esas horas. Para leer, o para escribir notas, o para corregir, o para las cartas. Fíjalas tú, no más de tres, porque te fatigarías. Y *lo peor*, para la vida intelectual, es, precisamente *la fatiga*. Evítala

siempre, *yo te lo pido*. Y observa cuando y por qué viene la fatiga.

Oye mi observación de estos días. Hablé con más de sesenta personas en Coscomatepec y en Tlacotalpan. Pero de cierto modo que te voy *a enseñar*.

Hay que estar al aire libre —o arreglando las puertas de manera que haya mucho aire—. Segundo, hay que quedarse clavada en el asunto o tema y apartar todo el resto de preocupaciones; tercero, hay que *parar* a un tiempo dado, cuando se agota *la frescura mental, la poussé de las ideas*.

(Primero también) No escribir nunca *sin frescura mental*.

Ah, no escribir con tristeza, en estado de amargura.

Así escribí aquí mi conferencia, con buen ánimo. Salió bien, y no larga de más. Cinco páginas y media de máquina.

Recuérdame que me falta explicarte algo sobre *la vibración mental agitada*, y sobre las vibraciones emocionales agitadas. Hace muy poco que yo he logrado ver esto claro y dominarlas —a ambas— *casi enteramente*.

Yo soy muy feliz de que te acerques un poco a lo hindú. Sólo después de eso a lo budista puro.

Ahora tu vida. En la carta desesperada, yo te exigí —*abusivamente*— el venirte pronto. Poco después me he dado cuenta de que, si te vienes pronto, *querrás irte pronto*, y la separación repetida será peor aún para mí salud —la del cuerpo y la del alma—. En tus cartas de hoy veo que piensas en venirte en un mes más. Tu carta es del 6. Sí, ojalá puedas hacer eso. Salir el 7 de enero. Es buen día.

Te *ruego* hacer el viaje con varias pausas o paradas. No menos de siete, ojalá ocho. O más. Aunque eso te cueste el pagar varios hoteles (1). Yo necesito que tú no recaigas en la fatiga. Pero, óyelo bien, necesito *igualmente* que tú no vayas a perder, o a quebrantar o a retardar, tu vocación, tu oficio, tu creación propia. Ay, yo querría trabajar contigo, a la par, y *lado a lado*. Quiero remarcarte, subrayarte esta mi voluntad y éste mi deseo de que el amor y mi da–da–da– no vayan a malograrte, *a hacerte retroceder* y a quemar tus proyectos así literarios como editoriales.

Vida mía, mi vista está malita. Sigo en otra carta. Yo te pongo sobre mi corazón. Como un sello dice el «Cantar de los Cantares».

(1) Yo te daré eso y la mitad del coche.

12 de diciembre de 1949

Niña mía preciosa:

Estoy con cuidado por ese cheque de ciento cincuenta dólares, que fue en uno de los sobres grandes. Tú no me has acusado recibo de él, vida mía. Hazlo por cable. Dos palabras: «Recibí cheque». O «No recibí cheque». Fue hace más de semana.

Hoy me he cansado. Escribí dos oficios y anduve en Veracruz (cinco horas). Pero, pero yo no quiero que se me vaya el día sin palabras escritas para ti (palabras mentales yo te mando siempre).

Sí, vida mía, sí. Hay en nosotras una «producción» constante de imponderables. Vivimos eso sin saberlo día a día. La forma de tu recuerdo en mí es eso también. Cuando callamos, aun sin vernos estamos viviendo eso. Aun estando con extraños, en un rato de silencio cae eso mismo sobre nosotras. Y yo no he conocido esto antes con nadie. Y, sin embargo, somos los seres más diversos que darse puede. Idénticos en la almendra del alma; diversos y opuestos en lo intelectual, en la cultura. Pero *no* es lo intelectual lo que importa.

Eda Ramelli está aquí hace cuatro días. Y no hay sirviente. Pero ha llegado una amiga que tal vez ayude. Y Lupe está aquí y va a buscarnos criada en el Lencero.

No entres en amores que te separen, que nos acaben el estado en que vivimos. *Ten cuidado*. Tu corazón es muy joven y pide amor físico. Y eres linda y llena de encanto. Cuida lo que tenemos. Yo nada sé de lo que haces, nada.

Te dejo por cansado.

Tu tu tu Gabriela

12 de diciembre de 1949

Vida mía, te escribo corto porque este día ha sido malo. Hizo gran calor y —ya sabes— eso me afecta mucho el corazón.

Hay aviso de certificado en el correo central. Casi siempre son libros que vienen. Parece que tú ya sólo escribes al Hotel Mocambo. Poca fe tengo en eso. Me da trabajo ir a Veracruz; pero lo puedo hacer de mañana, vida mía: a las ocho, por ejemplo. No me gusta la gente del Mocambo. Si tienes esa carta mía, trasmíteme —copiada— la parte de una en que te conté un extraño fenómeno de mi corazón hace días. (Aquello del calor intensísimo allí, como un fuego puro. Yo no lo recuerdo bien.) Nada sé aún de si recibiste los dos sobres *grandes* — *largos* y certificados— que llevaban —uno de ellos, el cheque de ciento cincuenta dólares.

Voy a salir por una fiesta escolar. Mi día ha sido muy flojo. Tal vez me anime. Dora se fue: es bastante inútil y casi analfabeta. Vino en vez de ella una buena mujer, profesora primaria. Está clasificándome la correspondencia. El gobernador Carvajal me habló desde Jalapa: que me manda con el chofer el plano del terreno —o de la casa, no oí bien —. Tengo cierta indiferencia para eso ahora. Tal vez a causa de la caída de estos días. Ha habido mucha comezón y granos (erupción). Pero hoy dormí dos horas y media. Eso siempre me mejora.

Yo quiero saber que no te agotas, que te cuidas, que eres fiel, que vuelves, y pronto —del 8 al 15 de enero—, que yo volveré a ser feliz.

Tu Gabriela

13 de diciembre de 1949

Mi amor, yo estoy mejor hoy. He tenido en el brazo izquierdo un dolor constante. *No* es reumático, ocurre en días de calor.

Hoy es 13, mal día. Yo no quisiera escribirte largo, pero te digo esto: «¿A qué se separan los que comenzaban a sentirse una sola y misma carne? ¿A qué se van lejos? Si el plazo de uno de ellos es *tan corto* ¿Vale la pena lo que ellos hacen separados? ¿Qué ceguera los hace ir y venir, si están viviendo algo inefable que puede romperse o *trizarse*? ¿Es verdad —verdad— que el que se va *ama*? ¿No se va por hastío de su compañero? ¿Un hastío imperceptible pero efectivo? ¿Saben los que se separan si van a volver a verse? ¿Por qué se acepta esa agonía? ¿Es uno solo el que la vive?».

Llegó ayer una excelente mujer, maestra rural en Pachuca, y se fue la niña tonta, Dora. Pero tampoco va a quedarse Ema García, la nueva. Vuelve para enero por las vacaciones y te ayudará mucho porque es toda una ama de casa.

Emma Godoy estuvo. En lo de siempre, pero más prudente. Palma la llama el fonógrafo; y eso es. Eda quedará por algún tiempo. Margarita, se fue a su casa, mintiendo que volvía. Está en relaciones con... Aburto. Este viene mañana con el recado del gobernador, parece que lo que trae es el plano de la propiedad.

Estoy trabajando en corregir y hacer copiar lo de Coscomatepec y lo de las maestras jubiladas y algo sin acabar sobre la tierra. Tengo ánimo para trabajar ahora, aunque la vista anda mal.

Yo te cuento mi vida, pero tú *no me cuentas la tuya*.

Voy a ponerte al pie la marca del único lápiz cuya escritura yo veo bien. Es de Estados Unidos, parece. Por favor, tráeme diez iguales.

Esta es tu casa, y la que habrá en Miradores. Todo lo demás del mundo *no es tu casa*. Procura hincarte esta verdad en el espíritu.

Te espera y vive de esperarte tu Gabriela,

Mal día: 13 diciembre

15 de diciembre de 1949

Hoy 15 llegan, vida mía, tres cartitas tuyas. ¡Gracias! Y hoy, Eda Ramelli me llevó a la galería, donde yo estaba escribiendo... una carta mía, te la mando. Dijo haberla hallado en un bolsillo mío. Ella —¡qué horror!— trajina mis bolsillos. Por algo es *latina*. Yo no comprenderé *nunca* estas acciones. Porque no soy latino —recuérdalo— sino un vasco-judío, dos veces oriental. Voy a ver si ha hallado otras cartas por ahí. (Las guardo adentro de libros. Es *casi* seguro.)

Yo ignoro enteramente tu vida de allá. Supongo que lo ocurrido —*que no me cuentas*— y que fue *grave*, haya sido tu encuentro con el doctor. Espero que me lo digas verbalmente cuando *vengas*. Pero no tengo idea alguna de cuándo vienes. Y me hace falta saberlo. Vino el arquitecto oficial de Jalapa, trayéndome un plano de la casa en Miradores, tú debías haberlo visto. Yo no entiendo de eso. No he vuelto a Miradores. La perforadora sigue cavando. (Mi cuerpo anda débil. Sufro menos que en los primeros días pero hay flaqueza.)

Eda Ramelli se va mañana —para volver en semanas más—. Yo tendré así tranquilidad al escribirte. Ni Emma Godoy se habría atrevido a hacer lo que ella ha hecho. Si se trata de encuentros con el doctor deberías liquidar ya tu apartamento e irte a lugar donde él *no te encuentre. Nadie* que te haya querido puede renunciar a recobrarte. Pero es muy peligrosa la persecución de un hombre en esa tremenda ciudad. *Cuídate*, Doris Dana, *cuídate. Todo* se está jugando allí, de nuestras vidas, *todo. Recuérdalo*, tenlo presente y obra sabiendo esta *realidad absoluta*.

Si te faltasen cartas mías, piensa que puedo andar en Jalapa. O que estoy fatigado. O que sigo despachando cosas para Chile. *Nunca* dudes de mi lealtad y de mi *limpieza, porque las tengo*, Doris Dana, criatura insegura y dudadora.

Me alegra que liquides deudas. Parece que regresarás muy tarde. Procuraré resistir. Tengo ahora más fuerza moral que física.

Sí, Blavatsky40 es exactamente lo que tú piensas: fue más una bruja más que un maestro quizás —yo no tengo esperanza en nuestro futuro común, cuando tú estás lejos. Pero yo procuraré que mi pesimismo no sea ácido, sólo amargo.

Te abraza tu Gabriela

Olvidaba dear: A poco de llegar, Eda se allegó a mi cama y puso su cabeza abajada a un lado mío. Yo me quedé quieta y fija. ¡La pobre! Con lo de ayer que te conté, yo la he enterrado.

Sí, pon las palabras que quieras en inglés. Pero parece que yo no tengo diccionario y *algunas* no las entenderé.

Necesito saber lo que te pasó el día 12 y el 13.

Hoy es día de cartas, y por esto escribo corto.

Me alegra el que no te falte dinero. Pero debo saber cuando te falte.

El Norte furioso de anoche parecía un amor desesperado. Poco dormí.

Escribe, corto pero seguido, y dime siempre la verdad.

Yo soy tuyo, yo no te falto.

Gabriela

16 de diciembre [de 1949]

Yo vivo, dear, unas cosas que me da pena y vergüenza contarte. Pero tengo que hacerlo contra toda mi voluntad. Palma llegó hoy de mañana. Yo estaba en mi cama y yo tenía cartas tuyas bajo mi colchón. Apenas vino parece que sacó una de allí, o bien de debajo de las ropas o frazadas. No leyó nada. Pero Eda Ramelli se ha ido a mis bolsillos y ha llegado con una carta tuya a dármela.[41] Yo no entenderé jamás, jamás estas cosas. A mí me dan ellas vergüenza por mi raza, por toda ella. Parece que no hay más remedio que esto: escribirnos bobadas y saber de nuestra salud. No hay en mí una región del cerebro que entienda estas mentalidades, estas maneras, estos hábitos. Se trata de una curiosidad plebeya, de más, de acciones primitivas. Yo estoy abismado ¿Qué vida voy yo a vivir aquí? ¿Cuál? ¿Es que yo soy un menor de edad? Repito que me da una enorme vergüenza Doris, hijita mía. Tú sabes tener una maleta con llaves. Pero yo nunca he puesto llaves en nada, nunca.

Ignoro si esta carta te llega o no. Tal vez la hago poner mañana en el buzón del hotel. Escríbeme tú *sobre tu salud y tus diligencias*.

Yo necesito *ahora* saber si te llegan mis cartas. Ponme un cable corto para poder saberlo. Ignoro cuándo regresas. Si es a mediados de enero, según yo te lo he casi pedido, tú deberás escribirme a lo menos tres o cuatro veces. Escribe en lengua de periódico. ¡Qué horror! Y esto es parece, uso de civilizados. Yo prefiero mi primitivismo, mi buena fe de niño, mis torpezas rurales, mi alma de árbol salvaje. Yo estoy consternado, sí consternado.

Mi salud no es mala. Tomo mis remedios. He dado hoy, solamente hoy, a mi secretaria, un oficio a copiar pidiendo quedarme aquí. Es muy probable que yo lo haga rehacer, diciendo que me voy en un mes más a Italia. Y eso será desterrarme de la lengua y vivir los peligros europeos. Porque, repito, estoy abrumada de estas dos cosas ocurridas en el mismo día. Parece que yo tenga para la gente un aspecto de

idiota. Solo a débiles mentales se les hacen cosas así. Y yo no olvido ni excuso, porque mis costumbres son otras. Me haces mucha falta para arreglar ese viaje, si puedo hacerlo (1). Te abrazo tiernamente. Te escribo de nuevo pasado mañana.

Tu Gabriela

(1) ¿Puedes tú venirte a México y salir desde aquí conmigo para Italia?

17 de diciembre de 1949

Hijita amor:

Tú has vivido allá un trance de choque —no sé con quién— y yo acabo de vivir algo peor aquí. Te dije en la carta adjunta el hurgar de Eda Ramelli... los bolsillos míos en el colgadero de ropa que está en mi cuarto. Creo que haya hurgado también en todo mi cuarto. Esto me había ya revuelto la sangre. Y lo de Palma de revolver la cama (dice ella que no volteó el colchón). Serían las ropas; pero tiró las frazadas y saltó la carta escrita para ti. Yo estaba, pues, violenta. Y en la mesa empezaron las dos otra acometida. Mi tensión de mente y espíritu ha sido tan grande que he olvidado casi todo el conflicto. Sé que ambas comentaron mis cuentas, muy subidas en los meses tales y cuales. Lo demás, que te aludía sin nombre y que no era lo del dinero sino que apuntaba ladinamente a lo nuestro, se me ha borrado todo. Esta mañana, hoy 17, Palma amaneció de mal talante y entonces yo estallé. Dije que Eda ni ella tienen razón alguna para hurgar en mis ropas, para discutir mis gastos ni para cosa alguna. Dije que me voy, dejo todo lo de la tierra y embarco para Italia. Le dije que no me verá más. Le conté las maldades que te han hecho y dicho aquí, la xenofobia de casi todos los que van a la casa, la obsesión que ella conoce en mí sobre este tema, el horror que eso me da. Me respondió al comienzo con mucha violencia. La cólera la hizo ciega para reconocer nada, para aceptar nada. Pero reaccionó. Volvió después de haber salido, con grande humildad y cortesía. Dijo que estoy ciega, que ella te quiere a ti cerca de mí, que no quiere otra cosa sino que quedes conmigo, etc., etc.

Le contesté que mi cólera y mi dureza viene de una larga *acumulación* de cosas, y que me voy a Italia, que repartiré esa tierra entre tres personas, etc. Que no me importa sino mi paz. Y me he salido a Veracruz a escribirte esta carta penosa. No sé si alcance a ir al consulado italiano a preguntar sobre barcos. A ti espero ponerte un

cable. Mi defensa es esta: llegó hace mucho un oficio en el cual me comisionan para Italia: recorrer al país dando conferencias y escoger el punto que convenga a mi salud. (Me apena el gasto de auto que tú has hecho.) Ahora necesito saber si tú te vas conmigo a Italia. Puedes tomar mi barco en La Habana o donde él haga escala. Lo que preciso es saber si puedes irte conmigo en el *primer barco en el cual yo halle pasajes. Dime esto por cable*. Es la soberbia satánica en la cual vive Palma lo que me ha hecho romper con ella. Pero también el temor de quedar toda mi vida en un país xenófobo. *Y sobre todo* el defender tu paz y tu dicha de este ambiente ácido que crean en torno tuyo casi todas las gentes de aquí. No se puede vivir sin amigos y tú no tienes *ninguno*. Pero, además, yo quiero vivir libremente contigo los pocos años que tú me darás. No quiero perderte, no quiero seguir siendo el ser huérfano y desgraciado que tú conociste. Violentamente, con una especie de furor, yo quiero ser libre y darte a ti la vida de paz y libertad que tú vives en tu propio país. Es lo menos que yo puedo hacer por ti, mientras tú me quieras y aceptes tu vida común conmigo.

Yo estoy en la galería de Veracruz. Vine a escribir esto libre del espionaje *insufrible* de esas dos personas. Eda ya me ha *hartado*. Y la violencia de Palma acabó por *exasperarme*. Me exasperó hasta un punto de que no puedes tener idea. Y es que debo andar cargando mis cartas para ti y las tuyas como si llevase armas o veneno. El despecho de Eda después de aquello que intentó, echando su cabeza cerca de mi cuerpo, contra mi cuerpo en mi cama, ha debido dejarla herida y llena de rencor. Todo su plan conmigo parece que sea el que yo me vuelva a California.

Acabo de releer la carta adjunta, de ayer 16. Verás que ya yo presentía esto. No ha sido, como yo creía, una explosión mía exagerada, sin que yo te lo haya dicho, la atmósfera de odio que has vivido tú aquí me ha cavado una herida secreta que a nadie yo había confesado. En cuanto a la tierra, la repartiré entre tres personas, tal vez Dr. Chávez, Alfonso[42] y los Cosío,[43] tal vez. Me da mucha pena por el presidente. Mucha. Él es un hidalgo, un hombre humano y generoso. Pero es cosa muy grave cambiar su patria por una peor y huir del odio chileno para caer en esto.

Necesito, repito, saber por cable, si tú te vas conmigo. Procuraré

avisarte pronto si hay barco italiano y cuándo. Te daré las escalas para que tú vayas a La Habana o... Puerto Rico a cogerlo. ¡Ay, que así sea! Qué hago yo rodando mundos como una bola de billar. Pero la bola es aquí un corazón rendido, y ensangrentado además.

Palma bajó a hablarme en el auto cuando yo salía de la casa. A hacerme reflexionar, a pedirme que no hiciese todavía ninguna diligencia de viaje que esperase un poquito siquiera. No quise mirarla y le contesté vaguedades. Vine con Ema la de Pachuca.

Y nada más, que ya es mucho.

Te estrecha tu Gabriela

18 [de diciembre de 1949]

Hijita, yo resolví irme a Italia, por dos años a lo menos, tal vez tres. Ayer te mandé unas letras desde Veracruz, sin certificar, porque se pasó la hora. Pero yo creía haberte mandado la carta que va hoy. ¡La encuentro en un bolsillo, de los hurgados por Eda Ramelli y por Palma! No es vida esta de no ser libre ni aun en su casa, y de que lo que una escribe ¡sea leído por cada visita! Es un horror.

Yo funciono por «acumulaciones». Y ya me cargué, me colmé y vino la explosión. En adelante, si quedase aquí, yo no tendría ni a Palma. Es mejor irse y volver —si vuelvo— cuando todas estas miserias estén olvidadas. El bien es para ti: conocer Italia vale por la vida entera.

Pero yo no sé aún si tú me acompañas. Espero cable tuyo en tres días más.

Si no pudieses acompañarme, yo también me iré, solita. Hay en mí en estos días una especie de desesperación. Ella viene del choque que sabes y de este vivir escondiendo mis papeles. No es vida, no, es algo muy plebeyo, y dañado, y dañino.

Decirme enseguida si no tienes para separar tus pasajes. Parece que yo pueda hallar sitio en el barco italiano «Manara». Mi pasaje está listo en México. Cablegrafía por el dinero que te falte.

Me duele que no estés aquí: mis libros y papeles tendrán que arreglarlos las criadas. Me parece mal. Yo llevaré lo más necesario. Porque yo debo volver a causa de esa tierra dada. Estoy agitada y muy nerviosa.

Creo que te corresponde tomar tu pasaje allá y embarcar en La Habana. Me apena eso. ¡Yo soy tan inválido ahora para viajar! Arregla allí todos tus asuntos. Piensa en que no vas a volver enseguida. Desembarcaremos en Génova. Daré conferencias e iremos bajando poco a poco: Turín, tal vez Milán, Venecia, etc. etc. En judíos errantes. Ten paciencia y valor. Por ti y por mí.

Tu Gabriela

18 [de diciembre de 1949]

Doris querida, escribo con lápiz duro y estoy cansado. Si tú hubieses comprendido, pulsado la máquina psíquica con la cual entraste en relación, no habría jugado así al silencio y a las cartas tardías.

Yo me cansé de sufrir. Prefiero irme a Italia en el Manara, el 15 de enero. Solo, si tú sigues en Nueva York ocupada de tus asuntos y negocios; contigo si me sales al encuentro en La Habana. Pena grande, el que todavía no me conozcas.

No estoy enojado. Me cansé, eso es todo. El corazón, o se quema o se cansa. Aúun no sé si hay cabina libre en el Manara.

Tuve hoy carta tuya del 15. Aun no sabías lo de Italia. Gracias.

A pesar de que allá te ocurren «horrores», tú sigues allí. ¿Quieres que ocurran más cosas? ¿Cuáles son las que ocurrieron?

Tu Gabriela

—He trabajado mucho hoy y me cansé, Gabriela

¡Ojo! —Hallé el lápiz bueno: Es: Made for S.A. Dixson, American Graphite, Stenographer, 489 ½-S.

Observa bien que los lápices (12) tengan esa marca completa, idéntica.

Está bajando mucho la vista. Cuídamela cumpliendo este encargo.

Perdona, hijita mía.

Me los traes tú. Y te vienes después de navidad.

Gabriela

20 de diciembre [de 1949]

Sigo la anterior. Acabo de despachar la selección de libros que llevo y lo que dejo en Mocambo. Porque mañana nos vamos al Lencero. Viene acá la familia Ruiz Galindo a pasar sus navidades. Mi corazón está hoy flaco como el de un niño de tres años... Creo que hoy hayas recibido mi carta sobre el viaje a Italia. Y espero que me pongas un telegrama diciéndome si vas o no vas conmigo a Italia. Debí ponerte un cable, para obligarte a contestar. Yo tuve ayer una carta tuya. ¡Gracias! En toda esta mudanza tú habrías ayudado mucho. Pero solo te preocupaba el viaje a Nueva York. Han pasado, creo, casi dos meses y no has vuelto. Me decías que tus asuntos iban bien; pero quisiste hacer allí más cosas y de este modo yo estoy aquí con el viaje mío a cuestas. Creo haberte dicho que, de golpe, me di cuenta de que me dieron una comisión para Italia, con orden de pasaje incluso. Por eso y además por ciertos imponderables, yo he resuelto irme.

Quien más deseaba ese viaje eras tú y ahora *vives* allá, ajena a él y a todos mis asuntos. Es una ironía de las muchas que hay en mi vida. Si tú no te me reúnes en La Habana, no sé a quién hallaré en Italia para que me acompañe, no lo sé, ¡Dios Santo! Para que esta te llegue faltan cuatro días, cuatro. Toda mi vida de aquí es un desastre, naturalmente. Hay una muy buena mujer que me acompaña; pero ignora todo de todas mis cosas. Yo me he cansado también de ciertos fastidios. Los enfermos con poco nos excitamos y exasperamos. Hice mal en poner mi vida entera en manos de una americana. Ustedes son tan fuertes, hábiles y diestras que jamás pueden comprender a las que somos gente casi inválida a los sesenta años. Es un puro desastre la vida en estas condiciones, Doris. Como llegó carta tuya ayer, tal vez no la hay hasta en una semana más. No estoy segura de nada, pues, y debería estar buscando una criada que me acompañe. Mi carta anterior debió llegarte ayer. Pero no hay todavía un cable tuyo. En fin, yo espero ver en claro y dejarte en paz. Ya estoy pesando sobre ti tanto como el

doctor aquel.

Un abrazo de Gabriela

—Salimos para el Lencero. Escribir al Hotel México. Con cuidado.

25 y 26 de diciembre de 1949

Cara Doris:

Hoy, 25, día de Navidad llega tu telegrama. *Naturalmente*, yo haré pagar tu pasaje en México. Supongo que lo cobrarán *desde aquí*. Tú no entendiste lo que había que hacer. Pero yo te dije, *desde antes*, que tus pasajes, *ida y vuelta*, son de cuenta mía. Se trataba de que, embarcando en La Habana, solo se pagase *desde allí*. El consulado de Cuba en Nueva York te habría aconsejado sobre la averiguación de los barcos de esta compañía italiana.

Ahora hay que evitarte lo mismo los errores en La Habana. Es una ciudad hermosa que te va a gustar. Buscas *en el teléfono* la Embajada de Chile. Pides ver al ministro Emilio Edwards Bello, de parte mía. Es un gentleman. Le pides que él te averigüe la llegada del barco Manara, italiano. Luego le pides a él la dirección de una amiga a quien no conozco. Es una muy buena poetisa. Se llama Dulce María Loynaz.[44] Si el embajador Edwards Bello no halla el domicilio, dile que pregunte al «Diario de la Marina» por el marido de ella (no sé el nombre). Le llevas la carta adjunta. Ojalá pueda y quiera mostrarte la ciudad. Tiene auto.

He encontrado la dirección de Dulce María. Es A. N° 102, *Vedado*, La Habana. Su marido se llama Sr. Álvarez de Cañas. Es mejor que tú telefonees *a ella*, diciéndole que le llevas una carta mía. No sobra que veas, si tienes tiempo, al embajador también. Pídele a Dulce María que te recomiende un hotel, bueno y no caro... Es mujer rara, dicen y, según algunos orgullosa y según otros tímida.

Creo que con eso basta. Si te pasa algo malo, habla al presidente Prío Socarrás, a nombre mío... Espero que no necesites mover al gobierno...

Si tienes alguna diligencia que hacer sobre tu pasaporte (la debes hacer en Nueva York) o bien pide a Edwards que te presente al *cónsul* americano, y te recomiende.

Me preguntas sobre las «visaciones de tránsito» para bajar en algunas partes. Pídelas para *Barcelona*, Marsella y Niza (una sola). No sé si quieres bajar en Puerto Rico, supongo que, por ser colonia americana, no necesitas visación. Ignoro si el barco para en Curazao. Creo que es colonia inglesa o portuguesa. Tenerife (Islas Canarias), *españolas*. Es lindo Tenerife. Para en *Casablanca* y otro puerto del *Marruecos francés*. La visa la da el cónsul francés. Lo español, el cónsul de España. *Allí tú* no me nombres. Yo soy antifranquista.

Antes de todo averigua en Cook o American Express si hay visas *especiales de simple tránsito*. Porque las hay. En Casablanca gastarías un dineral pagando visaciones *de permanencia*. Se llaman en español «visas de tránsito». «Visa» es abreviatura de «visación».

Estoy en el Lencero. No puedo preguntar datos a los cónsules, que están en Veracruz.

Yo llevo tres días de cama. Con un reuma agudo a las piernas. Ya ahora no tengo dolores, gracias al ungüento Bengue.

Vino telegrama de Palma que está en Mocambo, en el hotel con Nicolau.[45]

Ella encargó a Paulita *confirmar* los pasajes nuestros *por telegrama*. Paulita... lo olvidó, o perdió la dirección (¡!)

Me extraña esto en el telegrama de Palma. Dice: Van cartas (¿tuyas?). *Espéralas* «*para resolver*». ¿Resolver qué? «*Decidir*», dice. No entiendo. ¿Es que ella no quiere que yo me vaya? Figúrate: ayer 24 he *renunciado* a la tierra de Miradores. Por ciertas miserias del gobierno. Y sobre todo, ante todo, por la xenofobia dentro de la cual tú vivirías. *Me ha dado un calofrío*, lo siguiente. Ayer, Ema García, la que está conmigo, me dice al levantarse: «*Soñé*... que yo decía a alguien "tengo que ver si es verdad que Doris Dana es tan bonita como dicen"...». Traduce eso a lo freudiano.

Las cosas de Miradores me han hecho ver en claro la mala voluntad del gobierno *para dar* esa tierra, que es *del Estado*, no de México. También esto es xenofobia. He renunciado a esta tierra.

Yo no tengo *ninguna* seguridad, *Doris Dana*, de que tú me vas «a acompañar» en Europa y, a la vez, yo sé que mi deber es llevarte conmigo, porque tú *debes* conocer Europa. Tú eres mentalmente una europea.

Sé que como lo has hecho aquí me dejarás «acompañada» de quien caiga, de quien sea. Sé que te irás a Inglaterra, por tres o cuatro meses y a Francia otro tanto. Debo decirte, desde ahora mismo, que te ocupes *allá* en buscarme una «compañera», que no sea una analfabeta como la que tengo aquí. No es posible que ni tú ni Palma me conozcan aún. ¡Qué horror!

No te preocupes por lo del telegrama de Palma. Mañana me levanto para ir a Jalapa, y hablar con ella por teléfono si no hallo las cartas que anuncia. Temo que ellas sean de Chile, del gobierno. Hoy leo en la prensa que ha llegado un nuevo embajador. Y ha habido en la prensa un escándalo (en México) de publicaciones hechas por Neruda contra González Videla.

Seguramente yo te hablo de cosas mías que a ti ya no te importan nada.

Tal vez te apene lo de la tierra. Es mejor vivir libre y sobre todo si me voy a ese lugar, tú —tal vez yo misma— viviríamos dentro del odio de la vecindad india. Y vivir así es tragar veneno cada día. No es una vida eso. Esa tierra nadie me la habría perdonado aquí, nadie. Les he visto la envidia en la cara.

Veo todo como un vaho de niebla. Tu viaje acabó con la piedrecita blanca y pequeña que era *mi* confianza en ti. Si en las cartas me mandasen volver a Santa Bárbara. *Yo no volveré*.

Hasta luego. Añadiré el final mañana, las noticias de Palma.

Tu Gabriela

Vine en visita final a Jalapa. Palma me ha dicho por teléfono que mandó una carta tuya y dos telegramas. Llegó sólo *un telegrama y ninguna carta*.

¡Ay, qué liberación será no volver aquí! Todo torcido, todo mentira. (Ya te conté que he renunciado a lo de la tierra.) La xenofobia comenzó contigo y sigue conmigo. Y el estúpido espionaje. Yo no fui jamás comunista, ni reaccionaria, ni cosa alguna. Jamás tuve partido.

Pero temo que no tomaremos el barco del 15.

Yo te voy a *telegrafiar* la fecha que pides de tu partida de Nueva York para La Habana.[46]

26 de diciembre de 1949

Cara Doris:

No pude, hoy 26, ponerte al pie de la carta los datos de Palma porque esa carta no llegó a Jalapa. Eran datos sobre el barco. Dejaré abierta la presente para añadirlos, si es que Lupe me trae la carta mañana. Fui a Jalapa por comprarme unas cosas, por tratar sobre ese café para Italia que, por no gastar, ¡ahí lo tienen hace un año! Y por telegrafiarte y poner un sobre grueso para ti. ¡*Y olvidé el telegrama*! ¡Qué horror! Pero es que no tenía noticia ninguna clara que mandarte sobre mi barco. No sé ni siquiera si hay cabina para mí; no sé nada, y faltan solo dos semanas. Espero saber mañana al llegar a Mocambo, donde están Palma y Luis. Será para mí muy desagradable quedarme aquí un mes más. (No hay modo de decirte qué día debas tú salir para La Habana. Todo esto lo añadiré mañana en el telegrama.)

Dejé Jalapa, y a largo de la ciudad y de su campo recordé las miserias que nos hicieron. Esos desgraciados creen que yo he vivido allí a costa del gobierno. Les he devuelto esa tierra, porque no quiero volver a vivir la xenofobia ni que yo caiga como Yin. O tú, si llegases a volver allí. El tal Aburto parece que hacía de espía del gobierno. Este nunca aceptó el hecho de que esa tierra fuese de una extranjera. Y mi fama en esa ciudad es de comunista, y de atea, y de soberbia. ¡Ah, estoy harta de xenófobos y de patrioteros hediondos! En Italia hay la costumbre de ver al extranjero por todas partes. Hay —en los comunistas— alguna antipatía hacia los americanos, pero la aristocracia *y los católicos*, dos tercios del país, son yanquistas.

Sigo mañana, si llega tu carta. Te contestaré sobre tu cable cuando sepa qué decirte. En Mocambo *tal vez* me voy a la casa de Paulita. También estoy harta del odio de los sirvientes de Antonio Ruiz Galindo. ¡Hasta ellos!

27 de diciembre de 1949

Hoy 27 amanecí mal a causa de la subida a Jalapa y la bajada brusca. Pero hoy a las cuatro bajaremos a Veracruz.

Estoy ordenando un horror de papeles. Con Ema García, xenófoba también... Pero esto se va a acabar. Te repito que tus pasajes son de cuenta mía —ida y vuelta—. Te dije de pagarlos allá, porque se evitaba el pago México-La Habana. Rara vez tengo la cabeza clara para escribir cartas cuando estoy cargando yo sola con la pobre vida mía. Eso de vender tú el coche para pagar tu pasaje *me alteró la sangre*. Yo creía que tú tenías dinero para pagar sabiendo que eso lo recobras. (Parecen perdidos dos cheques mandados a Chile.)

Ve si puedes llevarme de allí vitaminas, naturalmente por mi cuenta. Las que me dejaste aquí me han servido mucho. Sin ellas cae mucho mi fuerza.

No te digo más porque voy a trabajar aún con los papeles. Olvidé ayer mandarte las cartas para La Habana. Van ahora. ¡A ver si te llegan! Voy a poner esto en Veracruz. Parece que lo peor es Jalapa.

Dios te cuide. Ponte en sus manos.

Gabriela

28 de diciembre de 1949

Querida:

Yo encontré aquí dos cartas tuyas. Una más dice que fue mandada a Jalapa...

Me ha dejado asombrado el que tú a pesar de tu «espíritu de sutileza», no hayas entendido el triste porvenir que te aguardaba —a mí también— en una vida mexicana, especialmente en el campo. No quiero cansarme contándote «cosas». Solo va esta.

Fue un grupo de cuatro damas (señoras) de Jalapa a despedirse de mí. La más inteligente me contó esto: La dama x le preguntó si ella no le había confesado a su confesor que ella me visitaba. Porque yo soy «una atea y una comunista horrible». Tú ignoras el odio y la xenofobia de esa ciudad para ti y para mí. ¿Y el odio negro del mulato Lupe para ti? ¿Crees tú que por un regalo de tierras y teniendo como enemigo al propio gobierno yo debía quedarme *contigo* allí? ¿O es que habías decidido el no vivir nunca allí conmigo? (Margarita me acaba de contar el furor de Lupe en contra tuya).

¡Ay, desgraciados italianos (quince mil) que irán a vivir en el campo y en las ciudades chicas, en meses más!

Tal vez en tus consejos no hay sino tu subconsciente que te aconseja «arreglar» mi vida en México de modo que tú no estés *obligada* a acompañarme.

Tú puedes dejarme solo en Italia. Sosiega tus inquietudes por eso; yo sé que tú me faltarás, *que* tú me dejarás en un año más, tal vez antes.

Sí, yo comprendo el que tú quieras obtener dinero por tu trabajo literario. (Aunque deberías saber que todo trabajo de índole *fina* no es popular, no gusta a las empresas americanas y al *público* de allí.) Pero como he estado enfermo casi todo el tiempo desde que te fuiste, Doris, es natural que yo te haya pedido, *antes*, venirte pronto. Mido y cuento ahora el tiempo que yo duraré y *sé que será muy poco*.

Yo he querido indemnizarte *un poco* —con esa casa de Monrovia—

de lo que tú pierdes por acompañarme.

(Llevo una semana de digerir una bilis *negra*, absolutamente negra como la tinta. Nunca tuve eso antes).

Tú has probado el odio mexicano en tu carne, un año. Eso no tiene remedio alguno. Tú has *mudado de opinión* al respecto y deseas para mí esa vida, con una ciudad en la cual dicen todos que soy comunista y atea y con cientos de mulatos para odiarme en el campo. Yo soy *espantosamente sensible* al odio de las gentes. Yo pretendo el amor, *porque yo lo doy*.

Estoy muy tranquilo de haber perdido esa tierra. Un huerto de frutales con media hectárea en Italia vale más para la felicidad que las sesenta hectáreas de esos xenófobos. Tú olvidas que Yin era abofeteado en su colegio *constantemente*, por aquellos mulatos. Yo no puedo olvidarlo. *Ni perdonarlo*. Yo no volveré nunca a México; espero en Dios no *necesitar* volver aquí. Y si toda la Europa latina tiene xenofobia, me iré a Suiza, donde no la hay. O a la Argentina.

Puedo retardar en un mes como tú quieras, nuestro viaje. El barco italiano parece que es muy pequeño. Veré manera de que vamos a La Habana. Voy a preguntar si salen de allí barcos grandes. Pregunta tú si salen *de Miami. No lo olvides*.

Me alegra el que arriendes tu apartamento. Pero procura llevar a Europa tus libros necesarios. Yo veo en esto también el que tú quieres volver *pronto* de Europa a Estados Unidos. El dinero que ganes, ponlo aparte en un banco para los (¡!) viajes que tengas que hacer de Europa a Estados Unidos. Para eso, yo *tal vez* no tendré dinero. Pero para *todos* tus gastos de vida yo tengo y tú no pondrás nada ni *en este viaje* (pasajes) ni en ropa y libros que compres en Europa.

Te dejo sin dejarte. Yo te siento criatura perdida para mí. Pero yo te soy fiel.

Gabriela

28 diciembre. Mocambo. Llegamos ayer. El chofer se robó el reloj...

30 de diciembre de 1949

Hijita mía, cada noche yo te escribo, pero al día siguiente rompo la carta. Porque mi pesimismo es grande en relación contigo, desde que tú prorrogas el plazo de regreso una y otra vez. Yo te siento día por día «tesoro perdido» y sé además que ustedes los americanos detestan el pesimismo, odian la amargura, y yo vivo en un pozo de eso, de amargura.

Llegan hoy una carta del 26, dos, del mismo día. Yo he pasado mal varios días: una evacuación (popo) negro *como la tinta* y después verde: el hígado, bilis. Esto ha durado tal vez una semana. Hay un gran enflaquecimiento y el corazón está muy flaco, a veces.

Fueron hoy dos cartas. Te explico el asunto de tu billete de barco y lo repito ahora: tus pasajes, de ida y vuelta, son de cuenta mía; pero yo no quiero que ese cheque que va, vaya de mí a Palma. Te lo mando adjunto: son quinientos dólares. No recuerdo el valor exacto del pasaje. Tú haz allá otro cheque para Palma, quien ha pagado tal vez *algo* para separar el billete. Y para evitar que ella vea el cheque en el resumen, mándame una carta inmediata para el banco, yo copiaré, indicando que *los resúmenes del estado de mi cuenta* —creo que son mensuales—, NO LOS ENVÍEN A MISS EDA RAMELLI, POR HALLARSE ELLA EN MÉXICO, sino que vengan directamente a mí, a HOTEL MOCAMBO, VERACRUZ, MÉXICO. (Lo marcado con letra grande debe ir textual. Hazlo de inmediato, vida mía y me lo mandas para que vaya con mi letra.)

La discusión con Palma no fue tan grave, de mi parte, como tú la crees. Y no creo yo haber hecho ninguna injusticia; mi tono, eso sí, fue *fortísimo*, me indigna el que hurguen mis cartas y la chequera. Eso es todo. *Procura tú comprenderme*.

Anteayer vinieron ella y Nicolau, *en una visita casi de etiqueta*, Danita, casi eso. Me porté con cariño y naturalidad, porque la cólera a mí se me va pronto. *Ya ni recordaba yo la pelea*.

Me duele mucho más que estés vendiendo auto y fonola. Porque *palpo* en tus cartas que tú querrás volver, *y pronto*, y te va a doler mucho haber perdido ambas cosas. Esto ya te lo he dicho por teléfono y además en carta que no recuerdo si fue o no. Porque yo he vivido casi una amnesia —tú no lo has advertido, Danita; mi memoria mejora *lentamente*, a Dios Gracias.

Ojalá, Dios mío, yo te haya dicho realmente por teléfono de *no* vender el auto. No sabía lo de la fonola.

Mi amargura viene de que estoy cierta de que me vas a dejar solo en Europa después un año, para volver a tu ciudad infernal, donde tú recobras la vida entera, tu pasado, en el cual *yo no existo*.

Escribo a máquina porque me duele mucho el ojo izquierdo.

Creo haberte dicho por teléfono que, por evitar el viaje en el «Manara», que dicen es barco *muy pequeño*, he postergado el viaje para mediados de febrero. Recuerda que hice esto también porque tú me has hablado —escrito— de la utilidad que hay para ti en seguir haciendo tus diligencias por el libro y las colaboraciones— artículos o cuentos tuyos.

Dicen que el barco de febrero —el Gritti— es un poquito más grande que el otro. Y como tú me has dicho —alabado sea Dios— *que te vendrás a México, para embarcar aquí mismo*, ya no hay nada de esperarme en La Habana. Saliendo de Veracruz, solo haremos allí una parada corta, muy corta. Procura entender esto bien. Tú vienes a México, Danita, hacia fines o mediados de enero y tomamos el «Gritti» en Veracruz, del 15 al 16 de febrero.

Las cartas que he roto te rogaban, *una por una*, no dejarme más tiempo en esta noche negra de ausencia y cayendo de más en más en el enflaquecimiento del cuerpo y la derrota del alma, a causa de los *estados de angustia* que vivo cada noche y también en pleno día.

Ahora la guerra. He visto claro que la temes mucho y que piensas en escapar de Italia, creyendo a la vez que yo me quedaría allí adentro. Porque, en el subconsciente tú *no te ves ni viviendo ni muriendo conmigo*. Es toda una confesión. Si hubiese allí una invasión rusa, yo creo que los invasores no me volverían rehén; habría gritos de varios países hispanoamericanos y ellos no buscarían este escándalo. Hace tres años que los diarios viven de azuzar la guerra.

Ha llegado un librito ordinario, de astrología. Salen muy mal los augurios para los nacidos el 7 de abril. Yo espero que tú tengas datos mejores y que en nuestra vida del año 50 tu suerte neutralice la mía... El libro no vale sino para la América del Sur.

Yo estoy otra vez en Mocambo. Ha habido varias cosas desagradables en este mes: renuncia a la tierra, por miserias del gobernador, la despedida de Margarita, que se volvió toda ella insolente. Dice Lupe que tiene los pies llagados y las manos estriadas por la sífilis. Pero el tal Lupe es también un falso y un alma fea. Todo esto me ha impresionado y dañado el hígado.

Recuerda que tú me pediste, por teléfono, aplazar el viaje. Yo, esta es la verdad, no deseo otra cosa que irme. Pero el barco tan chico me ha hecho aceptar la prórroga.

Y recuerda que yo necesito parar este proceso de desintegración física que estoy viviendo, Doris Dana. Y parar eso es venirse no tomando de enero sino la mitad, a ser posible, o veinte días.

¡No te apenes por la tierra! Yo no quiero que tú vuelvas a vivir, a *vivir*, aquí. Comprende tú *mis razones*. Son las tuyas.

Te abrazo.

Gabriela

Mañana va cablegrama. Hemos llegado hoy tarde y cansadas.

1950

1 de enero [de 1950]

Hijita mía, querida:

Ayer 31 de diciembre te puse un largo cable diciéndote que partiríamos para Italia en un barco de febrero, el Andrea Gritti. Y hoy, hoy 1°, me llegaron dos visitas, providenciales, a decirme que *no* hay barco italiano *en febrero* y que los barcos españoles van solo hasta Barcelona y los demás no entran al Mediterráneo...

Con lo cual, si perdemos el barco *del 13 de enero*, o sea el «Manara», no tendríamos barco hasta... el 13 o 15 de... marzo. Y yo no querría, no, quedar aquí tres meses más, provocando la cólera del Potro Negro.[47]

Después de todo esto, vida mía, yo he leído una carta de Palma —mal leída antes— en la cual me dice, casi claramente, pero llena de malicia, según ella es, que ella *no* ha pagado mi pasaje ni separado el tuyo para el «Manara» del 13 de enero...

Quedé a oscuras. La llamé (a Palma) por teléfono. No estaba y dije el asunto a Nicolau; que yo debo irme antes de un mes y no en tres meses más. He vuelto a llamar a Palma y no está en casa.

Por lo tanto, dear, el cable que te puse *no es válido*. Tampoco en las «paradas», que hará nuestro barco, pues mis visitas —dos señores— dicen que el Gritti para primero en Nueva Orleans, luego en Colombia o sea en Buenaventura, luego en La Habana. Es una barbaridad todo esto y me deja colérica.

Mañana, 2, hablaré con Palma para saber lo definitivo.

Espero que tú hayas comprendido que yo te mandé un cheque por quinientos dólares para pagar tu pasaje. Fue ayer. Te encargué de tomar allá *otro cheque*, con ese dinero y *mandarlo* —de urgencia— a Palma para pagar tu pasaje en México. Y ahora temo que tú lo hayas pagado ya en Nueva York. Pero tú ya sabrás *que yo, yo*, pagaría tu pasaje. Solo que no he querido mandar *yo* el dinero a Palma sino *que lo mandases tú*.

Mañana 2 te pondré otro cable. Mis visitas me traerán antes de la doce el dato de si *mis* pasajes (los dos) están tomados —el tuyo y el mío— o no lo están para el «Manara» del 13 de enero. (No hay barco en febrero; el Gritti es… de marzo, repito.)

Luego, yo te pondré otro cable a ti; segundo cable para *trasmitirte el resultado*.

Todo esto pasa porque tú no estás aquí, porque yo no sirvo para estas cosas y porque Palma no quiere que yo me vaya antes. Y muchas cosas malas seguirán pasando porque un viaje no se prepara por tres personas a la vez.

Estoy inquieta y *muy* fatigada, mucho. De ordenar tres maletas. ¡Y en vano!

Te abraza tu

Gabriela

[Enero de 1950]

Doris querida:

Gracias por tu carta larga, muchas gracias. Me habrías dado tranquilidad con solo escribirme corto pero con frecuencia. Tú no has visto hasta dónde yo soy una nerviosa y una hepática, más una cardíaca. Porque mi cara de palo (madera) engaña a mucha gente.

Me parece muy mal el que, por hacer gastar dinero, los dentistas americanos quieran tirarte los dientes. Eso hicieron conmigo: tenía tres malos, tres de arriba; los tiraron todos, ¡qué horror! Me pesa eso todos los días. (Dime cuanto te cobran por eso, en todo caso.)

Por favor no viajes en avión. De ninguna manera. Ven por tren. Tenle paciencia al tren.

Ignoro si recibiste el dinero mandado (quinientos). *Decírmelo*.

Tu alma, bastante clarividente, te ha hecho sentir mi estado de angustia. Pero yo te espero, sí, sí, limpiecita.

Cuida tu corazón. El ajetreo lo fatiga mucho (Acaba de morir de un ataque cardíaco el presidente Méndez Plancarte).

No me dices si has visto a la Sra. Miguel.

Va el poder. En el «Who is Who» están mis *datos* completos. Son varios más.

Yo te agradezco de todo corazón tus gestiones con las editoriales.

Dime el valor de tus pasajes por tren Nueva York–México.

Ha estado aquí tres días Margarita Michelena.

Palma va a venir. He hallado varios poemas míos olvidados.

Tu bendita carta me ha hecho mucho bien. Vuelvo a decirte ¡gracias!

Ema García me cuida mucho.

Ignoro si Palma ha separado o pagado tu pasaje.

Dios vele por ti y te dé fuerza.

Tu Gabriela

5 de enero [de 1950]

Cara Doris:

Yo he esperado estar tranquila para escribirte y darte a ti misma tranquilidad respecto de nuestra nueva situación porque supongo que te dé ahora inquietud viajar y vivir algún tiempo conmigo después de mi choque telefónico contigo.

Si tú te das cuenta de que vivirás muy poco tiempo conmigo, no tendrás miedo ni fastidio (hastío). En Inglaterra deberás quedar a lo menos tres meses; tal vez otro tanto en Francia. Por lo tanto habrá solo seis meses o cinco de vida común conmigo. Y si tú quieres volver antes de ese tiempo, podrás hacerlo. Me basta con que tardes el tiempo necesario para hallarme, escogerme, en Italia una buena cocinera y una persona que me acompañe.

Tranquilízate, además recordando que yo *acepté* vivir con Coni, aunque no hablase ella conmigo, varios años, tres, parece. Tranquilízate, pues, *por tu libertad*. Tú podrás en Italia, lo mismo que hoy en Nueva York, *hacer lo que quieras*. No voy a hacerte «escenas» ni delante de la gente ni a solas. Descansa en esto.

Hoy he mandado a Palma el saldo de tus pasajes. Tú le habrás girado desde allá quinientos dólares. Son quinientos setenta y cinco (creo) y yo le envío el saldo hoy. Te mando esa carta de ella solo para que veas que no se cambian ni postergan estos pasajes. El «Gritti» sale en marzo, como ves. (Las marcas fueron hechas para contestar a Palma por teléfono y aceptarle las cosas principales.)

Es absolutamente necesario que yo añada esto; si tú no deseas ahora viajar hacia Europa, hazlo, hazlo. Solamente es necesario que me pongas un cable diciéndome *pronto*, *pronto*, que no deseas ir. No tengo a nadie, pero puedo hallar a alguien todavía. O hacer que me acompañe, partiendo de Chile a Italia, Doña Carmela Errázuriz. El pasaje (billete) tuyo tal vez pueda venderse por poco precio, *rebajado*.

Para todo esto yo necesito que me comuniques *enseguida* tu

resolución última.

Está aquí Margarita Michelena con otra amiga. Se van pronto pero vendrán otras. No estoy sola. Puedes quedar allá en Nueva York cuanto desees y necesites.

Y no más por ahora porque tengo quehacer. Mi salud no es mala. (1)

Gabriela

(1) No vuelvas a obrar conmigo por caridad; obra según te pide *tu vida verdadera*.

8 de enero [de 1950]

Sí, tú encabezas la carta según lo actual: «querida, querida, querida». Pero ya pasó *lo otro*. En mí no. Yo te digo: amor, amor, amor.

Gracias por tu cable. Ay, ¡yo espero que la salud no me estropee nuestro viaje! Hoy mi corazón —en día sin calor— no ha andado nada bien. Y ha vuelto la bilis negra, sin razón precisa. La única alegría de esta semana ha sido saber que haces poesía. Pero me ha punzado la pena de que solo la puedas hacer lejos *de mí*. Vergüenza me da —y dolor— que hayas tú perdido por culpa mía y de la casa un año tres meses sin escribir. Pecado me parece si tú no aprendes a liberarte, en Italia, de la casa *y de mí*, y tener cada día un tercio de libertad y sosiego, yo tendré que separarme de ti, porque te daño en lo más sacro del ser —en la vocación— y la misión. ¡No sabes tú cómo me duele esto! Y todo el asunto se resuelve en esto: Tú *me guardas cortesía*. Y eres incapaz de salvar un solo día para ti, para tu alma. Esto no debe seguir. Yo tendré, en Italia, que dejarte sola una vez a la semana e irme a algún pueblecito. Para que escribas, sí. Y yo he deseado muchas veces que tú escribas lo tuyo *a mi lado*, a mi lado. Porque yo olvido siempre, siempre, que tú no me amas de amor. Los cuarenta días nuestros que faltan para el viaje deben ser *de resoluciones*. De enmienda en el rumbo. Si tú *realmente* no puedes hacer lo tuyo cerca de mí, hay que vivir un tercio cuando menos de la vida separadas. Ay, yo quisiera decirte mucho más, pero tengo el ánimo muy deprimido, dear. (No hago cotovías hace tiempo.) Levanta tu ánimo y sigue trabajando. Y lee en tu periódico (el cable), las noticias de Italia. Hoy las había malas. Pero toda Europa está mal. No tengas miedo, peor es vivir en pueblo chismoso. Al fin pararemos en una isla del Atlántico, en... Jamaica. (Enséñame a leer inglés.)

Te beso y quedo contigo, a tu lado, en silencio, oyéndote el corazón.

Gabriela

8 de enero [de 1950]

Vida mía, son las 11 p.m. Yo vengo del hotel donde hubo una fiesta de las niñitas de México que bajan a conocer el mar... Yo estuve contenta con ellas, y creí que estaba con fuerzas; pero llegué con el corazón malo. Yo tuve anteayer otro «derrame de bilis negra», grande. No he tenido molestias. Pero el subconsciente está lleno de angustia. Vivo como partido en dos: un ser que sabe que no le sucede nada anormal y el otro que sabe su desgracia —la ausencia. Esta se parece mucho a una muerte chica. Es como una esterilidad de todo el ser. También como una demencia, también como un despojo infinito.

(Te encargo una boquilla, no elegante, corriente).

Yo cuento los días. Creía que eran diez los que me faltan para recobrar mi vida normal. Pero son doce. Dios me dé paciencia y me levante esta *ansiedad*, que es una tensión muy grande del espíritu y de la carne.

No hay para mí en el futuro sino una de estas cosas: o tenerte siempre conmigo, cosa que no puedo pretender, o hacerme una consciencia tranquila de que te voy a perder en uno o dos años más.

¿Dónde estuve yo contigo, dónde yo fui tu compañero de toda la vida que me cuesta un tormento tal perderte? ¿Qué tiempo llevo sin ti? ¿Son realmente un mes veinte días? Yo quisiera morirme pronto para evitarte a ti mi carga, esta esclavitud que se va a volver para ti la piedad que me tienes, *tu gran caridad*. (Dios te la pague.)

Me pesa haber postergado el viaje a Italia porque ya estaríamos allá y estaríamos informados «de visu» y sabríamos si allí o en otro sitio está nuestro «foyer» (hogar) nuestro idilio y nuestro sosiego y *aplacamiento*. No lo retardemos más allá del 15 de marzo, no, Doris mía o de otro, y de quien yo necesito violentamente.

Tu Gabriela

15 de enero [de 1950]

Niña mía Doris:

Hoy es 15, ayer se fueron los Cosío. Estuvieron cuatro días y yo no te he escrito por eso. También porque te siento muy unida a tu ciudad, muy dada a ella... Yo estoy fatigada de hablar y no bien de salud. (Te espero desde hace mucho para una consulta con un médico.)

Palma sabe de ti que te vienes el 25. Yo, que vienes el 20, te *veo* muy aferrada a Nueva York. La paciencia ya se me va acabando. Es mejor decirme *siempre* la verdad.

No me hables nunca de préstamos. Yo no soy prestamista. Tú no me debes nada. Yo solo quiero que pagues todas tus deudas y que conmigo no gastes nada, pero nada, *a fin de pagarlas*. Y que vengas para salir por fin de ese testamento mío, siempre atascado en la notaría. *Me urge eso*. El otro punto para el cual te necesito es la *organización* de mis gastos y que tú hagas mis cuentas con la chequera a la vista. Porque necesitamos salir de aquí llevando para Europa a lo menos cuatro mil dólares *libres*. Todas estas cosas no me dan tranquilidad y no quiero que los extraños hagan mis cuentas. Aparte del estado de ánimo que me crea tu ausencia, del cual prefiero no hablarte sino cuando ya estés conmigo —si es que vuelves, que aún lo dudo—. Solo hoy «realizo» el que no llevas de ausente más de dos meses. Pero las medidas se cuentan por el tiempo *vivido* en el espíritu y este tiempo ha sido para mí eterno.

Yo no quiero vivir enseguida otro infierno semejante. (Tráeme boquillas y filtros de boquillas, dear.)

No más hoy. Espero que llegues a México el 20. Y espero neciamente, porque habrá otra prórroga. ¡Qué horror verte tratar en niña a mujer vieja!

Gabriela

17 de enero de 1950

Dainita:

Después de muchos días, este ha sido el único en que yo he trabajado con fuerza y utilidad. (Me puse a juntar el material sobre México que he escrito aquí. *Da para un librito*, creo. *Recuérdamelo*.)

El resto del tiempo ha sido como una materia muerta.

Ay, Doris Dana, o vives tú conmigo o nos separamos. Para que yo *aprenda* mi despojo como cosa definitiva. Pero este «mal vivir» que es la separación *frecuente* yo no puedo con él, no puede este corazón flaco que llevo, corazón en llagas como los mendigos españoles.

Tal vez te escribo esta noche del 17 porque algo me dice que no llegarás el 20. Tú eres a la vez *muy seria y muy voluble*. Yo *sé* que te cuesta mucho arrancarte de la terrible ciudad, *desprenderte* de ella. ¿Quién te retiene allá, *quién*?

No me trates como a un niño. Yo parezco eso, pero yo no soy eso. Y es un mal comienzo esta vida nuestra hecha de encuentros y de separaciones...

Tú olvidas, y tanto, que yo llegué a ti saliendo de una tragedia, a la cual siguió la farsa repugnante de Coni. Esas son heridas, una en el amor, la otra en la *buena fe*. Recuerda esto y no dañes una sensibilidad tan magullada como la mía.

Yo comprendo, sí, comprendo que ningún americano puede quedarse afuera de la psicología del amor que tiene su pueblo y que forma parte de la pasión vuestra (americana) de la libertad. La nuestra es espantosamente opuesta. Nosotros, como raza vieja y —no lo olvides— tradicionalista, vivimos el amor como una esclavitud cerrada y voluntaria. Yo estoy viviendo eso contigo aunque tú no te des cuenta de ello. Es muy difícil, mucho, el *emparejarnos* en esto, volvernos esto ambas para ser felices.

Pero yo *siento* que tú, a pesar de tus hábitos de libertad absoluta, me has hecho grandes sacrificios, has sacrificado mucho de tus hábitos, de

tu costumbre, lo mismo en la vida que en el amor.

Yo también, aunque tú no veas este hecho, te sacrifico constantemente alguna cosa, me sofoco el alma, me domino y callo ciertas quejas y protestas que me dictan mi temperamento y mi costumbre. El amor se sacrifica con alegría. Pero no siempre él puede sacrificarse *enteramente*, vida mía. Ni día a día.

Tu manía ambulatoria, tus dos vidas en lucha es lo que no nos deja *ser* felices: a mí me destrozan tus ausencias de mes o más y a ti te amarga la ausencia de Nueva York y te inquieta —esto lo comprendo — el haber *paralizado* la publicación de tus cuentos y de tus libros. Ay, ambas tenemos, parcialmente, la razón, ambas. Y es preciso que hallemos una salida a esto, a este «impasse». Puede acabar con *todo*. *Todo* es para mí el acuerdo doble que tenemos, el convivio, el idilio, la fiesta, el éxtasis. Tal cosa merece sacrificios, merece todo para ser *puesto a salvo*.

Lo único que, en realidad, yo te pido es sacrificarme algún tiempo. Estoy segura de que no viviré mucho, *cierta estoy*. *Dame esto*, si puedes.

Hay en nuestra vida dos planos que juegan en una manera de dibujo futurista: el presente y un pasado nebuloso, un pedazo de eternidad hacia atrás, de vínculo inefable del cual nada claro sabemos. Y este lazo, misterioso, enteramente oscuro, obra sobre mí mucho más que sobre ti, porque tal vez en otra vida fui yo, no tú, quien quiso más, quien amó más. Este es el lugar y el tiempo de igualar las proporciones, de *acordarse*, de llegar a la justicia y a la igualdad. Eso me apaciguaría, eso sería la perfección y por ahí *la paz*. No tenemos a ésta aún.

Estoy esperando de un momento a otro un telegrama tuyo en que me digas, que no partes el 20... Como siempre.

Yo te pido ver claro en ti, Doris Dana, y obrar según lo que sepas de ti misma. Yo quiero la verdad, aunque estoy segura de que ella no me va a ser favorable sino adversa.

Yo me voy fatigando de *esperarte* o sea de que me quieras en la medida en que te quiero yo.

Tuya

20 de enero de 1950

Hijita mía Daine, sea porque yo no leo bien el diario, sea porque solo ahora las cosas se ponen graves, yo leo solo hoy noticias muy serias, y el reconocimiento de Franco... Temo que la guerra venga y que tú sigas allá *y quedes allá durante toda la guerra*. Yo debo saber esto, dear, yo debo saberlo. Si la guerra viene, yo pediré quedar en México.

Como tú no tienes conmigo —¡aún, aún!— confianza alguna, no me has *recordado* que debía mandarte algo para tu pasaje: Nueva York-México. Solo ahora mi cabeza trascordada se acuerda. Y te mando *adjunto* un cheque por doscientos dólares. Solo es la mitad de tu pasaje; el resto te lo daré aquí por razones que te daré cuando vengas. Si tú piensas, por las noticias de guerra, en *no* venir aquí, *te pido y ruego decírmelo enseguida*. Porque entonces tengo que hacer de inmediato varias cosas. (Te las detallaré en la próxima carta.)

Estoy nerviosa y debo salir para Veracruz. Te escribiré largo mañana o pasado. Cuando sepa más sobre la cuestión internacional.

Te abrazo tiernamente. ¡Coraje, y alegría, y esperanza!

Tu Gabriela

[Enero de 1950]

Dainita querida:

¡Qué dulce fue oírte! ¡Es tan raro que tú me recuerdes y hasta me hables por teléfono! ¡Yo soy un tal fracaso en relación contigo! Nunca puedo *retenerte* a mi lado; siempre ocurre que te pierdo, y aun cuando estás conmigo no soy para ti sino una niña boba y canosa, habladora de más, chocha y... terriblemente apegada a ti. Por esto aprecio tanto un llamado tuyo, y el tener tu voz después de perderte. Toda nuestra vida es un casi ganarte y un perderte siempre, y la repetición *atroz* de esta historia —venir y partir—, darme fe y enseguida rebanarme la fe va a acabar trágicamente, racionalmente en un corte definitivo. Y en este corte yo espero en Dios *acabarme*. Para no ser carga tuya, chiquita mía, niña inconsciente hasta hoy *de todo*. Inconsciente, digo *desde el comienzo hasta el día de hoy*.

Yo no podía decirte por teléfono que me duele molestarte con cartas y llamarte por teléfono, *que no me siento con derecho a nada*; que en cuanto tú te vas la poca fe que he ganado se derrite y se acaba. Y solo me queda una cierta vergüenza *de haber pesado* sobre ti por meses, de haber creído y esperado, para acabar con la separación y el corte. Y sé que volveré a repetir lo mismo en cuanto vuelvas; que volveré a engañarme, a creer y a confiar, para sufrir por segunda y tercera vez la misma experiencia amarga: *que no te basto*, que necesitas de Nueva York y de toda tu gente, desde la primera a la última, que yo solo te he dado un poco de entretención. Doris Dana. Deinita, preciosa niña: es pena muy triste el no haber sido tu madre y el no quererte de ese modo y darte con ello tu gusto, hacer tu gusto, lo que tú desees, lo único que desees.

Esta vez he conseguido algo nuevo de mí misma: verte y saberte perdida. Y nunca ganada, además. Tú puedes venir cuando lo quiera tu capricho y tu coquetería. Yo he logrado de mí solo esto: no exigir nada y entender lo que pasa en ti *y no reclamar*. Ni llorar. Es alguna

ganancia, y tú misma ganas, porque ahora *no* te mando *gritos* en las cartas. Ibas a venir el 20, luego el 25, luego el 27. Ven cuando quieras; recuerda solamente que el barco parte el 16 de marzo. Por razón que no entiendo, por una gracia oscura cuyo origen no sé, yo no lucho ya contigo ni te llamo a grandes voces. Te espero sin repetir ninguna fecha para consolarme; puedes llegar mañana o en marzo; no te voy a hacer un ataque histérico. Te ofreceré té y que descanses. Me gustará verte dormir, eres linda de dormida como de despierta. Eres siempre una criatura de selección y un poco orgullosa, pero correctísima, espiritual, delicada, *con raza, con cierta aristocracia* natural.

Nada ha cambiado en mí Doris Dana, excepto el haber quedado sin ti. *Yo soy tuya. Yo te amo. Yo no soy sucia como me crees*.

Gabriela

14 de junio [de 1950]

Cara Doris Dana:

Yo no he recibido de ti sino dos telegramas. Supongo que estuviste muy ocupada en México D.F. Pero me basta saber que estás bien y que no tomaste avión para Europa, aunque lo tomaste para Nueva Orleans, lo cual me parece barbaridad. *Ninguno tomes en Europa*.

Llegó una procesión de cotovías enfiladas. También los pañuelitos. ¡Tantas y tantas gracias! Hiciste muy mal en distraer tu dinero en esos libros, caros y muchos.

Espero que no te acabes de deshacer corriendo por las calles tremendas de tu Nueva York, ciudad apocalíptica. Tú te gastas bárbaramente correteando incluso por diligencias mías. Ten lástima del cuerpecito tan débil y... provisorio que Dios te dio... Si logras vender esa antología de mis versos, deja allí ese dinero como cuota mía para el coche que quieres —o que querías— comprar. No lo mandes acá.

Te encargo llevar contigo a lo menos un libro español. Porque vale la pena que no pierdas una lengua que cogiste como por gracia tan rápidamente. Y te repito —diez veces— comer bien en esos países para no deshacerte como una burbuja y desparecer de la luz de este mundo...

Palmita sigue conmigo y en gran actividad con mis borradores. ¡A ver si sale «Lagar», libro que aún no consigo «realizar» en mí! Parece un hijo mío rarísimo, tal vez por estar hecho en cuatro o cinco lugares del mundo. Anita, naturalmente, no ha venido. Ni dice cuándo viene ni si viene... Parece que voy a tener gente a quien colocar en Miradores. Es una viejita india con dos hijos varones y mayores y una hija además. Mañana iré con ella a ver si han puesto algún tijeral siquiera en la casita. Porque solo *comienzan* un murito (muro) para ensanchar la cocina. Ya he arreglado lo de la recompostura de la casita blanca. La acabarán en dos meses. De Chile no sé nada, excepto el

viaje y la visita de Truman a Chile y al Potro Negro... ¡Qué barbaridad, Doris Dana! Perdón por el atraso de las cartas de presentación. Espero escribir hoy las de Inglaterra. Las otras son menos urgentes. Tengo clara impresión de que el correo toma cartas. La tuya vino con señales de eso. El apartado no mejora nada. Dime cómo van tus propios asuntos, que me importan tanto como los míos, y más.

El Ministerio nada dice de mi consulado en Veracruz. He escrito al nuevo subsecretario, un examigo mío. Por si sé algo. Me parece peligroso para mí quedarme en La Orduña regando mis plantas solamente... (Fue la carta para Grez ¿La recibiste? Visítalo.) Olvidaba también la carta para nuestra consejera en Londres, la amiga de Allist. Irá tal vez a Londres. Deseo que tu gente no te haya molestado por tu retardo en México. Aquí te quisieron más de lo que sabes. Preguntan por ti las criadas. Lola te lloró, los choferes y toda la gente, y con cariño de verdad, créelo. Habrás llegado a Nueva York, diciendo, de nuevo —Soy una fugitiva... Sabe cuidarte en Europa, eso está mucho más peligroso para los americanos que México, créelo. Hasta hoy no logro entender el absurdo de tu viaje. (Dime si yo te di o no las cartas para Flasche y la de Curtius. Mi memoria es muy mala, tú lo sabes. Mi salud es casi buena. Creo que mejora con este hábito nuevo: una vitamina de las fuertes, una sola para dos días. Nada te dije de mi gratitud cuando saliste de esta casa, Doris Dana. Dios te pague tanto bien, tan linda paciencia, tanta ayuda paciente, tanta abnegación. Y te devuelva Él todo esto dándote una ruta, franca y sin daños. (Irá también la carta para Mme. Rolland.[48] Aunque tú debiste escribirla en inglés). Me parece una barbaridad el que nada me recordases, por no molestarme. ¡Y pensar que yo nunca tuve escrúpulo para pedirte servicios! Esto me asombra y me duele. Vuelvo a desearte bien, todo el bien que mereces tú, ayuda gentes, cuida viejos, también viejas-niñas.

Gabriela

17 de junio de 1950

Cara Doris Dana, perdona la extensión de esta carta. *Y su violencia*. Nadie deja de gritar en ciertos casos.

Yo he tenido conciencia clara sólo hoy de que tú partiste hace dieciséis o dieciocho días. En todo este tiempo, a pesar de que yo he vivido en un estado de angustia *callada y roedora*, yo no había «realizado» la fecha de tu partida.

Yo sé que tu raza jamás andará bien con la mía en el sentido de que nuestras *reacciones* coincidan en hecho alguno y menos aún en situaciones afectivas. Así y todo, yo creí que *el oficio que nos une* podría mellar y hasta anular la fatalidad racial.

Tengo presente que el correo de Jalapa es deshonesto y que puede haber la pérdida de una carta. Pero de dos no. En todo caso, lo que ocurre ahora se parece a otras experiencias de nuestra vida común y, por lo tanto, la realidad *nuestra* es la que yo *veo ahora*.

Tú no ignoras que yo soy un enfermo; pero sabes *vagamente* que yo soy un alma padecida que en cuanto queda sola se hunde en una especie de nada, de «nihil». Cuando no pasa algo peor; al estado de angustia pura.

Yo te he visto lúcida y comprensiva de casi toda la gente. Parece que me hubieses escogido a mí para no darme la caridad de tu comprensión.

Hasta un gerente de banco americano, Doris Dana, se da tiempo para escribir a sus amigos si sabe que estos necesitan de sus palabras. Tú no. Tal vez crees que, con mandarme una montaña de «cotovías» eso basta. Ay, Doris Dana, y qué error tan grande ha sido el mío al *refugiarme* en ti, al *escogerte* como una especie de salvación de mi alma.

Yo ignoro dónde tú estás. Lo menos que se puede saber de una persona, cuando esta nos importa como la propia familia, es dónde ella se halla.

Palma acaba de irse. Cree que Anita llegue a acompañarme. Yo lo

dudo mucho. Lo que sé es que voy a tener que buscar yo misma a alguien. A nadie le gusta emplearse por cuatro o seis meses y yo tendré que cargar *no sé cuánto tiempo con quien acepte venir conmigo*. Y esto me da un vago horror. ¿Es que yo voy a vivir dentro de un muestrario de individuos?

No te has dado, Doris Dana, ni siquiera el trabajo de darme tu dirección presente y la futura. No sé a dónde ponerte un cable. Ignoro si ya vas navegando, o si estás en Nueva York o si... llegaste a Londres.

Tú te fuiste a lo loco, sin llevar el cheque del que te hablé (cien dólares). Tú sabes que cada mes irá eso. Pero ¿a dónde? Excusa el que yo insista en esto: sé que no llevas sino para *lo más indispensable*.

En mi nerviosidad de estos días andan también dos noticias de dos mexicanos ilustres, gente seria. Torres Bodet ha renunciado declarando que la «UNO» se va a liquidar por la guerra que es «inminente». Pedro de Alba ha hecho lo mismo en Suiza. Torres Bodet era el jefe primero de la Unesco.

Espero que tú leas algún periódico. Pero yo vi que tu fiebre por Europa te aturde o *te enloquece*. Y en la especie de talento lleno de cordura que es el tuyo, *no puedo comprender la inconsciencia*.

Hazme la gracia de dos líneas. No se trata de esta manera a un enfermo ni a un alma fiel.

Y si quieres yo no te moleste más, *dímelo en tu buen español*.

Gabriela

Escribir a Jalapa. Correo Coatepec.

20 de junio de 1950

A Doris Dana:

Yo te he escrito anoche una larga carta. Mi situación con el correo es tal que no puedo certificarlas. Voy a ponerlas al buzón público. Necesito saber si te llega esa carta del día 19. Puedes decírselo a Palma, puesto que parece que estás resuelta a no escribirme a mí.

Yo he pasado en silencio contigo porque tenía la ingenuidad de aguardar carta tuya. Ya comprendo que eso no vendrá. Te has ido de esta casa como una enemiga. En tu alma tan limpia de odios, tan sana y fresca, yo no puedo entender este absurdo sin nombre: el que precisamente el ser más querido sea el que no me escribirá más.

Pero tú ignoras mi capacidad de porfía, de insistencia, cuando viene el caso de *una injusticia* tan grande como esta. Y, a menos de que tú me devuelvas mis cartas cerradas, yo te escribiré hasta que tú sepas lo que ha ocurrido, que lo entiendas *y que me revises dentro de tu alma* para rectificar tu opinión sobre mí, que seguramente es *lamentable*.

Hasta hoy yo no veo más razón para tu *ruptura* conmigo que el no ser yo una americana y el no ser una caucásica de raza y el tener una ideología de mestiza, de «color people». Tal racismo me deja *estupefacta*. Y llego a creer que en tu ruptura no obras tú, que obran tal vez *otras personas*.

Los cables del diario de hoy —te mando algunos— son calamitosos respecto de Europa. Nunca los leí tan malos. Tal vez tú ya estás en esa desgraciada Europa. Cuídate, Danita, comprende tus peligros allá. Cuídate para tu gente y también para la mestiza a quien desprecias. ¡Cuídate!, te digo.

He llamado a Palma a causa de mi caída de ánimo. Y le contaré el misterio de tu cortadura, porque ella comprenderá lo que ha ocurrido incluso si yo me callo. Y le contaré también mis groserías. Yo no me creo perfecta ni *cosa parecida*. Pero me creo, esto sí, *un ser leal* que no merece el repudio que se da a los animales con sarna. Y me creo una

amiga *segura*, Doris Dana, y *limpia*, además.

He llamado a Palma también a causa de mi tremenda caída de ánimo.

Si yo pudiese tener tu dirección, eso sería para mí un alivio. Pero tú has querido que yo no tenga ni siquiera tu ruta y tus rastros. Solo a los criminales se les niega la ruta, Doris.

Ignoro si lo siguiente te va a herir también: Dime el dinero que te falte. ¡Dímelo, por favor! Yo no sé si vas tú a Europa *con alguna comisión oficial*, en cuyo caso tendrás de sobra. Pero me quema el pensamiento de que puedas ir con recursos *estrechos* y no poder comprar cosas que te gusten. Si yo he aceptado de ti una cantidad de servicios preciosos, tú puedes aceptar lo que digo sin que sufra *tu tremendo orgullo* americano.

Ay, Doris Dana, ve, mira lo que el odio ha hecho del mundo. Hoy me temblaban las manos leyendo las cosas de Alemania. Quema, pues, tu odio de mí. Y si no es odio, si es solo un desprecio total, quémalo también Doris. Ningún alma, *por baja que sea*, merece el desprecio. Todos somos almas y con vía evolutiva. Todos acabaremos en la gracia y en la gloria de Dios.

Perdón por escribirte. Es el único castigo que doy a tu silencio.

Tu Gabriela

[Junio de 1950]

Aquí estoy, Doris Dana, a ti te molestará el que *todavía* no te deje tranquila. Eso vendrá pronto. Está segura de ello. Te fuiste de la casa con un visible y claro fastidio. También con una sensación de alivio por no ser molestada. No hubo ninguna *verdadera* razón. Y te fuiste como sale de un hotel alguno que ha mal comido y mal vestido. Van de esto unos seis o siete u ocho días y yo no sé nada de ti.

Hasta hoy he esperado las noticias que todo huésped da al llegar. Lo natural es que una dueña de casa a la cual le ocurre que el pensionista no le de ni aun su dirección se calla porque comió mal y no va a volver nunca a ese lugar.

Yo me conozco desde muchos años este curioso hábito, pero nunca acabo por comprenderlo. Yo vengo de una línea de seres que tienen otros hábitos.

La razón de esta carta es la de preguntarte a dónde se te mandan las pocas cosas que dejaste. Yo estoy y estaré por unos días o un mes en la casa de tu amiga viuda de tu amigo. Se me ocurrió venirme aquí creyendo que le serviría a la dueña porque le *pagaré* bien la comida. Pero no deseo cosa que se parezca a esto y creo irme pronto. Solo he llegado hoy. (Recuerdo cosas vistas que lastimaron no a mí sino a otro ser muy dulce y que no pudo ser feliz y me conformo porque saldré muy pronto, espero. Dios me oiga.)

Hoy me han llamado de urgencia de la oficina nuestra de esta ciudad. Me ha dado esto extrañeza, porque debe ser un llamado de Chile. De alguien me llegó en este día otro recado raro que también trataba de eso....[49]

21 de junio de 1950

Doris, escrita esa carta, he esperado aun tus noticias, para mudarla si ella venía. No, el correo no trajo nada.

Me doy cuenta de que mi carta adjunta lleva el tono y las ideas de una intimidad que tal vez ya se ha liquidado en ti. Ustedes, americanos, hacen todo de prisa. Pero, como sois verídicos, yo espero de ti que, cuando menos, me declares la mudanza, a fin de que yo te deje en paz. La verdad es siempre salutífera y yo quiero solamente que la des. Ha venido aviso de certificado. Voy a Jalapa a firmar. Dudo mucho de que eso sea una carta tuya. Dieciocho días de silencio son cosa harto elocuente.

En todo esto yo solo quiero dejar establecido esto, Doris Dana. Yo no he fallado; yo he vivido desde que te fuiste pensando todos mis problemas de vida como dependientes de ti y nuestro futuro como cosa *una*. No cargaré en este asunto con ninguna responsabilidad moral: yo no te he fallado.

Si hallase en Jalapa carta tuya te despacharé una tarjeta diciéndotelo. En todo caso, se trata de un silencio de casi veinte días. Esto es un hecho harto revelador y, en nuestros hábitos, eso significa: «no me escriba usted y déjeme en paz». Si hay cartas —así en plural— que están perdidas, escribir *por certificado* y con acuse de recibo a *Coatepec, Jalapa*. Si hay una sola carta enviada, yo aprenderé tu sobriedad y no te molestaré, Doris Dana.

20 de junio [de 1950]

Doris Dana:

A mí me es muy duro escribirte, tan duro como ni sé decirlo. Pero ayer han ocurrido dos pequeñas cosas juntas. Primero, yo vi tus maletas dejadas aquí. *No las había visto antes*. Si tú no te has ido debes necesitar de ellas, pero tu desprecio no te ha dejado tomar un lápiz y pedírmelas ni cobrarlas a Palma.

Después de esto yo fui a Coatepec a poner una carta que vino para ti y que yo coloqué en otro sobre por mayor seguridad.

Y allí, en el correo, vi en solo la expresión del empleado, lo siguiente: el hombre me dijo que sí las había y después de un momento me dijo —sin buscar— que no las había, cartas. Enseguida me preguntó por ti.

Por primera vez, desde que tú te fuiste «pateando el aire» como los niños coléricos, pensé que pudieses haberme escrito *a causa de tus maletas* y que ese hombre haya devuelto o bien leído y roto alguna carta tuya, porque yo no entiendo el que tú no hayas cobrado ese equipaje y que tu desprecio, más tu repugnancia, hayan llegado hasta ese punto de sacrificar un equipaje entero por no dirigirte a una persona odiosa.

Podía haberte puesto un cable sobre este asunto, pero ignoro si estás allí o en Europa.

Además, Doris Dana, yo no me despedí de ti y los indios se despiden siempre. Las razas inferiores tenemos —conservamos— una memoria subjetiva nada pequeña.

Regresé pensando en que al correo de Jalapa pueda también haber llegado una carta tuya cobrando tus maletas. Y allí el robo de cartas *es peor aún*.

Como dudo de que estés en Nueva York, debo escribirte para saberlo, y además para preguntarte *por qué vía y en qué forma* puedo yo hacer esa remisión.

Hoy es el veinteavo día de tu partida. Tengo muy clara la memoria respecto de ese hecho lastimoso. Yo tuve el mal gusto y la imprudencia de decirte *que no te fueses*. Y no hubo más que eso. Pero es que existía ya en ti una acumulación de cólera *y de repugnancia* y vino el estallido. Ambas cosas estaban en tu cara cuando yo te miré, Doris Dana. Había gente y no pude decirte nada. Tú salías como una persona huida y yo no te retuve a causa de la gente, para decirte lo que va aquí. Tolera, cuando menos esta carta, segura de que, después de su lectura, yo no volveré a darte otro motivo de cólera.

En cuanto al equipaje, Doris, puedes escribir a Anita Bustamante de Revilla,[50] quien ya estará conmigo, para explicarle el modo de su remisión. Yo puedo tener cualquier cambio, inesperado de residencia y no sé, en absoluto, cómo mandar tus bultos porque además ignoro si tú estás en Nueva York o en Europa.

En mi examen de conciencia sobre ese día y sobre año y medio de tu estada en México, yo no hallo razón alguna válida para comprender tu actitud exasperada, brusca y casi brutal del último día. Yo he sido insistente, majadero, estúpido en mi porfía por retenerte. Pero nosotros los latinos-indígenas en una actitud de esta especie vemos solo y únicamente un cariño y un apego machacones y majaderos. Nada más. Y no respondemos a eso con *el odio y la repugnancia*.

Yo no te he mentido, además, al exagerarte los peligros de Europa y eso podrá decírtelo cualquier persona americana digna, por la raza de ser oída o de ser comprendida en sus buena *intención*.

Yo espero que tú veas en esta carta cuando menos la intención sana y humanísima de quedar ante ti siquiera como una criatura recta, decente y fiel cuya falta no ha sido sino la de otros: el querer retenerte. Yo no supe recordar el caso del doctor para entender que tú te hastías de las personas y las eliminas. Así como por un tajo, sean ellas culpables o inocentes. Mi demonio es el rencor, pero el tuyo es el *desprecio*. Y este llega hasta el punto de que, por no escribir un nombre que se te ha vuelto repulsivo, tú abandonas un equipaje entero en una casa de la que sales asqueada, sin que en ella se haya hecho otra cosa que estimarte y quererte por encima de todo y de todos.

Yo sé que es absolutamente vano decirte más, explicarte, hacer *descargos*, cuando en ti domina un desprecio total. Pero nunca conocí

yo esta experiencia humana, Doris Dana, y no acabo de salir de mi *estupor*.

Te repito que esta carta se debe a mi impresión del correo de Coatepec. He pensado una tarde y una noche en que tú has podido escribirme para cobrar tus maletas y he pensado en el concepto que tendrás hoy de una persona que se queda con ellas. Los indios no hacemos esas cosas, Doris. Tampoco te has despedido tú de Palma. Anoche yo le he hablado por teléfono, acerca de los sucedido en Coatepec y por preguntarle si sabe que estés enferma. Ella te habrá puesto ya un cable.

Perdona el lápiz. Yo escribo esto a las cuatro de la mañana.

Sé feliz, Doris. Dios te pague cuanto hiciste por mí.

Gabriela

20 de junio [de 1950]

Doris buena:

Yo creí oír mal cuando me dijiste hoy por teléfono que tú vuelves. Oí «junio» y no sé si es que vienes en junio *o te vas en junio*. Y yo no sé decirte la impresión que tuve cuando ya comprendí. Parece que tú me hayas dicho también que vienes a causa de que recibiste una carta de Palma. Sí, ella conoce mi semblante y la última vez que vino debe haberme visto una muy mala cara y haberme oído la voz rota que yo tenía. Después yo he tomado tus medicinas, el Betalín y las píldoras. Creo que por ellas puedo trabajar hace ocho días hoy. Necesito saber, desde luego, si tú regresas a Nueva York en junio. Si así fuese, no valdría la pena, Doris, que te des semejante fatiga por una semana. Yo espero haber oído mal. Pero estaba yo tan conmovida que no insistí en que me repitieses la idea, la frase. Lo del coche sí lo oí claro... Con gran temor de pérdida te mando el cheque que adjunto. Son mil doscientos dólares, mil para ayudarte en el pago de la máquina; doscientos para medicinas tuyas y mías y para gastos menudos de tu viaje. Espero que mes a mes yo pueda completarte los dos mil del coche. (Cómpralo más fuerte que bonito...) Recuerdo muy bien, dear, que yo te he arruinado dos autos. No lo he olvidado y te ruego que aceptes esos mil como primera cuota mía por él. ¡Ay, Doris Dana, apenas creo, me cuesta tanto creer ahora! Nunca he creído las buenas noticias; las malas sí.

Te escribo de prisa. Tengo a un estudiante ensayando contestar mis cartas. Si él resultase yo le daría las demás cosas de papeles (ordenación) con los cuales te he cargado a ti. Si tú vienes siquiera por seis meses, yo haré todo lo posible por hacerte una vida más dulce y más tuya. Para eso, procuraré conversarte menos y dejarte solita leer y escribir. Si te vas antes, no vale la pena ensayar métodos de vida, Doris. ¿No es así? Solo tendría la alegría de volverte a ver. Y, si es posible, de borrar de tu memoria la mala impresión de mí que tú te

llevaste.

Tengo que hacerte encargos que me importan mucho sobre Monrovia. Primero, parar allí y ver por tus ojos el estado en que está la casa *entera* por dentro. (Va un poder para eso.) Segundo, ver, paso a paso, el estado en que está el jardín; tercero, decir al que arrienda abajo que él podrá quedar ahí solamente a base (a) de quince por ciento de alza en el arriendo (b) de hacerse cargo de que el jardín se mantenga en buen estado. (El jardinero debe ser suprimido.) Decir a los arrendatarios de arriba, que yo necesito de esos dos apartamentos para ir allá a vivir por tiempo largo, *por un tratamiento médico*. (Esto no es verdad pero iríamos por un mes allá si eso es preciso.) Anotar, hijita mía, cada cosa mala que veas en la casa. Decir al de abajo, si acepta el alza del arriendo, que yo iré allá. Saludar a Miss Kerr y decirle que yo te he dado a ti plenos poderes sobre la casa por aliviarla a ella de ese afán, pero que ella me hará un bien si la vigila *un poquito*. Entérate —infórmate sobre— el alza (subida) legal de los arriendos (renta). Avísame por cable la fecha fija en que tú partes de allá pues tal vez tengo que mandarte el poder legalizado por tu cónsul en Veracruz.

Solo después que esa casa se pinte tú podrás ponerla en venta, para comprar, a nombre de ambas, otra por el mismo valor en ese estado de que me hablaste *cerca* de Nueva York. Mi testamento se ha mantenido igual. Pero es mejor hacer esa compra a nombre *de ambas*. ¿No lo crees así? Si tú te casas de pronto, me lo dirás para arreglar, *de común acuerdo* la liquidación o sea de la venta de la casa. (Yo he tenido una pequeña crisis cardiaca una noche. *No lo digas a Palma*. Ahora la cocinera duerme en mi cuarto.) Tus medicinas me levantaron la fuerza en *tres días*. Por esto te ruego traerme de ese mismo Betalín (Recuerda la marca, *tres o cinco* frascos y de las píldoras otro tanto).

Es muy importante, mucho, el que tú quedes en Monrovia hasta finiquitar dicha diligencia. Si esa gente se subleva, yo iré contigo desde aquí a ocupar la casa entera para volver a arrendarla, a personas decentes. Pero hay que *desprenderse* de los de arriba. Procura saber cuánto cuesta la pintura total de afuera. Y observa el estado de los pisos en toda la casa.

Me duele mucho obligarte a tomar la vía California en tu viaje. Pero

es *absolutamente* necesario que tú te hagas cargo de esa casa, testada para ti. A pesar de tu *huida* ni por un momento yo he pensado en corregir o anular mi testamento. Una pequeña luz de esperanza quedaba en mí, muy pequeña, Doris, pero muy linda. ¡A Dios gracias!

Ahora algo *serio*. Yo estoy dispuesta a llevarte a Europa, alegando la comisión que me dieron y que no acepté. Pero mi respuesta dejó una puerta abierta. Si, como yo creo, a ti te gusta más ir sola, yo no te exijo nada. Yo voy a preguntar al embajador, si mi pasaje sigue válido aún. En tal caso, yo pagaría entero el tuyo. No soy yo tan egoísta que quiera anularte ese viaje, no, Doris, yo *no* iría contigo ni a Inglaterra ni a Francia, *sí* a Italia y a Alemania. Todo esto se halla subordinado a lo que ocurra con el gobierno de Chile. Acabo de leer algo de allá, de la Argentina, sobre el Potro Negro. Los obreros siguen en conflictos muy serios con el gobierno. Si se te acaba el dinero en California, *pedírmelo por giro telegráfico*. Otro encargo: si tú quedas conmigo poco tiempo, tráeme el precio de las máquinas de hacer discos. Yo compraría una, más el material para hacer el disco. No sobra decirte lo siguiente: si tú hallas alguna colaboración para mí en prensa americana, su pago —*el que sea* irá para ti—, será tuyo íntegramente. He hallado otro legajo de artículos míos de antes. Hay algunos muy aprovechables. Te mandé la carta de otro candidato a traductor. Yo no sé decirte, Doris Dana, qué respiro, qué descanso tan grande, qué cielo recobrado me trajo el solo oírte la promesa de que vuelves. Voy a pedirte algo: ten más confianza en mí. No corras a Nueva York *enseguida* en busca de dinero. Cada ausencia significa para mí tres o cinco años menos de vida. Relee estas palabras, y «realízalas». Han ido, con esta, cuatro cartas en los últimos días. Una con ciertos detalles sobre el correo. Dime cuánto necesitas *de inmediato* para tu viaje.

Yo te abrazo, llena de gratitud. Yo sé el favor que me haces; yo lo estimo debidamente. Yo no tenía esperanza alguna sobre esto. ¡Dios te guarde!

Tuyo

P.S. —Voy a rezar a Yin.

Va mañana la carta-poder, si es que es válida la que haga aquí; si

debo ir a Veracruz tardaría tres o cuatro más. Escribí el cheque por mil para hacer aparte el otro por doscientos. Y no había más cheques en la chequera. (Ya los pedí a California. Los doscientos irán enseguida.)

22 de junio de 1950

Doris Dana querida:

Hoy 22 llegó carta sobre una persona que quiere emplearse conmigo y de la que dan muy buenas referencias. Voy a ver si puedo hablar contigo por teléfono sobre el caso. De todos modos, *yo la haré venir para ver qué me resulta*. A mí me duele mucho poner una persona cualquiera entre nosotras. Pero yo no puedo con la soledad y el vacío. En seguida cae sobre mí este pensamiento —Por qué yo sigo viviendo. Yo no tengo a nadie sino a dos criadas. Yo leo y leo hasta que no puedo más. Por no pensar. Y contar los días me hace caer en un estado o de angustia o de hastío profundo. Si tú estuvieses ya de regreso, cuando ella venga, eso sería lo mejor, porque me darías tu impresión y yo resolvería según ella. Por todos los medios, yo deseo que tu vida conmigo no sea la vivida. Tú no puedes trabajar en nada tuyo; tú *no debes* hacer cosas domésticas insufribles. Día a día pienso en este problema, aunque tú creas que no me importa. La verdad es que yo no deseo otra cosa que *esto*: liberarte de esa esclavitud estúpida y dejarte una vida para ti, aunque no estés en Nueva York, una vida libre pero conmigo.

Yo no sé nada de ti hace mucho, aparte de la conversación telefónica, perdida en su mitad. No sé qué día tú vienes y necesito mucho saberlo. Y no hallo tu teléfono para poder llamarte.

Doris, no han mandado la chequera *nueva* de California. Es muy raro. Y se acabó la otra. En el cheque *de mil* que te envié. No me di cuenta. Dinero en pesos tengo, pero poco. Y debo enviarte doscientos dólares. No sé cómo arreglar esto. Mándame enseguida una carta *en inglés* para el Security etc., sobre el asunto. Yo no sé cómo ponerles un cable. Si esto se prolonga, pide a alguien los doscientos dólares que te faltan para tu pasaje y los muchos encargos que te hice. Yo pagaré eso en llegando la chequera. Es enteramente seguro, hijita.

Me aflige este asunto. También quiero saber si tú has recibido el

cheque de mil dólares. Dímelo por cable. Ya sabes lo que me está pasando con el correo. Yo creo haberte oído que vienes en junio pero ignoro cuándo. Vagamente recuerdo que añadiste *no tener seguridad en la fecha* de junio. Me aflige pensar que la cuestión del cheque de doscientos te pueda retardar. Día a día, en esta soledad, yo te llamo. Han ido varias cartas; ha llegado tal vez, una tuya. Pero yo tengo la impresión de que no ha venido *ninguna*. Yo sé que haces mucho por mí allá; pero lo único que me dará paz será el que vuelvas. Te he pedido traerme *bastante* Octaplex y ese Betalín. Ambos, por su calidad, triplican los de aquí. Son maravillosos.

Tengo muchas cartas pendientes. No escribo más por eso. No hay respuesta del subsecretario sobre lo de Veracruz (Consulado en Veracruz). El Potro Negro sigue inflado por tu gente. Hoy vino una carta pintando el horror del país. Los demás que escriben se callan por miedo. Te repito que han ido varias cartas y que no ha venido ninguna tuya. No te exijo nada. No te presionaré en adelante. Tú me darás lo que quieras darme. Mi ánimo derrotado está perdiendo su hábito de reclamar.

Dios te cuide.

Gabriela

—El cheque fue certificado y con acuse de recibo. Yo te mandaré el otro enseguida de que llegue la chequera. Me extraña mucho la falta de respuesta de Santa Bárbara. Pero el correo es la peor calamidad para mí. Esos muchachos —no todos— me detestan. Parece que sea muy antipático tener un nombre en este mundo.

Gabriela

23 de junio [de 1950]

Cara Doris Dana, yo no he tenido hasta hoy *carta ninguna* tuya. Y necesito para mi «dossier» sobre el correo, saber cuántas mías has recibido tú. Yo te he visto escribir a tus gentes —y no poco— así es que no entiendo nada. Y necesito *ver* en esta oscuridad. Una vez que yo haya visto, todo se arreglará bien para ti, por tu tranquilidad, para mí ídem. Tu conversación por teléfono fue casi *perdida*. Yo solo creí oír que hablaste de *regresar en junio*. Pero pudo ser *julio*. Si yo hubiese tomado a alguien para acompañarme desde que tú partiste, no habría sufrido tanto de algo que no sé nombrar: la extraña vida *entre dos mundos* que yo vivo cuando quedo sola. Pero ahora alguien se ocupa de buscarme gente. Esta gente *buscada de prisa* es posible que no sea *agradable* ni para ti ni para mí. Y no podré despacharla enseguida. Es para mi pobre cabeza un verdadero jeroglífico tu caso. Tú me cuidas como una hermana de la caridad mientras estás aquí. Pero, apenas entras tú en el «aura» de tu raza y de tu país, toda esa caridad para una persona enferma se deshace y queda la *nada* o queda un plano raso de toda piedad. Es tan grave el caso, Doris Dana, que yo querría que tú vieses en claro esta realidad, y que procedieras a obrar conforme a ella.

Es verdad que me has mandado medicinas. Óptimas han sido. Yo vivo viva, no vivo muerta como antes, y trabajo con la normalidad de hace cinco años o siete. Pareces mi médico especialista, mi técnico. Muy buen técnico. ¿Eres eso? ¿Te has quedado por eso en México?

Han ido dos cartas que pedí me certificaran, aparte del aéreo y del acuse de recibo. Porque llevaban cosas económicas. Fueron dos: una de mil (por el auto), otra de doscientos por los remedios.

Deberías haberme puesto un telegrama, a fin de quedar tranquila, pues sabes mi tragedia con el correo. (Hoy llegó despegada una carta de Martha Salotti[51], llena solo de recortes de periódicos…)

Te voy a pedir algo que te hará reír. Escríbeme cuatro líneas y

manda la carta *abierta*, así, *sin pegar*. Voy a pedir lo mismo a varias personas. Porque estoy harta de este espionaje —no oficial— que no sé *quién hace y quién paga*.

Doris, aunque mi corazón anda bien, yo temo de él. No sobra decirte esto. Si algo ocurre con mi salud, sabe tú que mi testamento me lo guardan las dos maestras de «La Orduña». Recuérdalo. Si tú regresas, lo guardarás tú.

Las píldoras mejores parecen ser las rojas, color rojo, digo. Es preciso traer más de esas y menos de Octaplex. También más Betalín.

Temo que saquen *derechos* fuertes. Podrías mandar un paquete al embajador.

Casi, casi te pido traerme la Enciclopedia Espasa en el auto. ¡Si es posible! Me hace mucha falta para los datos técnicos cuando escribo. Dios te cuide.

Gabriela

En «La Orduña» hay correo.

27 de junio de 1950

Olvidadiza Doris:

Solo te acuerdas de que tus amigas existen cuando ha pasado un mes.

Hubo al fin carta tuya; mil gracias.

Hoy te escribo nerviosa por las noticias del Oriente.

No sé si esta carta te alcanzará en Nueva York. Son encargos para California. Yo creo que tú debes ir allá, Dainita, porque si viene la guerra vendrá también la prohibición de echar a los inquilinos. Haz ese sacrificio por mí, pero recuerda también que tú tienes obligaciones con esa casa de Monrovia.

Antes de que lo olvide: dice Palma que yo tengo derecho a traer un coche *sin pago de impuestos*. Yo no me intereso, dear, en que el coche lleve mi nombre. Prefiero que sea tuyo. Pero ignoro si tú volverás a tener aquí dificultades e impuestos altos. Yo espero que no vuelvas a venderlo. Y te digo que, en saliendo yo de mis obligaciones: casa de *lo alto* en Miradores, cercas, abonos y plantaciones, yo podré, espero en Dios, *comprártelo*. Si tú aceptas, naturalmente.

Recuerda, en todo caso, que yo tengo un pasaporte diplomático.

Va la autorización para que te dejen entrar al *garaje* de Santa Barbara. Allí están mis libros Dainita.

Y ahora esta *tremenda consulta*. El libro que más necesito es... nada menos que la «Enciclopedia Espasa». Son, dear, setenta y tantos volúmenes grandes; pero yo recuerdo *vagamente* que hay diez o más volúmenes de *suplemento*. Tal vez —¡ay, perdona!— tú pudieses traerme la enciclopedia. Dejando allá el suplemento entero. ¡No sabes tú qué bien me harías! Porque estoy escribiendo sin consultar nada y esto es muy malo y no me gusta. Tal vez pudieses, en último caso, traerme la mitad de la obra. Y otra vez sería la otra mitad...

(Con qué poco sacrificio se puede llevar paz al alma de la gente), Doris. Pero hay seres que por orgullo no se dan el sacrificio de escribir.

Te recuerdo que precisamente el orgullo, es el pecado más *demoníaco* del ser humano. *Recuerda esto siempre*. Y además, *nada separa a los seres tanto como el orgullo*).

Yo voy a ir a Veracruz, por escoger camas. Porque mi viejita que se va prontito a Miradores con sus dos hijos cultivadores, no tiene nada y voy a arreglarle enterita, la casa de abajo. Y compraré nuevas camas.

Tal vez también legalizo mi firma en tu consulado americano para el poder —dado a ti— respecto de la casa de Monrovia. Poder definitivo.

Óyeme esto bien: si esta carta te alcanza en Nueva York, dime por telegrama *desde allí* o desde California tu dirección en Monrovia. Porque debo mandarte lo preciso para pagar allá tu *hotel de a lo menos cuatro días*. Ayer me cansé mucho en Jalapa y no puedo subir hoy allá por telegrafiarte a Nueva York. Creo que tendrás cuarenta o cincuenta dólares, para tu hospedaje y el del auto. ¿Cómo se llama? Ponle «San Miguel Arcángel».

Si puedes, me traes también el indio dormido, mi indio quechua (foto grande). Y me falta algo muy importante pero no lo recuerdo.

Voy a anotarte al pie si hallo la dirección de dos chilenos *buenos* que viven en *Santa* Bárbara. Él (*casi inglés*) puede ayudarte allí en cualquier problema.

¡Perdona, perdona estos abusos!

(Con muy poco se devuelve la salud espiritual a los seres, Dainita, y tú pareces ignorar la caridad).

Necesito saber dónde dejaste las llaves de *mis* maletas. Necesito buscar allí cosas, *papeles*.

Solo gracias a tu auto podremos ir cada dos días a ver a los hijos de mi viejita en Miradores. ¡Es un mundo lo que allí hay que hacer!

Excúsame de mi silencio con los chilenos de Santa Bárbara. Son muy buena gente.

¡Ay, Doris! Hablas ahora de *semanas más* para salir de Nueva York, ¡Qué barbaridad!

Cariños,

Gabriela

Por la presente, autorizo a Miss Doris Dana a recoger de mi casa de Santa. Bárbara los libros y los objetos que ella pueda traerme a México en su automóvil.

Ruego a la Sra. arrendataria tenga la bondad de permitir a Miss Dana escoger esos libros y esos objetos y le doy, desde luego; mis agradecimientos.

Miss Dana va a traerme esos objetos en su automóvil.

Ruego a la Sra. arrendataria tenga la voluntad de permitir a Miss Dana escoger los libros y esos objetos y le doy, desde luego, mis agradecimientos.

Miss Dana va a traerme esos objetos en su automóvil. Ella es una escritora y una ex profesora de la Universidad de Nueva York.

Jalapa, 28 de junio de 1950

Dirección que ruego a la Sra. anotar:
Apartado 21, Jalapa, Veracruz, *México*.

P.S. —El encargo que olvidaba es ¡ay! uno muy difícil. Oye, niña mala, vagabunda, veleidosa, caprichosa, coqueta, de nadie, ventolera del mar: existe allá entre mis libros, o mis folletos, un cuadernito azuloso impreso. Es sobre José Martí y es una conferencia mía en Cuba y está *magníficamente* corregido, ¡Ay, búscalo!; ahora no sabré corregir así. Quedó cabal. Está editado en Cuba.

¡Ay, ay, ay!

Gabriela

30 de junio [de 1950]

Doris queridísima Deinita:

No sé si va a gustarte o no la noticia de hoy. Va copia del oficio de Gajardo.[52]

No te apenes, hijita mía. Mi situación en México era ya irregular. Las comisiones oficiales son solo por un año y yo llevo aquí año y dos tercios... Además, Deinita, yo prefiero Veracruz a Jalapa. Tengo derecho a cobrar al gobierno mis gastos de instalación. Dan de setecientos a mil dólares. Pero se tardan en pagar.

Están aquí Emma Godoy y otra niña. Teníamos ya resuelto ir mañana a Veracruz. Por unas camas para mi viejita que va a Miradores. Parece que esta semana le entregan a la viejita el cuarto grande de Miradores (casa de abajo) y tal vez dos cuartos. Y ella quiere irse enseguida.

¡Ay, ay, ay! Yo no he recibido de Doris Dana sino una carta larga. Doris Dana tiene poca caridad para los enfermos, temperamentales y yo soy de esos. Era muy linda esa carta y yo te la agradezco de todo corazón.

Tú comprenderás cuánta falta me haces para resolver mis problemas de Veracruz.

La estación es buena para ir allá. El otoño ya comienza y en un mes más, eso ya estará un poco fresco. El problema vendrá al venir el verano próximo. Pero *nosotros* buscaremos lentamente casa en uno de los pueblecitos que —me han dicho— están *sobre* Veracruz. A menos de que tú quieras vivir en Mocambo —cosa que a mí poco me gusta—.

Por lo pronto yo quisiera vivir otoño e invierno sobre el mar que a mí me da mucha fuerza y un poco de alegría. Pero *todo lo dicho* está sujeto a tu voluntad.

Yo espero, Deinita, que tú ya veas, ya «realices» el panorama europeo. Espero que leas prensa y te des cuenta de que Europa *con* o *sin* guerra en Oriente está de más en más comunista, es decir,

envenenada. Guarda tus dineros para ese viaje pero no embarques jugando con la vida. Rusia tarde o temprano dará un golpe espectacular *sobre Europa*.

A mí me da cierto pudor tratarte ese punto neurálgico, pero es natural que te diga *algo*. Sin presión. Yo sé muy bien que ese viaje te importa *más que todo en este mundo*. Eso no puedo cambiarlo por ser yo en tu vida tan poquita cosa. Ay, si yo fuese más.

Tú hablas *vagamente* en tu carta —si no yerro— de volver en quince días más. ¿Es un mero deseo o es una realidad? Dime esto claramente. Yo creo que deberé movilizarme de aquí en quince días. Veracruz está tan cerca que yo no puedo alegar ni equipajes ni transportes pesados al gobierno. Y debo buscarme oficina en Veracruz y alojamiento además.

(Yo pondré un muchacho a atender la oficina medio día o más. No te aflijas por ti misma).

Estoy regular. Tuve una mala cosa del corazón. No duró mucho. Tomé dosis fuerte de ron. Con eso se pasa.

Hijita mía, vamos al mar. Y que Dios nos ayude. Es otra vida la que comienza. ¡Ayúdame tú a vivirla! Dime todo, todo lo que te falte en Veracruz, créate un vivir más dulce. Pide lo que necesites para ello.

Dios te cuide. Yo te pienso y te pienso. Me haces mucha falta, ¡mucha!

Gabriela

Ayer fue el día de mi mamá.

30 de junio [de 1950]

Escrito todo lo anterior yo me puse a pensar en la mudanza que viene. Creo que yo sola no puedo con ella. Palma vendrá pero como siempre no quedará aquí cuatro días seguidos. Y hay cosas delicadas de cuidar. Lo tuyo y mi papelería. Creo que el plazo *máximo* para abrir esa oficina sean quince días. Pero lo peor no es mover maletas, es *buscar casa* en Veracruz. Con tu auto todo eso se haría sin fatiga. Creo recordar que en Veracruz los consulados están *alojados* en la aduana y que el gobierno da esos locales. No estoy cierta. Pero, además de la oficina, hay la casa donde vamos a vivir. Yo no sé escoger eso, dear, y después tú padecerás las consecuencias de mi mala elección. ¿Es posible que tú puedas venirte antes y con tu coche? Yo tengo en la chequera un total inexacto. Recuerda que yo hice dos cheques sin dejar anotación de valor. No sé aún cuánto dinero va a sacarme el constructor fuera del cálculo que hizo. Porque no es hombre serio.

Por esto, y solo por esto, Doris querida, yo no te mando *por ahora*, más dinero. Irá en cuanto vea en claro mis gastos. *Cuenta tú con esto*. Ha llegado un aviso de dinero sueco. No tengo quien me conteste a esa gente en inglés. Creo que son casi cuatro mil *coronas*. Consulta tú allá el cambio de eso en dólar, si puedes. Acabas de llamarme tú por teléfono, *parece*. Fue de Nueva York y no dieron nombre. Estoy junto al teléfono por si vuelven a llamar. Ojalá seas tú para decirte lo de Veracruz y *pedirte* que te vengas. Tengo miedo de que te roben alguna maleta en esta mudanza mía. Estoy buscando algún camionero honrado.

Te he mandado muchos encargos, para California. Trae tu coche, hijita. *Si tú tardas*, yo te mandaré por cable mi dirección en Veracruz.

Mi salud, flojita. Todos aquí te recuerdan con cariño. También tú te ganarás a Veracruz como lo hiciste con Jalapa.

Te abrazo,

Gabriela

1 de julio [de 1950]

Hijita mía querida:

Solamente hoy yo me doy cuenta cabal de la situación. Veo que es muy probable, casi seguro, que tú no querrás dejar a tu país en estos momentos y tal vez ¡Ay! ¡por mucho tiempo! Tu patriotismo no solo es cabal sino ardiente y profundo. Pero tal vez sería posible el que te mandasen en comisión oficial de servicios. Son cosas que trataremos después. En cuanto a mí, yo creo que después de estar unos meses en Veracruz (me han nombrado cónsul allá) yo podría ir a verte a la frontera y tal vez llegar a California por lo de mis casas. Ay, esta esperanza me mantendrá.

Estoy a oscuras y no sé si *todavía* tú puedes salir de Estados Unidos y venir a México. Estoy *segura* de que todos nuestros países van a adherir a Estados Unidos. Eso tal vez permitiría, el que se mantenga el tráfico de viajeros entre Estados Unidos y México.

Escríbeme *seguido*, por favor, solo he tenido dos cartas tuyas.

Un abrazo, Dios te guarde

Gabriela

1 de julio [de 1950]

Vino carta tuya. Solo ahora te convences de que era verdad lo que tu pobrecita te decía sobre tu viaje a Europa. Sí, eso soy yo para ti, una «pobre de espíritu» a la cual no se debe fiar la gente. Mucho te duele, mucho, no poder embarcar para Europa. ¡Cómo te duele, Doris! Ustedes, los americanos, estiman mucho más el barco y el agua del mar que las personas que se quedan atrás. Pero yo, que quiero muchísimo al mar, prefiero las personas bautizadas. Él no lo estuvo nunca…

Nuestras psicologías, Doris, son espantosamente opuestas. Siempre es el norte y el sur, la rubia y la tostada de sol andino. Es un horror esto, es la fatalidad pura, y sin embargo no nos chocamos gracias a tu buena educación. O a tu caridad para el prójimo.

Mi día ha sido tan malo que estoy cansada.

Buenas noches, hijita.

Gabriela

3 de julio [de 1950]

Cara Doris Dana:

Recibo solo hoy, 3 de julio, tu carta del 24 de junio. Yo no entiendo esa tardanza. Pero parece que tú *no usas el correo aéreo*. No sé si esta carta te alcance en Nueva York. Va al acaso (al azar).

Me llegó carta del embajador diciéndome que el gobierno me ha nombrado cónsul en Veracruz. Tengo, pues, mudanza y búsqueda de *buena casa* en Veracruz, cerca del mar. Todo esto me costará mucho. Tu carta dice que tú partes de Nueva York a fines de junio si es que te entregan el coche. No creo que puedas llegar aquí antes del 7 de julio. Tal vez te tardas en México con la hija de Mann.[53] Si llegas aquí hacia el 10, tal vez no me hallas porque, si he hallado casa, estaré en Veracruz. Pero en México o aquí, en esta casa, te darán mi hotel o mi casa en Veracruz. Me harás mucha falta en la búsqueda de domicilio. Acaban de irse Emma Godoy y una amiga suya. Hoy llegan Palma y la Sra. que viene a vivir conmigo. Yo no puedo, absolutamente no puedo vivir solo con una niña americana móvil y automovilista que está un mes y se va, y vuelve por otro mes y se va. Yo no soy americana. Espero que esta señora sea una criolla y no una neoyorquina. Las estoy esperando. Ojalá sepa durar, restar, quedar. Miradores sigue casi igual. Solo han hecho los muros del cuarto grande. Ayer fui allá con mis visitas. Me cansé. El aire era lindo; todo está verde de pastos.

Dios te cuide,

Gabriela

5 de julio [de 1950]

Doris Dana:

Ayer te recordé en tu fiesta. Todavía no he podido bajar a Veracruz por falta de compañía. La señora esa, la costarricense, no llega aún. Solo anoche me dijo Palma por teléfono, que no tiene dinero para el pasaje. Y la sonsa no dice nada, ni me escribe palabra. Yo detesto, primero, a las gentes de boca muda; segundo, a las que dicen la verdad a medias. Estuvo Emma Godoy con una amiga, tres días.

Hoy viene carta tuya y vino otra anteayer —una larga—. Yo debo ir *a buscar casa en Veracruz*. Pero no tengo a nadie que me acompañe, excepto la cocinera. Yo no entiendo un país que tiene tanta gente pobre y donde no se halla una secretaria que valga la pena. Parece que tú ni aun lees la prensa, porque la guerra ya está en Corea. Que va a envolver al este y al oeste es cosa de un mes tal vez. Y están en movimiento *tus* barcos en California. Tampoco lo sabes. ¡Feliz tú a quien no le importa el mundo! Estoy esperando que llegue esa persona de México para ir a buscar casa *a Veracruz* y para hacer mi mudanza. Comprenderás por mi carta adjunta que ahora yo soy cónsul localizado, fijo, y que no puedo seguir vagando. Tampoco quedarme aquí.

De mi salud no es cuestión de hablar porque ella no te importa. No sé qué hacer. Yo estoy aquí en este conflicto. Se acabó la chequera y no sé inglés para escribir pidiendo otra. Y me duele *muchísimo* tener que pedir dinero a Palma. No me queda otra cosa, sin embargo. Y no sé si me lo presta...

No recuerdo nada sobre lo que hacen con el arriendo de Santa Bárbara. Ah, parece que lo depositan. Favor de recordar este punto. Yo no logro saber si tú me pediste o no una chequera nueva a California. Nunca en veinte años, me he quedado aquí sin dinero y teniéndolo. Sospecho que la que viene —muy tímida dice Palma— tampoco va a servirme para evitar que me pasen estos percances. Mientras tanto tú

paseas por Nueva York *inconsciente de todo esto*, con esa inconsciencia especial de las niñas de dieciocho años. Y no sabes cuándo te dan el coche, y cuándo sales, y cuándo llegas. Y la guerra está ya a la puerta y yo no sé si voy a vivirla en Veracruz solita, sin amigos ni para consultarles cosas.

Dices que vienes con una hija de Mann. Lo cual quiere decir que tardarás en México D.F. dos semanas a lo menos. Yo no puedo ofrecerte casa para ella porque si encuentro local en Veracruz, estaré en plena mudanza. Debí salir ayer para Veracruz, y solo hoy me doy cuenta de que *no tengo dinero ya en el banco de Veracruz*. Me devolvieron un cheque por falta de fondos. ¡Qué horror! Yo recuerdo *vagamente* que tú pediste chequera a Monrovia ¿Llegó? ¿Qué paso? No recuerdo nada. Otra vez deja a lo menos detalle de mis cuentas a Palma. Tú sabes muy bien mi «caso» con el manejo de fondos. Hay tres mil dólares en California y yo no tengo sino dos pesos en el bolsillo.

Llegó ayer larga carta de Coni. La muy cínica. (Una vez me dijo que tú me dejarías «plantada» por Nueva York. Y así ha sido, Doris.)

Espero no molestarte con otra «filípica».

¡*Acabo de encontrar la chequera, alabado sea Dios*! Por mi desconfianza de los criados. Yo la había metido en un libro.

Mi cabeza rueda, rueda, a causa de estar dos horas de no hallar la chequera ni saber nada claro de si esa persona llega o no a acompañarme. Parece que tú ignoras aún este hecho que no te he confesado. En cuanto yo estoy enteramente sola, cae sobre mí una especie de vaho de eternidad. Yo pierdo la noción de la realidad. No me queda sino acostarme y dormir. El vacío es para mí una especie de desvanecimiento.

Me deja asombrada el que tú quieras que yo viva *sola*. ¡Qué barbaridad, Doris Dana! Eso sería perder la razón. Nada menos. (Calla esto a las gentes.)

¿Por qué tienes la mano herida? ¿Y qué has contado a Palma que no me cuentas a mí?

Naturalmente tú no puedes ir a Europa. Cuando yo te lo dije te reíste, porque yo soy —también para ti— un niño enfermo y desvariado. Ahora entiendes porque te lo dicen tus americanos.

Si llegas con la niña Mann y yo estoy en Veracruz, buscando casa, te

la alojaré en un buen hotel. Pero imagino que vas a quedar dos semanas en México con ella.

Dios vele sobre ti.

Gabriela

9 de julio [de 1950]

Cara Dainita:

Te escribo para explicarte la cuestión de la «visa» de Monika Mann.

Yo he escrito al jefe de turismo. Es un examigo mío. Ex porque no me escribe ni me ve; creo que se lastimó porque le han dicho mi cólera a causa de que me malogró mi diligencia por Alfonso con el presidente.

Así y todo, le he escrito sobre esa «visa» en cuanto a *jefe* del turismo.

Pero yo necesito explicarte a ti el caso de Monika Mann. Aquí visan *rapidísimamente* las entradas a México de nosotros americanos. Ídem de la de nuestros países del sur y los de la Europa occidental. Pero en México, *como en Chile y la Argentina*, los pasaportes de la Europa balcánica han sido *siempre* mal vistos. Vino *de esa* Europa la peor inmigración, ¡excepto la yugoeslava! Se les mira como países de tercer o cuarto orden.

Yo ignoraba enteramente esa cómica nacionalidad de Mann. Una hija de Thomas Mann, húngara, es algo que nadie va a entender.

Yo habría sacado de inmediato la visa con la esposa del ministro de gobernación. Pero la *linda* y pedigüeña Eda me hizo pedir para ella una *prórroga*, por ahorrarse doscientos dólares. Me la dieron ahora mismo y no puedo pedir otra cosa *en seguida*.

Yo espero que Yuco (Francisco) del Río, jefe de Turismo, conceda lo que le he pedido, *remarcándole el valor de la persona*. Yo te pondré un cable sobre esto.

Me da mucha pena, pero vuelvo a pedirte que me traigas más vitaminas. Van para esto cincuenta dólares. Son la Theragran roja y la Octoplex. Me doy cuenta de que todo mi pep[...] sale de ellas... ¡Qué horror!

Pienso que *debes* estar muy angustiada a causa de la guerra *en* Oriente. Eso va a costarles a ustedes tanto como les costó la otra; pero la ganarán perdiendo, esto sí, muchas vidas. Me duele que a causa de

los rusos vayan a caer como hormigas mis pobrecitos amarillos. Perder ustedes, esa zona «de influencia» como perdieron a la China mayor es cosa seria; ustedes creen demasiado en el *viejo* MacArthur. Este ha tratado a los japoneses como a bichos. Es aquello de no entender en absoluto al mongol de allá y al mongol de la América Latina. Quien domina, tiene la obligación de *entender*. Este es el nudo ciego. El americano no comprende ni al europeo. Aquellos que como tú saben que el nudo ciego es este no son funcionarios y no pueden informar y mudar ese impasse y abrir esos sesos pétreos de la gente oficial.

Tú no padezcas por tal cosa. Nada se puede hacer desde afuera. Si ganan ustedes será que han comprendido; si pierden el comercio coreano —*es esto lo que se juega*, Doris Dana—, será que no *ven* el problema mayor y real. No sufras, por favor. El patriotismo no debe volverse una religión ni la patria un Dios.

Palmita está conmigo. Mi salud es buena. Tú ayuda a tu cuerpo, no te comas tu hígado enfermito.

Gabriela

17 [de julio de 1950]

Carísima Doris enfermita mía,

¡Ay, ojalá tú hayas mejorado algo! Porque me inquieta tu navegación por mar caliente. Pero ahora sé por Palmita que solo vamos a *tocar* en La Habana y Tenerife (Islas Canarias).

Según deduzco de tu carta, *tú* vas conmigo por dos años, porque debes volver por tu mamá. Si Europa te gustase, tal vez vuelvas allá *aunque no dices esto*. Yo te agradezco desde luego ese regalo de dos años de compañía.

Lo más serio de tu carta es lo que me dices de tu trabajo. Es verdad que has perdido casi un año. ¡Por culpa tuya en primer lugar, luego por culpa mía!

Chiquita, tú no sabes *organizar* tu vida criolla y me temo mucho que tampoco *organices* tu vida italiana. Yo sé que *siempre* es posible para ti como para mí reservarte dos o tres horas del día *para escribir*. Yo aprendí eso de los franceses. No creo que *se pueda ni se deba* escribir cada día. Pero si no se escribe, *se lee* esas dos o tres horas.

Tu educación, tu incapacidad absoluta de decir ¡no! y de recordarme a mí que quieres escribir, en buenas cuentas tu falta absoluta *de confianza* para usar a los criados y *defender tu tiempo*. En cuanto a la cortesía de corte inglesa que tienes conmigo, casi casi me ofende, Doris. Yo te trato a ti como si hubieras nacido conmigo en el Valle de Elqui...

Todo esto te lo escribo por dos razones: primero, te lo he dicho en vano; segundo, para que pienses en tu nueva vida Italia. Italia comienza en tu barco... Y te ruego que lo tengas presente en cada momento. Tú vas a leer y a escribir en el barco. *El mar da inspiración. Aprovéchalo*.

Yo voy a hablarte hoy por teléfono a fin de *saber* como va tu salud. Es absolutamente necesario que lleves tratamiento y medicinas para un mes. Si navegas con mala salud, yo te mandaré enseguida a

Marsella, para buscar un especialista en enfermedades tropicales, dos especialistas.

18 [de julio de 1950]

18.— Tan feliz de haberte oído.

Por tu ya famosa *y total* falta de confianza, no me habías propuesto retardar el viaje. Y tienes la salud tan insegura y escasa. Creo que te permitirán cambiar los pasajes.

Ahora, vas a hacer esto: perdona la intromisión: primero, descansarte bastante, en cama y escribir y leer. Segundo, acuérdate de lo de tu auto; tercero, *ver, ver, ver*, un especialista en hígado. Sepúlveda lo es para... el estómago. Y, por favor, son órganos diversos... El hígado es *el alma pasional*, es estómago el moledor de comida...

Un abrazo tierno. Dios te guarde, tu ángel te vele.

Gabriela

17 de julio [de 1950]

Amor, aquí estoy, de vuelta de Jalapa. Llevé dos cartas para ti. Era domingo y no podía certificarlas. Me las traje. Me da mucha pena andar en tu coche y sin ti. Vago por las calles como el ser huérfano que soy. Y después de haberte conocido, el perderte, el tenerte lejos, es peor que el no haberte tenido nunca. Te cuento estas miserias solamente por hacerte ver que en tu salud reside la alegría tuya *y la salvación mía*, que tu cuerpo ha pasado a ser mi cuerpo, que tú tienes en tus manos todo mi destino, después del Señor y de mi ángel custodio. Me temo que Palma venga a dejarte y quede aquí. Yo no podría decirte la experiencia segunda o tercera de tu ausencia, esta especie de media-vida, esta sequedad del alma, este malestar constante, esta pobreza infinita, este mal sueño en que caigo cuando te pierdo. Aquí quedo hoy. Sigo mañana.

[18 de julio de 1950]

Doris mía y... de tantas: espero mandar mañana —se va M.— la carta que te escribí hoy de mañana. Cuando no sepas de mí entiende que no tengo con quién mandar mis cartas. Además, yo *no tengo aún dirección tuya segura*. Esto me aflige. Tú eres nerviosa y además no crees en mí y puedes interpretar mal mi silencio. Yo vivo fijo en ti como un poseso (poseído) excepto en los momentos en que leo o escribo. Procura tener más fe en mí. Sin fe, tú no puedes serme fiel. Y de esto, de serme fiel, depende todo nuestro porvenir. (Porque yo nunca perdono la deslealtad.) Yo estoy bien; ahora me acuesto *temprano*. Porque mi cuerpo descansa así suelto y apoyado en la almohada. Yo necesito de urgencia saber *cómo estás y dónde estás*. Tú dispones de todo el dinero que necesites *para alojarte bien*. No tienes sino que girar a la cuenta común, o si no llevaste chequera, pedirme dinero, *por telegrama*. Te ruego, te pido que hagas eso. Esta casa es cosa muerta sin ti. Todo está muerto. Yo voy a leer una cosa folclórica por vivir las horas de día que quedan. Necesito sacudir esta sensación de nihil, de vacío, de abandono, de soledad absoluta.

—Pronto sigo—.

Levanta tu ánimo. M. te ha encontrado muy *deprimida*, mal de salud y nerviosa. Así es, y hay que añadir *la flacura creciente*. Yo estoy sumamente preocupada por todo esto mi amor. Si tú eres leal para hacerme una gracia, un regalo, un bien a mi salud, cuídate, come, *alégrate* y suprime tus preocupaciones. (Si estas últimas son de dinero, dímelas también.) Igualmente dímelas si ellas vienen de que tú tienes en Nueva York algún vínculo que no dices y que *deseas reanudar*. La realidad tuya más evidente es esta: no eres feliz, no, no lo eres y mi compañía *no te hace ningún bien visible*. Esta realidad *ahora* la tengo presente a cada momento. Y siento una especie de vergüenza muy grande. Porque *yo te retengo sin darte dicha alguna* y sin poder borrar tus dolores antiguos. Yo estoy dispuesto a sacrificarme, *a todo estoy*

dispuesto amor mío.

Pienso ahora que ese mal del hígado viene de tu tristeza y que esta tiene por causa esta vida tan pobre, tan encerrada, tan limitada que vives conmigo. En Italia, te dejaré ir solita a Niza o a las ciudades que yo me conozco. Para que tengas libertad plena y te sientas dueña de ti y de darte a quien ames. Todo, incluso esta cosa tremenda, *con tal de que no seas desgraciada*. No vivas, pues, esa tristeza que me duele y que me ofende. Tú puedes alegrarte como en Nueva York allá en Europa en sabiéndote libre, libre, dueña de ti. Estas palabras las he pensado mucho. Yo estoy dispuesto a ese sacrificio, porque vivas, y recobres tu alegría.

Te besa tu Gabriela

[Julio de 1950]

Doris querida:

Pena no haber podido hablar contigo ayer. Quería saber si mejoras un poco, o bastante. ¡*Pero habías salido a cenar afuera*! ¿Y dónde está tu descanso chiquita? En el día traqueteas por diligencias y en la noche duermes poco.

Yo quiero saber si de veras, efectivamente, tienes amebas. Es un mal largo, pero todavía dudo de eso porque en Brasil nos *daban* amebas a todos...

Lo indudable es que tuviste un golpe de ictericia, esto sí. Y ese mal cuando salta al ojo ya *es avanzado*. No olvides esto. *Creo* que hay que suprimir la carne y reemplazarla con el jugo de ella y no más. ¡Por favor, cuídate!

La casa está muy rara sin ti. Yo temo que el Lencero —hace calor— no sea bueno para tu mal. Si es así, puedes irte a Jalapa. Vino una linda pariente de los Murillo, tiene casa-pensión, parece, con huerto, allá arriba. Tú te observarás en el Lencero unos cuatro días y procederemos en consecuencia. Retiene tú esto. Es muy importante tu mejoría, chiquita.

No sé cuándo tú vuelves. Resuelve de esto a tu entera voluntad, observándote muy bien.

Necesito avisar al ministerio la fecha de mi partida de Veracruz. Dámela. Yo te hablaré por teléfono, tal vez el martes, si no he recibido carta tuya. Hace cuatro o cinco días que no sé de ti por carta.

Marga me dice de ti que realmente tú quieres ir a Italia conmigo. Yo dudaba un poco porque tú tienes una flaqueza; nunca dices las cosas que pueden dar a un dolor o dar intranquilidad. Yo sé muy poco de ti; yo ignoro hasta hoy si la vida conmigo te ha sido aceptable y si realmente la quieres prolongar. Yo sé —con cierto espanto— que eres capaz de hacer sacrificios incluso por una Margarita Madrigal. Eso es algo tremendo y me asusta. Y por saber esto a cada cosa que haces por

mí, en bien mío, suele parecerme *sacrificio* y no deseo tuyo, *voluntad alegre tuya*. He tardado en ver esto pero ya lo veo. Desde que lo vi necesito hurgar mucho antes de ver un poco claro.

Yo tengo ciertas doctrinas que a veces olvido, pero que son fuertes: una de ellas es la responsabilidad de recibir sacrificios hechos en mi favor. Los orientales marcan como cosa grave el cargar a los demás con sacrificios. Sobre todo con los del alma. Los sacrificios sufren las consecuencias de doblar la voluntad propia y torcer así sus vidas. Y el que hace esa operación se carga mucho de Karma.

Y tú me haces —no solo te haces— me haces a mí el daño de sacrificarme tu oficio, entrando en esa mala casa que es tu trajín de todo el día por cosas materiales y banales que te fatigan y te queman días enteros y semanas. Veo este hecho *a la larga*; yo soy muy lenta en reaccionar, por ser una distraída y trascordada.

Obra tú conmigo en adelante a plena franqueza, a plena confianza. Solo así se evitará el hecho de que más tarde tú te des cuenta con amargura de que has perdido dos años conmigo para tu obra. Sobre esta condición, chiquita, tú vas a hacer ese viaje. Prométemelo así.

Te dejo y te mando una bendición. Mis orientales mandan recuerdos *como* bendiciones. Ay, cuídate y mejora. Y corrige tus nervios como una oriental.

Te abrazo,

Gabriela

20 de julio [de 1950]

Vida mía:

Tú, te me quejaste ayer por teléfono, de que no te he escrito. Casi todos los días yo lo he hecho; pero ¿cómo mandarte esas cartas? Yo olvidé la dirección de tu doctora americana. Y aquí estoy juntando bobamente este carterío. Si me hubieses obedecido yéndote a un sanatorio, esas cartas habrían ido casi todos los días.

Este sofoco, este ahogo, este silencio, pesan mucho sobre mí, vida. Si yo he de vivir más tarde, no esta prueba causada por tu dolencia sino causada por tu olvido o una separación de un año —o de seis meses— yo creo que no podría soportarla.

Es como si siempre yo te hubiese tenido, como si fuésemos hermanos de edad semejante, o como si fuésemos amantes de media vida o couple (casados) de medio tiempo. Ni por un momento *esto* parece una historia de diez meses. (Cuando se cumpla el año, yo quiero estar contigo cerca del mar, sanos ambos, fuertes ambos. Será nuestro primer aniversario, vida mía.)

Espero que no vuelvas tú a llegar al grado de fatiga a que has llegado y espero que ese mal infeccioso no te vuelva, porque eres tan frágil, pececito mío, que te me puedes romper en dos o tres años y sería eso un horror, porque tenemos una vida —en mí, tal vez de cinco años— de la cual disfrutar como de un vino a la vez fuerte y fino y penetrante. Yo quiero que tengas conmigo eso que llaman la «dulzura de vivir», un poco de éxtasis y otro de vida intensa, de llama viva y de reposo y *confianza*. Y confianza. Porque tenemos hasta hoy la desventura de no creer el uno en el otro. Esta es la verdad, y esta falta absoluta de fe es cosa fatal. Puede llevarnos cualquier día a la separación y eso sería tal vez para ambos una desventura y un remordimiento quemante. Yo sentí en tu voz por el teléfono que tú dudas de mí, que piensas que mi silencio es olvido. Tú estas loca.

Yo te beso,

Gabriela

[Agosto-septiembre de 1950]

Yo esperé saber de ti, cómo llegaste a Puebla o a México. Me intranquilizas mucho. Procuraré encallecerme un poco.

Después de ir a dejar a las viajeras, voy a ir a comprar alguna medicina para tu pecho. Me parece muy mal que no cuides tu tos. Pero a ti no te importa nada.

Yo soy una pobre cosa en la vida tuya. Eso mismo fue siempre en la vida de las gentes que quise.

Pero en todo caso, yo soy un poco responsable de ti, Doris.

Te escribo esto por si así me hiciese caso.

Duerme bien. Te enseñaré más tarde un ejercicio para dormir.

Tu Gabriela

1951

21 de mayo de 1951

Cara Doris:

Me salgo de mi fiel R.C. para hacerte llegar estas líneas. Porque ignoro si tú sigues en París o estás en Berlín. (Solo vino tu telegrama con la dirección de París y estoy a oscuras.)

Llegó ayer 20 un recado del subsecretario del ministerio por vía de Alone.[54] Dice él que puedo trasladarme desde luego a Nápoles.

Me dice mi compañera Srta. Péndola[55] que esta casa se vence el 1º *de julio*. Es decir, tenemos plazo. Pero yo no quisiera irme al final del plazo sino quince días antes. Dará mucho trabajo buscar *una oficina más una casa*. (Yo no quiero vivir en el centro por agitado que él es.) Además, allá hay que *buscar muebles*, para no vivir dentro de la fealdad de las que se tienen en casas arrendadas como esta. Todo esto es lento.

La falta de cartas tuyas (no ha venido ninguna) no me deja saber si yo he de hacer esta mudanza sola. En todo caso, la Srta. Péndola iría conmigo —a dejarme— a Nápoles. Tal vez ella pueda ayudarme a buscar casa, aunque esto es diligencia larguísima y no sé si le darán permiso para tanto. *Ella es profesora aquí en Rapallo*. Yo no lo sabía.

Estoy muy contenta de dejar la humedad de Rapallo. He tenido ciática tres meses, si recuerdas.

Fui a Florencia. Llevé dos sacos de café y los dejé para su reparto a Papini.[56] Ahora hay que llevar el resto a Nápoles para su reparto. (*En el garaje se han robado la mitad*, ¡qué barbaridad!) Nápoles es ciudad muy pobre y ahora resultará pobre también ese reparto.

Yo no sé si tú ya tienes coche. En todo caso, habrá que mandar varios bultos por tren hasta Nápoles.

Me han subido un poco el mísero sueldo. Pasó de cuatrocientos treinta a seiscientos. No sé quién hizo eso. Me han pagado la diferencia por los meses transcurridos del año. Te cuento todo esto para que no estés preocupada por mí.

Estos días que me quedan en Rapallo —veinte tal vez— los emplearé

en hacer una o dos conferencias sobre La Liguria, tal vez una en Rapallo y otra en la Universidad de Génova.

Tú sabes que el equipaje que llevaré no es mucho. Te lo digo para que no te preocupes por ello y *no renuncies a ver bien Berlín*, donde tal vez ya estás. (Yo te puse un telegrama a París; no hubo respuesta, lo cual me dice que estás en Berlín. Es muy mala cosa no dar la dirección *actual* y precisa. Hay aquí tres o cuatro cartas para ti y no sé a dónde mandártelas. Y como el paso hacia Alemania es difícil para los americanos, no sé a dónde mandarte estas hojas y las envío a mi muy fiel Roger Callois57 para que te las haga llegar *si puede*. Me suele alarmar no saber tu paradero: Europa es una tembladera. Así y todo no rompas tu bonito viaje, Doris. Porque volver desde Nápoles a Alemania y Francia será cosa ya más dura. *Favor de ponerme un telegrama con tu domicilio actual*. Florencia estaba mucho más tibia que Rapallo y Nápoles estará mejor aún, yo espero, para mis pobres huesos reumáticos. Así te daré menos que hacer con mis achaques, pobrecita enfermera esclava de ellos.

Compré algunos «monos» —reproducciones de cuadros— en Florencia. No hallé ropa para mí. Pero tú no me compres nada, porque mi cuerpo es difícil y eso fallaría. Compraré en Roma. Me fatigó el viaje de vuelta. Pienso irme a Nápoles *en tres jornadas*. Para ver también algunas ciudades de pasada. Tal vez —si tú me das aviso *oportuno* de tu regreso—, yo podría ir a Niza para esto de los trapos —ropa—. No puedo darte hoy el día de mi partida pero no será antes de quince días en todo caso. Y no iré sola en ningún caso. No temas por tu ropa que está aquí. Todo irá asegurado. Como tú ya sabes, buscaré en Nápoles casa que no esté «a mano» para los bombardeos, sino detrás del núcleo central de territorio adentro. Por esto mismo, voy a tardar bastante en hallarla. En todo caso, no la tomaré tampoco demasiado lejos: a media hora lo más.

La primavera, amiga de los viejos, me ha mejorado y veo que lo que me falta *es solo calor*. Rapallo sigue sin sol y estos cuartos helados me han hecho daño. Hay anuncio de visitas de Chile: la de Alone y la de una escritora buena gente. Repito que si me avisas *pronto*, yo iría a Niza, *por ropa y libros*. ¡Son seis años sin libros franceses y los quiero por encima de todos! Perdona esta carta-testamento. Es preciso que a

lo menos tú sepas de mi mudanza. En ningún caso te quedes sin ver, y bien, Berlín. Tú ya me has ayudado demás: la casa te ha cargado demasiado con sacrificio dañino para tus artículos. Ay, me duele esto mucho, aunque tú no veas que me duele. Yo tengo una cara *de palo* en la cual no se ven mis pensamientos.

Salud y felicidad para ti, noble Doris, compañera leal.

Gabriela

[Fines de mayo, principios de junio de 1951]

Hijita Doris, niña vagabunda:

Yo he olvidado avisarte que debo salir de aquí *8 o 9* hacia *Trento* por una conferencia ya aceptada. Regresaré alrededor del 12, tal vez.

Ya te avisé que vamos a Nápoles, Dios mediante.

Solo hoy me doy cuenta del largo viaje que debo hacer, pero aceptado está e iré con una de las niñas Péndola. A menos que tú *desees* volver antes, *cosa que no creo*. Tú vas a ir a punto tan Sur (Nápoles) que de allí te costará salir. Mi compañera me ha hecho ver en el mapa el hecho de que tú podrías ir a Venecia, y en ese caso, nos encontraríamos un poco cerca. Pero mi viaje es de «pronto» y el tuyo es «de tarde». Piensa y escríbeme. (Ojalá esta carta mía pueda llegar a tus manos.)

Mi salud es mediana. Los días han seguido tan feos que no he tenido fuerza alguna y paso en cama. He salido dos veces y hoy saldré también (Esto no significa un llamado).

Hay cartas para ti. Prefiero guardártelas a que se pierdan.

Dime si te falta dinero. Te escribí —o fue telegrama— para decirte esto: que llegó dinero extraordinario. (Pero creo hoy que eso vino cuando tú estabas aún aquí.) Fue el aumento de más o menos trescientos dólares por cada uno de los meses de enero, febrero y marzo. Avisó el banco mío. No han avisado de abril y mayo: sé que el Potro Negro no tiene dinero para pagar a la gente con exactitud.

No te inquietes, ya pagarán el resto. Vino una carta tremenda de Palma: de pesimismo y otras cosas. Estoy acabando otra cosa sobre la paz. Me da horror a veces de que la guerra te halle por allá. No quisiste tú que yo te diese mi papel como secretaria de este consulado. Si algo ocurre, yo telegrafiaré diciendo eso. Yo deseaba ir a Niza por mis libros. Pero este viaje a Trento veo que me aleja mucho, y yo, ahora, dear, me fatigo tanto del tren. Debería ir porque no creo que suba después desde Nápoles. Tengo que decirte, a pesar mío, que no

puedo tardar *demasiado* en irme a Nápoles. (Acabo de recontar mi viaje a Trento, el día 8 debo salir de aquí. De Trento volvería por Milán y tal vez pudiese convenir la fecha del 14 de junio para la conferencia de Turín. Dime: ¿No podrías tú bajar y juntarte conmigo allí? No violentes tus planes ni tu rumbo por culpa mía. Avísame pronto si necesitas dinero y cuánto exactamente.)

Voy a levantarme para ir a Rapallo. Parece que llevaremos criada de aquí a Nápoles.

Según parece, sigue el riesgo de guerra. *Lee los diarios, por favor, Doris Dana*.

Un abrazo de tu Gabriela

P.S. ConferenciaTrento: Grupo Cultural Italo Hispánico. Palazzo Geremia.

Conferencia Torino: Universidad de Letras de Torino.

[Junio de 1951]

Tengo que escribir, como si estuviese en la China. Porque tú tienes, Doris, una susceptibilidad y un orgullo tan fenomenales que cualquier palabra bien intencionada levanta en ti una cólera loca. Soporta, pues, a lo menos mi escritura.

El asunto del auto y el banco no me lo diste en *claro* como debías. Sospecho fue que te tardan el auto porque tú no pagas. Yo te he dicho varias veces que te puedo dar parte o todo del precio del auto y tú o te indignas o no contestas. Lo mismo ocurre cuando te hablo de ropa y de cualquier otra cosa.

El resultado lento de todo esto —de tu falta de dinero para tus necesidades— es que vas volviéndote de más en más colérica y niegas en seguida estas cóleras y su causa.

Yo me voy cansando, Doris Dana, de esta situación tan compleja que se va envenenando día por día. Tu carácter se agría de más en más. Tienes la mayor paciencia para los criados que te explotan y ninguna para mí, pues en tus cóleras se te quema toda la cortesía y te vuelves un ser al que no reconozco. En una de estas veces va a ocurrir el que yo no pueda tolerar más y pierda yo misma la paciencia. Entonces vendrá una ruptura real y definitva. La última vez has estado muy cerca de eso. Las peores peleas de las gentes arrancan de cosas económicas, Doris. Sería mucho mejor, sería un saneamiento en nuestra amistad decidirte tú a responderme con veracidad sobre tus necesidades económicas. Si no aceptas hacer esto es mejor que te vayas. Porque lo que va viniendo hacia nosotras, día por día, es una ruptura nada decente, nada digna, grosera y plebeya. Y esto me da *horror*, porque los seres que han vivido una tal intimidad no deben separarse de esta manera plebeya y a causa de que el uno por orgulloso, por soberbio, *por racista*, no quiere decir al otro con desnudez sus necesidades económicas.

Yo puedo, con toda facilidad, gastar ese dinero que dieron por

aumento de sueldos de antes, más algo del fondo que había ya antes. Puedo darte quinientos dólares del auto más cuatrocientos para tus hoteles y alguna ropa.

Es necesario que tú *sepas* que el resto de la cuenta lo tengo a la espera del dinero que tal vez mandará Tomic[58] por la casa de Emelina.[59] Y si, por la guerra, yo no compro casa en Nápoles, ese dinero debe ser un pequeño *fondo* para la vida de nosotras dos en el caso de que el Potro Negro me cese, cosa que no es imposible, que él puede hacer si es que realiza una reforma general de los sueldos de la cual él ha hablado muchas veces. Dentro de una reforma general, él puede anular mi ley. Este temor mío, que no te he dicho es lo que me hace aparecer avara ante tus ojos.

En todo caso, Doris Dana, es absolutamente necesario el que tú no envenenes tu vida con tu propio silencio respecto de tus asuntos económicos. Eso es un horror. Ni tú ni yo debemos caer en esa plebeyez.

No me discutas ni mucho ni poco lo que te propongo aquí. Haz el cheque *según lo dicho*. Y no me hables sobre este asunto porque está de más y porque estás envenenando tu vida y la mía con estos asuntos. Yo sé muy bien, yo recuerdo muy bien, yo tengo presente el que tú me has dado casi tres años de tu vida, cosa impagable e inolvidable. Nada has pedido y *eso es lo peor*; la falta de franqueza está envenenando nuestra vida común. Observa bien: tú le das a los criados mejor trato que a mí; tú les hablas con la bondad que debías darme *también* a mí siempre.

No me discutas nada sobre esta carta. *Yo no debo hacer cóleras*. Tú olvidas que soy una enferma.

1952

[Junio de 1952]

Mi querida Deina muda:

Eso de irse sin dejar palabra ni decirla, irse como para no regresar nunca; ese irse como diciendo: ¡Por fin me voy, no volveré más! lo entiendo pero no me parece justo, Doris. Yo te he querido mucho, pero te he servido poco o nada. La casa te fatigó, porque tú eres una ambiciosa en el trabajo y porque no sabes parar, hacer «el paro» de una vez por todas.

Pero me ha dejado tan triste la última imagen tuya que ni sé contarte mi depresión.

No sé qué hacer; no tengo deseos de nada, de escribir ni de leer, de salir, de conversar.

Y todo esto parte, creo yo, de que *sigo viendo tus espaldas*. Parecía que huías, Deina, e ibas tan rápida que era como si te ardiesen los pies, repito. ¿Por qué? Te fuiste sin oírme las últimas palabras que siempre importa oír. Habíamos hablado, creo de un cheque mío que llevarías (no olvides que tú tienes el mismo derecho que yo a los cheques. ¿Pero tienes ya tu chequera?).

Me has dejado, repito, en un estado de estupor. Todo esto me parece un acto de desprecio superlativo. La verdad mía es que no entiendo por qué me quisiste, y no entiendo hoy por qué me has quitado (robado) todo el cariño que me diste. Si he hecho maldades, sería en ese estado que vivo de voladura, de una ausencia *no voluntaria*. No sé *quién* me da esta ausencia, Doris Dana. Y dónde vivo mientras no estoy aquí. Pero en ese estado yo no injurio, no me quejo, no derramo mi corazón. Es una especie de *suspensión de la vida y con ella del pensamiento*. Eso no debe ofenderte, Doris; eso es una enfermedad, y viene *desde la infancia*.

No, fuera de mi flaqueza (tú no observaste que como muy poco) yo no tengo otro mal que el estado en que caigo cuando estoy con Yin. Te quiero subrayar lo que sigue:

—*Yo estoy enferma, Doris*, y tengo médicos tontos. Pero creo que *esto* puede incluso curarse si yo tengo buena comida y si tengo un huerto, y, sobre todo, si vives tú conmigo. Yo veo y palpo que tú tienes «el mal de la patria», el mal de los ausentes. Tú eres muy americana, mucho. En lo profundo del alma, no en las cosas pequeñas. Estas las aceptas en el extranjero. Lo único *muy serio* en todo esto es que yo te he perdido y tal vez *para siempre*. Lo que me duele *saber* esto, saberlo por fin, no sé decírtelo en prosa; te lo diré de la otra manera.

Siempre en las cosas que llamamos «espirituales» hay una gran fase física. En esta caída de mi cuerpo y de mi alma también. Es mucho perder su patria y a la vez su familia y a la vez la salud. Te remarco estos hechos para que tú no me tengas como una culpable consciente, como una ingrata ni como una mera persona que se aprovecha de los demás, que es fría para querer y para agradecer, y es sencillamente una *ingrata*. No, Doris, mil veces no.

Ahora estoy en una gran perplejidad. Debo buscar alguien que *esté conmigo*, para librarme de *la obsesión* que *es mi peligro mayor*. Te has ido sin decirme una sola palabra clara: «No vuelvo», o «Vuelvo». Y esto lo preciso (necesito) para buscar *a alguien a firme*. No viene todavía la rapalense. Ella me libraría de buscar a otra *a firme*. No querría comprometerme con alguien que no sea «una persona» en vez de una mera criada. Me da horror desayunar sola, comer sola. Y, a la vez —¡qué horror!— sé que debo *prepararme* a la soledad de los espacios, al tránsito de este mundo al otro.

Vuelvo con las cotovías. Voy a hacer de nuevo selección de «pensamientos» que yo me ponga a vivir para reconstruir mi espíritu —no el alma sola—. Tú eras *todo* y me he quedado vacío, sin rumbo, sin fervor por nada. Solo analizando «lo que pasa en ti» *y si esto es definitivo en ti*.

Ayúdame tú, con tu verdad y tus recursos internos que son muchos. Palma no viene todavía. Dudo que venga por más de una semana. Ella ha perdido mucho de sus cualidades, de la fraternidad y el sacrificio.

Te contaré si viene la de Rapallo y si eso me ayuda en esta crisis o no me ayuda. En todo caso, no temas el que yo te obligue a nada.

Parece que andas en Venecia. Ahora hay un convite para una reunión importante allí. En esta flaqueza no puedo ir. Si mejoro sí.

Veremos qué dice Palma. Si llega la de Rapallo tal vez no voy. (Ahora me canso mucho en el tren.)

Un abrazo fiel, fiel, fiel

Gabriela

[Junio de 1952]

Doris, yo escribí para ti hace días una carta que tal vez hallo o no para incluirla en ésta. Yo no tengo noticias tuyas, ninguna. Creo que tu silencio viene o de la resolución de cortar conmigo todo vínculo incluso la rara amistad o de que yo no he contestado unas cuantas líneas tuyas desabridas que llegaron hace días. Por banales creo que no necesitaban respuesta. Así y todo estoy escribiéndote, y con longitud abusiva porque parece que el trance que vivimos tú y yo es el de darse el adiós hasta el otro mundo. (Tal vez allá tú me verás en claro. A pesar de tu talento, aquí nunca *me viste realmente*.)

Yo te he visto en claro solo en los últimos días antes de tu partida. Si tú no hubieses sido antes persona tan cerrada, tan oculta, tan esotérica, no hubiesen pasado graves cosas. No, nunca hubiesen ocurrido. Eso ha sido una gran desventura para mí y para ti, ídem, porque has cargado medio mes con mi presencia, mi majadería y mi estupidez para ver la realidad. Cuando una persona es americana debe hacer a las gentes su don natural que es el de la verdad. Tú dejaste este deber para la última hora. Esto ha sido muy malo para mí y para ti también, Doris. He tardado en dejar nuestros asuntos en claro primero, por bien pensarlos y segundo, por el visiteo fenomenal de estos días y tercero, por no estar nunca sola para escribir. Pero esto te habrá hecho el bien de dejar el tiempo tuyo libres para exposiciones, turismo y devaneos. Te evito la respuesta *a esta carta*: estás libre de ese afán; pero no a otra que debo mandarte y que será exclusivamente sobre asuntos de Santa Bárbara.

Ignoro absolutamente si todavía sigues en la Bienal, es decir en Venecia. Así y todo mando esta a ese punto.

Parece que hemos perdido demasiado tiempo en conocernos. Yo he tenido sobre los ojos «la clásica venda». Y tú parece que tardaste otro tanto en verme tal como soy. Creo que tú debes estar muy arrepentida del tiempo precioso que me has dado. Tiempo, trabajo y ceguera para

verme. Yo no lo estoy: he sido feliz dos años o más y creo que esto hasta mejoró el estado de mi corazón. En mérito de ese tiempo que me regalaste yo no cancelaré en mí ciertas promesas hechas y te rezaré en mi memoria, aunque no te escriba cartas.

18 de junio de 1952

Siempre me fallaron, Doris, mis relaciones americanas. Y siempre eso ha ocurrido tal vez por el choque racial. El sentido del afecto es en nuestras sangres cosa absolutamente diversa, al igual que nuestros paralelos y meridianos geográficos. Nosotros consideramos los vínculos de la amistad grande como una especie de *amarra férrea*; ustedes nunca se creen comprometidos ni ligados *per vita*. Tal vez sean ustedes los sabios de vista clara, y nosotros unas gentes o ciegas o alucinadas. En todo caso, tú no te has dado cuenta nunca de que ciertas cosas me producen una reacción y un dolor superlativos: son como una brasa ardiendo y retiro la mano bruscamente como cualquier buen animal lo haría. En todo caso yo soy una especie de absolutista y comprendo tu reacción respecto de mí y el corte que has hecho entre nosotras. Yo no he hecho cosa parecida a eso, pero tomaré la línea que me indicas sin palabra que es la del silencio a tercias o a cuartas. Quiero decir que te escribiré solo cuando sea indispensable hacerlo. Entonces hazme la gracia de contestarme. Tú sabes que yo no sé dónde están papeles y objetos míos. Consultas tendré que hacerte: perdona el trabajo que yo te de, sin poder evitarlo.

Palma está conmigo aún y tal vez venga a Nápoles Nicolau en días más.

Hoy ha estado aquí el adicto cultural de Estados Unidos en Nápoles. Yo ignoraba que lo hay en cada... consulado. Ella atiende una biblioteca y un curso de inglés. Pena que no lo supiste antes. Me pareció persona culta y sensible. Habla un español perfecto. Me trajo una carta mía caída del avión que cayó hace semanas cerca de Nápoles, ardiendo entero.

Dime lo que yo puedo hacer por tu diligencia del departamento de estado. Veo claro que tú puedes obtener un cargo de esos en varias partes del mundo que te gustan.

Dios te cuide siempre.

Gabriela

23 de junio de 1952

Doris, no hay carta tuya que contestar. Supongo que sigues muy feliz tu viaje hasta... Estados Unidos. La carta adjunta la escribí hace días. Ahora vivo bajo una lluvia tal de visitas que *no me dejará atender mi correspondencia*. Hay de cinco a sesenta chilenos por día. Cerraré la puerta por fin para despachar tanta carta retardada. Espero que llegue hoy o mañana la rapalense. Si algo se me ofrece preguntarte ella te escribirá por mí. Yo necesito ponerme a acabar ese Poema de Chile. Aunque hay una temperatura tal que parece un horno Nápoles.

Si se te ofrece algo de aquí escribe a la niña Péndola, a fin de mandarte las cartas que puedan llegar para ti.

Di a tu compañera[60] que todos celebran mi cara... la hecha por ella bajo la luz de su voluntad de transfigurar los modelos que son viejos y feos y dile de abrazar por mí a Toño y su esposa.

Si necesitas dinero poner un cable con solo la cifra en palabras *no en números*.

Te mandan recuerdos todos los que vienen y te han conocido.

No sé a dónde mandar esta carta. Irá «al acaso» al American Express de París. Pero como hay varias oficinas en esa ciudad con el mismo nombre, lo probable es que no te llegue.

Las cartas que te prometí irán a tu dirección de Nueva York *cuando la tenga*. Irán por certificado. Da noticias tuyas a Palma. Ella me informará. La secretaria viene muy tarde (evita trabajar. Voy a cambiarla, te lo digo a fin de que no te dirijas a ella).

Cuida de tu salud.

Gabriela

Oye: esta carta que lleva esas líneas fatales para la secretaria, quedó *en mi cuarto* —estoy segura— y desapareció... La busqué por todas partes y no estaba. Hoy la niña se aparece dándomela... Figúrate lo que ha

leído allí.

Yo aprendo solo ahora que tú estás en Rapallo. No acabaré nunca de «aprenderte». Yo sabía que tienes asuntos de intereses que tratar en Nueva York *que por eso te has ido, que tu madrastra te llamaba*, que tu hermanita quería verte. Y todo eso, Doris, es puro teatro. ¡Qué barbaridad! Tú en Rapallo, *desde hace días*, sin razón alguna excepto, tal vez, el alto galán que tienes allí. No hay ninguna, pero ninguna necesidad de mentir, Doris. Es natural que te aburras con el manejo de esta casa. No tienes método para eso. Te has ido, no tengo criada mía y todo está limpio y ordenado sin más que la niña chica. Todo esto me da vueltas en la cabeza y no logro [...] contigo la mentira, porque te he visto la verdad tantas veces.

Ahora el silencio. A menos de que seas una sorda y una ciega voluntaria, tú sabes hasta dónde me aflije, me tortura y me duele el no saber nada de un ser que quiero. Vas volviéndote, parece, una insensible y una sorda. Para mí, *solo para mí*. Y esta es la novedad de hoy. En cuanto a tu compañera, tú ni la nombras. Otra escondedura tonta es esta e inútil, Doris.

No quiero decirte más cosas desagradables. Y te pido solo esto: que des la dirección de a dónde estés, pues yo he ignorado que vives en mi propia Italia, a una hora de distancia.

Tú eres *un poco* verídica a pesar de todo. Dime, por favor, esto: si tú *solo* me has escrito la carta *que llega hoy*. Necesito saberlo absolutamente porque suelo pensar que mi correspondencia esté intervenida. Sin razones ni base alguna. ¡Pasan tantas cosas en este pobre mundo!

Gabriela

1 de julio de 1952

Dear, yo ando trayendo dos cartas para ti en el bolsillo. Pero no tengo con quien mandarlas que sea seguro. Veré si mañana van.

Querida, es horrible esto de no poder fiarse a la gente. Me da dolor y *accidia* vivir así, según viven los presos. Supongo que tú paseas todavía bien acompañada. Creo que Londres te retendrá mucho tiempo. Y no sé cuándo te sabré en la casa de tu madrastra, que sería deseable. Los lazos que sigues apretando de más en más no te dejarán descansar en el campo. Y tú precisas de reposo en una tierra verde.

Ha habido gente todo el día. Alone se fue a sus canchas y dejó una valija. Ahora duerme en su cuarto otro chileno. Ya estamos de acuerdo con la patrona para cancelar esa habitación sacando de allí esa cama. Tal vez vuelvo eso un escritorio. Porque este visiteo con «dormida» sale muy caro y es además dañino. Yo he tenido hoy cosa rara al corazón. Es el cansancio de hablar. Tu gatita —la traje por fuerza— te busca en vano. La otra gatita también. No viene todavía la rapaleña. Ella puede librarme de más gente. Ahora la patrona cocina. Bastante bien. No sé cuánto va a cobrar; si será «sage». Cuando pienso en que tú vives aún en Europa y que ya no te tengo, me da cierta cólera.

Hay convites de que habrías aprovechado. Compra discos de italiano para no perderlos. Y de francés ídem. Dime si tienes allí una máquina para discos.

Yo vivo una prueba demasiado fuerte para mí, este gastarme con extraños y haber perdido lo mío.

Las gentes no paran de venir. Solo lo mío escapa de mí. *Es mi Karma* y va de mal en peor. Palma aun no viene. Vendrá por ventearse y se irá enseguida. Ella ha perdido el sentido de sacrificio que antes tenía, para mí. Si no fuese el calor tremendo, yo me escaparía a eso del convite de tres (Unesco) Mann, Claudel y yo. Pero el calor es enorme y mi corazón no está bien. No comprometas tu futuro, Doris, antes de estar segura de que eso va a hacerte *cabalmente* feliz. De eso una se

arrepiente cuando ya es tarde.

Esta casa ya no tiene al centro su cabeza dorada, su fuente de gracia y su música da pasos ligeros.

Mañana comenzaré a echar gente, a esconderme.

Ya no se cotiza en los diarios de aquí el peso argentino. Averigua su cotización en dólar, allá. ¡Qué horror! Con la noticia tuya de llegada a Nueva York, que creo va a tardar mucho. Te mandaré dinero para libros tuyos: novedades sobre todo de tu género que es *el cuento*. ¡Ay, no olvides tu vocación y tu oficio! Yo vivo con muy poca esperanza sobre ti *ahora*. Muy desmoralizado por ello. Yo tenía una flor que para mí se abría, y una fuente que era para mi sed, y un pájaro cantor que para mí cantaba en la mañana, y una brisa suave que refrescaba mi costado ardiente. Ahora mismo, ese costado me duele de herido y no me vale por despojado. Tengo conmigo solo cosas muertas, cosas; libros, papelería, casa ajena. Solo tengo aire y ni esto por el calor pesado. Es la penuria, la pobreza cabal. Solo es rico el querido y deseado. Mejor es no seguir la carta, pararla aquí. Para no llorar sobre ella.

Tu Gabriela

2 de julio de 1952

Doris Dana:

Después de tu partida *violenta y sin nombre* —no sé cómo llamarla— y después de haber vivido yo tres días de un estado lamentable, llega esa carta tuya de París. No entiendo hasta hoy tu cólera *brutal al partir* y tampoco entiendo esta carta normal, cordial y sin mancha de furor. ¡Ilumine Dios mi cabeza porque no logro ver en claro cosa alguna! Tú no tienes nada de histérica, Doris, nada, y de malgeniosa tampoco. Luego, el gesto y las voces con que pasaste por la puerta que estoy mirando, corresponden a algún choque muy fuerte conmigo, a una cólera violentísima y... a un golpe de odio, *de odio puro*.

Este triste asunto, ha sido mi pan de tres días. Sin noticias tuyas, yo pensaba, hoy, escribir a Palma para saber algo: si te vio en Roma, si hablaste de mí con ella, qué reacción vio en ti. Anteayer escribí para ti la carta adjunta, apenas tú te habías ido.

Pero lo hecho hecho. Tú me has lanzado un grito *de la mayor cólera* al irte y esto en respuesta a mi pobre queja de tu partida, interrumpiéndome con ese grito lo que yo iba a decirte. Ya no hay para qué poner eso aquí. Ay, Doris, ¡qué despedida!

Yo sabía —y sé— lo que va a ocurrir allá, en tu Nueva York a poco de llegar, e iba a explicarte mi conducta de los días últimos: yo tuve un vuelco del corazón, cosa *muy rápida* pero que es un mal anuncio para mí. Eso dura un segundo pero es agudo como una *cuchillada*. E iba a añadirte algo más, para hacerte *realizar* que no importa mi... *abstención*; pero que la tuya eso sí es peligrosa para mí. Y que esto último se allana como otras veces. Tu grito me dejó pasmada y grandemente humillada. Porque era tu despedida de mí, nada menos, *y era brutal*.

Gracias por tu carta. Yo debo, cuando menos, saber dónde estás.

Las cartas que me indicaste irán mañana. Hace hoy un calor enorme y mi cabeza no está clara.

Ahora esto, Doris: yo ignoro quién es ahora [...][61]

[...] necesites. Por razón mía tú has perdido cuatro años de sueldos. No tengas pues, ningún escrúpulo ni vergüenza tonta. Me dolería mucho el que no tengas dinero para comprar tanta ropa como tú necesitas ni para hacer excursiones recuperando tu país visualmente. Creo que podré acabar ese Poema de Chile *ahora*. No tenía valor, elán, fuerzas, para nada. (¿Es que tú no has estado con Palma?) Te ruego contarme las diligencias que haces, en detalle. De todo me hablas en tu carta menos... de tu compañera. Pero yo tengo aún mi cabeza lúcida para *ver* cuando necesito *ver*. Ahora ya podré escribir algunos oficios. No puedo hacer nada cuando caigo en el hoyo de la amargura. Por lo menos *líbrame de eso*. No hay otras novedades en esta casa. Yo paso bajo los árboles, leyendo. Ahora podré escribir. Si puedes, mándame el *Geographic Magazine* (números viejos que son baratos). Yo tomaré más tarde la suscripción. Sus «monos» me ayudan mucho para describir cosas de *La Tierra* que faltan en el Poema.

Dios te guarde, un abrazo grande para *la novia*. Yo buscaré algo para ella aquí. Dime qué cosa.

Gabriela

24 de julio de 1952

Mi Doris:

Te escribo con mucha pena de darte pena. Tal vez tú, que no lees diarios, ignoras lo acaecido en California. Va un recorte del diario. Como ves eso parece una cosa catastrófica.62 Añado el otro de hoy. No se me ocurre sino telegrafiar a Eda para saber si nuestras casas existen todavía. ¡Qué mala cosa querida mía! Tal vez tú puedas saber allá algo. Pregunta por favor —y no por teléfono—. Ve a la embajada y además al consulado. Como ves, los cables *no nombran Santa Bárbara*, pero son mínimos los cables sobre Estados Unidos que se publican en Italia. No tengo idea de dónde está esa ciudad que dan por destruida. (Son dos los recortes que te mando.) El de hoy cita a Los Ángeles también pero le da daños menores. Que alguien te lea bien esos recortes, dear. Estoy muy preocupada. Aquella madre muerta con sus cuatro hijos parece un «golpe kármico» y a la vez una maravilla de partida en común.

Estoy como aturdida por esto. Tal vez mañana tenga respuesta de Eda. Si llega te la trasmito. Según las noticias que ella me mande tú irás o no irás a California. Creo que en todo caso valdría la pena vender eso que tan lejos está de ti y de mí y que no podemos cuidar de cerca. Se podría invertir en zona más próxima a nosotros. Ya hablaremos esto si Dios quiere. (Te ruego poner atención grande y *madurar* estos asuntos; son vitales para nosotras, hijita mía.)

Busca en tu consulado o en los puestos grandes de periódicos diarios franceses del 23 o diarios tuyos.

Estoy bien, dear, solo muy triste. Voy a ponerme al Poema de Chile, por escapar de mí misma.

Un abrazo grande

Gabriela

26 de julio [de 1952]

Doris querida:

No he vuelto a tener noticias tuyas. (Si llegan hoy, te lo diré al pie de esta carta.) Tú sabes, Dana, que me inquieta mucho el silencio de los míos y que eso me trabaja el corazón. Pon una postal y yo sabré dónde estás. Y dime cuándo partes. Es lo menos que yo debo saber de ti. Te ruego «realizar» esto: tú te has ido sin tomar ningún dinero (cheque) y yo no me he dado cuenta de ello sino después de tu partida. Tú sabes muy bien que tus gastos de viaje todos deben ser de cuenta mía, más la ropa que compres. Prefiero que me digas esto a mandarte menos de lo que te debo. Dímelo, por favor. Te dije, además, de tomar cheques de la chequera mía pues, si bien recuerdo, la cuenta está a nombre de nosotras dos y tú pasarás en Nueva York cuatro meses a lo menos —¡Ay, si es que vuelves!—. Procura no darme inquietudes y aflicción. Escríbeme aunque sea corto: dame tranquilidad y no me hagas desvariar, ¡por favor! Certifica las cartas pues parece que se pierden.

Yo te espero y te esperaré siempre.

Hace un calor sobrenatural y mi cabeza está pesada. Esto es peor que Veracruz en la canícula. Así y todo, yo prefiero a Nápoles y tú tal vez lo quieres también.

A Neruda le han negado la entrada a su patria. Y me llega la carta ingenua de un hombre del pueblo pidiéndome que yo lo lleve conmigo y que los dos entremos en Chile. Es muy grave eso de cerrar las fronteras a un ciudadano, Doris, sin dar ninguna razón válida, legal.

¡Ay, no me dejes mucho tiempo sin tu dulce, suave e inspiradora presencia de hermana, Doris Dana, niña querida!

Gabriela

5 de agosto de 1952

Mía carísima:

Va esa carta escrita bajo un calor sobrenatural que nunca viví en Nápoles. Hoy volvió el inefable Alone. No sé si vuelve a quedarse aquí, ojalá no. Yo pasaría escribiéndote cada día; pero ese diluvio de papel te cansaría.

Hoy llegó una invitación de Bélgica para una fiesta grande... de la Poesía. Creo que nunca han hecho esto en Europa y tal vez voy allá.

¡Ay, Dana linda y patiloca, cuánto te necesito día a día! Pero tendré paciencia y respetaré tu plazo. Tú sabes que había otra del Oriente. Creo que el ministerio no aceptaría eso. Es lo que más me gustaría. Hay la que sabes de Israel. Voy a procurar que me esperen para llevarte conmigo. La invitación es amplia.

El calor, repito es salvaje. La lectura del diario de hoy me ha parecido un poco inquietante. Pero yo observo a la vez que Europa no quiere pelear.

Vuelvo atrás. La fecha del convite belga es el 11 de septiembre. Las fiestas duran hasta el 15. No sobra que tú los sepas. Falta.

La verdad es que yo solo deseo pasar por Niza o Suiza para comprarme ropa. Ando muy fea y mal vestida y eso me hace mal con cierta personita...

Te digo muy en serio que yo me enojaré contigo si no usas el cheque que te di. Quiero que te compres libros y... chiches. Ropa sobre todo. Tuyísima.

Gabriela

Lee el diario, léelo cada día.

5 de agosto de 1952

Tan querida y tan olvidadiza:

Yo tengo solamente dos cartas tuyas. (Te he escrito que se pierden cartas de otras gentes.) Voy a dar más dinero al cartero...

Esta tu carta de hoy me ha traído una gran *distensión* —lo contrario de tensión— porque llevaba ya dos días de esto que, para mí, *es lo más agotante*. En otra ocasión, Doris Dana no le des a ningún ser que te quiera demasiado un silencio ni largo ni corto. No te crees Karma a causa de eso.

El ritmo de tu carta es apacible y yo he sentido en ello *que eres feliz*. (Rara vez lo eres en tu pobrecita vida a mi lado.)

Parece que mañana viene Palma. No sé por cuántos días. Le ha llegado al fin su embajador y yo no entiendo que ella se largue para acá *al día siguiente*. Ella ha perdido por completo el sentido común que tenía antes. Es pena esto.

La niña Péndola —yo no sé por qué tú la crees tan seria y capaz de servir— ha salido disparada dos días después de llegar porque va a la casa ese americano que cortejó a su hermana aquí, en la costa. Recuerda que la mandé a informarse de unos emigrantes y se quedó... quince días en vez de dos... Conoció a ese gringo y parece que lo ha «cazado» como a un pajarito. Y sin que haya todavía ni declaración de amor, Gilda sale disparada de Nápoles... para volver y tirando el dinero ajeno de los pasajes por una mera posibilidad de casamiento. Yo te ruego, vida mía, no me hagas cargar con gente así. Los italianos parecen locos y las mujeres más... (Mañana escribiré las cartas sobre ti.)

Gracias, mil gracias por tu carta. Saber de ti me alivia de la tensión en que vivo. Tú también vivías así antes; tal vez lo has olvidado, porque el clima tuyo de ahora es tranquilo y está liberado de toda tensión. Esto me tranquiliza por el lado de tu salud. ¡Si yo te viese regresar un poco gorda, batiría las manos como los niños felices!

Para acortar mis días —tan largos, ¡ay!— yo duermo siesta. Ojalá esto siga, porque me descansa y alivia los nervios. Palma tal vez me distraiga también.

Estoy tan abatida por el calor que hago un gran esfuerzo para escribirte. De día la temperatura es sofocante. (Pobrecita niña, tú también padeces allá lo mismo.) En la noche refresca, pero yo no puedo escribir largo de noche. Me duelen mucho los ojos. Ya no te cuento más miserias.

Yo sigo pensando en vivir en Italia. Pero de otra manera. Para mí es fatal la comida de ellos. Viven como a media hambre, Doris querida. Tal vez se debe a esto que el italiano ya *no crea*. Observa tú. Yo sé que si pago más a la patrona, seguirá dándome lo mismo porque ella olvida prodigiosamente que yo soy de una raza que come y que ayuna solo en los países hambreados, por obedecer el hábito nacional de hambreamiento.

Palma llega mañana. Tal vez ella se decida a comprarme alimentos *afuera*.

Por todo lo dicho y, por algo más que tú sabes de sobra, yo sigo pensando, como en una obsesión, en la casita del campo, con gallinas y pasto, con criada que sepa cocinar y con cierta personita a mi lado. (Lo último es lo primero.)

Me ha alegrado mucho, vida mía, ver el buen español de tu carta. Lee allá el feo diario español. Para no perder lo ganado.

Me deja muy preocupada tu negativa a emplear esos cuatrocientos dólares en tus gastos de viaje. Es absolutamente natural y justo el que yo te dé eso de tus pasajes más lo de la ropa *que te falta* —sí, te falta— y también tus gastos de la comida diaria. Tú, por mí has perdido sueldos de tres o más años. Ponte en razón. *No tengas orgullo con tu pobrecita*; «realiza» que lo mío es tuyo, niña querida, adorada niña, ay, ausente por ciento veinte o ciento cincuenta días, criatura errante contra toda razón.

6 de agosto de 1952

Doris mía:

Hoy de tarde, llegará Palma. Eso *parece*; con ella nunca se sabe. Y pasado mañana *parece* que llega Gilda. Tanto que me habrían servido en estos días de la crisis —¿histérica?— de Alone.

Este mal hombre ha vivido en esta casa solo su noche y al final *ni aun la noche*. Yo le había escrito y dicho que si le faltaba dinero yo se lo daría. Tiene toda la soberbia chilena más la de los jueces literarios (críticos). Usaba en la casa solamente la cama. Salía de mañana antes del desayuno y no regresaba sino de noche. Nunca lo he visto leer ni comprar un solo libro ni una sola revista. Aun pobrecita, yo, con mi jubilación suprimida, nunca dejé de leer en Italia. Él, ni aun el periódico leyó...

Tú recuerdas lo del escándalo que le hizo salir de Chile. No puedo pensar sino que aquí ha hecho la misma vida y nunca sabré si esta partida suya violenta y sin despedirse, como un patán, venga de que la policía lo haya descubierto en algo... Pero le vi al final unos ojos de odio chileno. Tendré en él un nuevo y tremendo enemigo.

A ti te quiso y las dos veces en que te nombró su cara se iluminaba por una sonrisa *de cariño*. (Tú eres, Doris, una tremenda coqueta, hasta para esos solterones que odian a las mujeres.)

(Lo que va a decir allá es que soy una comunista, porque le defendí a los obreros varias veces —a los dos mil obreros matados por un amigo de él en la Patagonia—, cuando yo vivía allá).

En fin, ya se fue. No debió haber venido nunca. Pero si tú hubieses estado aquí, él no se habría ido.

En estos días sin criada, con la patrona de cocinera, yo no podía atender a su majestad Alone como a un lord...

Imagino que tú vives allá, chiquita mía, un calor tan espantoso como el de aquí. Menos mal que duermo bien. El día es el fatal porque no puedo hacer nada sino desde las seis de la tarde.

Me haces una falta tremenda. A cada momento, a cada respiro. Ay, ojalá estés en el campo con tu madrastra, hasta que pase la canícula. No bajará este tormento sino después del 15 o 20 de agosto.

Parece que he recibido solo dos cartas tuyas. Hoy ha venido una carta cariñosa de Marina.

Llegó un Audubon[63] que compró Palma. Son, parece, solo trozos de su obra; pero las láminas son *preciosas*.

Ahora vienen unas órdenes *drásticas*. Ese cheque que llevaste, solo te cubrirá tu pasaje de ida. Irá otro para el de regreso y otro para tus gastos de vida allí y para ropa. No me hagas el mal de rechazarlos. Eso me haría pensar *cosas malas y amargas*. Tú debes ahorrarme el sufrimiento. Basta con tener el de tu ausencia.

Yo te esperaré cada día hasta que te recupere.

Parece que volverá Ibáñez.

Un abrazo, tuya,

Gabriela

¡Alone se fue sin despedirse ni dejar unas líneas. Nada!

13 de agosto de 1952

Doris querida:

Ignoro si yo estaré mañana contigo o si habrá gente intrusa. Y por esto te escribo, aun con el miedo de perder esta carta. Tú vas a reír; pero es el caso de que yo me despedí de ti sin tomar conciencia total del hecho, porque tal vez mi inconsciente me defendía de sufrir o de *estallar*. ¡Pero cómo fue el dolor cuando volví a mi cuarto y «realicé» el hecho!

Doris, es cosa muy seria el que se separen los seres. Eso está lleno de peligros, eso es un peligro constante. De tu lado, no del mío.

Yo no pretendo prohibirte nada, exigirte nada. Yo solo quiero hacerte conciencia respecto del hecho nuevo que ha comenzado, el de no verse ni oírse y vivir de nuevo con extraños. Yo no pretendo, ay, no, que te vuelvas un mármol o un hielo. Solo quiero que midas y palpes la delicadeza extrema del tiempo que comienza mañana. Serán cuatro meses, cuatro, de lejanía: ciento veinte días, Doris.

Vendrá también el que vuelvas a entrar en tu antiguo molde, como la mano entra en el guante sabido. Puedes querer quedarte allí, en lo acostumbrado, en lo de toda tu vida, Doris mía de cuatro años solamente.

Lo que voy a rogarte es que me cuentes la vida que vas a vivir día a día. Quiero, *necesito*, saber, saber, *aun lo peor*, pero saber. No ser engañada, no aguardarte en vano, hijita mía.

Yo he visto por mis ojos esta vez que yo no te hago falta. Te he visto con tu amiga de antes, la cual te perdió *y te ha recobrado*. Desde que vino se abrió como una especie de cielo nuevo, Doris. Y desde entonces tú vives otra vida y esta te hace —yo lo he observado— *enteramente feliz*, absolutamente completa. Antes de partir dime tú tu plan interior, la decisión de tu espíritu. Obsérvate y déjame tu verdad entera escrita. (Certifica toda carta.)

Te doy gracias de tus cien o dos mil dones. Has hecho muy dulce mi

pobre vida; me has sacado del pozo negro en el cual yo vivía, me has traído una especie de segunda juventud. Todo es vida, calor, ligereza de aire desde que yo te hallé.

Un ímpetu demasiado fuerte me hacer ir a Roma. No puedo con esto y voy. No retardaré tu viaje, no. Dame *una sola noche más*. Es muy poco, pero es. No me has dejado ni aun tu retrato. Yo quiero amplificar el mejor que tengas.

Del dinero tenemos que hablar. Recuérdamelo; mi memoria es ¡tan mala!

Yo te mandaré unos versos. (Creo no tener tu domicilio. Dámelo.)

Un pedido: cuando ya sosiegues escribe lo tuyo: cuento, o versos o artículos. Para embonar de nuevo con tu oficio. Yo haré lo mismo. *Si puedo*.

Yo no quiero decirte adiós. ¡Vuelve, vuelve!

Y perdona mis torpezas todas.

Perdona.

Gabriela

[Después del 19 de agosto de 1952]

Hijita mía, decenas de veces yo he leído noticias sobre una nueva guerra y ha resultado *que no ocurría nada*. Pero hoy, sin embargo, me alarma la llegada de tu ministro de la guerra a Ischia para conferenciar con los jefes italianos y para revisar los medios y la preparación italiana.64

Me intranquiliza pensar en que tú no lees la prensa y que puedes estar ignorando todo lo que ocurre.

Quiero recordarte, Doris querida, que la cuenta del banco es común y que tú debes girar sobre ella para todo lo que necesites. Si las cosas se precipitan, yo sé que tú querrás entrar en los servicios de la defensa americana. Procura, si eso ocurre, que te destinen a Italia. Y si a mí me llamasen de Chile, procura que te manden a la América del Sur en misión de propaganda o de traductora. ¡Ay, Dios nos libre del horror!, porque la guerra es siempre un horror.

Varias veces ha ocurrido esto de anunciar la guerra como cosa que está a las puertas y nada ha ocurrido, nada. Puede esto de hoy no tener ningún valor real, Dios lo quiera.

No te he escrito en estos días primero porque el calor es tal que me quita la poca fuerza que tengo, es un calorazo y debe ser peor allí, mi pobrecita. Ojalá te hayas ido al campo. Dame tranquilidad y *escríbeme seguido*. Te estoy escribiendo ahora sin fuerza alguna.

Repito que tomes todo el dinero que necesites para comprarte ropa, libros, etc. Y te suplico que si la situación empeora que *me asistas* con cartas frecuentes.

Un abrazo fiel de tu Gabriela

P.S. No te mandé la carta adjunta que es de hace varios días. Las noticias bélicas han disminuido, aquí, no sé allá en tu Nueva York.

Es curioso: Cojo es carta de hace días y hoy ha vuelto ese decaimiento de que te hablaba hace ocho días. Tal vez es que como poco. Pero ahora salgo a comer afuera y solo almuerzo aquí.

Casi no tengo novedades que darte. Deseo ir a Sorrento por estar un poco alegre. Hoy no he tenido *ninguna gana de trabajar* y tomé y dejé el Poema de Chile que iba a copiar para *verlo* un poco, porque no lo «realizo» bien todavía como conjunto. Puede ser que hubo primero un calor salvaje y al atardecer un viento o casi frío.

Tú me decías que tal vez regresas antes de lo que pensabas, ojalá. Pero no lo creo. Esa ciudad llena de novedades te toma entera. Es natural y es eso bueno para ti, pero no para mí... Acuérdate a veces, Doris, de que yo no tengo a *nadie*, solo esta niña bondadosa que me acompaña. Acuérdate. Pero no regreses por fuerza y sin ver lo que te gusta y sin comprar *todo lo que necesitas*. Después te pesaría y querrías regresar tres meses después, lo cual me apenaría mucho, esto sí. La gatita está en la cama, a mi lado, te manda cariños; se puso muy triste cuando te fuiste, pero mucho. Ahora está un poco mejor. Ven por ella también.

Oye este encargo: hay en Nueva York un diario en español. Era bueno. Dime si existe aún y ve cuánto vale la suscripción semestral (seis meses).

¿Por qué tú, niña errante, te haces querer tanto? Es malo para quien te quiere y para ti resulta fastidioso.

No me mandas aún los nombres pedidos para tus personajes sobre ti. Ni sé si has ido a Washington a hablar con esa señora que te adora y me detesta. Ve a verla; es muy inteligente y es amarga porque el marido —muy guapo— la abandonó. Y me odia porque su rival *era* una alumna que me quería mucho. Ya no me escribe. La perversa Coni debe haberme indispuesto (intrigado) con ella como con el rector.

El mundo, dear, es un ganar y perder. No te pierda yo a ti Doris Dana. Sería un derrumbe de la poca fe en los humanos que yo conservo.

Da un abrazo por mí a tu hermanita. Yo la quiero mucho, sin conocerla de veras, como adivinándola...

Doris Dana, saca de nuestro banco, repito, *todo* lo que necesites. Hazlo.

No olvides que la primera parte de esta carta es vieja de muchos días.

¿Qué haces? ¿Qué resuelves? ¿Quiénes te tienen? ¿Cuál es tu ánimo allá? ¿Voy a volver yo a verte? ¿Cuáles son los planes para *tu* futuro? ¿Piensas en tu Nápoles? A mí solo me faltan tú y el campo. Pero es mucho esto. Me doy cuentas que esas dos cosas son las únicas que me hacen vivir cuando están presente y decaer o morir cuando las pierdo. Cuando dejé el Valle de Elqui, a los catorce años creo, me volví una especie *de sonámbula* en la propia ciudad en que nací, allí donde me echaron de la escuela por débil mental, y fui apedreada por mis compañeras de escuela, y crucé la plaza de *mi* ciudad con la cabeza sangrando. Ahora tengo algo parecido a ese sonambulismo. No es angustia, no, es una sensación de ausencia del mundo, mayor de la que tú me conoces. Solo dormir querría. Despertar cuando tú vuelvas.

Tu Gabriela

27 de agosto de 1952

Hijita mía:

Te escribo desde Sorrento, donde estamos a causa del calor africano de Nápoles. Pero aquí, hoy mismo hace un calor duro. En cuanto esta onda pase, yo me vuelvo a la casa. Mucho extraño no verte aquí, en este lugar lindo que a ti te gusta. ¡Qué pena no tenerte!

¿Dónde estás, pajarito volador? No sé dónde ubicarte. Tú debes darme siempre *tus domicilios*.

Por Gilda «realizo» que estás ausente solo desde hace un mes. En mi sentir son tres y aun cuatro meses.

Estoy relativamente bien. Anoche dormí muy poco y pasé en ese estado tan frecuente en mí de «estar en mi» a medias. La comida es buena en este hotel donde tú también has estado. Yo debía haberme ido al norte, a la frontera francesa. Pero en el calor no me gusta viajar. El corazón no ha estado malo pero *pesado sí*.

¿Cómo te portas? ¿Qué haces? Sin tus cartas, que estarán en Nápoles, estoy a ciegas. *Yo quisiera saberte en el campo*.

De Chile te he dado noticias solo económicas: un dinero que parece me debían del sueldo aumentado. Te lo digo para que tú me indiques lo que estés necesitando, avecita del mar, del Atlántico y del Mediterráneo, gaviota borrachita de aire y de luz, ¡querida mía!

Creo que este calor durará mucho más. Yo me iré de aquí no muy tarde, pero si el calor sigue en Nápoles, pediré un mes de licencia. Y si tú llegas en ese tiempo —sé que no llegarás no— iríamos adonde te guste ir.

Por el calor no puedo salir a buscarme una casita *con huerto*. Es pena. Pero tal vez yo deba buscar en la zona norte de Italia. Aunque también me fatigan los viajes largos, como tú sabes. Prefiero talvez *esperarte para resolver eso*. Yo no me acordaba ya del clima de Sorrento. Las vistas son preciosas.

Vuelvo atrás: yo recuerdo vagamente el que tú tienes una chequera

de *nuestra* cuenta. Vuelo a recordarte que vendrás en otoño y que debes comprarte *ropa de invierno*.

No recuerdo el total del aumento que han dado, te lo mandaré cuando vuelva a Nápoles, a fin de que tú sepas que puedes —*y debes*— comprar lo que necesites para no hacerlo aquí donde no hay ropa buena ni bonita. Aquí solo hay paisaje: un agua azul de idilio, un cielo dulce y los huertos vueltos calles... ¡Cosa linda el estilo urbanísimo y rural de Sorrento!

¡Yo te extraño tanto, Doris, niña querida! Me parece tan raro estar sin ti, haberte perdido aunque sea por un tiempo. No sé qué vives allá; *no sé cuándo realmente volverás*, no sé si tu ciudad tremenda te me ha arrebatado y si tú quedas con ella. Y no sé si haces diligencias, si has visto a la Matrona Roos[65] y si le ha sabido a mal o a bien el que tú vivas conmigo. Nada sé de tu vida allá, por lo que no me cuentas ¿Ves feliz a tu hermanita? Es muy raro eso de «ser feliz», niñita mía. La dicha se quiebra o por el cansancio —el tedio— o por el mero tiempo. Pero yo sé que te quiero desde que te vi hasta hoy con el mismo *encantamiento* anterior y con una curiosa sensación de que hemos vivido juntas mucho tiempo, mucho antes. Tú no volverás a decirme que yo detesto toda la vida americana. Detesto la ciudad americana de tipo comercial, pero podría ser feliz en un lugar no cálido americano, con vegetación y con mar, como Rapallo. ¡Pobrecita California que sigue sufriendo!

Cuéntame lo que sepas, veas y hagas allí con esas casas. *Cuida de ellas*.

El 3 o 4 tú sabrás el resultado de las elecciones de Chile. Fuera de Matte ninguno de los otros es bueno para mí. El «muñeco» de González Videla se llama Alfonso. Hay otro, excelente nombre, pero comunista. Ese no saldrá. Dios no de a Matte.

Un abrazo, Gabriela

[1952]

Para la Doris vagabunda:

Sigo en Sorrento, pero no quedaré aquí mucho más, porque no estoy tranquila por el consulado. Si embargo estoy encantadísima de la vista que tenemos en este cuarto. Ojala tú hayas tenido aquí otra semejante. Yo espero volver acá cuando tú regreses; y deseo leer en esta ventana frente a frente contigo, vagabunda, niña escapada.

Ya te dije hace días que me han subido el sueldo. Como... no sé exactamente el anterior, creo que eran cuatrocientos, no puedo decirte con exactitud en cuánto quedo. Pero el de ahora es seiscientos. Me parece suficiente para nosotras dos, incluyendo los viajes de fin de semana o quincena a... Rapallo. Porque me ha parecido esta vez muy lindo, tal vez a causa del buen cuarto que tenemos. He encargado que me busquen aquí una casa con huerto; pero parece que nadie quiere vender. Es pena. Tal vez tú no te moverías viviendo aquí...

Dime algo *aproximado* respecto de tu regreso. Sería bueno saberlo. Óyeme bien esto: te repito que debes usar de nuestra cuenta común y comprarte *bastante* ropa si te gusta más la francesa, y si te han dado otra chequera a ti los del banco —deben dártela—, aprovecha tu regreso para comprar ropa en Niza. ¡Ay, yo querría andar en Niza contigo! Cómprate zapatos también. Y un abrigo *leve* de media estación. No olvides lo de usar tu chequera. Toma a lo menos *para eso* unos cuatrocientos dólares. Y no olvides los zapatos. Te extraño mucho, sobre todo aquí, en esta ventana maravillosa que llenan el mar y el Vesubio. He procurado leer aquí a Virginia Woolf... en italiano. No anda nada bien, porque ella parece tener un vocabulario muy *re-cherché* (escogido, refinado). Voy a procurar la resurrección de mi italiano, muy pobre ahora.

Ven, ven, ven. Si puedes.

Tu Gabriela

Aquí no tengo cartas tuyas aun.
Me iré en 6 días más tal vez.

[1952]

Hijita mía, sin cartas tuyas. Seguramente o ellas son pocas o ya comienzan a intervenir mi correspondencia... *Esto me inquieta*. Pero la loca Europa hace esa fea cosa a veces.

Perdona la insistencia, hijita: hasta hoy no sé si recibiste mi cheque de *mil dólares*, mandado después del otro de cuatrocientos y para costear tu viaje *minucioso* por la Florida y la zona de Nueva Orleans. Voy a comenzar a certificar mis cartas o bien ponerlas en otro buzón. Pero dime con claridad qué cartas recibes —mías—. Es necesario hacerlo.

Hoy desperté con una sensación muy extraña en mi cabeza, mejor dicho en la mente. Como si yo viniese de otro mundo. Tardé en salir de ese estado confuso y de tomar consciencia de dónde estoy... Tal vez sea que Yin me pide oraciones.

Voy a entrar en las «correcciones» del Poema de Chile. Yo corrijo siempre mucho. Hay que afinarlo, darle «toques» de fineza; es demasiado directo —no es la palabra— popular. Está en la línea del antiguo romance popular español. Yo busqué eso, pero ahora voy a entrar en eso que hago siempre de agudizar uno o dos versos en cada estrofa... Yo deseo algún día explicarte esta técnica. Consiste en esto: aprovechar la calentura de la llamada «inspiración» y escribir rápido; pero después, ya en frío, poner a lo menos dos versos sutiles o refinados o novedosos.

¿No quieres escribir un poema así, descriptivo, de tu país? Yo te ayudaría con mi poca experiencia. Hazlo, chiquita; hagamos el ensayo.

Voy a salir.

Un abrazo de tu,

Gabriela

[1952]

Tan querida Doris Dana:

Hoy comenzamos nuestros preparativos de viaje, aunque falta tanto para lo de Cuba. Vamos a dejar embalado todo lo nuestro aquí. Tuyo parece que no hay nada, lo cual me prueba que tú partiste *sin intención alguna de volver*. Pero si algo ha quedado, dímelo para buscarlo y llevártelo. (Y allá en Nueva York dime lo que necesites. Debes hacerlo.) Tú sabes que mi única ambición es la de reunir diez mil dólares que tal vez sea el valor de una casita allá. Yo procuraré ver Florida. Nueva Orleans la conozco de paso. Ahora creo que ésta me quedaría muy lejos de los *centros* de ustedes. Pero, pero, solo la gente de Nueva Orleans me pareció semejante a mí.

Necesito saber si a mi regreso a Europa tú querrás o no volver conmigo a Europa. Preciso saber esto *desde luego*. Lo que sigue es un asunto que solo *te consulto*. Hay en Nueva York un profesor español de Columbia University, que contrata a los conferencistas españoles o hispanoamericanos para conferencias del Departamento de Español. No recuerdo su nombre. (Su mujer es inteligente, pero como buena española no me quiere.) *Tal vez* sea útil preguntarle si le interesaría el que yo diese algunas conferencias —no más de siete— en su zona o en el sur. En español, naturalmente. Y, en tal caso, trata tú los precios de las conferencias. Antes eran muy bajos. Que él recuerde que los Premios Nobel no se alquilan por diez dólares...

Chiquita: con este gobierno yo no tengo chance alguna. Así y todo, yo voy a hablar a mi embajador de Cuba —que es un amor de persona — sobre la posibilidad de quedar en clima con calor. El invierno ya me está comiendo mi poca fuerza. Si él se me ofrece como influencia ante mi gobierno, yo lo aprovecharé. A menos que, como ocurre siempre contigo, a ti ya no te importe el tenerme cerca de ti. *Hay que decirme las cosas claras, yo no sirvo para las verdades a medias*. Tuve ayer una *extraña cosa*, que me ha dejado el corazón como una víscera *dolorida y*

cansada. Cayó sobre mí una gran, gran depresión *absoluta*. Duró eso como una hora. No estaba aquí Gilda. Pero, repito, fue algo *diverso de mis ataques*. Tal vez había yo leído mucho. Leía animales. Tengo solo la paloma y el «cuco» hechos. Quiero hacer la perdiz nuestra y los cisnes del sur —blancos con el cuello negro, preciosos—.

Un encargo: yo estaré *muy poco en Nueva York* y querría emplear los dos días en buscar animales y sobre todo *plantas* en las librerías mejores de allí. *Libros ilustrados y en color, botánicas muy buenas*. Tú sabes que las figuras me excitan la mente y me ayudan mucho.

Sobre esas pobres casas hablaremos largo. Tenme tú todos los datos *claros*, dear, prontos para resolver. Eso debo saberlos —precios— antes de irme a Cuba. Lo que me interesa es la Florida y después Nueva Orleans. *No* dispondremos de más de diez mil dólares para una casita con huerto, *más grande el huerto que la casa*. Ya te traté esto en otra carta.

Voy a pedirte, en llegando a Nueva York, llevarme a comprar *ropa fresca*. No tengo nada de eso y Cuba *hierve*. Naturalmente te invito a ir con nosotras a Cuba. Si puedes *y quieres, Doris*. La Habana es una hermosa ciudad de tipo tropical. Por lo tanto, y si aceptas, debes estar lista para embarcar con nosotras. No quedaré en La Habana más de dos semanas, creo. Parece que tomaremos el barco «Saturnia».

Hoy hay aquí noticias nada buenas de guerra. Solo rumores. Hubo ayer unos ejercicios militares *formidables de fortalezas voladoras*.

Un abrazo de tu Gabriela

[1952]

Doris chiquita:

Tú eres mucho más niño de lo que yo te creía y de lo que me creo ser yo misma. Ahí te has quedado en el camino y quién sabe por cuánto tiempo. Me preocupa el calor espantoso, por ti y por mí. (Estoy empapándome la cabeza a cada rato.)

A la tarde, cuando refresque algo, quiero escribir dos cartas sobre ti para las gentes que tú me digas de tu ministerio: no recuerdo ya el nombre del hombre bonito ni del subsecretario *y su mujer, la chilena*. Es *urgente* que me des eso. Por favor, procura salir de esta zona de fuego. No andes en la calle hasta el atardecer.

Sueño me parece todavía el no tenerte, el que te has escapado *a tu manera*, con tu sonrisa que te hace ser perdonada siempre. Pero óyelo bien: tu tiempo, te lo he *dejado o dado* solo para Washington a fin de que obtengas algo que te devuelva a mí.

Yo no he renunciado a ti, Doris Dana. Óigalo usted bien. Tengo mucha, pero mucha inquietud de perderte. Es muy fácil perderte a ti, Doris Dana, y para mí eso sería un desastre. Creo —no lo veo todavía — que tomaste un cheque de la chequera nuestra. Dime si es así y dime si te mando otros *para que no te falten*. No sé dónde estás hoy en este día que aquí es terrible de calor, a estas horas —9 a.m.—. ¡Cuídate, por favor! ¡Cuídate en todos los sentidos! No sé qué cosa ponerme, tal es el peso del sol. No puedo ni leer ni escribir, creo. Mi salud no es mala, no, creo que los remedios que tomo estén haciéndome bien, pero creo que el doctor me debe tratar por arterioesclerosis. Ayer salimos a buscar casas en el campo. Yo no puedo más con las ciudades después de meses. Y son casi dos o tres años los que soporto ya. ¿Es eso? No hallamos nada que valga ayer. Pero iremos después hacia Caserta. De pasada, me gustó. Pero por ti pienso que sería mejor coger algo en la campiña romana. Como el calor es imposible para mí, tal vez mando al secretario. Palma, ya

sabes, no haría nada. Dice que la tienen muy ocupada los romanos con eso del intercambio Italia-México. Es bueno que trabaje; solo así se salvará de que la cese el gobierno que viene, cosa probable si ella no se mueve. No puedo seguir por el calor. Voy a empaparme la cabeza. Ay, Doris, ¿por qué te has ido? Son muy malas las separaciones de los seres, casi siempre acaban en una cancelación, en un desgaste a lo menos. Cuida de ti, sí, mucho.

No te inquiete lo de mi ajetreo por casa en el campo: yo siempre comienzo a morir dentro de las ciudades, a decaer, a enrabiarme. Ayer fui feliz solo de ver campo, huertas lindas, preciosas. En una de esas vivió y murió Leopardi, el poeta segundo después del Dante. Me conmovió divisarla; es el poeta italiano del cual estoy más cerca. Ya lo leerás conmigo, si Dios quiere.

Buscaré una pluma fuente para no hacerte sufrir con mis garabatos. Tengo miedo de ti en París. Y en Londres.

Repito que no sé cuánto dinero tomaste; por favor, pide siempre lo que te falte.

Caserta está a una hora de aquí; es ciudad, pero tiene campo. Ya te lo contaré si Dios quiere.

¡Cuídate, cuídate, cuídate! ¡Por favor! ¡Y sé limpia y buena!

Tu Gabriela

—Estoy molesta con la patrona-potona. Me aburre ya esto.

—Acabo de leer en el diario esa barbaridad. Ay, Doris, piensa por favor qué podemos hacer.

—Yo ignoro tu paradero y talvez tú ni piensas en ayudarme ¡Nada te importa a ti de las cosas reales! Voy a poner cable a Eda Ramelli ¡No sé qué más hacer!

30 de agosto de 1952 66

Doris, tú sabes qué malito está mi corazón. No puedo entender el que tú también golpees ahí con tu silencio (una carta en un mes y medio). Lo único que entiendo es el que tú quieres que yo te deje tranquila. Y así deberé hacerlo; será solo hacer tu voluntad.

Fuimos a Sorrento, lo hallé más lindo que nunca. Me costó dejarlo.

Poco a poco, va penetrando en mí la idea de irme al Uruguay. De golpe, me ha subido una sed del idioma, de la tierra americana, del clima, de los libros en español. Solo me inquieta la moneda alta de allí. Pero yo podría —querría— vivir en el campo (son veintiún años fuera de mi lengua: más tal vez).

Dejaré esta carta abierta para añadirle el resultado de las elecciones chilenas. Ibáñez parece ganar. En tal caso —y solo en ese caso— yo volveré a dar clases en Uruguay. Pocas. Porque espero poder jubilar y esto sería la base. Pero mis amigos uruguayos no saben que mi deseo verdadero es el de escaparme al mero campo y comprarme allí una casita. (Esto lo habría hecho yo en algún pedazo de tu país no lejos de Washington, ciudad que me gusta mucho. Pero los dioses parece que no lo quieren.) No hables a Palma de estas cosas.

Parece que han pagado bastante de lo que debían sin haberme dicho nada de eso nunca. Son casi cuatro mil dólares. En el banco tuyo hay más o menos eso. Yo podría así, comprarme un pedazo de pradera o huertecito en ese país. La jubilación la harán corta para mí los masones sucios de mi país, pero mis amigos de Uruguay me tienen, dicen, una dirección de las escuelas nocturnas. Yo prefiero no tener trabajo obligado. Hay, sí, una especie de tirón de la América del Sur que nunca sentí antes. Es que solo el campo puede curarme de los que he perdido, de Yin y de...

Si escribes *alguna vez*, pon el sobre a Lucila Godoy. Dudo del correo.

Creo haberte contado que un «potentado» —eso se cree él— de Italia me dio —con su mujer o *por* ella— un tirón literario. Su mujer

escribía. Dos días después de ese ataque la señora esa murió, no se de qué, tal vez de su bilis.

Yo no sé vivir en soledad y cualquier día cojo dos, solo dos maletas y me voy. Si Matte saliese —es difícil— yo no jubilaría. Hambre no tendré con llevarme un peón *elquino* que me cultive un huerto de legumbres. Tengo una casa en Chile. Apenas recibo renta de ella y voy a venderla. Yo puedo vivir con eso y con la jubilación. Compañía tendré allí de más. (Algo ha hecho Neruda en Uruguay. No me lo cuentan todo; ya lo sabré.) No estoy pesimista. Tal vez lo que me llama es la tierra sudamericana.

Ignoro aún si sigue sin arrendarse la casa de Santa Bárbara. Procura venderla, si es posible.

Nada sé de ti. Que Dios te de salud y tu gente felicidad.

Gabriela

4 [de septiembre de 1952]

Querida, estoy escribiéndote de nuevo ¡perdona! De un lado busco informarte de mis asuntos y del otro... busco sosegar mis nervios. Porque hoy es 4 chiquita, y ¡es el día de las elecciones en Santiago! Veo que en Buenos Aires, quisieron negar la entrada —de paso— a Neruda. Iba a Chile, seguramente por las elecciones. ¡Pero pasó! ¡Me alegra porque siempre me alarma, y mucho, cuando le hacen —a quien sea— el círculo de fuego y lo enloquecen!

Llegaron hoy papelotes sobre la lucha electoral. Y me hallé, pobre de mí, encabezando la lista de los adherentes a Matte. ¡Pobre de mí! Jamás he adherido *a candidato alguno*. Dio mi nombre un literatillo que hace años me definió como «una gloria de pacotilla».[67] Y ahora me aprovecha. Estoy puesta por él la primera en dos columnas de adherentes que son escritores, artistas, músicos, etc.

No he podido hacer mi siesta por la nerviosidad del día *fatal*. (No creo en el sufragio, querida; solo sirve en países ultra civilizados y decentísimos como los nórdicos y tu Uruguay.) Tú sabes que mis paisanos han tenido el impudor de lanzar a Ibáñez —los mismos que le llaman el Caballo—. Hasta mañana 5, en la noche, creo que no sabré nada sobre el patrón que me han dado. Los más creen en el triunfo de Ibáñez. Matte, en verdad, es demasiado «señor» —en el mejor sentido de la palabra— para gustar al pueblo. Toda su gente es limpia como él —su familia— pero eso lo daña con los sucios. Estoy, también en este día crítico esperando otra cartita tuya sobre detalles que te he pedido de precios de casa chica y *con huerta* en ese punto de que me hablaste. El gasto de tu ida allá es mío, querida.

Yo me doy cuenta de que mi nerviosidad *y mi poca dicha* vienen, sencillamente, de que no hago ejercicio físico. Pero no me gusta otro que el de huertear, es decir: podar, regar, remover el suelo, etc. Y pasar el día en el huerto. Tengo aquí muy poco trabajo en la oficina.

Chiquita, a mí se me suben los colores a la cara cuando veo en tus

cartas el que tú me abultas de más, sí, me abultas demasiado. Yo soy una mujer vieja —62 años— que tiene un poco de meditación, otro de lectura y lo demás de conversación... Me ha fatigado algo ese poema largo que se me ocurrió hacer en dos rimas solamente... Nunca hice eso sobre tal extensión de versos. Está acabado; pero quiero embutir estrofas aún, porque solo ahora mis chilenos me han mandado libros de botánica y zoología. Cuando casi todo está hecho. Soy yo, caminando con un indito medio quechua por el territorio de Chile. Es el pretexto para contar el camino, o sea el llamado Valle Central de Chile. Ahora mismo te dejo por él, porque recuerdo una plantitas —los helechos altísimos del sur. (Sigo después.)

6 de septiembre [de 1952]

Y en los días, 4 y 5, querida, todo se consumó en mi pobre país *sin resistencias morales*. El triunfo fenomenal del generalote nadie lo entiende pero casi todos lo han hecho. Tú habrás visto las cifras que cantan. Hace rato que yo observo en los que pasan por aquí una mente y una lengua *fascistas*. El Matón, tú lo sabrás, está ligado con Perón *estrechamente*. El odio criollo a los Estados Unidos ha hecho lo demás, junto con la miseria creada por el botarate González Videla quien ahora saldrá escapado con sus millones, hacia Europa tal vez. Es la eterna comedia que me oí de chica, de mujer y de vieja en cualquier punto de la América tropical. Eso ya ha bajado hacia nosotros, chilenos.

Tal vez ya se venga en camino alguna carta tuya con los datos que te pedí sobre el costo de la vida en algún lugar de la provincia, gasto de tres personas: yo, la que me cuide y la criada. *Me urgen*.

He llamado a Palma y hoy hablaremos.

Vino a casa hace un mes o más una mujer que ahora aparece de sopetón como personaje ibañista, tal vez vino *de espía*. Mis respuestas a su emboscada conversación sobre Ibáñez debe estar ya en el oído de este. Y llega una carta de ella de lamentación sobre mi terquedad para oír y saber del patrón. Seguramente vino a eso. Se vive aquí con un ir y venir de *espías*. Procuraré saber qué camino toma Pablo[68] allá. Me importa mucho esto. Un abrazo, querida. Reza por mí.

Gabriela

[Después del 4 de septiembre de 1952]

Niña mala y ajena:

No te escribiría, respetando tu voluntad de silencio y *de ruptura*, pero necesito tener el «no» tuyo para buscar en tal caso, la persona que venga conmigo a acompañarme en lo que sigue.

Hay tres convites para lugares *todos lejanos*: primero el de Israel; segundo el de la China; tercero el de Cuba.

Procuraré mandarte copia de dos a lo menos.

Si yo busco quien me acompañe, tal vez tu me llamarías eso ingratitud —y yo no soy ingrata.

Te ruego *no sentirte obligada a decirme sí*. Pueden no interesarte esos viajes. Yo hallaré a alguien. Si dices que sí *porque eso te importa* hay que añadir el plazo de tu venida. Cuba está tan cerca de ti que tal vez podríamos encontrarnos allí, si es que tú piensas volverme a ver en este mundo. Ayer contesté a lo de la China que acepto pero no puedo aún dar la fecha. Lo de Israel es «para cuando yo quiera ir». Oye bien, no sé si el Caballo —asi lo llaman— me dará licencia *de casi dos meses* para esto, ni sé si me dejará ir a la China comunista. Creo que aceptará lo de Cuba e Israel.

No sé qué «protectores invisibles» me mandan esto para salir de la tremenda caída del ánimo que tengo hace dos semanas ya, por vivir en un cuarto casi sin salir de él y con compañera buena pero... (Ahora ha traído al papá y la mamá...)

La fecha de lo de Cuba —es la celebración solemne de José Martí, héroe cubano y gran escritor (muerto). Es único escritor del cual yo tengo influencia en mí. Tú puedes preguntar a mi nombre al consulado de Cuba en Nueva York *esa fecha*. Lo demás es cosa que yo puedo decidir y fijar según ande mi fuerza. Pienso que tal vez en Cuba haya menos calor en esa fecha del calorazo que he sufrido allí otras veces. Yo saldría de aquí solita, pobre de mí. (Qué lindo será llegar a mi patria verdadera, a Israel. Dios me ayude dándome salud).

Tú comprendes el signo de interrogación que significa para mí la presidencia del bruto Ibáñez electo por mi necio país con mayoría fenomenal. Ya te hablé de eso. Tal vez estos convites hagan saber al Caballo —así lo llaman todos— que yo soy algo más que su sierva. Date el trabajo de contestar siquiera dos líneas. (Ahora soy yo quien toma las cartas al cartero).

Que estés sana, alegre sé que estás.

Gabriela

9 de septiembre de 1952

Doris, mucha paciencia yo he de tenerte para estar hoy escribiéndote. Pero esta paciencia franciscana se va gastando día a día y va a acabar. Hoy llega un paquete tuyo con retratos. No entiendo que te ocupes de mi cara y no de mi vida. A lo menos sácame de esta duda: ¿Tú recibes mis cartas? Segundo: ¿Tú me has escrito más de dos veces? Porque yo no he recibido sino una carta de ti. Yo sé que te he escrito mucho, *hasta demasiado*.

Yo vuelvo a mandarte mis letras, tal vez odiosas para ti, porque hay algunas cosas que pueden importarte saber. Por ti misma.

Ha habido un convite oficial para ir a la China. Si tú hubieses estado aquí yo habría ido. Y ha llegado además otro para asistir a las fiestas del centenario de José Martí, *cubano* y un poco maestro mío. De esto *ignoro la fecha*. Mi embajada en Cuba no la dice. Te ruego ir al consulado cubano en Nueva York y preguntar, *enseguida, pronto, esa fecha*. Yo creo que el gobierno mío me puede dar la licencia. No estoy segura porque... mi presidente es ahora *Ibáñez*. (¡Horror!)

(Estoy *muy preocupada* de lo que hará conmigo el Caballo y *tal vez* me decida *a jubilar*. También esto necesito tratarlo contigo. Salió el coronelazo casi con *el doble* de votos de Matte. Eso es mi país hoy).

Yo no puedo esperar que ahora tú me hagas estos encargos, porque parece que has quemado el recuerdo mío y el de mis asuntos.

Suelo pensar que este correo tome mis cartas de Estados Unidos, pero lo dudo; debe tratarse solo de que tú evitas el contarme tu *vida de allí*. Doris, tú no cuidas ni siquiera de que yo tenga una vida tranquila, ya que vida feliz no puedo tenerla.

Sabiendo lo de Cuba tú tal vez pensarás en irme *a visitar* a La Habana...

Ha hecho *y hace* aquí tal calor que mi corazón está más y más bajo.

No hay nada que yo deteste tanto como las situaciones *falsas*, el hablar a medias y el callar sin dar la razón. Si yo te escribo a pesar de

estar muda tú, es porque debo *saber*, después de tener la fecha de ese centenario, *si debo buscar aquí quien me acompañe a La Habana desde Nápoles*. Te repito que yo no sé de ti después de tu partida y la primera carta, nada, cosa alguna. Pensé que estuvieses enferma, pero resulta que tienes salud y tiempo para mandarme fotos mías... ¿Es que tú, Doris Dana, *no tienes caridad*? Que no tienes afectos *sino de paso*, eso lo sé; pero ¿es que tú no tienes una pizca de lástima por una persona cardiaca? Aunque llega aquí correo todos los días, puede ser que me cojan las cartas *de tu país. Necesito saber esto; lo necesito violentamente*. Palma estuvo aquí. Parece lastimada porque no le has escrito. Ella no sabe que a mí tampoco... Si te dignas escribir, pon el nombre de Gilda en el sobre. *Quiero entender lo que pasa*.

Gabriela

Yo me parezco a los locos que se escriben cartas a sí mismos y se las contestan... Pero esto de hacer el loco no va a durar mucho tiempo, no puede durar. Ten paciencia y lee mi pobre escritura la cual no va a llegar a ti por mucho tiempo, no.[69]

[1952]

Doris mía:

¡Qué impresión al oír tu voz por teléfono, pero qué voz tan triste era la tuya!

Tengo demasiadas cosas que decirte vida, y ya es tarde. Acabamos de llegar de Roma. El regreso fue para mí muy amargo, porque me vine en silencio masticando las picardías (astucias feas) de Palma. Ella no mejora con los años; ella se pone peor. Ya me harta. Después de dos días y medio con ella, esta vez, yo he visto tanta astucia, tanta zorrería, tanta listeza fea —todas con mira al dinero— que salí a la vez triste, amarga y separada de ella. En fin, prefiero pasar a otras cosas. Ya hablamos ¡ay! cuando tú vengas por fin.

A veces me temo que tardes mucho, meses. Y que yo no te vea. Y he estado callando muchas cosas que pienso, porque son demasiado largas de contar.

Quise aturdirme en Roma comprando trapos... Atúrdete tú así, yendo a las tiendas, ¡Ay mi Doris! No te aturdas con alcohol *por favor*. Mi padre comenzó como tú y acabó en estado espantoso y *repugnante*. Este asunto a mí me deja sin dormir la noche casi entera. ¡Hazlo por mí, hazlo! La voluntad es una cosa que sube desde lo humano *hasta lo divino*. Sin una voluntad cultivada, labrada día a día no se puede recibir iniciación alguna.

No sé aún si tú te tardas allá solo por vivir libre y a tu gusto o si, realmente, estás buscando un empleo en Europa. Y este tema ya se me va volviendo obsesional. Ignoro cuántos meses o años va a durar tu ausencia.

Hasta suelo pensar en escribir al Departamento de Estado y decir a alguien que se digne leer mi carta que estoy dispuesta a escribir *sobre Estados Unidos* en este momento de antiyanquismo furioso como condición que te manden conmigo *para que me informes y ayudes*.

Voy pasando de un delirio a otro. Hoy en el tren *resolvía* pedir

traslado a Israel... Para ser un poco feliz ya que no estoy segura de que te vuelvas. E «hice» en el tren «mi» vida hebrea. Y la viví como si fuese «cierta». Yo sería, creo, un buen cónsul para Israel... Pero también me moriré allí de pena si tú no vienes.

Vida mía: nada te comprendí por teléfono. Solo una tristeza en la voz. Pierdes ese dinero —tanto que te cuestan los telefonemas de continente a continente.

El asunto Ibáñez, vida mía, me ha hecho una impresión horrible. Él y su segundo, Torreblanca, son mis peores enemigos y han vuelto los dos. Para resolver o no mi jubilación necesito de ti. Comunica a quien sea necesario que vamos rectamente hacia un fascismo militar y civil. (La mujer Guevara está ya organizando a las mujeres.) Todo lo que acabo de leer —y es mucho—, todo es un fascismo directamente dirigido a tu país como una flecha. Pero esto mismo tiene, a la vez, entraña comunistoide. Deben seguir «los pasos» de esa mujer que viaja mucho ahora *a la Argentina*.

Debo decirte que, si tú necesitas vivir en Estados Unidos, yo pediría un traslado tal vez a Nueva Orleans —aunque eso está ocupado— o a la Florida. Pero yo no puedo seguir viviendo sin saber si tú vas a volver o no a Europa. Hay que decírmelo, clara y netamente.

Suelo temer que me hagan jubilar, que me obligen a eso; porque —oye— yo empecé a trabajar a los... catorce años, estuve jubilada cinco o seis y volví al servicio hasta hoy. Debo tener tal vez cuarenta y dos años y el tope son cuarenta años. La ley aquella significa que puedo *no jubilar nunca*, pero el régimen que viene me *dañará en todo caso*. Preciso tratar esto contigo minuciosamente, *contigo*. Y escoger *ya*, *ya*, el lugar donde envejecer, donde quedar.

Hace poco estuve a punto de comprar una casa cerca de... se me va el nombre. Tenía un huerto excelente y una casa de nueve habitaciones. No lo hice, al fin, por ti. Suelo pensar y no poco, en darte gusto y comprar un huerto en tu país, donde a ti te guste, siempre que haya huerto. Hallar para ti ocasión de que hagas algún negocio pero que no te esclavice. Ya te trataré sobre la zona que queda cerca de Cuba.

Pero a veces solo quiero hacerte escribir para las revistas. *A medias conmigo*. Creo que probamos llegar a hacer esto y a que resulte bueno

y bonito. No volveré a dejarte entregada al gobierno de nuestra mera comida. Te lo *juro*. Piensa tú este asunto. O te dan algo en Europa o volveremos a California, tal vez, a la casa grande. (El obstáculo para esto es el cónsul general allí, el expeón de minas que me hizo salir de allá.)

Creo que Chile camina derecho a un fascismo-comunistoide a la vez, es decir, a un disparate, y todo esto absolutamente antiamericano. ¿Ven claro esto allá? Dímelo.

Parece que la mujer Guevara vino a esta casa de espía.

Todavía es posible que yo dé más clases de literatura española o hispanoamericana. No, te dije, en Colombia, a causa del horrible mexicano asesino que han empleado allí y que me detesta. Piensa en todo esto.

No puedo entender que tu país siga prestando dinero al régimen del que te hablo. Es una locura que lo hagan. De más en más los chilenos se ligan con la Argentina. Trata esto con nuestro amigo funcionario del Departamento de Estado.

Ibáñez sacó una mayoría *enorme* contra Matte. Eso me ha dado espanto.

¡Ay, que mis ojos te vuelvan a ver! Y que tú no arruines tu cerebro precioso bebiendo así. ¡Por Dios!

Toda tuya,

Gabriela

[Septiembre de 1952]

Doris amada:

También yo he vivido mi crisis solo que más compleja tal vez que lo tuyo: el golpe de la llegada de Ibáñez, *tu silencio largo e inexplicable* y al final tu carta de hoy que llegó como la oleada del mar en este verano de calentura. Tal vez, mi amor, ha tenido el calor mucha parte en tu dolencia. Es preciso evitarlo a toda costa el año próximo. Vida mía *no seas la enemiga de ti misma* y resuelve tratarte a fondo y minuciosamente. Yo siempre he creído que pasabas por una crisis de fondo, pero que saldrías de ella. Yo, ¡*ay de mí*!, no he sabido obligarte aquí a un tratamiento médico serio. Pero tú *nunca me oyes en el sentido de tu salud*, Doris. Y yo no te valdré nunca para tu bien: tú recuerdas siempre el que yo soy una hispanoamericana ignorante. Me da gran alivio el que, por fin, tengas médico. Ay, sigue régimen y medicinas como una niña obediente, vida mía. Y ponme unas quince líneas nada más, *pero que sean frecuentes*. Llegamos tarde del restaurant y me duele la vista. Yo querría escribirte muy largo, pero los ojos no me dejan.

Quiero solo afirmar lo que te digo en la otra carta de ayer: tú serías algo feliz sí, estando conmigo, tú *sabes* que al volver a Nueva York tienes unos tres cuartos sobre el mar, todos tus libros y tus objetos. Aquí o en Uruguay, yo procuraré que tengamos una casa y no lo de aquí, un huerto, un perro y la Princesita con colita.

Necesito que me digas *en cuatro líneas* si aceptas lo que te ofrezco, de todo corazón en mi carta de hoy. No quiero vivir la vida mezquina, pequeña y fea de los apartamentos arrendados y quiero que tú tengas habitación tuya en Nueva York.

Mi amor: Va adjunto un cheque para ti de quinientos dólares para tus gastos menudos tuyos del mes *pasado*. Sobre la oferta de que te hablo en la otra carta necesito que me respondas veinte palabras. Yo estoy cierta de que eso te daría paz y con ella *el ánimo para escribir*. (Aludo a los seis mil dólares que aparecen en la chequera más los tres

mil de Tomic.)[70] Escríbeme cada tres días; no más de veinte líneas.

Te besa, Gabriela.

15 de septiembre de 1952

Querida mía enfermita:

Perdóname: yo he estado muy resentida por tu silencio. Todo imaginaba menos que estuvieses malita y de enfermedad seria. Y me apena haberte mandado una carta pesimista sobre la nueva situación de Chile. Gente existe allí aún que me defenderá y, en todo caso, yo soy cónsul vitalicio por ley de las dos cámaras y eso es algo serio.

Tu dolencia es fatiga, querida, y tu mejor remedio es el descanso. Eso es lo primero.

Sin saber lo malita que estabas, yo estuve antenoche haciendo contigo *unos proyectos*. Pensé que tú nunca serás feliz fuera de *tu zona* que es el estado de Nueva York. Y pensé que ese estado debe tener algunos lugares que sean de mar (de costa) o de vegetación, donde yo pueda no ser infeliz. Eso ha seguido rondando mi cabeza. Yo nada sabía aún de tu dolencia. Lo que voy a proponerte, vida mía, no debe darte cólera ni fastidio; debes pensarlo *con sosiego, lentamente y varias veces*. Yo estoy dispuesta a vivir contigo en un lugar —sea el que sea— de ese tipo y darte ocasión de que vivas *en tu estado*. Yo compraría para ti a tu nombre una casita chica con jardín no chico o con árboles que me gustan más que el jardín. Tres habitaciones y *no más*. Parece que tenemos manera de disponer de seis mil a ocho mil dólares. Es muy poco, pero Tomic me ha mandado un dinero a mí (tu banco de California). Examina esto con toda calma y cuando mejores —¡ay yo no sé cómo estás hoy!— ensaya buscar algo así, *pero sobre o cerca del mar*. En un estado, repito y no lejos de Nueva York. Pregunta si es cónsul de Chile allí aquel buen señor. Puede haber jubilado. Si te gusta más —no lo creo— otro estado, *dímelo y procede*. (Hoy vuelven a ser malas las noticias de Europa, bastante malas.) Yo he acabado por darme cuenta de que te he arrancado de tu medio y de que de ahí viene incluso tu dolencia de ahora. Yo podría pasar los inviernos en Cuba. Ya te he dicho que debo ir a Cuba. Por el centenario de Martí.

Espero que Chile me de la licencia. *Allí nos veríamos, vida mía y eso será pronto*, si Dios quiere.

Sí, rezo por ti. Quiero decirte algo que tal vez no sabes. El ejercicio que a mí me levanta el ánimo es solo este. Entre los «centros» espirituales —y mágicos— que hay en nuestro cuerpo, yo trabajo con el del pecho, el hueso central. *Se respira sin exageración pero rítmicamente*, se pide *la paz, la alegría, la salud* a Dios y a los ángeles. Se deja allí un rato puesta la atención *sin llegar a la fatiga*. Eso es todo, vida mía. Ensáyalo si quieres.

Cariño: acepta ese cheque para tus gastos de doctor y medicinas. Por favor, no me lo rechaces. Yo no necesitaría mandártelo si tú *usases de nuestra cuenta común*, pero, con pertinacia, no la usas. ¡Es eso tan fácil, pero no lo haces, Doris Dana! El cheque es de mil dólares. Por favor no lo rechaces, me harías daño con ello. *Respóndeme sobre lo de irme a tu estado*. No veo otra salida para que tú vuelvas a ser sana y estar alegre.

Vamos mañana a Roma a comprarme un vestido y a conversar con Palma sobre la cosa internacional. Te mando el recorte del diario de hoy.

Por favor, cambia y usa de ese cheque. Y no olvides que *el mar es el mayor dador de vida, de fuerzas*.

Ay que tus medicinas sean buenas. En todo caso hay que tener el diagnóstico de dos médicos más. Es frecuente el error en ellos.

Yo no tendré paz sino cuando te recupere y vea que ha pasado tu crisis. Procura no pensar nada deprimente. Procura vivir y vivirme.

Tu Gabriela

—Hay en el banco nueve mil dólares.

17 de septiembre de 1952

Querida vida mía:

Yo te voy a fastidiar con una carta tan larga; pero tú has descansado de mi escritura muchos días. Yo he procurado no ser molesta, *no fastidiarte*. Por fin llega una carta tuya en la cual me hablas de tu dolencia. Tu silencio cuando vives conmigo es el mismo *de cualquier extraño* y por esto yo he ignorado tu mal: voluntad tuya ha sido este *bárbaro silencio vivido junto a mí*. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo me miras de extraña a tu vida!

Yo te he dado ayer una pésima noticia: la de la elección del Caballo. Me abatió mucho. Pero los ángeles son ayudadores y ven, *ven*. Porque hoy me llegó, de sorpresa, el aviso de tres mil dólares del banco nuestro. Parecen depositados por Tomic, pero exceden lo del arriendo de mi casa de Chile. (Recuérdame que no la he testado, parece.)

En mi cuenta última —la de de tu banco— vienen y me sorprende esto, seis mil dólares. ¿Has puesto allí dinero tú? Si eso está justo, añadido a lo anterior resultarían nueve mil dólares. *No lo creo todavía*. Pero si eso es así, yo te propongo algo que ayude tu salud y tus intereses. Sin fatigarte, sin prisa, emplea estos meses en buscarte una casita cerca del mar y *no demasiado lejos de Nueva York*. (Yo veo que tu centro será siempre esa ciudad terrible.) Procura que no sea blanco fácil esa ciudad o *pueblo* para las bombas y cuenta para ella con esos *nueve mil dólares*. Tal vez las dos vamos a vivir en ella si el Caballo me suspende o cancela. Ahorraríamos el peso horrible y eterno del arriendo y tendríamos para comer el arriendo de Santa Bárbara. Esto si tú logras que esa casa *no siga vacía*. ¡Por favor, acuérdate de ella, Doris! «Realiza» tú estos proyectos y estas esperanzas *fundadas* y alégrate un poquito con ellos. Naturalmente lo que te propongo es algo muy modesto, pero lo creo posible *e inmediato*. (Recuerda que algo más tengo en la editorial de Argentina; pero no sé cómo sacar esos pesos.)

Te ruego contestarme pronto. Vagamente recuerdo haber visto pueblecitos *modestos* cerca de tu ciudad. Aunque tengo terror de ti viviendo sola y llena de tentaciones que te rodearán siempre, así y todo*, esto me interesa y me descansa el corazón por ti*, porque consuela tu vida americana sin pagar renta. [...] tres cuartitos muy lindos, sala, comedor y dormitorio.

No tomes esto a imaginación. Ignoro cuánto has tomado tú de nuestra cuenta común, pero el saldo recibido *hoy* es el que te digo y el dinero llegado hoy en aviso son tres mil dólares más. Ayuda tú mis pésimas cuentas, no pude nunca con los números. Necesito saber, para el futuro, cuánto cuesta ahora en los restaurantes la comida para dos personas, a fin de calcular el gasto diario. Yo he estado muy deprimida por la elección de ese animal. Hoy me he levantado el ánimo haciendo cuentas. Vamos a hacer cuanto es posible para llegar a esto: arrendar Santa Bárbara *aunque sea con rebaja*. Ídem la casa chica. Y comprarte a ti algo en la costa, *cerca de Nueva York*, desde donde puedas ir dos o tres veces por semana a tu ciudad tremendita. Si el Caballo me echa —no me puede negar la jubilación— podemos vivir allí. Tú y yo trabajaremos, pero no mucho, no, no, solamente algo *liviano* aunque produzca poco. La dicha nunca estuvo en «los grandes dineros». La cuestión es que tú escribas y leas, que compres muchos libros.

Yo trabajo a veces en el Poema de Chile. Está terminado, pero ahora añado algo y corrijo.

No me dices ni aun vagamente *cuándo crees regresar. Preciso saberlo*.

Yo estoy dispuesta a pedir al gobierno del Caballo mi traslado a tu país. Y también a aprender un *inglés chiquito, del tamaño de mi mano*. Lo que rechazo absolutamente es la vida sin ti. Yo intuyo —adivino— que tú ves la vida tuya sin mí como cosa muy natural y normal.

No me escribas largo. *Te fatigas*. Una sola página con el *detalle de tu salud* y respuesta a lo que aquí te propongo, en esta carta. *Esto es de realización inmediata*.

No me olvides, *no me eches a la muerte*.

Tu Gabriela

20 de septiembre de 1952

Dorisín:

Estoy en casa de la Palmilla, de paso a Venecia. Voy por una reunión de escritores convocada por la Unesco. Espero volver pronto. Parece que al embajador le gusta mucho que yo acepte estas cosas. A mí no me gustan, sobre todo en esta estación caliente, porque el calor del tren me trabaja el corazón. Pero desde Florencia para arriba ya no habrá calor.

No te he escrito *porque creía que tú vendrías pronto*. Pero ahora me parece que no vendrás pronto. Yo necesito saber esto, chiquita mía. Tengo cosas que consultarte, por ejemplo, esto: yo querría vivir en Sorrento. Recuerdo que a ti ese lugar te gusta para mi tanto como para ti. Pero como es probable que tú llegues con un empleo en Roma, me importa saber este punto. No está muy cerca Nápoles de Sorrento y ahora *hay* movimiento en el consulado *y se da la licencia para los barcos que van a Chile*. El secretario podría llevarme a Sorrento los papeles pero no sé si el porrito que tengo haga eso con rapidez. En todo caso, yo no quiero seguir viviendo en Nápoles, como ahora estoy: sin tierra verde y metida en dos cuartos. Ayúdame a pensar esto. *Yo quiero escribir* y el ambiente de esa casa no me gusta aunque la gente es buena. Verás que por este asunto yo preciso saber qué has resuelto tú. Te digo desnudamente que bajo Ibáñez yo me sentiré seis años, si los vivo, sin seguridad, aunque alguien preguntó al caballo si me volvería a echar. Dicen que respondió esto: *ahora no* (?). Es el Premio Nobel. ¡Qué vergüenza! Alúmbrame un poquito tú y no me repitas eso de que, en teniendo tú trabajo, yo no necesitaré trabajar. Voy a sondear lo de mi jubilación aunque más la temo que la deseo. Chile no da jubilación íntegra a las cónsules. Ponme un cable *corto* sobre la cuestión de tu empleo. Debo resolver eso *con gran cuidado*, chiquita. En verdad, mi problema es simple: yo puedo vivir en el campo en vez de jubilar. *Ay, me ahorraría el visiteo*: ahora, por ser verano *vienen en masa* los

chilenos. No me contestes sino cosas claras sobre tu situación y *tus deseos*. Es muy importante esto por que tal vez si tú regresas libre para acompañarme yo me iría, tal vez repito, al Uruguay. Si quedas en Europa, yo quedo ¡pero ay! procura quedar cerca de mí. Tengo bastante más que decirte pero debo leer unos papelazos de la Unesco antes de llegar a las sesiones.

Me escribes muy poco y esto me preocupa, dear.

Un tierno abrazo y que Dios te ilumine.

Tu Gabriela

[Septiembre de 1952]

Chiquita mía: esta es para confirmarte el encargo que te hago en la carta adjunta.

Creo, chiquita, creo que nosotras dos debemos tener un *nidito* nuestro en alguna parte. Eso no puede ser *todavía* lo de Santa Bárbara. Primero, porque queda muy lejos de tu ciudad y de tu trabajo y segundo, porque perderíamos ese arriendo. Por esto y por darte a ti alguna tranquilidad yo he decidido mandarte lo que hemos ahorrado ambas en casi su totalidad. Pero voy a hacerte, o a repetirte, mis encargos, dear: primero, comprar cerca de tu ciudad, pero no demasiado cerca porque el aire no sería sano; segundo, comprar lo suficiente para las dos en habitaciones y con un *huertecito* pequeño. Muy bien si hallas eso cerca del mar que es mi segundo dueño; tercero, puedes hacer una *deuda* hasta de dos mil dólares pero no más. Yo creo poder ahorrar de nuevo, esta vez doscientos cincuenta dólares por mes para pagar esa deuda. Si aceptas lo de esa deuda, lo que te voy a mandar en cuanto Palma se vaya —viene porque Gilda se va a ver a su gente y regresa— va a ser más o menos ocho mil dólares. Pienso que una casita buena de calidad no la podremos hallar por menos de diez mil dólares, comprendido el impuesto de compra. Pon en la escritura mis dos nombres y, naturalmente, el tuyo. Ignoro si se necesita poder nuevo para la compra. *Creo que no*. Irá, si lo pides, en seguida.

Hace mucho que yo pienso en esto. No te lo dije porque había poco dinero y por la inseguridad del empleo. Ahora me dicen que el Caballo *no me echa*. Dios quiera.

Te encargo poner en esto mucho tino y diligencia. Después de diez u once días ya Palma no estará y tú podrás ponerme un cable por cualquier consulta. Y te ruego no soltar *el nudo*, no andar de aventuras. Y regresar acá, regresar. Yo no puedo todavía irme a tu país.

Al contestarme sobre esto dime solamente si es que lo aceptas: «Acepto leer el libro ofrecido» o bien «No acepto ese libro porque

tengo otros del autor».

Aún no llega el permiso del ministerio para que yo vaya a Cuba, pero yo no creo que lo nieguen. Debe ser un retardo. ¡Ay, yo quiero verte Doris Dana!

Tal vez yo llegaré a Nueva York a tiempo de ver esas casitas que tú hayas visto. *Pero no* retardes en ningún caso la compra si hallas algo bueno. (Por ti debes comprar cerca de Nueva York.)

El cheque irá en cuanto Palma se vaya a Roma. Eso será en doce días más aproximadamente. Te llegará allá ocho o diez días más tarde.

No creas que es juego lo que te digo. Lo he pensado bien. (Sobra decirte que los arriendos serán tuyos.) Yo descansaré cuando te sepa en *casa tuya* y amoblada a tu gusto. *Ojalá a mi regreso de Cuba todo esté hecho*. Pero, repito, el cheque por la buena dicha irá de aquí en cuanto Palma se vaya. Viene a causa del viaje de Gilda.

Te encargo escribirme más seco y frío... Gilda busca tus cartas... Palma ídem.

El cheque irá certificado y con acuse de recibo.

Un abrazo,

Gabriela

[Septiembre de 1952]

Vida mía, te prevengo aunque tarde que Palma viene aquí a acompañarme por una semana. Gilda se va a Rapallo *por esa semana* misma.

Y voy a decirte una cosa seria sobre la cual tú me contestarás.

Te ofrezco, chiquita, esto: el dinero que tengo —tenemos— ahorrado son ya *nueve* mil dólares. Eso gana en el banco muy poco. Yo pienso invertirlo así: tú buscarás lo que a mí me gustaría allá, *en los alrededores de Nueva York, en lugar con vegetación*. La casita deberá tener un huertecito aunque sea chico *y estar bien comunicado con Nueva York*. Esa casita se compararía a nombre de las dos pero yo la testaría enseguida dándote esa mitad mía. El arriendo de eso cuando tú estés conmigo será, naturalmente, tuyo, totalmente.

No te extrañe el que yo no te de eso entero (1), aunque dicen que Ibáñez ha dicho a una amiga mía de Chile que no me echará y que él *no supo* la supresión de mi jubilación hace años, yo quiero estar prevenida *y en paz*.

Procura entenderme bien, querida:

Tú comprarías una casita o un apartamento de diez mil dólares, más o menos. Podríamos llegar a doce mil haciendo deuda. Pero no sé si son altos los impuestos de compra. Más lejos no iremos de esta cifra tal vez.

Tú reservarías para ti y tus «chiches» uno o dos cuartos y arrendarías el resto. El arriendo será *todo tuyo*. En el caso último, yo iría a vivir contigo a la casita o apartamento —prefiero casita—. Con el arriendo de Santa Bárbara —después de pintarla— tendríamos la base para vivir amor mío. Parece que da cuarenta dólares la casita mía de La Serena. Y aun echada, a mí *no pueden negarme la jubilación a medio sueldo*. El hombrón pensaría que escapo de él. Tengo años sobrados para jubilar pero a los cónsules nos jubilan dándonos «lo que el ministerio quiere». Puede ser bien o mal. En todo caso no jubilamos

con el sueldo entero.

Tú puedes naturalmente arrendar nuestra casa a gente que no la arruine y que tenga recursos estables. Ese dinero del arriendo tú lo aceptarás para ti mientras vivas conmigo, para tus chiches, tu ropa y tus viajes. Y para ahorrar algo.

El cheque irá, mejor, en cuanto se vaya Palma, recuérdalo. Mientras tanto —desde ahora— tú puedes buscar esa casita. Eso nos dará a ambas una gran paz.

Lo de amoblar la casa vendrá después. Yo ahorraré para eso. No habrá dinero enseguida para muebles; sí habrá después de unos seis o siete meses, Doris mía.

No entiendo por qué me escribiste esa carta excesiva de agradecimientos por esa poca cosa que te mandé. Antes no podía hacerlo. El proyecto que te digo, solo hoy, me trabaja desde hace mucho tiempo, vida mía. Pero los indios somos un poco subterráneos; los ingleses lo son también.

Mi proyecto va más lejos. Cuando tú arriendes esa casita y tú estés en tu horrible Nueva York, yo te *pasaré* el arriendo de Santa Bárbara por los meses que dure tu ausencia. Pero, óyelo: yo no quiero más ausencias. Me moriré cualquier día y quiero tenerte conmigo.

Voy a encargarte unos libros tal vez. Pero tal vez en francés. Esto no urge. Es por el Poema de Chile. Tengo los libros de animales en... inglés.

Un abrazo fuerte Gabriela

(1) En la escritura de compra.

[Septiembre-octubre de 1952]

Doris Dana:

No es esta la primera vez que yo me humillo, me tiro al suelo, es decir, pierdo todo decoro, con tal de saber que has llegado bien a tu casa y que nada malo te ha sucedido. No te escondo que me duele hacerlo, porque no tengo, no, el hábito de que mis amigos me devuelvan la amistad con el desprecio más supino. Pero el hecho bruto es que yo he vivido contigo casi cuatro años y que debo conocer cuando menos tu paradero. A la décima vez de pensarlo, no acabo de comprender el que un ser humano rico de generosidad y de cortesía para todo el mundo incluyendo a los criados, le niegue la mera cortesía a una persona con la cual ha vivido tanto tiempo. Y no consigo, ni aun usando anteojos de aumento, ver qué delito o qué mera falta es la razón de esa conducta tuya incalificable hacia mí. Solo hoy me doy cuenta de que tú has dejado esta casa hace dos meses. Te digo que nadie, ni el peor ingrato sudamericano, se ha ido de mi lado de manera tal. Procuro «trabajar» en mí tu psicología a base de mis recuerdos. Y hallo un montón de cortesía, de sacrificio, de favores, de atenciones incansables que parecen, hoy, pertenecer a otra criatura pero ni por un momento a la que vivió conmigo. Hay más, tú sabes que yo tengo un corazón enfermo y ni aun por esto tú escribes cuatro letras a tu compañera de doscientos cuarenta días vividos hora por hora juntas y en la mayor armonía.

El deber que tu conducta me indica es el de guardar contigo el silencio mismo que tú has escogido como conducta. Pero yo no soy una anglosajona y mi vida siempre se hizo a base de cariño, lealtad y proximidad a cuantos seres he mirado como familia.

Solo hoy he decidido saltar por encima de la cortesía que me manda dejarte en paz y del sentido común que me indica callar para corresponderte. Y eso ha sucedido a causa de dos choques sufridos hoy: uno es el de haber leído un caso lamentable en el diario sobre

persona muerta en un accidente y el segundo caso es el de la ex embajadora de Brasil en México a quien ha hecho desaparecer su país en forma desconocida.

Creo no tener el domicilio de tus amigotas a cuya casa fuiste a parar y no me queda, por esto, otro recurso que escribirte a ti con cargo de mi carta a ellas. Si esta carta no tiene respuesta, escribiré a tu familia, aunque me choca participarles, un hecho tan feo y hasta sin nombre.

Yo no te pido, Doris Dana, ninguna maravilla y menos un sacrificio. Manda a cualquiera de tus íntimas de hoy que me digan en dos líneas que estás viva y en salud.

Hay un cheque que tú llevaste en blanco. Ignoro su paradero y no tengo la lengua para preguntar por él al banco y saber, a lo menos, su monto y por quién ha sido cobrado. (Hoy precisamente, yo he debido hacer cuentas porque quiero salirme de esta casa a causa del calor fenomenal de Nápoles e irme al campo.)

Yo conozco un poco tu naturaleza y sé que olvidas a las personas a unos pasos de su domicilio, pero repito, hoy me ha subido a la mente la idea de un plagio o de un accidente y este pensamiento seguirá trabajándome hasta saber en claro si Doris Dana desprecia hasta este punto a las personas a quienes ha estimado y ha hecho la gracia de una presencia larga. Hay algo más: se han perdido dos cartas de interés para mí —respuestas. Tú me harás el gran favor de esclarecerme este odioso misterio. Yo te prometo que después de entender, yo te dejaré absolutamente en paz.

Te desea salud y dicha,

Gabriela

4 de octubre de 1952

Hijita mía, Doris:

Escribes muy poco o bien cogen las cartas. Te repito que sigue perdiéndose correspondencia (cartas) y me dejan mal con las gentes.

La Palmilla llega hoy y la compañera se va, pero para volver.

Una vez más te digo que yo necesito saber si vuelves y *cuándo*.

Estuvo ayer una señora —Anita— de California. No recuerdo nada de ella ni aun su apellido. Pero no se lo dije... Te conoce a ti y a Palma. Es muy simpática.

Yo estoy perezosa. Escribo poco. Me consuelo leyendo sobre animales. Hice el cuco. No había animales en el Recado de Chile. Esto me ha animado un poco, esto de poner ahí las bestiecitas. Plantas tengo pocas: hay que hacer más.

¿Y tú qué haces, Danita? ¿Sólo coquetear?

La Palmilla está muy afligida porque su hermana regalona está mal, de úlcera. Pobrecita, era una criatura muy alegre antes, cuando yo la conocí.

¿Por qué no has escrito a Palma? Ella está resentida con tu silencio.

El invierno comienza pero no hace mucho frío. Yo no enciendo la estufa todavía.

Vuelve a traer el periódico noticias un poco de guerra. No me dejes solita si eso viene. Tendremos que salir hacia pueblecitos interiores.

El correo, te repito, está mal. Por lo mismo escribe *más* para que alguna me llegue... ¿Cuándo será que esta gente comprenda que yo no hago política? ¡Ay, los latinos! Cualquier día me vuelvo a California.

No olvidar el encargo que te he hecho de darme precios de apartamento o *mejor* de casita mínima y con huerto. Pregunta en las agencias. Ignoro si me recibirán en tu país. Yo he escrito bastante sobre la paz. No sé qué zona quede vivible en nuestro continente en caso de guerra. Tal vez el Uruguay.

Dime más o menos cuándo tú volverás. Para mandarte el pasaje. Por

favor cómprate ropa y calzado. Y ropa de buena clase, de invierno, y *libros*.

Yo no querría irme a Sicilia en este invierno. Aun cuando me gusta tanto, porque en el nuevo gobierno de Chile yo no tengo amigos. Solo saldré si el frío me maltrata mucho. Pero si tú vienes, te llevaría tal vez a la Sicilia. Es muy dulce y es toda poesía. Yo quiero que tú vuelvas a hacer cuentos y *versos*.

La gatita está muy resentida porque tú no vienes a regalonearla.

Un tierno abrazo. Gabriela

—Necesito libros *sobre plantas* grandes, ilustrados. Ojalá en color. Aunque sean caros. Te mandaré dinero para eso. Hazlo pronto, hijita. Yo quiero más las plantas que los animales. Yo soy una planta... Gabriela

[Octubre de 1952]

Dorisín:

Pocas cartas tuyas, pocas noticias. ¿Es que estás ya viviendo un nuevo entusiasmo? Dilo, dilo: la verdad siempre es lo mejor en este mundo y en el otro. (Tú tienes el don de olvido, yo no lo tengo.)

Segundo día en cama, solo por el frío. No sirvo para nada en el frío; mi ánimo decae enteramente bajo el frío. ¡Ay, no quiero pasar otro año con tales inviernos!

Toda la mañana —hoy domingo— he estado soñando como un poeta hebreo... con la Florida. Espero verla y si me gusta, espero que me la den y espero que a ti te guste ella y que allá sosiegues tu patita.

Aunque no vayas a la iglesia el domingo lleva un ratito tu alma hacia Dios. Hazle un simple acto de presencia y pídele como un niño lo que desees. Es el Padre. Y al Espíritu Santo le pides la inspiración.

Te has olvidado fabulosamente de tu gatita. No creo que ella se haya olvidado de ti...

Por ser domingo ya rezamos los salmos de mi padre David. Ahora voy a ver «monos», láminas de mis lindos libros. Pero yo deseo que allá tú me busques dos y grandes e ilustrados: uno de animales, otro de plantas. *Ojalá en color*, dear. Eso me da siempre inspiración.

Ahora voy a copiar cosas finas en mi cuaderno. Cosas de la biblia. Y voy a repasar los «monos», figuras, láminas de ellos. A la gatita parece que la apena el frío mucho. Como que es asiática.

Favor de sacar de nuestra cuenta —es lo más fácil de hacer— veinte dólares para libros de ciencias naturales —botánica y zoología—. No olvidarlo.

Un abrazote de tu Gabriela

[Octubre de 1952]

Dorisín:

Sin carta tuya por ahora, después de tus diligencias en California.

Hijita: yo quiero remarcarte algo mío de que tal vez tú no te has dado cuenta. Es esto: cada vez que yo vendí una casa o un mero pedazo de tierra *me he arrepentido de ello*. Por esto, yo te pido y ruego, y suplico que el dinero de esa venta tú lo inviertas en seguida en algo que produzca, que represente el interés del capital invertido. Ya te he dicho que, por ser tú una neoyorkina *nata y neta* puedes buscar una casa o apartamento —aunque no creo en los apartamentos— que te sirva *a ti o bien para arrendarlo o para vivir en él*. La compra tú la harás a nombre de las dos, al tuyo y al mío. Hago esto por sujetar tu temperamento que es variable y, repito, vagabundo como el mío o más... va a ser casa de segunda clase. *Pero tal vez tú prefieras esto último*, te dejo en claridad este punto: con el dinero que tengo más el de las dos ventas puede lograrse algo siquiera *medianito* para ti y para mí, tú querrás una casa *urbana* yo la querré *semi rural*.

El *poder*, el que me pediste, repito que debes mandármelo en modelo, digo *el mío para ti*. Examina bien el punto anterior: Ver claro si tú quieres un apartamento para ti y a nombre tuyo en Nueva York y buscas para mí una casita con árboles en los alrededores —ojalá con mar— o dime *claramente* si aceptas comprar una casa mejor en conjunto para las dos. Yo testaría en seguida a tu favor esa parte mía.

No te oculto el que yo temo que tú vendas lo tuyo en cualquier momento en que tú tengas algún apuro de dinero (apuro–necesidad urgente). Piensa y madura este punto y responde *de inmediato*. Tú tardas mucho en escribirme ¿Por qué? No cuides de más tu español; yo lo comprenderé aunque no sea académico.

Yo voy a procurar, querida, *no volver a Nápoles* y quedar en algún punto sobre el mar Caribe. Pero tú sabes que no tengo ninguna influencia dentro del nuevo régimen chileno de gobierno. Voy a

buscarme dos amigos del patrón, de Ibáñez. Si los hallo en mi pobre memoria.

Repito: favor de escribirme seguido. Yo no saldré de aquí antes del *4 de enero*, Dorisín.

Un abrazo,

Gabriela

[Algunos días antes del 17 de octubre de 1952]

Hijita mía olvidada de los suyos:

No acabo de entender por qué razón tú no me has contestado cosas *urgentes* que te he escrito —mandadas a Nueva York. Era un encargo importante y *urgente* que cumplir en Nueva York. Yo pienso que tú has estado en Nueva York tiempo *de sobra* para haberla recibido. No has respondido ni una palabra. Deseando justificarte de esa cosa *tan seria* para nuestros intereses y tan desoída por ti, yo he hecho hoy la cuenta de los días corridos y no puedo justificarte de ese silencio sobre cosa tan urgente.

Ahora tú estás en California y no puedo saber si, realmente, tú estás ocupándote de esas pobres casas o si solo conversas con tus amigotes.

Lo que iba en esas dos cartas, tal vez sea inútil repetírtelo porque ya estás en esa lejanía y además porque tal vez *no te ha importado*. A mí me importa mucho.

Fui a Roma; estoy cansada y anoche no me dormí sino a las cuatro de la mañana, con lo cual estoy muy cansada.

Veo por tu carta que tu hermanita está en California cosa que yo ignoraba enteramente. ¿A dónde han llegado pues, estas cartas mías dirigidas a Nueva York? No sé tampoco hasta cuándo quedas tú en California y cuál es ahora o será mañana tu dirección para repetirte ese encargo *tan urgente*. Mucho antes me dijiste que estabas con tu madrastra, *cuya dirección yo ignoro*. Por lo tanto, no pude escribirte allá tampoco con seguridad. Bastantes días después, yo te escribí encargándote bajar, si te era posible, hasta Nueva Orleans, observar el ambiente e *informarme*. Esto de ir allá para escoger lugar donde comprar (tú y yo) una casa modesta con huertecito. Yo he gastado mucho dinero en este mes de septiembre, «a lo loco», por no llegar respuesta alguna tuya sobre el asunto de que te hablo, tan importante. Se trata de esto: de evitar que se evaporen nuestros ahorros y de comprar*, en seguida*, algo en uno de los dos puntos propuestos: Nueva

Orleans o el estado de Nueva York —el uno muy cálido y el otro muy helado. *O se hace* eso o estos ahorros van a disminuir muchísimo. (En unas semanas más tales ahorros pueden alcanzar la cifra de que yo te hablaba: diez mil dólares.)

No quiero callarte el que ya me canso de esa especie de inconconsciencia con la cual tú miras los asuntos de dinero y el porvenir tuyo y mío. Es mejor que tú me digas de una vez: «A mí no me importan nada tus proyectos», porque sabiendo yo esto te dejaré en paz y haré una de estas dos cosas: o comprar en Suiza, o en la Provenza o en el lindo Sorrento puesto que la compra en tu país parece que no te importa.

Es una triste cosa, Doris Dana, hablar a través del mar a una niña que no escucha y que se hace la sorda. Yo hablo y hasta pienso claro y fuerte; hay que responderme un *sí* o un *no*, *en una línea*, pero respoder, Doris Dana. Comprende que a mí me importa mucho no desbaratar ese dinero sino aprovecharlo *en seguida*.

Las noticias de Chile no son malas.

Ya no soporto la comida de esta casa. Sigo enflaqueciendo porque nunca he comido peor. Mi proyecto es arrendar lo que compre en el lugar que sea y con ese arriendo costear aquí o *en* Francia tal vez —si obtengo traslado— una casita con huerto donde yo sea *un poco feliz*.

Gran favor de preguntar el nombre del cónsul de Chile en Los Ángeles. Sin dar mi nombre. Por tu teléfono puedes preguntarlo.

Tu Gabriela

[Algunos días antes del 17 de octubre de 1952]

Anoche de vuelta de Roma, te escribí esas páginas. A pesar de que no hallé aquí ni una sola *palabrita tuya* para mí. ¡Qué fabuloso olvido tienes tú para la gente que dejas detrás!

Hijita mía: te encargo mucho, pero mucho el asunto de nuestras casas en tu país. No puedo decirte la razón de este encargo subrayado pero algo te digo: Ibáñez está en plena gloria y majestad. Sacó una mayoría superlativa y este hecho le da plenos poderes *para todo*. La casita de la que te hablo deberá ser para nosotras, para ahorrarnos esos alquileres tremendos de tu país. Y para que yo no viva triste entre cuatro muros y en el destierro debe darme un poco de verdor de árboles y de color de flores, de plantitas que plantemos ahí las dos, la Deina y la Mistral. Podremos arrendar eso mientras yo pueda o deba estar aquí por voluntad del gobierno. Mientras yo tenga empleo, mientras quede en el servicio, esa renta puedes cobrarla tú, para ti, entera. Procura dejar muy bien arreglado, muy claro, eso de los arriendos de Santa Bárbara y de Duarte. Y si vendieses, procura comprar cosa segura en el este y el sur —o sea comprar una casa en tu estado y otra en Nueva Orleans si es posible. Cuando tengamos en tu país tres casas, aunque sean modestas, yo descansaré mi cabeza que suele rodar y rodar en la noche pensando en nuestra situación económica. Dame tú este alivio. Con esa base más una jubilación voluntaria, no forzada, podremos vivir en los años venideros. Pero no basta, no, lo poco que por hoy tenemos. Retiene este hecho y no lo olvides. Me falta mucho saber si las casas de California se han vuelto a arrendar. Para hacerles arreglos no grandes tenemos el dinero. Pero eso debe ser vigilado por ti. Si tú sigues en California, dime lo que cuestan esos arreglos. *Pronto, pronto*. La casita próxima, la nuestra, creo que deberá estar en tu estado. No lo olvides y dame noticias sobre este asunto que es vital para las dos. Y si tú has vuelto a comprometer tu vida con alguien dímelo también; solo la verdad beneficia a los

humanos. No regreses sin haber invertido el dinero que tenemos en una tercera casa en tu estado, para que tú puedas vivir contenta; en Nueva Orleans, si eso te gusta un poquito, pero no si piensas que allí no serás feliz. Te mando el total de nuestra cuenta. No comprende, creo, el último sueldo, son ocho mil cuatrocientos. Hay que llegar pronto a diez mil. Eso me daría tranquilidad. Creo que tú podrías comprar casa por valor de diez mil. Si yo me muero, tú pagarías el resto. Mi viaje a Cuba *no es seguro*. Si no me dan pasajes de ida y vuelta, yo no iré, creo. Mi cuerpo anda bastante *flaco*. Te avisaré por cable si voy. Dame aviso de tu domicilio porque veo que andas un poco errante.

Un abrazo, tu Gabriela

—Certifica cada carta tuya, con acuse de recibo.

[1952]

Dorisín:

Esto es muy importante: Yo dejé en la casa de Monrovía *bastantes originales míos*. Por favor, averigua y recóbralos. Salí de allí pensando en volver tres meses después. Ay, no esté todo eso perdido. A la estúpida y comodona Consuelo *Saliva* no le importaba nada eso. Aunque me decía con frecuencia: «Escribe, escribe, porque te vas a morir pronto».

Ojalá puedas tú salvar eso. Si no están esos papeles (borradores) será que se los ha *robado*. Esto último que te digo tiene cierta base, pero mi pobre memoria no recuerda bien el hecho: quería que yo sacara otro libro o «sacarlo ella». Será fatal que haya robado esos borradores. Los «veo» en un cajón grande.

Yo no sé, chiquita mía, si tú quieres que yo vaya contigo a Florida o si no crees eso necesario. Tú entiendes más en casas pero no en huertos... Así y todo, tú puedes escoger sola, cuida de informarte de los ciclones. Creo que tal vez tú puedes buscar y resolver también mientras yo estoy en Cuba. No será mucho tiempo lo que yo quede en La Habana. (Me han dado licencia de malas ganas —el ministerio mío —, pero yo procuraré dar algunas conferencias en las provincias de Cuba sobre Chile.)

Veo, ya claro que yo no puedo *ahora* con el invierno, *ni aun aquí en Nápoles*. Tres días de frío —la estufa solo calienta un cuarto— me tienen como un pollito puesto en la nieve. Y el invierno solo comienza. Recuerda muy bien eso para pensar en nueva casa para mí en tu país. Yo espero que la Florida sea *realmente cálida*. Si no, habría que irse a Nueva Orleans. Tú tal vez no gustas de esa ciudad *latina* en varias cosas.

Repito que estoy juntando dinero para comprar casita allá donde *viviremos*, porque sé bien que quedarme en Europa será tiritar de frío cuatro meses o más y no tener ánimo para escribir. Y esto me dolería

mucho…

Si no me quieren dar Florida o Nueva Orleans porque no están vacantes *o porque no soy persona grata al nuevo presidente*, solo en tal caso jubilaré. Con pena, porque las jubilaciones son muy rebajadas. Por eso mismo debemos invertir de inmediato en casas de arriendo el dinero que se saque de las dos de California. Te repito que tal vez puedo ahorrar en estos meses lo necesario para comprar casa *nuestra* cerca del punto en que se compre lo demás, al vender lo de California. Pienso nada menos que… en tres casa en total. El amigo de los Péndola que vive en Florida, y es dueño de casas, nos guiará para no hacer disparates. Veo que no has dejado en esta casa ni siquiera un pañuelo o un paquetito. *Te fuiste para siempre, Doris Dana*, aun sin saber si yo puedo o no puedo trasladarme a tu país. Es cosa un poco probable el que tu Departamento de Estado no me de el exequátur consular a causa de… «La palabra maldita».[71] Ustedes están belicistas y *esto aumenta cada día*. Lo veo en la prensa. Entonces no quedaría —para mí — sino el irme a Sicilia. El frío pequeño de aquí me resulta imposible. Mañana me quedaré en cama. Escribiendo. Sacando cosas a limpio.

Te abraza tu Gabriela

[1952]

Doris Dana vagabunda:

Estoy en Roma. Vine por consultar a la Palmilla sobre la plaza (lugar) que debo pedir para irme. Debo contestar, de urgencia y, como tú apenas escribes cartas, tal vez no respondas un telegrama. Hemos pensado en Cuba, Nueva Orleans y Miami. Esto voy a proponer. Veremos qué hacen conmigo. Te pondré cable cuando lo sepa. Ahora yo necesito absolutamente saber si, en caso de que me manden a Estados Unidos, tú estarás conmigo. Yo tomaría de secretaria una latina de Nueva Orleans o de Miami. Las hay.

Me muero de frío en Nápoles. Aquí lo mismo. Mi circulación es pésima. Además antes o después de que tú partieses he sabido que mi alcalde —gobernador— es fascista jefe y que tiene una lista de los antifascistas que vivimos en Italia. Yo viví vigilada con policía en los tiempos de Musolini... Pero lo que más me empuja a irme es lo de mi salud y lo de la guerra posible. Siguen las fortalezas voladoras de ustedes cortándome el sueño con su maniobras.

No sé nada de ti.

Afectos de,

Gabriela

21 de octubre de 1952

Gringa Dana:

No sé nada de ti hace *muchos días*. Temo que el empleado —lo eché — haya tomado tu última carta, de hace muchos días. Yo necesito a lo menos saber de ti ¿Vas a volver? Ni aun eso yo lo sé. Estoy pensando en que, a tu paso por Francia —o por Milán— pudieses ver un buen auto y telegrafiarme si te gusta, para que lo compremos. Tu vida aquí —si es que vuelves— sería suave y más grata. Te escribo con sueño; es tarde. Me consuelo mirando varios libros de animales que me mandó Palma, son preciosos. ¿Cuándo, cuándo, cuándo llegas? Nunca más te dejaré partir, solo al morirme. ¡No falta mucho para esto! Querría que vieses —si tienes ocasión— Menton y los pueblecitos o pueblos sobre Niza. Tal vez allí —o en Sicilia— pudiésemos comprar una casita *con un huerto*. Sicilia me gusta más pero tal vez no ganas tú nada con vivir allí. Aunque es algo perfecto y dulce. Pero no me contestes sin ver Sicilia. Iremos allá *juntas* si vuelves pronto. Porque tal vez este invierno me va a hacer mal. Yo quiero ver Sicilia contigo. No olvides esto. Dime cuánto necesitas para volver y para comprarte ropa —esta para ti—. Me gustaría que tú entrases en la lectura de la literatura francesa. Lo que vale de ellos es el idioma. Animalito errante, *vente, vente, vente*. (Yo veo que no te hago ninguna falta.)

Un abrazo,

Gabriela

—Favor decirme de urgencia si recibiste el segundo cheque (mil dólares).

3 de noviembre de 1952

Querida mía, tu carta sobre Eda Ramelli me deja perpleja. No solo por su enojo sino por aquello de la *deuda por mi casa*.

Doris: me veo sentada en ese banco el día de firmar y de pagar esa casa de Santa Bárbara. La otra, comprada antes, yo la viví poco tiempo. Nunca —parece— que yo haya *sabido* y dádome cuota para abonar a esa deuda.

Lo fatal es que tú no puedes saber esa historia completa. Mañana voy a Roma y Palma me alumbrará algo. Ella, Palma, recuerdo que ha pagado por mí un «abono» por esa casa de Santa Bárbara. Parece que es el abono final. ¿*Y qué deuda hay aún*? En otra carta tú me has dicho que son sesenta dólares.

Tú conoces mi mala memoria. Retiene esto: que la indecente se puso de copropietaria y que Palma pagó *por mí* la parte de ella. ¿Qué es lo que cobra el banco? Mañana Palma añadirá a esta carta su información fiel y clara. Tú vas a leer a Eda Ramelli las páginas adjuntas dirigidas a ti, a fin de que algo entienda. Aunque sé que la indecente se ganó a ella y a la familia entera. Cuida bien de darle a leer esas páginas adjuntas. No olvides que Palma debió pagar a la indecente para dejarme libre de eso. Temo que lo que me cobran ahora signifique otra trampa suya. Palma mañana te va a añadir a esta las informaciones suyas. Mi memoria ignora *totalmente*, después del pago que hizo Palma a la tramposa, que haya aún saldo de dinero que pagarle. Por favor, procura ver claro en esto. Se le dieron, creo recordar, quince mil dólares. ¿Es que hay que darle más? «Ça me surpasse». Ay, Doris, qué horror es una mujer mala. Siguen las páginas que tú vas a dar a leer a Eda.[72]

3 de noviembre de 1952

Querida:

Te mando el oficio del convite para Cuba (cada vez que «realizo» el hecho de que tú estás a mil leguas de distancia, cada vez, yo tengo una especie de desvanecimiento y una punzada en este mi pobre corazón herido).

Hoy he pensado que no es bueno navegar sola en viaje tan largo y he invitado a Gilda para que me acompañe. Observa tú que los cubanos han pensado *hasta en esto*. Ese oficio es muy fino.

Sobra decirte que, si tú quieres ir a La Habana, todos tus gastos serán míos. Yo creo que eso no te interesa. En todo caso, yo voy a calcular varios días míos para ti en Nueva York. Pero si tú estás entonces en otra parte (lugar) y no tienes tiempo para mí, dímelo con toda franqueza. En tal caso, de regreso de Cuba, yo estaría contigo.

El ministerio ha contestado con mucha sequedad mi pedido de licencia. Me han dado solo *un mes*. Esto comprende, dear, dos navegaciones largas. Y yo pienso aun recorrer las provincias cubanas que no conozco. Y pretendo pasar, de vuelta a Nueva York, otros días contigo, si es posible eso. Yo me doy cuenta de que tú no quieres regresar pronto a Europa. Dime lo que piensas respecto de eso. *No lo olvides*.

Yo no querría, dear, regresar a Italia. He sabido cosas que no me gustan sobre ciertos patrones locales. Hasta pienso quedarme con ustedes en tu país, en Florida por ejemplo. Pero el tono del ministerio no me alienta tal vez a hacer eso. Y, además, yo he escrito lo de la «Palabra maldita», la Paz y eso puede recordarlo tu ministerio.

No me hago ninguna ilusión sobre tu regreso conmigo, aunque lo deseo tanto, Doris, niña querida. Volver aquí no me da ninguna alegría y con razón: yo ignoraba que dependo de altos personajes fascistas y además monárquicos. Además hubo eso del señorito Borghese en «Roma», diario local y fascista. Pero a la vez tiemblo de quedarme en

países criollos que sean xenófobos. Ayúdame tú a pensar. Por favor, si es que este asunto mío te interesa.

Mi salud no es maña, espero que ese viaje me evite *lo peor del invierno europeo*.

Ignoro *aún* si recibiste mi segundo cheque de mil dólares. Esto me inquieta. Ponme dos palabras, chiquita. Tal vez andas viajando todavía. Respóndeme pronto *sobre este asunto*.

Creo que a ti no te interesa Cuba, repito. Pero si quisieses ver esa isla bonita, sabes bien que puedes ir con nosotras.

Voy a Roma, por visita al embajador y por cita con el cónsul general. Vuelvo pronto.

Si tardo en volver a escribirte será que estoy haciendo, además del discurso de Martí, esas conferencias que me dicen que debo dar en la isla. Quiero verla ahora entera. Si el calor lo permite. Pero estamos y estaremos allí en invierno.

Yo sigo con el Poema de Chile. Debo acabarlo antes de irme. Y debo hacer hasta los animales, dear. (Lo acabé ya pero faltan las correcciones.)

¿Cuándo me enseñarás inglés? Dime: ¿tú quieres casarte allá? Algo de *eso* sospecho...

Un abrazo para tu hermanita; otros muchos para ti.

Gabriela

P.D: Pondré esta carta mañana en Roma.

14 de noviembre de 1952

Vengo a refugiarme en ti, Doris Dana, después de unas horas de depresión grande. Sin causa, mejor dicho, con causa que se renueva, que vuelve, que oprime sin mano hasta que se me vuelve unas veces sangre, otras pus.

Es una tristeza *sin medida* que va volviéndose más densa que la crisis anterior y que mañana o pasado será más dañina que la de hoy.

Pienso que nunca debí dejar el trópico aunque me daña el hígado. Pero me daba alegría el trópico de esa pobre Veracruz, a pesar de aquellas infamias, casi todas de la meseta, me hacía bien. Pero no por ella sola sino por otra.

Lo de hoy no sabré contártelo. Estaba hojeando cuadernos; luego empecé a escribir y aquella cosa rara subió más. Mi cabeza era como de otra persona. Se me iba el pensamiento, dear.

No hay carta tuya hace días. Estarás feliz de que tienes más de mes y medio liberada de mí. Parece que la criatura americana nunca se da, solo se presta por un tiempo. Es eso «práctico» y tal vez saludable. Pero yo y mis gentes no podemos ser eso ni aun deseándolo, Doris Dana. Y este es el nudo de nuestra tragedia.

Dime lo que necesites de dinero para tu ropa de verano o para tus libros o para tus paseos.

¿Cómo es la casa de tu madrastra en el campo? Dime esto.
Un abrazo,

Gabriela

P.S. Sigue esta cosa rara que no recuerdo haber tenido antes. Repito que tal vez he abusado de mi cabeza en estos días.

Se me ocurrió la cosa tonta de hacer ese poema con una sola rima: a-a, ahora la cambiaré. Creo que del Poema de Chile me falta poco: un

tercio tal vez. Pero voy a descansarme. No puedo tal vez porque caigo en la obsesión de todo este tiempo. Parece dueña de mí y solo pasa durmiéndome. Pero me cuesta mucho caer en el sueño.

No hay carta tuya hace muchos días. ¿Andas en eso de las casas? ¿Has hallado algo? Ya te he pedido que me cuentes aspecto y precios de casa pequeña con huerto grande, no adentro de la ciudad bulliciosa pero tampoco muy distante de ella.

Me darás mi gran alivio si hallas algo así. Creo que podemos dejar un saldo de su precio y pagar este poco a poco.

Hace frío, frío y la calefacción mínima solo alcanza a calentar dos metros.

Favor de escribir aunque no tengas nada importante. Es lo único que necesito para tener alguna paz. Mi peligro es el desvarío febril y el viejo pesimismo sombrío de mi juventud.

Gabriela

18 de noviembre [de 1952]

Doris, me anunciaste tres cartas: vino la primera y luego la de mis cuentas de California, absolutamente de contabilidad. La recibí ayer tarde. Tengo visitas pero te contesto en seguida y te mando el cheque por el asunto de mis deudas de California.

El tono de tus dos últimas cartas me parece una especie de ultimátum o de despedida *tácita*, es la carta de una extraña y me ha dejado pasmada.

Yo no puedo recordar si yo te he escrito alguna carta de tal índole. *Me parece imposible*. Yo soy la misma del primer mes de California. Pero, al lado de la persona *temperamental* que soy, hay otro ser que cuando recibe hielo comprende de golpe y se retira al darse cuenta de que se trata de una *cancelación*.

El poder no ha podido salir antes. Tú deberías recordar que nada rápido se hace en Nápoles.

Te he dicho antes que yo me había *jurado* no vender más una casa mía porque siempre derrocho el dinero y después me arrepiento de haber vendido. Pero como tú has decidido eso y como esas propiedades no producen casi nada, acepto lo que tú has decidido. En el caso de que no puedas o no quieras ocuparte de esas ventas, hazme el favor de pasarlas a una o dos agencias. Fue loca esa aventura mía de comprar casa en país extranjero e ir a vivir como extranjera allí sin poseer la lengua.

Creo no haber merecido en absoluto la mudanza que se ha hecho en ti respecto de mí y me retiro ignorando como una ciega la razón de ella. Siempre fuiste libre y yo he respetado tu libertad. Pero hay entre los cristianos el deber de declarar *por qué se retira el afecto o se rompen los vínculos*.

Es probable que yo no vaya a Cuba: mi viaje tenía por razón verdadera verte en Nueva York. Pero si voy no temas que te de afanes, porque solo bajaré para tomar el barco cubano.

Va adjunto el cheque por el total de mis deudas de California. Repito, hazme la gracia de arreglar eso con Eda. *Es para mí muy penoso escribirle, Doris Dana. Hazme tú la última gracia que sería la de recomendarme una agencia honrada* para que se haga cargo de la venta de las dos propiedades. Dios te lo pague que es buen pagador.

Algún día te darás cuenta cabal de que nada he hecho sino quererte. Para mí queda como un misterio entero tu extraña carta. Cuando tú te das con alguien, tal vez crees que debes dejar caer a la otra criatura que está a tu lado. Tu naturaleza, tu natural, ha sido siempre para mí un misterio.

En el caso que tú quedes en California por algún tiempo, puesto que tu hermana está allí, procura que esas ventas se hagan, se realicen. Ha sido voluntad tuya el vender. Naturalmente el gasto de tu estada allí corre de cuenta mía.

Va adjunto el cheque por lo que debo.

Favor de acusarme recibo de él para saber si ha llegado.

Añado mi gratitud viva por cuanto has hecho por mí. Dios te lo pague. Yo te guardo la gratitud mayor por cuanto me diste antes.

Si del acuse de recibo tuyo de este cheque no te diese respuesta *pronta* será que sigo mal del reuma o que he ido a Roma. No te inquietes por ello, pero procura darme noticias para saber si él te ha llegado a tu poder.

¡De nuevo, gracias, Doris Dana!

Gabriela

P.S. Por esta visita de una profesora chilena que trabajó en mi colegio de Santiago tal vez no salgo pronto de Nápoles. Además estoy en cama.

[6 de diciembre de 1952]

Chiquita Doris:

Creo que te vas a asustar... porque a donde me han nombrado es a Palermo, la capital de Sicilia... Mandé una lista de ciudades europeas pero ya todo estaba *acordado y repartido*. Hay, chiquita, una reorganización general que hace el... General *por sí mismo*. Han echado a mucha gente dejando solo a los pocos cónsules que eran ibañistas. Han echado hasta hoy a más de doscientos cónsules.

Yo no sé, chiquita, qué efecto te haga esta noticia. La capital, Palermo, tiene medio millón de habitantes y yo recuerdo vagamente que Palermo es una ciudad con recursos. La población de la isla es de *cuatro millones*. Creo que han pensado dos cosas: que el clima es más tibio allí y que está cerca de Nápoles (una noche de viaje). En todo caso, chiquita, tú, no tomes esta carta mía como una exigencia. Si no puedes ir conmigo allá yo no pretendo exigirte nada. Pero es un lugar para artistas y escritores. La isla es grande y tiene varias ciudades *grandes*. Está llena de «cosas griegas».

Tal vez mañana voy a ver la isla con Gilda. Te la contaré llegando. Te voy a mandar fotos también.

Lo que me inquieta es no saber de ti desde hace muchos días, quince o veinte. ¿Estás enferma? ¿Andas de viaje? Poner dos líneas.

La Palmilla está aquí, de pasada. Le ha gustado lo de Sicilia.

Mañana te escribiré más desde la isla misma.

Favor de dar tus noticias. Inquieta mucho tu silencio.

Gabriela

P.S. Dime exactamente lo que pienses, dear. No te sientas obligada a decir «sí, voy».

[6 de diciembre de 1952]

Cara, no te inquietes porque yo me voy a Sicilia y no a Miami. Este tiene cónsul según parece. Ten paciencia. Esa isla tal vez sea, como creo, una fiesta visual, y el mar hace bien a tu hijta. Voy a contestar al ministerio diciendo que les pido uno de esos mismos lugares que pedí para el caso de que quede libre alguno de ellos.

Hace dos horas desde que me levanté, y no puedo calentar mis pies en la estufa ni puesta al sol. Es cosa de la circulación mala de más en más.

Por favor decirme un cálculo de cuándo tú vienes. Si es que piensas venir.

Óyeme ahora bien: yo tengo nueve mil doscientos dólares. Si tú quieres invertir eso en Miami, si ves allí algo bueno, dulce y con arbolitos, yo te giraría la casi totalidad de esa suma —¡ay, tan pequeña!—. Tú comprarías algo así y lo arrendarías para que produzca. Miami o Florida escogiendo zona no fría ni caliente de más. Comprarías a nombre de las dos. Puedes hacer una pequeña *hipoteca*. Ya te he dicho eso, si lo que te gusta cuesta más, puedes hacer una deuda de dos mil dólares o tres mil.

Apenas escribes. Pide a tus galanes permiso (tiempo) para mandarme si quiera una carta semanal y que tenga más de una paginita pequeña.

Vino aquí Echeñique, ¡pobre, no te halló! Vino en «gente», es decir en ser humano. ¿Te acuerdas de aquella [...]?

Gabriela

[Después del 11 de diciembre de 1952]

Querida, si yo no te escribo tú nunca me habrías escrito. Este es el hecho y a través de este se ve y se sabe *la realidad*. A pesar de todo lo que dice este hecho, yo tengo el corazón que me late con tanta alegría. Es como si hubiese salido de un túnel negro a la luz del día. ¡Gracias por tu promesa de venir! Yo tengo a mi lado una criatura muy buena y abnegada, pero yo no he quemado el pasado inmediato que ha vivido en mí día por día.

No sé si tú vas a estar contenta de mis proyectos.

Sin tener idea de que tú aceptases volver, yo pedí ir a Sicilia, a Palermo, porque mi invierno napolitano ha sido muy malo: para calentarme tengo que quedar en cama. La calefacción resulta nula en los cuartos y yo dependo *absolutamente* del calor.

Yo no recuerdo si tú conoces Sicilia. Yo la vi con Palma hace mucho tiempo y me gustó. ¡Los ingleses van ahí más que a Capri a invernar!

Vamos a vivir allí por un tiempo, *como ensayo*. Y si mi cuerpo mejora y a ti te interesa el lugar vamos a comprarnos una casita con huerto (ya sabes que eso es mi delirio).

Hoy saldremos Gilda y yo hacia la isla. Vamos a navegar de noche y a amanecer en Palermo. No me gusta navegar de noche. Vamos a ver con calma y tiempo la isla, aunque de todos modos, yo la he pedido y esto no tiene vuelta. Tú tienes la culpa de esto, Doris Dana, y es bueno que sepas que esto viene de ti. Te quedaste en Nueva York *indefinidamente* y yo he querido ir a un lugar que me de alguna alegría porque no la he tenido en Nápoles. He tenido todo lo contrario de eso.

¿Y tú te has *saciado* de Nueva York? Si no te has saciado volverás a irte, ya lo sé de antemano.

Te daré por cable mi dirección *provisoria* de Palermo, es decir, el hotel o la pensión. Y tú me harás la gracia de volver a escribir diciéndome lo que necesites de dinero, tus pasajes *y las deudas que tengas*. (No olvidar esto.) Si me traes medicinas, recuerda que debes

evitar el impuesto mandándolas a mi nombre. Voy a averiguar si el gobierno local me deja la franquicia. Porque Sicilia es otro estado o provincia de Italia.

En cualquier agencia de turismo tú puedes hallar datos y fotos sobre Sicilia. Ella fue colonia griega, tú recordarás. Yo te escribiré largo desde allá y te mandaré fotos. (¡Ay, todavía no creo que tú regresas!)

¿Has trabajado tú allá? Yo acabé el Poema de Chile, pero *no lo corrijo aún*. Nunca ha sido esta casa cosa inspiradora para mí.

Escribe a Gilda. Ella se extraña de tu silencio. Tiene razón. Ella no conoce tu naturaleza real que es el olvido total de los tuyos, excepto tu hermanita... y los otros, los que yo no conozco...

No tardes en darme el dato del dinero que necesitas. Por favor, cómprate *buena ropa*, para que no tengas que comprar aquí cosas feas. (Yo escribo todo esto, pero no creo aún que vuelves.) Dime, además, el precio de las medicinas mías que vayas a comprar y de todo lo demás que deseas traer *para nosotras*.

Ojalá la isla te de inspiración como la ha dado siempre a tus ingleses. Dime también el precio global *de todos* los libros que quieras comprar. Ya sabes que hay muy pocos aquí. (Nunca supe, Doris Dana, si recibiste de mí los dos cheques para libros *o si fue uno solo*.) Dime esto, por cable, dándome la cifra total. Y añade lo de *tus pasajes y tu ropa*.

Te dejo para levantarme. Hoy hay sol y quiero andar un poco. Repito que voy a dejar Nápoles por el frío. Pero si Palermo tiene un invierno como este *no* pediré el traslado. Voy a quedarme allá varios días para darme cuenta del clima y no engañarme. (Parece que yo soy ya una tropical.)

Un abrazo, Gabriela

Basta ponerme en el cable la cantidad en palabra.

P.D: La carta adjunta es vieja. Olvidé mandarla. Estoy de regreso. La isla es linda, pero el frío no me dejó verla bien. Y regreso a Nápoles, para hallar *más frío que allá*...

Te recuerdo, dear, que tú puedes girar, como yo, contra nuestra

cuenta común. Ya te lo he dicho, pero no sé si tú recibes realmente mis cartas.

Me parece bastante difícil el que me trasladen a Cuba o a otro lugar cálido. Voy a pedir al doctor un certificado sobre mi salud. Tal vez eso me valga más. Aunque el Caballo tal vez prefiere que yo me muera...

Tu pasaje para Cuba es barato. Tu hotel de Cuba lo pagaré yo. No te preocupes por esto. Yo te pondré cable al partir.

Tu Gabriela

15 de diciembre de 1952

Doris silenciosa y alejada,

Hoy he tenido una caída de la fuerza que ha sido mayor que todas las habidas. Sin razón, sin choque alguno. Tal vez la causa sea el día feo y *tempestuoso*. Yo soy un animal muy sensible al planeta más que a la gente.

Y hoy ha sido día de noticias. No agradables. Yo había puesto un cable al subsecretario, pidiéndole Florida o Tacna. Contestó que las plazas están tomadas ya. Ofreció Palermo. Me doy cuenta que el Caballo ha echado y sigue echando a *muchos funcionarios*. A mí me va salvando solo esa bendita ley que debo a los escritores europeos. Parecen salvajes que van en una carrera ciega quemando hogares inocentes.

Tú bien pudieses alegrar mi pobre vida, escribiéndome seguido. Pero hace cinco o seis o siete días que no llega una palabra de ti. Y tú ignoras el efecto de eso en mi alma y en mi cuerpo también. Es una tremenda sensación *de derrota*.

Yo pedí ir a Nueva Orleans y Florida o Tacna, contestaron que ya estaba ocupado (1). Eso era estar al lado de Chile. Tal vez tienen miedo de esto porque Ibáñez debe recordar bien el que me echó del servicio. Nadie puede saber el efecto que tiene en mí el perderte, Dana. Es realmente caer en un pozo vacío y negro: es algo que se parece mucho *a la muerte*.

Puse, en el estado en que estoy, una carta larga al ministro. No recuerdo bien lo que pedía en ella. Eso no le ha llegado aún al *ministro*.

Carta tuya no tengo hace días, lo cual es no comer ni beber: solo respirar y hasta mi aliento me parece parado o muerto (no estoy haciendo poesía, no).

Faltan muchos días aún para partir. He encargado a la cotovía ir a Cuba y buscarme en silencio una tierra —por saber precio, una hectárea a lo menos— con una casita modesta. Tengo, gracias a ti,

nueve mil dólares, cerca de diez mil tal vez. Yo sé que de este impasse, solo pueden sacarme tú y la tierra verde. Contigo creo que no puedo contar como cosa estable. Debo tener, pues, un negro y una negra por compañeros de vida. Yin se fue. Palma se ha vuelto una señorona: ahora está en París. Nada, pero nada, le digo ni le escribo, porque se ha vuelto algo así como otra criatura. Allá ella acabará bostezando al lado del marido.

Yo he olvidado estúpidamente mandarte más dinero. Lo haré en cuanto salga de la mudanza y de separar trapos y libros. Necesito —recuérdalo— comprar ropa *en tu ciudad*. Ah, óyeme: el ocioso mexicano *Iduarte* va también a Cuba por las fiestas de Martí.

Creo hijita, que, por mera prudencia, debo llegar a Cuba sin ti. Como es... profesor en Columbia, creo que irá a Cuba *por pocos días*. (Él ha escrito un libro *sobre Martí*. Me mandó dos ejemplares: sin dedicatoria ni remitente. No le acusé recibo.) Yo te avisaré por cable cuando este vil regresa a Nueva York para que tú embarques hacia Cuba. *Deseo ver contigo el campo cubano, vida* mía.

Voy a procurar quedar en Cuba o en punto cerca de ti como la Florida. No sé si logro esto. Pero, *en todo caso*, si quedo aquí, tú deberás venir o yo me consumiré de trsiteza. Te pondré cable si es que el gobierno me responde cosa mejor que lo que me contestó.

Nápoles solo es vivible para mí contigo. Tengo una tristeza *radical*, una profunda *caída del ánimo*, Doris Dana. Mejor sería morirse.

Voy a agregar a esta carta un cheque, sin obtener de ti aún el que me aclares esto: si recibiste tú mil o solo cuatrocientos dólares; ¡*por favor responde*! Parece que no leyeras mis cartas. Debes estar ya muy falta de dinero. Es culpa tuya, Dana muda y orgullosa. Yo soy tu hermana, también tu madre, Doris.

Solo las cotovías están sosteniéndome. Ojalá tú leas eso, cotovías, pero inglesas. Me han dicho maravillas de ellas.

Recuerda que te pedí ir a Florida (2), tal vez no te mandé el dinero necesario. *Dímelo*. Yo ignoro los precios de todo lo americano. *Debes decirme las cosas claras*.

Te pondré un cable en cuanto el indecente aquel deje Cuba. Tú acudirás pronto, yo espero.

El señor te guarde,

Tu Gabriela

(1) Ocupado todo, menos Palermo. Fui allá por saber precio. Es *helado*.
(2) Ya la sé ocupada.

P.S. En llegando allá dime el dinero que necesites. Para dártelo en seguida.

[16 de diciembre de 1952]

Dorisín:

Acaba de telegrafiarme mi subsecretario que he sido nombrada cónsul en Florida. Gracias a Dios, chiquita mía; pero ahora temo que tu país no me de el exequátur. Yo necesito *absolutamente* saber esto y tú vas a averiguar en seguida con tu amiga del Departamento de Estado este punto *delicado*. Mi alegría es muy grande pero también es grande mi intranquilidad.

Gracias a Dios, chiquita, porque estoy *helándome* en esta casa sin calefacción.

Yo espero, Doris, que tú no me falles y... espero que me enseñes inglés... Yo siento gran simpatía *por esa región*. Es tu horrible Nueva York lo que yo detesto, *solo ella*, créelo.

¿Estás contenta de verdad, hijita? *Dímelo*.

Todavía estoy medio aturdida por esta noticia. No me la esperaba así de buena. Me retiene la alegría, me perturba esa duda de la aceptación de tu gobierno. Di a tu amiga, por favor, que tú estarás conmigo y que eso es *una garantía* grande para... El Departamento de Estado...

Todo esto me parece un sueño, hijita. Yo dudaba mucho, a causa de Ibáñez. Ayer y anteayer entregué este asunto a... San Antonio.

Mi amiga Sixtina[73] ha traqueteado —luchado— por esto junto con el subsecretario, en Santiago, con E. Barrios.[74]

Tenía yo una gran preocupación de dejar detrás de mí los bultos de libros y de perderlos.

Naturalmente tu gatita parte con nosotras, dear. Está tranquila tú.

Ahora viene esto, muy importante. Tu gatita debe partir *por avión*, antes que nosotras, previo aviso telegrafiado que yo te mandaré. Tú hallarás manera de tenerla contigo hasta que yo llegue. De Nueva York ella y tú *bajarán con nosotras* a la península de los naranjales. ¡Gracias

a Dios de nuevo!

Yo haré una pausa en tu ciudad para comprarme *ropa*. Tú también harás eso junto conmigo. Qué bien que tú salgas y dejes atrás el invierno feo de Nueva York.

Yo iba a mandarte un cheque Dorisín; pero recuerdo que mi cuenta está a tu nombre también. *Gira, pues, para todos tus gastos* y procura *llevar a Florida buena ropa*.

Favor de ponerme un cable con la respuesta de tu amiga del Departamento de Estado *tan pronto como puedas*, hijita mía, consultarla. Ha costado bastante que salga este asunto de mi traslado, hijita —que salga de Chile— y, estaré preocupada hasta saber *si tu gobierno me acepta*.

No sé si tú querrás salir pronto y antes que yo llegue hacia Florida. Creo que es mejor que nos esperes en Nueva York. Pero haz lo que mejor te parezca, yo no sé si en esa zona cuesta hallar casa.

Mi proyecto es este, vida mía. Que compremos una casa con tierra —con huerto— allí. La oficina tendrá poco movimiento. Podemos tener en la oficina a un muchacho o muchacha latina a fin de *vivir en la casita con huerta*. Allá debe haber transportes rápidos desde los pueblecitos hasta la ciudad. Dime cuál es la capital de la Florida —*Tallahassee o Jacksonville*—. Si tu gente no me echa, me moriré allí, al lado tuyo. Averiguar cuál de las dos ciudades es *el asiento de los consulados*. Gracias a Dios, hijta. Escríbeme pronto.

Tu Gabriela

[17 de diciembre de 1952]

Querida, estoy leyendo... dos conferencias mías antiguas sobre Martí, larguísimas. Ay, creo haberlo dicho todo de él; ahora me costará la tercera...

Muy poco escribes y eso me da mucha pena. Pero ya estaré cerca de ti.

No puedo expresarte toda la alegría que me trajo el telegrama de Sixtina sobre mi traslado a Cuba.[75] Yo nunca creí que me lo diesen. ¡Alabado sea Dios!

Yo he seguido en cama, sin enfermedad, solo por el horrible mal tiempo que hace aquí. Me deprime mucho este nublado permanente.

Tengo la esperanza de que podamos y sepamos hacernos allá, en la Florida, una manera de vida menos vulgar, tonta e inútil que la nuestra de aquí. Voy a ver si logro —es muy difícil— que Palma me de siquiera tres mil dólares para nuestros gastos de instalación, que van a ser fuertes. Voy a encomendarme a San Antonio, quien me ha *dado* la Florida. ¡El pobrecito generoso!

Tuve una impresión penosa cuando te hablé por teléfono; me pareció que no te gustaba la noticia del lugar de tu país a donde me voy. ¿Es que tú temes el que no me de tu gobierno el exequátur? —es decir la aceptación—. Yo misma pedí ir allá y eso te *prueba*, Dana, que yo no odio a tu país. Lo creo el único éxito de nación moderna que hay en el mundo. Y esto no es adulación. Lo creo.

¿Por qué no te ha gustado la noticia? Esa es la única manera de que yo pueda tenerte siempre cerca, Doris Dana. Todavía hoy tengo la euforia de ayer por la noticia. Esta casa ha sido para mí *como un cementerio*; esta casa mata todo: el fervor, la inspiración, la alegría. Tú no te has dado cuenta de esto. Una casa tiene o no tiene ambiente. Es algo misterioso y real lo que te digo. Y te lo digo para que en Florida no caigamos en cosa semejante, ¡no! Yo puedo tener un muchacho en la oficina y quedarme ¡ay, si Dios quiere!, en una casa con huerto de

naranjas... Ayúdame tú a obtener *esto*.

Mañana, *si existe el sol*, que parece muerto, escribiré a Palma por si le saco siquiera nuestros pasajes... Es difícil... Si sale el sol, iré a Roma a «apretarla». Porque la instalación allá en tu país va a ser cara, chiquita y un cónsul no puede vivir sin algún decoro material.

Tardan mucho los exequáturs. Repito mi pedido de que tú te informes con tu amiga de si me lo dan o no... Esto *me urge saberlo*. La buena Gilda ya tiene los cajones de libros hechos.. ¡Qué feliz seré yo si los reúno con los de Santa Bárbara y puedo valerme de nuevo de ellos. Casi no he leído aquí en español... Gran culpa esto. Tú has hecho lo mismo, niña mía. Pero vamos a *remediar* si Dios quiere *este gran error*.

No me dejes sola en la Florida; es un mundo tan nuevo para mí ese. La gente me gustó cuando estuve en Nueva Orleans. Mucho me gustó. Ojalá Florida tenga gente así.

Tú no debes ir a Florida antes de que sepas por tu amiga si tu gobierno me acepta o no. Procura, pues, saber esto pronto. Y di a tu amiga que yo tengo dos casas en California, lo cual dice mucho.

Aquí va una estrofa de Martí.

Por tus ojos encendidos
y lo mal puesto de un broche
pensé que estuviste anoche,
jugando juegos prohibidos.

Voy a escribir a Palma. Te dejo sin dejarte.

¡Qué día horrible! ¿Será así el invierno de Nápoles? Gracias, señor, de que me voy. Yo soy una especie de hindú o de ecuatoriana tropical.

Un abrazo de tu Gabriela

[Diciembre de 1952]

—> *Ponerme cable sobre el exequátur*.

Doris, hijia querida:

Parece que en diez o doce días yo volveré a ver tu carita o, a lo menos, estaré cerca de ti en Cuba. Te pondré cable en todo caso, dear. Antes va a llegarte la linda, *tu gatita*. Partió hoy. Solo en este momento sé que llegamos por Nueva York *ante todo* y que de allí descendemos a la Florida, pasando de allí a Cuba. Ya sabes tú que me nombraron cónsul en Florida. Comienza tú a averiguar cuál es la mejor ciudad de la Florida, porque veo que son *dos* las principales. *Yo no sé nada de mi zona, dear*. Pregunta a alguien allá. Tal vez bajamos a Cuba atravesando Florida, si tu lo prefieres en vez de ir a Cuba directamente, tú bajas y quedas *en Florida viendo... casas con huerto* y además *la oficina necesaria*. Procura que no sea muy cara. *Yo no me tardaré* en Cuba, creo, serán ocho días. El tiempo está horrible en Europa: hay una especie de tempestad permanente y *desastres en Inglaterra*.[76] Me quedo en cama al ver esta calamidad. Pienso con alegría que tú vas a tomar calor allí, en Florida, mientras yo me hielo aquí.

Voy a pedir a Gilda, por si tú bajases a Florida antes que nosotras, que te mande una carta para su amigo rico de allí, de Florida, quien te puede servir *mucho*. En todo caso, dear, *yo no te exijo viajar al sur en seguida*. Si quieres tú veremos juntas esa península simpática a pesar de los ciclones. *Tal vez* yo procuro llevarme una criada desde Cuba. Esa gente come bien y la criada será menos cara que las tuyas. Te repito, hijita mía, que estoy ya nombrada para Florida y que *debo ocuparme de eso, la casa*.

La pobre Europa sigue mal en las cuestiones internacionales. *Es bueno irse*. Esta gente nunca ha vivido con sosiego completo. *Digo «Europa» pobrecita*. Gilda ha trabajado mucho en la cantidad de bultos.

Creo que van cosas de más. Yo querría ver la llegada de tu gata y su pánico del avión... Van a darle de comer en la travesía... como a una pasajera. *Cuida que no se espante mucho*. Me da gran pena el terror en los animalitos. *Me tendrás allá la cuenta de tus gastos todos*, desde los de tu viaje.

Te abraza tu Gabriela

18 de diciembre de 1952

Cara Doris:

Aunque yo te me haga pesada de más tengo que avisarte lo siguiente: el plazo de tomar posesión (de instalar) un consulado son quince días cuando se vive en el mismo continente y veinte cuando se vive en otro. Yo saldré de aquí de acuerdo con esto, pues ya llevo vencido el plazo de quince días. El inglés de Gilda es muy poco y vamos a llevar una maletería y muchos bultos. Tu gente de aduanas —y de todo— es muy difícil para los latinos y... yo *no* creo en que tú vas a estar esperándonos en el puerto *porque yo ya no creo en tus promesas*. Antes de hablar de todo esto con Gilda yo te escribo estas líneas. Yo he contado hasta ayer con que tú *volvías a Europa*. No realicé, no, el que yo debía salir de Europa sin ti y llegar a un puerto tuyo buscándote entre el gentío de los malecones o los puertos desconocidos. Tú has mandado promesas de aquello, pero *ya no las creo. Ninguna creo*. Me pesa mucho no haber pedido un lugar de mi lengua o de la francesa. Pero ya eso está hecho y bajo un gobierno en el cual yo no tengo ni un solo amigo, no puedo pedir prórroga y mucho menos traslado a otra parte. Por lo mismo te molesto con esta carta que no deseo repetir. Llegamos por Nueva York; yo no voy a detener allá sino un día o una noche. Yo no soy *yo* allí; esa ciudad me *da vueltas la cabeza*. Te repito que llegaremos, Doris mía, por el «Saturnia», *el 17*. Como puedes olvidarte, de barco y de fecha, yo debería darte el dato de un hotel para encontrarnos. No sé el nombre de ninguno. *Tal vez* iremos al primero que hallemos. Es verdad que faltan muchos días aún; pero como estoy en cama, *ya hace cuatro días*, puede ser que me levante al final del plazo, para no recaer. (Tengo una falta de *circulación y un enfriamiento* tal que me hielo entera cuando me asomo a la puerta.) Si tú hubieses venido a buscarme, yo no necesitaría sacar a Gilda de su casa patriarcal y llevarla a país tan lejano, difícil y *extraño*. Pero tú, que prometiste volver, no has cumplido tu promesa. Te repito que voy

primero a Cuba. Tampoco habría yo hecho esto en vista del gran debilitamineto de mi cuerpo que no está válido ¡para andar de conferencias! Pero como tú *no querías regresar acá* yo, a pesar de mi gran flaqueza, debo ir a Cuba y seguir hacia tu tremenda ciudad. Te advierto que saldré de ella, rumbo a Florida, lo más pronto se pueda, es decir, *en seguida* de cumplir con lo de Martí. Naturalmente, con una leva de bultos a cuestas no es nada fácil viajar y llegar a hotel ultraextranjero sin el idioma *y sin seguridad alguna de hallarte a ti*. Todo esto me sobrepasa y me angustia. Pero ya están tomados los pasajes *y se va a hacer tu voluntad y no la mía*. Cuando dejaste Italia la gatita desapareció de tu mente. Después la pediste y hasta hoy no sabemos aquí *si llegó*. ¡No me has puesto ni dos palabras sobre el pobrecito bicho al cual dijiste que querías tanto! Si tu silencio se debe a que no te importa ya o *si se debe a que no la fuiste a buscar*, habría que saberlo, pero no lo dices. ¡Qué habrá sido de ella, me digo!

Rapallo está yerto; es mucho más frío que Nápoles y yo estoy en cama desde que llegué.

Yo no te he pedido nunca cartas largas que roben tu tiempo, el cual es para tus amigotes; te he pedido unas líneas rápidas y frecuentes.

En una carta que no sé si has recibido, te dije que tú puedes y debes girar por ti misma contra nuestra cuenta *que es común*. No tienes sino pedir una chequera para ti al banco y girar *para todos tus gastos*. (Te he dicho de comprarte ropa y libros, medicinas, etc. Resulta inútil tener una chequera que no se usa y sufrir por la falta de dinero.)

Gasto tiempo en vano repitiéndote las mismas cosas. Tengo una falta absoluta de fuerza, además.

Mejor empleo de tu tiempo sería el haberte ido a Florida a conocer esa zona y a buscar una casa. Si yo estuviese allá, sería si hay casa *agradable, grata y dulce de vivir y arrendable*. Y si no hallase ninguna, procuraría ver si se puede comprar una dando lo que tenemos y pagando el resto por mensualidades. (Comprar a nombre de las dos.) A veces pienso en que tú vas cayendo en el hastío de la escritura. Haces mal *a tu propio oficio de escribir*; de más en más puede dominarte ese desapego de la escritura, cosa muy mala para ti, Doris. Yo estoy en la cama repasando a Tagore después de *treinta años*. Pero tú eres *una veleidosa*.

Espero que Gilda te ayude con la casa y tu vida de Florida, pueda, *por esto, resultarte más dulce. Lo dudo, tú solo eres feliz en Nueva York*.

No debes olvidar tu compra de libros para un año a lo menos, tal vez en Florida son malas las librerías.

A mí puedes llevarme a un almacén de ropa donde halle algo de verano. (Parece que Florida es cálida.) Y tal vez, a la librería española. Te repito lo de comprar medicinas. *Yo no voy a tardar en Nueva York*. A menos de que el cónsul general me llame. Te repito que me digas el nombre del embajador. No digas que lo pides para mí. *Haz eso por teléfono*. (Ídem el nombre del cónsul.)

Me da vergüenza cargarte tanto, pero podemos carecer en Florida de muchas cosas. Tú compra también *tónicos para ti misma*.

Repetición: Yo quiero salir en seguida hacia Florida.

No me has dicho lo más importante: si me dan el *exequátur consular* —es la licencia de *tu* gobierno para ejercer. Es el «pase». La «aceptación». Y tal vez no la obtengo a causa de... «La palabra maldita».

Tu Gabriela

[Diciembre de 1952]

Dorisín, ¡Qué lindo habría sido pasar la navidad contigo, hijita mía, pero eso no parece posible! Yo deseaba mucho esto, pero no había pasajes disponibles, dear. ¡Ay, ojalá todos mis años *nuevos* y mis pascuas sean contigo! ¡Pero sé, sé que tú pasarás las pascuas siempre con tu familia, a causa de esa tradición americana!

Vengo llegando de donde los Croce.77 Es pena que no estaba Alda, pero me gustó la hermana chica. Son las dos muy inteligentes y hablan de ti con aprecio *extraordinario*. Aparte del cariño que tienen por ti. Estuvo muy bien que les mandases cable de pésame. Yo me conmoví oyendo a esa niña hablar de ti con tanta inteligencia y tanto, tanto afecto.

Sé ahora que han hecho una reorganización completa del servicio consular chileno. Doy gracias a *Dios* que la buena Sixtina estuvo alerta *para hacerles ubicarme en tu país*. Es ella quien indicó al ministro lo de fijarme en Florida. ¡Alabado sea Dios!

Yo quiero tratarte anticipadamente, para que lo pienses con calma —*sin cólera*— este asunto que fue a medias en mi carta anterior:

Tenemos diez mil dólares. Lo que más cuesta en tu país son los alquileres, es decir, *la casa*. ¿No crees tú que sería bueno invertir *eso en casa*, haciendo una hipoteca de cinco mil? Con diez mil no creo que hallemos una casa *con huerto* como yo la quiero. Esa hipoteca, Dana, podremos pagarla fácilmente ahora que mi salario es de setecientos cincuenta en vez de los míseros seiscientos que tenía.

Te estoy tratando esto para decirte que, *vigilando más a las criadas*, o comiendo en restaurantes, tal vez podamos ahorrar de los setecientos cincuenta unos *doscientos cincuenta dólares*. En medio año —seis meses — pagaríamos la deuda. Revisa esta cuenta para ver si está bien. Buscaríamos pues esa casa, que debe ser buena, y soportando el hotel por un mes tal vez. Piensa esto para contestarme en cuanto nos reunamos en Florida.

Yo tengo *horror*, te repito, de pagar por años y años un arriendo alto. El viejo aquél galán de la hermanita de Gilda nos ayudaría en este asunto.

La instalación será cara, pero ya te recordé que ustedes dan créditos un poco largos... aunque aumentados por los intereses altos.

Tenme todo esto *pensado* allí, en Florida. Si yo me retardase en llegar —no lo creo— ve a las agencias para tenerme algunos *datos de precios de casas que te gusten*. Lo primero es buscar cosa que no esté en la zona de los ciclones. *No importa que no sea central. Vamos a comprar un auto Dios mediante*. Y tendremos un muchacho en la oficina para gozar del huerto...

Te estoy casi bombardeando con cartas... ¡Y tú eres tan poco epistolar! Ya escribes, ya, mejor que yo en español, niña-fenómeno. *Pero no te gusta escribirme seguido*.

¡Ay, cuántos días faltan para encontrarnos! ¡Muchos, muchos! *No hay que separarse por tanto tiempo, Doris Dana*. Ojalá que hagamos un viaje sin tormenta. Aquí se ve muy malo (agitado) el Mediterráneo hace ya varios días. En todo caso, haz lo posible porque, en llegando, *te encontremos en Florida*. *Pero evita navegar con mal tiempo*. No lo hagas.

Va cheque para comprar el auto. Voy a preguntar el precio aproximado de un auto. Si no obtengo el dato te lo preguntaré por cable a ti. Añado el cheque para tus gastos de viaje, son cuatrocientos dólares. El cheque va adjunto.

Te abraza, Gabriela

22 de diciembre de 1952

Linda Doris muda:

Contigo es siempre lo mismo de antes: tú no escribes. Nosotras no sabemos ni siquiera si llegó tu gatita y esto nos intranquiliza.

¿Cómo estás, dear patiloca? ¿Qué haces? ¿Por qué te quedas muda?

En [...] días embarcamos. Yo tengo miedo del mar ahora, como un niño. Dios nos evite esas tempestades de que aquí sabemos. El mareo con náuseas me daña el corazón. Reza por mí, por nosotras, gente embarcada.

Estoy metida en la cama desde ayer. El frío es mucho, a pesar de la buena estufa que tengo en el cuarto. Ya sabes que mi circulación es mala. Allá me buscarás un buen médico *para esto de lo circulatorio*. Infórmate de alguno. Porque yo quiero quedar muy poco tiempo en Nueva York a causa del frío y de los criollos de allí. Quiero seguir muy pronto hacia Florida. Y *contigo*, óyelo bien. Tú me debes, pobrecita, buscar casa, guiarme, hablar por «la niña muda», etc., etc.

Espero hallar calor en Florida, por aquello de que el Golfo de México es fuego. Vamos a ver lo que sale de esta centésima mudanza mía. Tú no sabes hasta dónde me inutiliza el frío y hasta dónde me duelen los huesos por el frío.

Chiquita: yo deseo dejar pronto Nueva York. Te voy a pedir que me lleves, esto sí, a la librería española *más grande* que haya en Nueva York. Yo no leo buen español hace mucho tiempo. Creo que el frío no me dejará recorrer tu ciudad ni ir a otra parte exceptuando a San Juan el Divino. Solo lo vi cuando no estaba acabada la catedral.

Pero tú debes mostrar lo principal de tu ciudad a Gilda, que tanta paciencia me ha tenido aquí. Hazlo, Dana. Podéis dejarme en el hotel después de haber yo buscando «*monos*», el primero un Lincoln.

Ya te dije en mi anterior que temo el que no me de tu país el exequátur. Y estoy esperando *un cable* tuyo *sobre* eso y pronto. Embarcamos solo el 5 y, yo espero con ansiedad tu noticia sobre ese

exequátur. Pregunta el nombre del embajador de Chile. (Ojalá no sea el de antes, hombre soberbio, ultra orgulloso.) Ya te rogué averiguar el nombre del cónsul *general*. Perdona hijita. Yo debo saber eso pronto.

No hay noticias tuyas. Deberías dármelas.

Espero no tardarme en Cuba. Pero esa gente es hospitalaria *de más*.

Ténme allá, si puedes, una «guía» de Florida.

¡Qué feliz seré si salimos pronto hacia allá! Pero ¡ay! *no estoy segura de ese exequátur*. (Te pedí noticias *cablegráficas* sobre este asunto ¡*tan importante*! Esto urge, dear.)

Un abrazo, hijita. Y noticias. Evítame a los periodistas.

24 de diciembre de 1952

Hijita mía:

No sé si puedo echarte yo misma esta carta al correo, yo dependo desgraciadamente de los otros.

Te digo que ya me doy lástima a mí misma por ser una criatura sin familia.

Todo lo dicho tiene la finalidad de rogarte lo que sigue:

Primero, voy a vivir a Florida *solamente por ti, porque tú vivas conmigo* allí, ya que no quieres volver a Europa. Voy únicamente por esta razón.

Y estoy aquí, *rogándote* que por favor no me retengas allá a mi compañera, tú la guiarás varias veces por Nueva York y la llevarás a Washington. *Que esto sea todo, Doris Dana*.

Porque yo necesito hacer una vez más una *instalación de casa* y pretendo además, comprarme casa en Florida. El proyecto es harto ambicioso. (Para las dos la casa.)

Pero si yo sigo viviendo allá lo de estos meses de tu ausencia, si yo recibo visitas y ellas *se me quedan*, ni podré hacer nada por esa pobre casa de Santa Bárbara ni compraré casa allí en Florida, *ni me instalaré con decencia*.

Comprendes tú ahora, por lo dicho que mi experiencia última ha sido *pesada de más*, un gastadero. Como la vida de Florida será a lo menos un tercio más que la de Nápoles, yo reventaré...

Halla modo de no retener a Gilda después que haya visto esas dos ciudades.

Otros pedidos: ayúdame a salir de Nueva York *enseguida*, es decir dos o tres días después de llegar. Ay, cuatro días, lo más.

Y prepárate tú para acompañarme pues yo tardaré *mucho* en tener tu lengua, incluso en forma mínima.

No me busques criadas *mexicanas*. Pueden volverse espías. Estoy dispuesta, en el comienzo, a vivir en restaurantes, *que no sean malos*.

A mí me han hambreado en Nápoles, dear. Esa pareja indecente de explotadores que hacían de «protectores» míos...

Haz lo posible por buscarme alojamiento preparatorio —*al llegar*— que no sea muy bullicioso para dormir. Toma un cuarto para las dos. Yo necesito mirarte y oírte. Yo tengo sed de esto.

Llevo miedo de que nuestra navegación sea mala. Está malo el mar desde hace muchos días. Vuelvo a pensar en ese espantoso accidente de aquel barco vuestro a poca distancia de Nápoles. Dios vele sobre nosotras aunque no seamos buenas.

Si vas a Cuba, tu cola va a ser la Cotovía.[78] Ha escrito pidiendo dinero. No sé qué le diré, pero no voy a cargar con toda su pensión y sus dos pasajes de México a Cuba; cien cada uno, es decir doscientos dólares, más sus comidas y su hotel de La Habana. Quiere ir a vernos y a lo de Martí. Yo prefiero mandarle dinero *para que coma donde está*, en México, pero no para que se zarandee y *nos quite tiempo en La Habana*. Basta con mis gastos de Gilda. A ver si tú me ayudas a convencerla. Tal vez yo me alojo menos días donde la poetisa que tú sabes —se me va su nombre—,[79] por evitar el gentío que me suele *agotar*. Prefiero, después de mi discurso, salir a las *provincias de Cuba. Tú deberías verlas, repito*.

Dime si hay buenas pensiones en Florida, porque yo espero que tú me elijas una *al pasar por allí, si es que tomas esa ruta de norte a sur*.

Perdona todo esto.

Te lo digo porque allá tal vez no puedo decírtelo en seguida. Lo más posible es que los cubanos me tengan tratado el hotel.

Sé afectuosa con la poetisa aquella. *Es muy sensible*. Creo que su manera de poesía va a ser más grata para ti que la mía. Ella se educó en Inglaterra y yo... en el Valle de Elqui.

¡Me haces tanta falta! *Yo no volveré a dejarte partir. Yo me aferraré a ti*. Juntas escogeremos nuestra casita con huerta. Y tendremos la puerta de la casa con tres vueltas de llave...

Tuya siempre,

Gabriela

24 de diciembre de 1952

En mi hotel de Roma. Seguiremos de aquí hacia el puerto, hacia Génova.

¡Qué colmo no saber los puntos cardinales! Sí, saldremos por Génova, embarcándonos el 5 de enero y arribando el 17. No lo olvides por favor. El inglés de Gilda es chiquito. ¡*No nos falles*! Te repito, hijita mía, que no voy a quedar en Nueva York *sino a seguir muy pronto a mi destino. No olvides esto*.

Sigo:

Ya sabes tú el terror sacro que yo tengo de Nueva York. Procura tener listas todas tus cosas, para seguir hacia Florida, chiquita mía. Quedé esperando un cable que me dijiese: «Gatita llegó bien». Tal vez no tienes dinero. Hemos quedado inquietas sin saber nada de ella. Mi cuerpo pide a gritos el calor. Yo no valgo nada en el frío. Cumplido mi compromiso saldré de Cuba hacia Estados Unidos —quiero decir Florida— en seguidita, porque el frío de Nueva York es cinco veces el de Roma. Pero, repito, compraremos tú y yo nuestra ropa en Nueva York haciendo *las dos* una salida heróica por calles y almacenes de trapos —de vestidos.

Me dirás, apenas llegue, cuánto dinero tú necesitas *o debes*. Recuerda que soy una distraída. Anda solita a encontrarme; no me lleves gente. Y ve las listas de barcos para Florida, *desde luego*. Yo quiero salir disparada como una bala hacia el calor. Tal vez en el sur, hay pocos libros buenos. *Cómpratelos*, ténlos separados en tus librerías *para pagarlos y seguir pronto hacia nuestro destino, hacia el sur*. (Una bruja me dijo hace tiempo que nunca me quede en el norte, que «mi signo» es el sur. ¡Ay, es el contrario al tuyo!)

Dejé a Palma preocupada, dije ya, de sus nuevos trapos (ropas). No sabe nada de su futuro y yo no voy a pedir de nuevo para ella, porque sería grosero eso e *intruso*. Su gente misma debe ayudarla. Veremos si

nos deja tranquilas. Creo que sé, por el horror que *dice* tener de Estados Unidos. Pienso que no debemos hacer con exceso de prisa nuestros asuntos de casa, porque la casa mala *no ayuda a vivir, no*. Una casa tibia, cómoda y dulce, ayuda mucho. Reza porque no tengamos mar malo. Llevamos un maleterío (maletas, muchas). Hay que ayudarnos a *no perder ninguna*. Allí van mis originales y no hay copia de ellos. Búscanos hotel próximo al punto de salida, de embarque para la Florida. Ten todo esto pensado de antemano, chiquita mía. No te enojes, *no te pongas nerviosa*, hijita mía. Gilda me dice que el embajador de Cuba le recomendó el hotel Pensylvania que queda *en la misma estación para Cuba*. No sobra decirte esto. Ya sabes que los cubanos me han dado dos mil quinientos dólares para pasajes. Generosa gente. Dentro de eso habrá también cuota para ti, bonita niña. Mi gobierno se ha acostumbrado a no pagarme los viajes, a causa de mi fama de patiloca.

Tu Gabriela

[Diciembre de 1952]

Tan querida Doris:

Te escribo después de días duros de gentío, de viaje, *de gran cansacio físico*. Perdona mis silencios. Ellos no son en mí de olvido, sino de fatiga. ¡Yo no te olvido nunca, Dana!

Y te anuncio que saldremos de aquí —Dios mediante— el 4 de febrero o el 5 y llegaremos a Miami el día 5 o 6 tal vez. *Irá cable sobre esto*. ¡Ay *no nos abandones*! ¿Qué haríamos nosotras solitas *y mudas* en una estación de tu terrible país complejo? Yo voy a tu país por ti, por ti. No no falles. Toda nuestra vida de allá está en tus manos, Doris Dana. ¡Hincaditas te lo pedimos!

Me caigo de sueño. He pasado estos días llena de gente. Mañana doy una conferencia. *Repito que irá cable*. Si no llegas a tiempo te esperaremos en el *Hotel Colonial* de Miami.

Ahora me da miedo mi futura vida sin el idioma. Y... estoy dipuesta a comprar *mil discos* para aprenderlo. Pero discos para guagua, o sea para niños de tres a cuatro años... ¡Ay, de mí, conversadora! ¡Ay, ay, ay!

La gente aquí ha sido muy buena para nosotras.

Me aflige el no saber de ti Dania, niña de todos, *dada a todos*. ¿Dónde veré asomar tu cabecita dorada?

¿Sabes o no si tu gente me dará el exequátur? Esto me preocupa *mucho*. ¡Ay, no me falles!

Que yo vuelva a verte y que no me dejes delirando de miedo ni de soledad en tu patria.

Tu Gabriela

1953

7 de enero de 1953

Chiquita Doris:

Te escribo al dejar este Rapallo que tú quieres mucho. El frío es grande. Aquí mismo. ¡Cómo estará tu Nueva York! Te ruego: sácame pronto de allí y llévame a mi destino. Espero ¡ay! que eso esté tibio. Yo no valgo nada en el frío, dear. Soy un pobre animal de tipo ecuatorial. Por el frío no te he escrito. Y porque, si Dios quiere, pronto estaré contigo. ¡Llévame, repito, muy, muy pronto!

No hay novedades. Estuvieron aquí Palma y Nicoulau. A despedirme. Ellos regresan también a México. El presidente no ha contestado. Yo me temo que lo haya hecho y que se haya perdido su carta. Pero lo más seguro es que su mujer —que lo gobierna y que es muy *inteligente y soberbia*— tenga la culpa de ese silencio. Ella no parece triste de regresar. Un amigo de ella la ayudará allá adentro porque está en el gobierno.

Cada vez que me cambio, dear, tengo una vivísima presencia de Yin.

Tuve ayer telegrama de esa santa amiga mía que me lo hace todo en Santiago. Sixtina Araya. Le escribí mis dudas sobre el exequátur americano. Me dice que ella no cree que me lo nieguen. Parece —es muy reservada ella— que lo ha averiguado con alguien. ¿Qué sabes tú querida? Tu cable de ayer dice que no lo sabes tú todavía a causa de los feriados. Si me lo negaran yo pediría tal vez una comisión para el verano de Canadá... Tal vez. O me iría a Guatemala. ¡O... me quedaría aquí! Tu país está muy antiasiático. Pero los chinos deben *comer* alguna vez en su vida. Y solo con ese régimen pueden comer cuatrocientos cincuenta millones de habitantes. ¿Por qué no entiende esto la gente? Me da tanta pena no haber ido a verlos! Ellos y los japoneses son *los míos*: mi alma sale de ellos dos, dear. Yo soy una asiática más que otra cosa. Y envejeciendo aumenta... Perdona a tu hijita. Ella no es comunista, *pero es china*.

Palma me trajo una linda colección de paisajes. No hay uno solo

chileno. Espero hallar los míos en tu ciudad que lo tiene todo. Pero temo que el frío no me deja andar por ella.

Ignoro aun si tu país me acepta y hago una barbaridad embarcándome ahora. Diles tú que me vas a vigilar. Diles que tú lees todo lo que yo escribo y que sabes todo lo que hago... Parece que ya mataron a esos judíos. ¡Pobrecitos! La prensa francesa dice que no son culpables. Me da mucha pena, menos que su muerte que porque los dejan deshonrados.

¿Cuándo te veré yo? Ni creo, aún, que vaya a verte. Cuidado *yo no te voy a soltar más*. Ahora sí serás una prisionera. ¡Te echo tanto de menos, Dana, Danita!

Necesito que tú sigas con nosotras hacia la Florida. Es decir que no te quedes en Nueva York.

Tal vez yo no hallo libros sobre bichos (animales) ni plantas en Florida. Ve un poco eso en Nueva York si es que no vas con nosotras. Si vas, tú hallarás alguien que busque eso para mí en Nueva York más tarde. Quiero poner bichos en el Poema de Chile. También necesito libros sobre montañas. A causa de la cordillera. Tú no sabes qué linda es ella, la mía, ¡mi segunda madre! ¡También espero que tus yanquis la hayan escrito y dado en fotos preciosas! Hoy la tengo adentro de mí y querría escribirla por segunda vez. Así, hijita suya, en un canto de puro amor. Hoy estoy rara; cada vez que hago mudanza está conmigo Yin. Y él no la vio; ¡qué pena! Él odiaba a Chile a causa de los chilenos. Déjame muy poco tiempo en Nueva York. Gilda quiere ver Nueva York *parece que pronto*.

Recuerda que vamos a comprar, Dios mediante, *un huerto con casa* en Florida. No una casa con huerto... A nombre de las dos. Pagando diez mil y haciendo una deuda chica de cinco mil tal vez. (Yo tengo hoy fuerte el dolor al brazo *izquierdo*).

Ay, que yo vuela a verte. Quédate conmigo. No te vayas más, Doris Dana. ¡No te vayas!

Voy a almorzar.

Te abraza, Tu Gabriela

[Enero de 1953]

Chiquita Doris:

Creo que ya te conté la escena indecente con Palma. Iba a pedirle no los diez mil que me tenía sino algo cerca de eso. Ya sabes que declaró haberlos «invertido». Me ha dejado la escena una especie de náusea moral. Y como vivimos rodeados de criados desconocidos en los barcos y en los hoteles ahora me da un miedo loco tener hasta los cheques —la chequera— conmigo, por los criados que entran y salen.

Es por esto que te escribo desde el barco para que procures saber si es posible en tu país comprar algo por diez mil dólares haciendo una deuda pequeña de dos mil dólares o *de tres mil*. Esto urge, hijita, después de la indecencia de la Guillén.

Ya te he dicho, dear, que yo soy feliz *solo en el campo*. Allí debe ser más barato una casa, pero yo *necesito* del huerto. No muy grande: una hectárea.

Perdona que te moleste con esta cosa dura de hacer. Pero las cosas como éstas dan fastidio, mas, pueden resultar útiles.

Por si no te ha llegado mi carta, vuelvo a decirte que me trasladaron a la Florida. Tengo muchos deseos de ver *ese campo*. Me falta tener una idea siquiera del valor —en Estados Unidos— de una hectárea de tierra rural. Tráeme este dato, querida y buena niña.

Si tú no quisiese volver sino esperarme allá, dímelo en seguida. Escríbeme a «Embajada de Chile, La Habana, Cuba». *Y certifica la carta*. O mando dos, una certificada y otra simple. Por si acaso también allí abriesen cartas...

Ya sabes que allá tendré al perverso y fatal mexicano Iduarte. Ten mucho tacto, mucho. Es capaz de hacerme allí mismo un escandalito. Debe estar rabioso *de que yo vaya allá*.

No estoy en salud hoy. Tengo mucho malestar y pesadez.

La escena con Palma me ha dejado perpleja, rabiosa *y asqueda hasta hoy. No la perdonaré nunca*. Y no le escribiré tampoco. Es una

indecente, lisa y llanamente eso.

No sé cuándo y dónde vamos a encontrarnos y esto me preocupa *mucho*.

Ignoro si la casa de Santa Bárbara sigue vacía. No recuerdo tu última respuesta sobre esto. *Repítemela*.

¡Ay, cuándo yo te veré! Me faltan tres días de navegación para llegar y recibir —tal vez— carta tuya.

Esta carta es tonta y breve a causa de mi dolor de cabeza. Perdóname.

Tal vez es posible que tú me esperes en Florida u otro lugar cerca. Tal vez sea mejor evitar al indecente asesino —Profesor Iduarte—. Piensa esto bien. Un abrazo, querida niña Danita.

Gabriela

[Enero de 1953]

Muy querida Doris:

Aquí estamos en Miami, yo encantada de *esta hermosura*. Recuerdo vagamente que tú me hablaste una vez de comprar algo aquí. Yo no sé, dear, lo que va a hacer de mí Dulce María; tal vez quiera llevarme al campo grande que ella tiene. En todo caso, querida, yo no haré nada sin darte noticias. Pero por qué no te gusta este paraíso de Miami — sus alrededores, el agua, los árboles, la frescura que dan y el mar. Es una ciudad de un tipo que yo no he visto en tu país, dear. ¿Es que hay en los alrededores de Nueva York algo que se parezca a esta hermosura? Dímelo. Yo tengo muy olvidado el paisaje de Cuba. Ya te diré lo que me guste allí. Pero esto me ha encantado.

Yo espero tener cartas tuyas en casa de Dulce María. No me dejes sin noticias tuyas. Ahórrame esos estados de tensión que son tan malos para mí. Yo, persona sin familia y con tan pocos amigos de mi gusto, necesito el que tú no me dejes «en medio del camino» como nosotros decimos. Dame, pues, noticias tuyas y de la gata que sean muy frecuentes. Yo voy en mala fecha: en Cuba la estación mala es ese verano de calor *rabioso; ahora* el clima es muy vivible y yo siempre uso el vivir la estación peor para saber de su clima real.

Yo sé que tú no quieres otra cosa que no dejar Nueva York. Yo creo que ustedes tienen algunos alrededores botánicos, es decir, arbolados y frescos. Dime las posibilidades que haya de hallar ahí algo que se parezca *a una vida en el campo*.

Yo estoy muy preocupada, mucho, respecto a *mi futuro inmediato*. Si tú buscas para mí lo que te estoy encargando, me darás una gran paz. Si no pudiese tener allí una vida con árboles, yo no podría quedar en ese punto espantoso de «vida hirviente». ¿Crees tú, Dana, que yo pueda hacer esa subida sin que mi corazón sufra de ella? Dímelo *pronto*. Me importa mucho esto. Dime también cuánto es lo que tú debes pagar por mes.

¿Qué haces tú en la ciudad tremenda? ¿Haces lo tuyo? ¿Escribes? Yo quiero ayudarte en esto un poquito. Dime los temas que tratas. *Yo no tengo idea de eso*, idea clara. ¿Puedes mandarme a Cuba un artículo tuyo siquiera para darme cuenta de tus temas (asuntos) y ¡ay! saber algo siquiera, *algo* de tu oficio y tu estilo y las cosas de que tratas?

Yo volveré, *en todo caso*, a tu tremenda ciudad. De ti depende el que a mí me parezca eso vivible. Yo vivo de ver árboles y agua y alguna perspectiva que no sean muros áridos ni casas amontonadas.

Te extraño mucho, Dana, te echo mucho de menos, quiero que halles tú una resolución campesina para mi pobre vida de Nueva York. Decirme por telegrama el nombre de mi cónsul general allí. Ya no lo recuerdo.

Ahora viene una cosa delicada. Favor de no indignarte por esto. Dime: si mi corazón sigue *malito* ¿tú podrías ir a esa oficina a veces, dos *veces* por semana, para hacer algo, para «cumplirle» *algo* a esa gente? Tal vez me dejan *escribiendo* en tu campo; pero yo no conozco al jefe; solo recuerdo, muy vagamente, que fue uno de los favoritos del militar (Ibáñez) que me maltrató durante la otra presidencia de mi matón. (Rompe esta carta enseguida, dear). Contestarme sin cólera y con absoluta franqueza, dear. Tal vez podría yo encontrar —y pagar— a una persona que fuese por mí a la oficina. Solo así mi vida allí sería posible. Procura *ganarte* al chilenote que tú tengas allá.

No te mando cheque porque tú puedes hacerlo y firmarlo, para tus gastos. Favor de comer bien y de no perder tu vida con amigas tontas.

Hasta luego. Dios te bendiga siempre, siempre.

Gabriela

[Febrero-marzo de 1953]

Querida mía:

Llegamos a Florida a Dios gracias. Yo no tenía idea de la tibieza linda del clima: es como un comienzo de verano. ¡Qué pena que tú no hayas venido, qué pena!

¿Qué haces tú? ¿Y qué hace la gatita? Hazle tres cariños por mí. También ella se merece esta tibieza del aire. Estamos en una buena casa. Hoy almorzamos afuera.

Me harán mucha falta, las dos, más tu casa. Procura escribir seguido para estar yo tranquila. Te ruego esto: pocas palabras, pero que yo sepa cómo estás.

No recuerdo las medicinas que yo debo tomar. Pero han venido.

No tengas intranquilidad por mí y dame paz escribiéndome dos veces a la semana.

Lo de Dulce María fue esto: brutalmente y sin choque alguno, dijo a la compañera que nos fuésemos al hotel. La razón puede ser el que yo hablé con María Blanca, una vieja amiga mía a quien ella detesta. Cuando le pregunté por ella me respondió esta grosería y esta maldad: que vive en amores con una muchacha. La linda Dulce injuria sin escrúpulo alguno, como un carretonero. La pobre mujer me citó o yo la cité para vernos a la orilla del mar. Ella lo supo y su cara se volvió de demonio. El hombre es peor que ella. Esa pobre mujer tuvo antes de Batista altos empleos. Fue a Chile con rango de embajadora de Cuba a nuestro centenario, con rango *de eso*. Antes, en los tres viajes míos a Cuba, siempre ella me buscó y me mostró su capital. Yo no sé cuál de los dos es el peor; él es un bruto y ella, en la cólera, se vuelve también un animal. Sin razón alguna, dijo a la muchacha: «Mejor es irse al hotel». Y nos fuimos. No perdimos nada. Yo comía mal allí y yo no podía recibir a mi gente en su casa. Lo único malo es que yo no asistí a la última fiesta que hoy le hacen a Martí. Por eso ella hablará mal de mí y *hallará eco*. Son muchos los que como yo creen en esa

especie de virgencita hipócrita y plebeya a pesar de sus apellidos *históricos*. El único fin de su convite debe haber sido *sacarme* mi voto en la Academia Sueca, dos votos, uno por ella y el otro por Concha Espina, una vieja gagá española. Hijita, yo no recuerdo ya si yo voté por Dulce María (no voté *por Concha Espina*). Y esta es... académica española, parece. Favor de preguntar a Arciniegas si es la cosa así: que Concha Espina *es ya* académica y si lo es también Dulce María Loynaz. Porque sobre ambas cosas la mala mujer no me dijo nada claro. Di a Arciniegas que no pregunto esto por estar yo interesada en... la Academia Española sino por entender ciertas cosas en que no puedo ver claro. (Veo casi-casi todo).

Hallamos casa muy buena. Hemos salido por las calles; me gusta mucho esta ciudad que se verdea entera de árboles. Yo espero, sí, yo espero que tú vendrás aquí conmigo el año próximo si tu pobrecita Gabriela *está viva aún*. Esto de no tener aquí frío alguno —es una especie de verano dulce—. ¡Me cuesta creerlo, dear!, ay, por qué no estás aquí.

¡Cuídate, cuídate, cuídate por favor! Escríbeme!

Ahora dame un dato que necesito para corregir algo que parece error en mi chequera.

Te pido que añadas en la cuenta que tú llevas el sueldo de enero y me das tu resultado hasta el 31 de ese mes. Revisa bien, chiquita. Comprende: yo añadí en tu cuenta algo olvidado por ti, parece.

Un abrazo, dos!

Gabriela

Yo acababa de terminar esta carta para ti cuando pasó esto: a la niña no se le ocurrió hacer cualquier cosa de comida. *Ella es comodona*; y hube de salir con ella a comer afuera. Con gran fineza la dueña de la casa ofreció llevarnos al restaurant para comer. Ella es chofer y tiene *más* de setenta años, más, casi ochenta. Es fina y hábil. Fuimos (yo apenas comí y solo quería acostarme). Y al regreso —las calles tienen mala luz— un auto que venía detrás, tal vez de algún borracho, *casi* se echó sobre nuestro auto. Gracias a Dios el hombre aquel no se nos echó enteramente encima. Así es la vida mi amor. Tu recuerdo cayó a

mi corazón y pensé: ¡Ay si ella hubiese estado conmigo! ¡Casi no te volví a ver más! ¡A ti, Dana, *a ti*! ¡Pura pereza, puro señoritismo! ¡Y la pobre viejecita-chofer de setenta y tanto años!

Te prometo ni salir nunca de noche, mi amor. Sí, *queda tranquila*.

¡Y tú cuídate de esas máquinas horribles! ¡Por favor! Yo no quiero otra cosa que volver a ti.

Abrir mis cartas y avisarme si Martha Salotti llega. Y si Victoria Ocampo.[80] consigue salir.

Yo soy tuya,

Gabriela

[Marzo de 1953]

Yo estoy aquí escribiéndote, Doris, aunque todavía vivamos juntas.

Yo tengo ya varias experiencias pequeñas, pero claras, de que tú prefieres a cualquier persona para tus salidas y que yo sobro (estoy demás).

Hasta hace poco tú salías conmigo y vivías conmigo. En muy poco tiempo he quedado yo de sobra para ti, y como no soy tan necia como tú crees y menos ciega de lo que tú crees también, voy a poner un cable a la niña de Washington para que se venga a ayudarme en mi mudanza: a buscar casa aquí para durar y que esté cerca del mar. Te ruego que, en llegado ella, tú le des alguna idea de la zona esta que ella ignora.

Yo voy a pedir a mi cónsul general, yendo a Washington, que no me exijan *estar* siempre en Nueva York. Es cosa esta que me importa mucho. Querría ir a verlo esta noche pero no tengo quién me acompañe ni quiero ir contigo, porque me averiguaría el por qué no quedas tú conmigo.

Creo sinceramente que tú necesitas arrendar esta casa a gente rica que la pague bien.

Todo esto necesito que se haga pronto y no voy a usar de ti porque para ti es mejor que pasees o que te ocupes de hallar buen inquilino que te pague el justo precio. Yo no quiero dañarte en tus intereses.

Te ruego, esto sí, que me ayudes con el auto para *buscar casa* cercana al mar, cosa que va a ser difícil. Pero acepto también un *apartamento* siempre que caiga hacia el mar. Querría saber la distancia, mejor dicho, el tiempo que se hace de Long Island hasta Nueva York.

No descarto la idea de pedir que me nombren en Nueva Orleans.[81]

[Marzo de 1953]

Doris, amor:

Yo sé que te di dinero —poco— dos veces o tres. ¿Es así? Dímelo. Y hace el cálculo del tiempo que yo vivo contigo, rubiecita. Sin eso, yo no puedo cumplir con mi deber económico hacia ti. Quiero darte hoy lo que te debo con algo más. Haz esto siempre. Recuerda que yo soy persona volada. Y tú puedes ser víctima de mi voladera. Lleva tú bien tus cuentas. Dame la lista de lo dado junto con el dato de tiempo, de días o meses.

Por favor, no te enojes. Me duele tanto tu enojo o tu fastidio, cuando aparecen en tu carita, que suelo pensar en irme, a pesar de que tu casa es tan dulce para mí y a pesar de que no quiero vivir sino contigo. Yo te daré aparte de la cuenta por comida y casa, lo que tú necesitas —y no me dices— para chiches y para abono de tus deudas.

Yo veo que, por tu trabajo, yo no voy a andar nunca más acompañada de ti por el mundo.

En lo de tus deudas, no sé la cantidad. Si me la das, yo te diré cuánto puedo darte *por mes* para eso. Favor de no ponerme mala cara. Me duele eso y me sorprende mucho.

Lo que yo ahorro es para comprar una casita pequeña, cerca del mar a nombre de las dos con el fin de que tú arriendes esta casa tuya y que te de para tus gastos cuando yo me muera. Con eso, más lo que yo teste en tu favor, creo que puedes vivir sin penuria.

Vida mía, chiquita mía, mía a veces y por poco tiempo.[82]

Tu Gabriela

[Junio-julio de 1953]

Hijita mía querida:

Llevamos ya tres días en un pueblecito. Él es cerca del mar, pero yo no he estado con él. He hablado con Washington y nada más, porque no es un pueblito de interés. Tiempo perdido. Ahora ya seguiremos a Boston y allí sí conoceré algo que vale la pena. De allí seguiremos a Canadá, Dios mediante. Ando con poca fuerza. La pensión es cara y da muy poco de comida. Emplea tu tiempo en escribir cuentos, niña mía querida. *Y encárgame los libros que quieras*.

Favor, gran favor de escribirme para saber de ti. Estoy averiguando si hay consulado de Chile en Boston, por donde pasaremos. Si lo hay ponme un cable a él. Pero dudo que lo haya. Parece que están cerrando consulados. Supongo que la cosa económica se empeora porque el Congreso —la derecha— ha atacado al gobierno cosa que nunca hace la derecha. Se ve una estupidez grande y un desprestigio mayor aún del mismo.

Querida: por estas cosas que trae la prensa y además por cuidado de ti, yo te pregunto esto: después de Nueva York, ¿Qué ciudad tuya está sobre el mar que yo pueda ver y donde a ti te gustase vivir? Necesito de este dato. Yo te daré mi dirección precisa desde la ciudad a la cual lleguemos. Yo vería el *campo* de esa ciudad, viendo además que la comunicación con la ciudad sea fácil y buena. Ojalá *tenga mar*. El aire de mar me alivia mucho el corazón. Creo que esto no te lo he contado nunca, es así. Preciso saber si han pagado la casa de California, porque así podría yo comprar casa mejor. Quedaría a nombre *de las dos*. Según el último cable de Chile, yo veo que aunque me crean un *vagabundaje* permanente, expreso, yo podría vivir contigo en esa casa de ambas ahorrando arriendo. Pero repito, ha de ser buena, buena pero con huerto y no en el centro bullicioso. Tal vez tú pudieses venir a buscarla y escogerla. Todo esto dímelo, pronto. Yo te daré mi dirección próxima por telegrama.

Te echo mucho, mucho, mucho de menos. Muy poca y pobre la comida de esta casa. Cuida de las cartas que lleguen. Ojalá halle yo casa cerca del mar pero con huerto además.

No he tenido aquí ganas de buscar casa porque esto no es un pueblo ni pintoresco ni con campo bonito. Y es caro.

Dios te guarde. Tenme paciencia. Lee y escribe lo tuyo.

Un abrazo de tu Gabriela

[1953]

Doris querida:

Tú sabes mi fobia por Nueva York; a la vez, sabes mi miedo de los chilenos. Todo mi deseo es el vivir contigo pero vuelvo a pensar en tu ciudad tremenda y llena de sudamericanos. Es en mí casi una fobia eso. Y hoy he amanecido con Canadá en mis manos. Tiene lengua francesa y hay ciudades allí que quedan bastante cerca de Cuba si el invierno fuese muy duro. Ahora, dear, yo no soy ya cónsul, me ha nombrado de patiloca, cónsul errante y sin oficina y encargada *solamente* de vivir ambulante, dando conferencias. Yo tendría tal vez dos radios para esas conferencias: el Canadá francés y Cuba. Ayúdame a pensar esto. Sé buenita. Yo no he pedido eso y no me queda sino aceptarlo. Por favor, no protestes contra mi gobierno por esta *resolución*. Solo me queda aceptarlo.

Yo te imagino muy contenta en tu Nueva York. Yo no puedo ni debo sino aceptar que es tu bien y tu agrado.

En todo caso, yo procuraré subir para verte y tú bajarás un poquito, cuando puedas. Yo no te urjo.

Me hablaste de que no tienes muebles. Te voy a mandar cada mes algo para que los compres —por tu propia comodidad y agrado. Dime ¿podrías tú bajar alguna vez para encontrarnos en punto medio sin que tu viaje, tu bajada, sea muy largo y el mío tampoco lo sea? Dime esto. Pronto, y dime el dinero que necesites para eso. Yo quiero verte. *Cada mes debo verte*. Pero yo ignoro si tú puedes darme esos dos días *en cada mes*. Sé que todo lo que te digo aquí va a ser triste para ti. Es más triste aún, *mucho más* que para ti. Recuerda, niña mía, mi horror de Nueva York. Pero recuerda también el que yo tengo que moverme dentro de zona de buen clima. Aquí yo he estado bien hasta ahora. Gran favor de decirme si aceptas esto. A lo menos, dear, *baja ahora pronto*. Va pasando ya mucho tiempo sin verte, vida. Ignoro el valor de tu billete hasta la mitad del camino más tus comidas. Voy a preguntar

eso aquí. ¿Qué sabes sobre las casas de California? Dime lo que sepas.

Mi cabeza ha ardido pensando en nuestro problema. Pero no logro aceptar el no verte yo. *Tú sí lo aceptas*. Yo no puedo.

Podrías salir de Nueva York el sábado o la noche del viernes. Regresarías por nocturno del domingo. Tú dirás, querida, pero yo necesito grandemente tener pronto tu respuesta. Se me ocurre otra cosa: *tal vez* podría yo ir a vivir a un pueblo bonito situado a mitad del camino.

Te abrazo, Gabriela

[1953]

Dorisín:

Tengo que irme, chiquita, aunque yo vine por verte y estar contigo y *me voy sin saber cuándo volverás conmigo*. Te prevengo que no vayas sino *a ciudades*. Hace años, cuando yo estuve aquí, ocurrían «*cosas*» con los negros. Te repito; no quedar aquí y volver *las dos* conmigo. No entiendo que andes vagando y que yo no sepa cuándo y dónde te volveré a ver y a estar contigo. Irme sin saber nada de tus planes me duele mucho.

Seguramente no me obedecerás sino que harás *tu capricho*. Recuerda que yo solo estoy tranquila cuando estamos juntas.

¿Por qué, para qué sigues caminando por lugares que no conoces? Óyeme: parece que tú quieres comprar una casa en esta zona.[83]

[1953]

Doris, niña que era mía:

Hace muchos días que yo estoy escribiéndote esta carta *mentalmente*. Por respeto a ti no la mando pero vuelvo a pensarlo y esto va... hacia la locura.

Yo te agradezco *infinitamente* cuanto has hecho por festejarme, por pasearme y sobre todo por hacerme ver *novedades*. *Vivo en el asombro* de que tú no entiendas nada de nada de la realidad. Yo vine por vivir contigo un tiempo largo. Yo *me pensé* muy dichosa, en *un* lugar «de naturaleza» y sobre todo de compañía tuya, pura compañía, sin obligación de ocuparte de la comida —porque hay restoranes— de darme compañía porque la única compañía que yo he pensado al venir contigo ha sido la tuya.

Yo he callado todo esto, yo lo he aceptado como una especie de «teatro cotidiano», Doris Dana. Pero los teatros no deben durar nunca mucho tiempo.

Yo sé que estás contentándome mientras lees; «yo no puedo estar contigo todo el tiempo porque yo trabajo en la televisión». No debías haberme traído aquí ni a parte alguna, chiquita. Podrías haberme dicho la verdad: «Yo no tengo tiempo de estar contigo. Vuelve a tu país». A pesar de que yo no tengo casa alguna, eso habría sido mucho mejor que *engañarme por meses y años*. No se hace eso a un ser que no es una idiota, que solo es una *distraída*, pero además una persona de buena fe a la cual se engaña como a un niño *y por largo tiempo*.

Favor de pensar en que yo tengo la obligación de estar en algún punto fijo, favor de pensar que lo único que necesito es de una buena criada, favor también de saber que yo he entendido *por fin* que tu sola preocupación y decisión es la de quedar sola y mandarme *depositar* en algún punto «como un bultito cualquiera».

Segunda cosa: yo debo irme ya. Por favor, Doris, yo debo salir hoy o mañana *y en definitiva*. Yo debo escribir una pila de oficios para no

quedar mal con el Ministerio; yo debo irme mañana o tal vez hoy mismo. Yo veo y entiendo, desde hace rato mi situación. *No* es que no la comprenda, es únicamente, que no tengo con quién irme para buscar una pensión buena, de buen comer pero con un poco silencio para mí.

Resulta ahora que ni aun contestas a lo que te escribo. Parece que tendré que irme aun sin despedirme de ti.

Me ha dado el Viejito loco la misión de vivir *errante*, y hablando de él, *parece*, de su gobierno. Yo no tengo la lengua de tu país, y me voy a ir de Judía Errante, dándole gusto, pero no en este país, a causa de lo dicho.

Yo había pensado, locamente, en un viaje por varios países, contigo. ¡Qué gran ceguera tengo yo para ver a la gente!

[1953]

Doris:

Los seres somos bastante diferentes. Mientras yo esperaba que vinieras a verme para decirte mis decisiones últimas, tú sólo pensabas *en recuperar tu libertad*. El frío de esta casa me tuvo acostada hoy y ocupada en cosas de Chile. Tú mientras tanto decidías *romper* conmigo. Creo que la razón de todo esto no es otra que la de que te has enamorado de alguien.

Mis dos decisiones eran primero, pedirte que buscases una pensión muy buena para ambas, a fin de que no luchases con cocineras. Segundo, pedirte acompañarme en el nuevo viaje que debo hacer, el cual también te evitaría las molestias de dueña de casa. Una vez más tú avientas *el cariño* por seguir la pasión del que quieres. Entiendo todo esto menos el que me des excusas que no son verídicas.

Mi cabeza solo ha pensado en ti y por no molestarte no te he llamado. *Te he esperado dos días*.

No puedo hacer otra cosa que *obedecerte*.

Te pedí venir para tratar contigo asuntos de Chile, cosas políticas y no de peligro económico inmediato.

Acabo de ver una tarjeta sobre mi sueldo y el banco. No entiendo aún esta cuenta en pesos chilenos. Explícamela. Aun con sueldo rebajado era posible vivir bien pues teníamos dinero suficiente en nuestra cuenta, además el dinero de aquella casa. No era mi deseo venderla, pero el tuyo sí porque ya pensabas en dejarme sola y en vísperas de viaje.

Yo no merezco el que tú ni aun hayas venido a despedirte de mí. Yo no te he hecho ninguna *villanía*, cosa alguna. Puedo tener, tengo, *enormes olvidos*. Mi pobre cabeza va de mal en peor. Tú tal vez me has olvidado redondamente, absolutamente. *Ignoro mi culpa si la hay. No entiendo nada*. Y tu orgullo inglés te ha enmudecido conmigo. Pero el orgullo solo llega cuando ya no se tiene amor alguno*, nada*.

Dame una hora contigo, una sola pero sin extraños y sabrás la verdad, esta verdad.

Es media noche. Yo apenas podré dormir. Sigo mañana esta carta.

[1953]

Doris, solo hoy yo he sabido que Nueva York está a cinco horas de este lugar. Entiendo un poco que pongas mala cara a ese viaje. La secretaria que me escogiste es muy inteligente y además es buena. Pero lo que no entiendo es que no escribas y el que me dejes en tal soledad y sin ayudarme a pensar sobre las cosas que se me están echando encima, cayendo sobre mí.

Hay una situación extremosa en Chile —en lo económico. El presidente es un hombre antiamericano y su tonto hablar incluso de la *fusión* de Chile y la Argentina, más otras bobadas, le está enajenando todas las simpatías de tu país. Se espera un crash económico. Yo necesito ver a mi cónsul general en Nueva York y creo que nuestra conversación debe ser *muy privada*.

Y tú has escogido precisamente tu país y tu ciudad para dejarme en este abandono total. Ni siquiera hay una carta tuya. Estoy pensando y más pensando en ese viaje a Canadá. Creo que voy a hallarme otra compañera. Pido solo a ti *datos sobre las casas de California*. Datos escritos los he olvidado. La orden del Ministerio es cosa imposible casi, dar conferencias en tu país. Nada menos. Si voy a Canadá deberé buscarme a quien me acompañe. A esa persona tal vez no pueda echarla de mi lado después. (Favor de informarme sobre la casa de Santa Bárbara y sobre el dinero pagado por la casa fea que parece que has vendido ya o que vas a vender.) Estoy a ciegas y no puedo seguir así. Yo no puedo tratarte de tales asuntos «por teléfono». Tú no comprendes ni aun esto. Con lo cual parece que yo deberé irme con quien sea, lo que sea, y eliminarte de la vida mía que sigue. Las cartas de mi compadre[84] son muy *desconsoladoras*. La verdad es que yo puedo ser llamada *cualquier día a Chile* porque en crisis como esta *llaman* a los funcionarios secundarios a volver a Chile. No logro entender. Pero voy a dejarte en paz y a resolver mis asuntos. Espero que contestes esta carta.

Gabriela

[1953]

Danita, la que siempre se va:

Aquí estoy, otra vez sin ti. ¿Cómo llegaste? Favor de ocuparte *realmente* de tus asuntos. No regales a la gente que no es *realmente* pobre o que tiene lo mismo que tú. Yo no tendré una paz verdadera, una tranquilidad linda hasta que tengamos a lo menos el doble de lo que habemos hoy. Perdona el que te repita esto. Pero, óyeme y obedece: no ahorres nunca en tu comida: yo quiero verte gordita, pero sobre todo tranquila *y no afligida por deudas*. Perdóname la insistencia. Tú y yo podremos darnos el gusto de *dar* cuando nuestra libreta tenga a lo menos cinco o seis mil dólares y cuando, por esto, tú puedas ahorrar cada mes algo que no sea una mera *gota* o sea unos cuatro reales. Dame tranquilidad en lo económico. Tampoco quiero vender una casa sin reemplazarla con otra mejor. Perdona mi insistencia. Yo no viviré *tranquila* hasta que nuestra libreta llegue a los diez o doce mil dólares...

Ahora te diré cosa que tal vez no te agrade: cada vez que yo quedo sin ti me pongo a pensar... en irme a Chile. Solo me retiene el pensar que si me voy tan lejos no te veré nunca más: ¡Qué horror, dear! Tú no sufrirías de mi ausencia: tu trabajo más tus amigos y amigas volverían a llenar tu vida. Yo desparecería en ti y en tu vida después de un año; todo lo vivido iría borrándose en ti sin remedio. Yo no quiero vivir eso; *no podría vivirlo*, Doris.

Un encargo: quiero que «me hagas escribir», acabar, rematar ese Poema de Chile (no lo traje, lo olvidé, parece). Voy a ensayar en estos días el volver a escribir para la prensa de algunos países nuestros. Por consolarme un poco *de tu ausencia*. No puedes tú saber cómo mi ánimo cae en cuanto tú me faltas. Me doy cuenta de que tú todavía ignoras eso.

Gracias por lo vivido. Estoy enojada hoy recordándo *que nada pasó*. No acabo de entender esto. No volverá a pasar.

Tu Gabriela

[1953]

Querida, me es más fácil tratarte por escrito estas cosas difíciles en las cuales no andamos de acuerdo.

Primero, decirme el valor de mi comida más tu comida en esta casa. Sé franca como una hermana y dímelo.

Segundo, procura comprender el que a mí no me guste la idea de pagar la comida de dos extraños, *sobre todo la del hombre* que no trabaja y vive mantenido por dos mujeres que trabajan en vez de él.

Tercero, no recuerdo ya cuánto es tu deuda por esta casa. Yo quiero ayudarte con ella. Me ha dado gran pena tu rechazo de mi proposición. Creo que no has querido *entenderlo*. Como lo has rechazado, yo solo puedo ahora ofrecerte lo del costo de mi comida más el del cuarto que ocupo y más los chiches y tu ropa y el doctor. Dime lo gastado *en ropa* tuya durante un año y el costo de *tu comida* en el mismo año. Te daré eso como mera ayuda. Tu debes aceptarlo. Yo no puedo calcular ambas cosas, dear, es preciso que tú me lo digas. O mejor escríbeme la cifra en este mismo papelito.

Aquí

Yo sé que te he dado algo antes pero no lo recuerdo con precisión. Compra, además, la *ropa* que te falte para el verano y sobre todo, compra *los libros* nuevos —y *viejos*— *que te interesen*. Yo veo que tú lees poco. Lee más, vida mía: eso es *absolutamente* necesario para que tú riegues tus potencias, son tres: memoria, inteligencia y voluntad... Hazlo, chiquita.

Ahora tus deudas: después de tu ropa, y de pagarte la comida, trataremos eso de tus deudas. Será pronto.

Tu Gabriela

[1953]

Doris: hace rato que yo fui nombrada cónsul en el sur de Cuba.[85] Y no fui. Después, ahora me han dejado aquí, pero *yo ignoro si estoy con sueldo*. Voy a pedir este dato a mi compadre. Esta situación me preocupa. Si jubilo me pagan en... pesos chilenos. Estos son mis problemas. Tal vez tú puedes darme un consejo.

Yo mandé hace tiempo —cuatro o seis meses— un oficio diciendo que yo puedo ir a Chile por meses o un año. No hubo respuesta... Todo esto me trabaja y suele desvelarme. Pero yo veré claro pronto en este asunto. Te lo digo solo *por informarte*.

Es difícil, querida, el que yo vaya a vivir contigo en esa linda casa. Me acordaría siempre de tu rechazo de esos seis mil dólares. Tal vez te desagradó o bien pensaste que esa coparticipación te dañaba. Hay muchas cosas que yo no digo por evitar que la disputa pueda llegar a una cortadura de la amistad, pero *eso*, el recuerdo de tal escena, vive en mí y *vive de más*. El resultado de esta historia ha sido el separarnos. No podía pasar cosa más mala que esto, la separación de nosotras. Malo para mí, bueno para tus intereses, Doris Dana, pero es natural que me duela lo ocurrido.

Hoy he escrito para Chile dos cartas para ver en claro mi situación. Un amigo mío, senador, preguntará si me dejan o no en mi cargo. *Si me dicen que vuelva, yo volveré*. Ahora no tengo ya la razón que tenía para defender mi empleo acá, en tu país o en otro. El reglamento consular obliga a volver cada cinco años.

No tengo ninguna noticia mala de Chile, pero sé que los mil candidatos a cónsules viven murmurando por mi estancia larga fuera de Chile.

Pienso, sigo pensando, en que tu salud no será buena si abusas de tu poca fuerza. Ella es una mera fuerza nerviosa. No lo olvides. Por favor, cuídate y no trabajes con exageración.

[1953]

Querida mía:

Aquí estoy todavía, pero la niña ya tiene listas las maletas para Nueva Orleans. Nada de tibieza en tu ciudad, cariño mío. No te preocupes por mi obsesión de Nueva Orleans. Eso se llama solamente «frío». Mejor dicho, falta de sol. Si aquello me gusta realmente, yo quedaré allá no toda la estación. Yo sé que no podré estar —que no querré quedar— tanto tiempo lejos de ti. *Yo lo sé muy bien*. Haz también este intento por *ver el valor de la propiedad* en el sur. Te prometo, en todo caso, *no dañar tus planes en ninguna forma*. Te añado aun que te ayudaré a pagar tus deudas *poco a poco*. Está tranquila, Deina buena.

Te echo mucho de menos. Y me duele un poquito el que tú no comprendas *bien* hasta hoy lo que es el invierno para mí. Por ahí, en un almanaque, me hallé una vez con esto: que los nacidos en abril —zona chilena— no debemos vivir en tierra fría. Pero, te repito, si llego a comprar algo será para vivir allí una temporada larga de tres meses.

Yo ignoro *aún* cuánto debes. *Decírmelo*. Lo que hago es una prueba, un ensayo de si hay en tu país un lugar para gente reumática que no sea demasiado caro. Además, porque tú puedes arrendar tu casa de allá. (Yo no digo siempre *todas* mis razones. No sé por qué. Tal vez esto viene de que tú no comprendes ciertas cosas mías. Olvidas demasiado mi edad. Todos los viejos se hielan. Pero yo me helaba desde Montegrande.)

A pesar de todo lo dicho, te añado el que, por tener poco dinero, tal vez me fracase esta operación. Son muy caras las casas en tu país.

¿Qué hace la gatería? ¿O el gaterío? Parece que tú quieres volverte abuela.

Te mandaré mi dirección en cuanto llegue.

No te olvides de mí, querida. ¿Ha llegado carta de la Votoya?[86] Dímelo. Dios te cuide. Yo te siento todo el tiempo. Casi te tengo.

¿Por qué no me has escrito? Hay carta de ¿Santa Bárbara?

[1953]

Doris:

Yo siento mucho darte un fastidio pero no tengo a nadie que me conozca y que comprenda mis problemas: los de salud, lo de mis gustos y lo de mis fondos que son pocos.

Esta ciudad de Nueva Orleans vuelve a gustarme mucho; camino por ella con gusto y en la otra ocasión, cuando yo viví aquí *hace años, muchos*, recuerdo que también me gustó la gente local. Yo andaba con una terrible mujer ladrona y solo dejé esta ciudad por escapar de ella (no era Coni, pero era latina y casi peor que ella).

La pregunta que te hago es esta: yo pensaba pedir esta ciudad. No puedo: hay aquí un cónsul muy buena gente, él y su mujer. Pero lo peor es que ya me hicieron ese nombramiento para la *Terrible*.87 No conozco a persona alguna *en el ministerio* que comprenda mis razones. Nadie de allí (el ministerio) me conoce. Por lo tanto no me queda sino aguantar y quedar en esa zona hasta que alguien de Chile, *que pertenezca a los del gobierno*, llegue a este país y obtenga para mí un traslado a Europa, a Italia tal vez.

Mi pregunta es esta. Yo ignoro enteramente si hay muy cerca de tu ciudad *pueblecitos* que tengan recursos y donde haya algún médico siquiera. Necesito los nombres de esos pueblos. *No* te pido que pierdas tu tiempo en ver esos pueblos. Si no conoces tú esos pueblecitos puedes preguntarle sobre ellos a tus amigas.

Yo sé que tú estás muy ocupada y sé que no debo pedirte nada personal. Yo iré con alguien a verlos. Ese alguien tiene que hablar o entender español. El trabajo que le daré será solamente unas tardes para recorrerlos con toda calma, por verlos bien y observar un poquito a la gente. Como me canso de andar tendría que buscar varios y observarlos bien.

Si tú tampoco tiempo tienes para esto, decírmelo *enseguida* porque no puedo seguir sin trabajarle a mi gobierno en el cual *yo no conozco a*

nadie, repito. Esto es lo que me preocupa.

Yo sé que ya estoy nombrada para tu ciudad, pero sé que no debo volver a ella. *(Favor de no decir nada de esto al cónsul.)* Lo único que te pido es lo dicho. Yo creo ignorar enteramente esas poblaciones chicas alrededor de tu ciudad. Esta diligencia no será corta y por lo mismo debo hacerla *en seguida*. En cuanto me respondas por teléfono yo saldré de aquí hacia Nueva York. Es preciso que me acompañe Gilda y ella se irá pronto. La criada yo la buscaré cuando ya encuentre casa. Dicen que hay gente nuestra desocupada *pero en Nueva York*. Por esto es que te molesto. Favor de mandarme una lista de los pueblos y manera de llegar a ellos.

Perdón de darte este fastidio, Doris. No tengo persona que me ayude y que conozca eso.

Gabriela

1954

[Marzo de 1954]

Querida y pensada a cada rato:

No tengo ninguna noticia tuya aunque tú sabes donde estoy.

Yo sigo pasado mañana hacia Nueva Orleans. Tú ya te vas habituando a que yo viaje sin ti y seguirás buscándome compañeras. Este camino va a continuar parece. Yo necesito saber pronto si esto va a continuar.

Yo entiendo perfectamente que tú eres libre pero yo tengo, en algunos casos, que molestarte. Por ejemplo: yo pienso aprovechar mi llegada al mar para observar si, *como otras veces*, él me alivia el corazón. No anda bien. Si yo me aliviase allá, pediré al gobierno mudarme a cualquier punto de mar. Dos veces él me ha mejorado *claramente*. Si esta vez pasa lo mismo, yo haré eso. Recuerda que hay mar al frente de donde vivimos. Yo he deseado varias veces, de ir, ir a observarme en el mar nuestro. Creo que tú no pudiste llevarme. Por esto pediré a la compañera llevarme a la playa mañana. Quedaré ahí si hay una pensión a la mano. Te avisaré el resultado. Creo recordar que también hay casas sobre el mar *frente a nuestra casa*. Digo mal: en la playa del frente pero abajo, en la costa.

Decirme *pronto* si tú *podrías o no* acompañarme en uno o el otro de estos dos frentes marinos.

Yo observo que la menor subida me pone sensible el corazón incluso tres peldaños de escaleras. Solo puedo con dos.

No me gusta esto: yo duermo en el cuarto de la niña de Roma y esto es un poco fastidioso y es injusto para ella. Yo nunca duermo sino en cuartos de persona con la cual tengo *mucha confianza*. Recuerda tú esto para otra vez.

Creo que tú no me escribes porque andas muy ocupada. Tal vez yo pueda tener cosas que consultarte o que decirte en días más. Si hago *eso procura contestarme sin demasiada tardanza*.

Volveré a escribirte desde el mar. Cariños. Cuida de los gatitos

Tu Gabriela

Creo que, puesto que el cónsul atrapa todo el trabajo —cosa peligrosa para mí— *y que no me gusta nada*, tal vez yo pueda bajar a la playa. Tengo una idea vaga de que la altura aunque no sea muy grande influye mucho en mi corazón. Será muy útil el que yo observe esto.

Llámame por telegrama si se presenta alguna cosa en el consulado. Yo te responderé en seguida.

[Octubre de 1954]

Querida:

Perdón por la tardanza. Nos vinimos aquí (Nueva Orleans) buscando sol y hasta hoy no sale... De seguir así —me da rabia— habría que devolverse. Pero la gente dice que esto no seguirá.

Sabes que estamos en Nueva Orleans. —¡Yo no lo sabía, no!— Esperamos seguir viaje pasado mañana. Si sigue lloviendo habrá que suprimir el viaje y regresar. Yo necesito del mar no de Nueva Orleans.

Te escribo fatigada sin causa. Acabo de recibir tu carta. Muchas gracias.

Yo apenas te *vi y escuché* en mis últimos días. Entiendo perfectamente que sigas con fervor tus diligencias; pero no entiendo el que en los últimos días *precisamente* yo apenas te haya visto. Parece que tú nada sabes ni comprendes de lo que yo *soy* y *pienso y deseo*. Por primera vez he entendido algo de *la realidad* que yo vivo a tu lado, la realidad de una especie de vida absolutamente *nueva: nuestra vida de hoy*. Un beso a los gatitos.

Gabriela

[1954]

Querida Doris:

Llegó, al fin, carta tuya y no cinco rayas como fue la otra.

Me gusta que reúnas a tus amigas y te alegres.

Procura darte cuenta (entender) cuál ha sido *la causa* de ese bloque. Esto es importante. Debe ser eso que llamamos nosotros «un paro de las potencias». La Iglesia Católica llama «potencias» a «la memoria, la inteligencia y la voluntad». Yo lo que *sigo* perdiendo es la memoria, casi por entero; las otras me acompañan todavía. No olvides darte cuenta de cuál de esas grandes señoras se te portan mal. Y no caigas en pesimismo de nuevo, por favor. Es cuestión solamente de que tú te ayudes a ti misma. Realmente, no se puede curar eso a golpes de voluntad, decisión y golpes de «gracia de Dios». Retiene esto, Doris Dana.

No sé cuándo nos iremos, pero será pronto. Recuerda que estamos en Nueva Orleans.

Gracias por atender a los gatitos. *No los olvides*.

Leo en un diario que, a pesar de nuestra tremenda deuda en Chile, suben los sueldos. Me da *calofrío* por que la economía del Estado está siendo manejada de un modo horrible e insensato. Ve el precio del dólar allá o mejor pregúntalo al cónsul. No recuerdo cosa peor ni igual en el pasado.

Tal vez yo procuraré ahorrar algo de regreso. Nada que disminuya nuestra comida, ni nuestra lectura de libros nuevos, Doris, pero un orden perfecto *después que tú hayas pagado tus deudas*. Dios nos ayude en eso.

Piensa un poco en esto. No sobra ver en claro las cosas, ayuda eso mucho para la ordenación de la vida. La tuya no ha sido ordenada; tampoco la mía.

Todo lo dicho no significa, Doris, el que yo vaya a dejarte sin dinero, no. Yo te debo muchas cosas que son dinero.

Vuelvo atrás, el dólar se cotiza ahora en Santiago a 2.922 pesos chilenos. Es un horror eso.

Te consulto algo para que tú lo pienses, aunque sé que esta carta llegará allá casi conmigo. Yo quiero invertir ese poco dinero que tengo en una casa. Algo estoy procurando saber aquí (sobre el valor de una casa pequeña pero con tierra que pueda ser comprada para vivir en ella o para arrendar). No tengo maduro esto aún, pero estoy preguntando el precio de ella. No sobra que tú me digas cuántas deudas tienes tu todavía. *Dime toda tu verdad sobre esto*. En todo caso, no vuelvas a hacer deudas: *amargan la vida entera*.

Es la enorme estupidez del gobierno chileno lo que ha creado esta situación de prequiebra (*fallite*) en mi loco país. Y encima de esto se habla de subir los sueldos. Parece insensato.

Si la casa pequeña en que pienso se hallase más barata y mejor allá donde vivimos, tal vez se pudiese comprar allá.

En verdad, yo solo amo la capital, tan hermosa de tu país. Pero allí todo debe ser caro. (Favor de decirme lo que debes aún. El monto total.)

Procura saber si llega allá el arriendo de Santa Bárbara o el valor de lo vendido. Si llega cualquier cheque, *no* mandarlo acá, a menos de que yo te lo pida para la compra de algo bueno acá. (Procura entender bien todo esto que te escribo.) Si baja mi dolor de huesos, yo regresaré pronto, pronto. Y cobra al comprador de California y vela porque el otro pague muy *puntualmente* los arriendos. Todo esto te digo a causa de esa casi quiebra de los dineros fiscales en Chile. Se trata de cosas muy serias.

No te azores por todo lo que te cuento. (Seguramente mi viejo hará la mala cosa de pedir dinero a la Argentina.)

Perdona si te he aburrido. Estoy impresionada con estas cosas. Favor también si está *helada* también nuestro pueblo [sic].

Cuídate,

Gabriela

[1954]

Doris querida:

Yo tengo más timidez de la que tú sabes. Y por esto pasa el tiempo sin que yo te diga algunas cosas que tú debes saber. Y es que eres nerviosa y veo tus gestos no amigos, no tiernos. Porque nuestras reacciones son enteramente opuestas. Escribiéndote no veré tu cara de disgusto o de tedio o de antipatía.

La única ambición que yo tengo hoy es la de tener una casa donde no me hiele. Pedir la calefacción, no anda porque yo sé que los patrones quieren ahorrarse eso. Procura tú comprar un calentador para este cuarto nuestro. O llévame a lugar tibio. Yo no lo veo. ¿Florida? ¿Y qué hago allá solita y entregada solo a mi niñito fantasma y a algunas feministas? Dime lo que debo hacer, pero dímelo sin cólera. Y dime a la vez si, muerta yo, te serviría de algo esa casa de Florida, pequeña pero bonita... La compraríamos a nombre de las dos, naturalmente. Podríamos ensayar de ver Florida. Aunque me pone miedo aquello de los ciclones. ¿No es mejor, dear, Nueva Orleans para el frío?

Pero si tú no quieres dejar tu casa, cómprame, repito, un calentador y quedamos aquí. Sé franca. Nunca lo eres con tu pobre indita. ¿Por qué? ¿por qué? Dímelo, por favor.

Ya sabes lo de Cuba. *No se debe ir allá*; a Jamaica podemos ir.

Yo he tenido un día muy triste y sin esperanza. Lo único malo de ir a Jamaica es que yo procuro que compremos esa casita, y para eso necesitamos ahorrar. Pero se ahorra el arriendo y eso es algo importante. Gastaríamos solo la comida. Piénsalo. Sin cólera; no me rompas el corazón. Yo soy un ser cuyas reacciones *sofocadas* son profundas y dolorosas aunque nada diga. Pediría yo dos meses de licencia. Y volveríamos aquí al venir la primavera.

Tu Gabriela tuya

[1954]

Doris querida:

En este infierno en que me hacen estar de arriba para abajo y de este a oeste y de norte a sur *yo pierdo la paciencia*.

Necesito de ti, que me expliques esto. Faltan *tres meses* para asistir a las «Naciones Unidas». Es demasiado tiempo para no hacer nada y es demasiado caro para quedar donde estoy durmiendo *hoy*. ¿Es que tú *puedes o no* dejarme vivir en esa casa tuya junto con la compañera, *por un mes*, pagándote el arriendo? *Dime esto con toda claridad y pronto*.

En marzo funciona lo de las Naciones Unidas, *en Nueva York*. Son *veinte días* de funciones que añadir a los tres meses. Si tú aceptas, yo te pegaría también esos meses. El total serían pues, *cincuenta días, casi dos meses*.

¿Cuánto me costarían esas dos cosas? Yo necesito saberlo, Doris, para comprar o no comprar ropa que yo necesito —ropa gruesa ahora, delgada después.

Yo creo que tú aceptarías vivir con nosotras a lo menos la noche si es que tu día está tomado, pero no estoy *nada segura de esto*. Necesito tener *en seguida tu respuesta*.

Después de recibir el pago de Santa Bárbara completo, las cosas serán diversas porque yo pondría ese dinero en una casa que sea buena aquí, en *Nueva Orleans*, desde donde te escribo.

Para mí, realmente, es *una calamidad* lo que me ha caído a la cabeza porque soy un ser tan lento y toda la vida americana son carreras para norte, sur, este u oeste. Tengo que aguantarme todo esto que detesto a causa de que no he trabajado por mucho tiempo.

Sé que las Naciones Unidas van a funcionar en países o ciudades diferentes. Figúrate hacia dónde habrá que ir en los años siguientes, imagina si puedes. Y yo, que no creo en que duren las Naciones Unidas, voy a sacrificar dinero, mal clima y al silencio que es mi *musa* y muchas cosas más. ¡Qué horror!

Lo peor para mí es no tenerte a mi lado, ni verte nunca y saber que de más en más yo iré perdiéndote.

Dime cómo van tus asuntos *y si necesitas* dinero. Responderme pronto. Mañana tengo que visitar a mi cónsul de aquí no al otro, el... tuyo. Todo esto me da una gran cólera. Yo perdí enteros seis años en la tal Sociedad de las Naciones, y ahora será lo mismo. (Y otra cosa he perdido que me duele más.) Nosotros estamos en una casa —solo un cuarto— en San Charles, Av. 3711. Anota esto.

¿Cómo anda lo tuyo?

Tu Gabriela

1956

Abril de 1956

Chiquita Doris:

Sé que esta carta va a ser para ti desagradable. Yo te ruego que tú la leas con calma y recordando que los hispanoamericanos somos una gente que tienen reacciones raras. Tú no conoces todavía unas reacciones mías que te harían sorprenderte y también no entender. Una de estas, la carta presente pertenece a esto.

De pronto, yo he tenido esta noche una presencia de Yin que me ha despertado bruscamente.

Yo he soñado a Yin de una manera penosa para mí. Él me ha dicho que yo le he olvidado y me desperté bruscamente y me he quedado pensando *muchas cosas*. Al fin he quedado viendo —creo— la razón de esto. La cara de él era muy seria y me hablaba pero yo no le he entendido. Me decía que yo no tenía nada de él conmigo ni la casa donde él vivió conmigo. No sé decirte y no sabré contarte su cara y la expresión de ella. Por fin yo le dije: ¿Qué quieres chiquito? ¿Es verdad que has venido, que eres tú? Y, con la misma expresión que no sé expresar, me dijo: «No tienes nada de lo que tenías para acordarte de mí».

A mí se me trabó la lengua. Yo solo miraba su rostro, el mismo suyo, que he visto varias veces, en el *sueño siempre*. Pero esto era tan fuerte esto que, como siempre cuando lo veo en sueño. Le dije como otras veces:

Tuve valor para hablar y me senté en la cama.

Había bajado la cara y así y así me dijo: «Vas a vender todo lo que era mío y te vas a olvidar de mí».

Yo no podía más y le dije con una habla que no parecía de mí: «¿Chiquito, eres tú, por qué me hablas así?». Quería yo y no podía hablarle claro sino como cuando se balbucea. Yo temblaba y quería y no podía pensar *si le respondía o no*.

Él seguía fijo, fijo, mirándome. Le dije al fin con un habla cortada de

puro miedo: «Tú no quieres que yo venda *eso*». Siguió: «Buda has perdido todo lo mío y no tienes nada».

Y aquí, en este punto *ya no pude más* hablarle. Estuvo fijo no sé como y desapareció.

Es muy tarde y no puedo dormir con esta cosa tremenda. Sigo pensando y pensando y no veo otra cosa sino que ha venido y que lo que ha dicho no puede ser sino de la casa tuya. Él era, te lo he contado, *muy celoso*, Danita. Esta es la cuarta vez que me habla, y me queda una impresión tremenda porque es él, solo que no le veo sino la cara, pero le oigo todo.

De sus palabras no entiendo sino esto: que yo me he separado de él, porque yo iba a su sepultura con frecuencia en mi país, y aquí le rezo mucho menos. Pero además, te lo digo con toda verdad, nunca me había hablado así, *como celoso*, con un tono nada cariñoso, Doris.

Yo cuento a poca gente estas cosas. Se reirían de mí. Pero a Palma también le habló hace tiempo. (Ella lo adoraba.)

Querida: te pido un favor: no salir como pensábamos, dejar que yo *olvide un poco esto*.

Además —¡que mal día!— le he mirado a esa mujer que tú tienes una cara de esas que me dejan muy nerviosa. Será mejor que nosotros salgamos de tu casa y vamos a almorzar o a comer afuera; a los chulampé.[88]

[Sin fecha]

Querida: Yo no he podido hablar a ti de lo que me trajo aquí. El tiempo me parece muy bonito, pero aun así yo quisiera, mañana que tú me sacases y llevases *a eso* y no más que *a eso*.

Se trata chiquita, de una que *tenga sol* y una cosa parecida a huerto. Yo sé que tengo *bastante poco*, pero de más en más, yo necesito *eso*. Pueden hacerme jubilar cualquier día y entonces ya no podré contar con el sueldo de hoy.

¿Podrías mañana *salir conmigo para ver lo que no está muy lejos*?

Dime si puedes.

Tu Gabriela

[Manuscrito sin fecha]

Yo sé bien que nadie, ninguna persona en este mundo, puede saber qué cosa es nuestra vida sino (excepto) nosotros mismos.

La bella vida es tan imperceptible, tan delicada, por llena de imponderables, que casi no es posible de verla. Es posible solamente vivirla —gracias a Dios.

Yo vivo en una especie de sueño, acordándome de todas las gracias que me has hecho.

Y lo que vivo es una vida nueva, una vida que siempre yo he buscado y nunca hallé. Es una cosa ella sacra y concentrada.

La vida sin ti es una cosa sin sangre, sin razón alguna. Tú eres «mi casa», mi hogar, tú misma. En ti está mi centro.

(Y el solo quererte me purifica). Ella es el abandono, la confianza completa.

Yo sé que tú eres fiel como una piedra.

Mi memoria es ahora un mundo, se vuelve un universo vasto y completo. Y a la vez incompleto, porque ha crecido tanto aunque parecería que no pudiese crecer más.

Ay, amor grave y tan dulce, tan sin peso a la vez.

¡Alegría mía!

Referencias

Referencias de las cartas en el Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile. Todos los originales se encuentran disponibles en www.bibliotecanacionaldigital.cl

1948

[Marzo de 1948] AE0011475
12 de agosto de 1948 ..... AE0011474
24 de septiembre de 1948 ..... AE0011588
[Sin fecha, antes de noviembre, 1948] AE0011387

1949

22 de febrero de 1949 ..... AE0011457
27 de febrero de 1949 ..... AE0011483
9 de abril de 1949 ..... AE0011593
14 de abril de 1949 ..... AE0011596
14 de abril de 1949 .....

AE0011597
15 de abril de 1949 .....
AE0011597
17 de abril de 1949 .....
AE0011597
16 de abril de 1949 .....
AE0011600
[17 de abril de 1949] .....
AE0011625
18 de abril de 1949 .....
AE0011603
18 Abril de 1949 .....
AE0011602
21 de abril de 1949 .....
AE0011604
22 de abril de 1949 .....
AE0011607
22 de abril de 1949 .....
AE0011607
23 de abril de 1949 .....
AE0011595
12 de abril de 1949 .....
AE0011595
24 abril de 1949 .....
AE0011608
[25 de abril de 1949] .....
AE0011608
26 de abril de 1949 .....
AE0011618
[Enviada el 28 de abril de 1949] .....
AE0011626
[Abril de 1949] .....
AE0011606
[Enviada el 3 de mayo de 1949] .....
AE0011566
4 de mayo de 1949 .....

AE0011613
5 de mayo de 1949 .....
AE0011613
[Mayo de 1949] .....
AE0011598
[Recibida el 21 de mayo de 1949] .....
AE0011620
24 de mayo de 1949 .....
AE0011622
[21-23 de mayo de 1949] .....
AE0011622
25 de mayo de 1949 .....
AE0011627
[Antes de julio de 1949] .....
AE0011399
15 de agosto [de 1949] .....
AE0011638
[26 de septiembre de 1949] .....
AE0011477
[27 de septiembre de 1949] .....
AE0011477
24 de noviembre [de 1949] .....
AE0011481
24 de noviembre de 1949 .....
AE0011641
27 de noviembre [de 1949] .....
AE0011565
28 de noviembre [de 1949] .....
AE0011565
31[sic] de noviembre [de 1949] .....
AE0011479
[2 de diciembre de 1949] .....
AE0011479
1 de diciembre [de 1949] .....
AE0011567
[1º de] diciembre de 1949 .....

AE0011478
[1º de] diciembre de 1949 .....
AE0011478
3 de diciembre de 1949 .....
AE0011569
5 de diciembre de 1949 .....
AE0011570
10 de diciembre de 1949 .....
AE0011571
12 de diciembre de 1949 .....
AE0011572
12 de diciembre de 1949 .....
AE0011572
13 de diciembre de 1949 .....
AE0011574
15 de diciembre de 1949 .....
AE0011575
16 de diciembre [de 1949] .....
AE0011576
17 de diciembre de 1949 .....
AE0011577
18 [de diciembre de 1949] .....
AE0011578
18 [de diciembre de 1949] .....
AE0011578
20 de diciembre [de 1949] .....
AE0011578
25 y 26 de diciembre de 1949 .....
AE0011583
26 de diciembre de 1949 .....
AE0011583
27 de diciembre de 1949 .....
AE0011583
28 de diciembre de 1949 .....
AE0011580
30 de diciembre de 1949 .....

AE0011584

1950

1 de enero [de 1950] AE0011447
[Enero de 1950] AE0011449
5 de enero [de 1950] AE0011446
8 de enero [de 1950] AE0011649
8 de enero [de 1950] AE0011484
15 de enero [de 1950] AE0011458
17 de enero de 1950 ..... AE0011459
20 de enero de 1950 ..... AE0011459
[Enero de 1950] AE0011456
14 de junio [de 1950] AE0011470
17 de junio de 1950 ..... AE0011461
20 de junio de 1950 ..... AE0011463
[Junio de 1950] AE0011486
21 de junio de 1950 ..... AE0011462
20 de junio [de 1950] AE0011465
20 de junio [de 1950] AE0011464

22 de junio de 1950 ..... AE0011466
23 de junio [de 1950] AE0011467
27 de junio de 1950 ..... AE0011471
30 de junio [de 1950] AE0011451
30 de junio [de 1950] AE0011452
1 de julio [de 1950] AE0011452
1 de julio [de 1950] AE0011452
3 de julio [de 1950] AE0011453
5 de julio [de 1950] AE0011453
9 de julio [de 1950] AE0011454
17 [de julio de 1950] AE0011621
18 [de julio de 1950] AE0011621
17 de julio [de 1950] AE0011630
[18 de julio de 1950] AE0011630
[Julio de 1950] AE0011636
20 de julio [de 1950] AE0011631
[Agosto-septiembre de 1950] AE0011388

1951

21 de mayo de 1951 ..... AE0011400
[Fines de mayo, principios de junio de 1951] AE0011396
[Junio de 1951] AE0011628

1952

[Junio de 1952] AE0011434
[Junio de 1952] AE0011432
18 de junio de 1952 ..... AE0011444
23 de junio de 1952 ..... AE0011518
1 de julio de 1952 ..... AE0011431
2 de julio de 1952 ..... AE0011433
24 de julio de 1952 ..... AE0011413
26 de julio [de 1952] AE0011440
5 de agosto de 1952 ..... AE0011414
5 de agosto de 1952 ..... AE0011414
6 de agosto de 1952 ..... AE0011417
13 de agosto de 1952 ..... AE0011439
[Después del 19 de agosto de 1952] AE0011420
27 de agosto de 1952 .....

AE0011423
[1952] .....
AE0011424
[1952] .....
AE0011504
[1952] .....
AE0011500
[1952] .....
AE0011412
30 de agosto de 1952 .....
AE0011519
4 [de septiembre de 1952] .....
AE0011416
6 de septiembre [de 1952] .....
AE0011416
[Después del 4 de septiembre de 1952] .....
AE0011520
9 de septiembre de 1952 .....
AE0011418
[1952] .....
AE0011525
[Septiembre de 1952] .....
AE0011438
15 de septiembre de 1952 .....
AE0011522
17 de septiembre de 1952 .....
AE0011437
20 de septiembre de 1952 .....
AE0011523
[Septiembre de 1952] .....
AE0011526
[Septiembre de 1952] .....
AE0011526
[Septiembre-octubre de 1952] .....
AE0011499
4 de octubre de 1952 .....

AE0011529
[Octubre de 1952] .....
AE0011507
[Octubre de 1952] .....
AE0011501
[Algunos días antes del 17 de octubre de 1952] .....
AE0011530
[Algunos días antes del 17 de octubre de 1952] .....
AE0011530
[1952] .....
AE0011505
[1952] .....
AE0011506
21 de octubre de 1952 .....
AE0011531
3 de noviembre de 1952 .....
AE0011535
3 de noviembre de 1952 .....
AE0011535
14 de noviembre de 1952 .....
AE0011536
18 de noviembre [de 1952] .....
AE0011510
[6 de diciembre de 1952] .....
AE0011398
[6 de diciembre de 1952] .....
AE0011398
[Después del 11 de diciembre de 1952] .....
AE0011408
15 de diciembre de 1952 .....
AE0011407
[16 de diciembre de 1952] .....
AE0011427
[17 de diciembre de 1952] .....
AE0011409
[Diciembre de 1952] .....

AE0011512
18 de diciembre de 1952 ..... AE0011406
[Diciembre de 1952] AE0011511
22 de diciembre de 1952 ..... AE0011404
24 de diciembre de 1952 ..... AE0011403
[Diciembre de 1952] AE0011411

1953

7 de enero de 1953 ..... AE0011436
[Enero de 1953] AE0011503
[Enero de 1953] AE0011559
[Febrero-marzo de 1953] AE0011562
[Marzo de 1953] AE0011644
[Marzo de 1953] AE0011390
[Junio-julio de 1953] AE0011391
[1953] AE0011392
[1953] AE0011561
[1953] AE0011550
[1953] AE0011540

[1953] AE0011540
[1953] AE0011552
[1953] AE0011498
[1953] AE0011497
[1953] AE0011547
[1953] AE0011545

1954

[Marzo de 1954] AE0011543
[Octubre de 1954] AE0011548
[1954] AE0011551
[1954] AE0011558
[1954] AE0011549

1956

Abril de 1956 ..... AE0011555
[Sin fecha] AE0011429
[Manuscrito sin fecha] AE0011654

Chichén Itzá, ca. 1948.

Doris en Teotihuacán, ca. 1948.

Doris en el Hotel Ruiz Galindo en Fortín de las Flores, México, ca. 1948.

Veracruz, México, ca. 1948.

Doris y Palma Guillén en Veracruz, México, ca. 1948.

Gabriela Mistral y Alfonso Reyes, Xalapa, México, ca.1948.

Gabriela Mistral, Doris Dana, Cándido Aguilar, Enrique Gajardo y otras personalidades en la ceremonia de inauguración del «Jardín de niños Gabriela Mistral» en Fortín (Veracruz), 1949.

Yucatán, México, ca. 1949.

Hacienda El Lencero, Xalapa, ca. 1949.

Hacienda El Lencero, Xalapa, ca. 1949.

Italia, ca. 1951.

Matrimonio de Gilda Péndola, Italia, 1952.

Con Radomiro Tomic, Nápoles, Italia, 1952.

Nápoles, ca. 1952.

Nápoles, ca. 1952.

Con Marina Núñez del Prado y un amigo, Italia, ca. 1952.

Nueva York, ca. 1954.

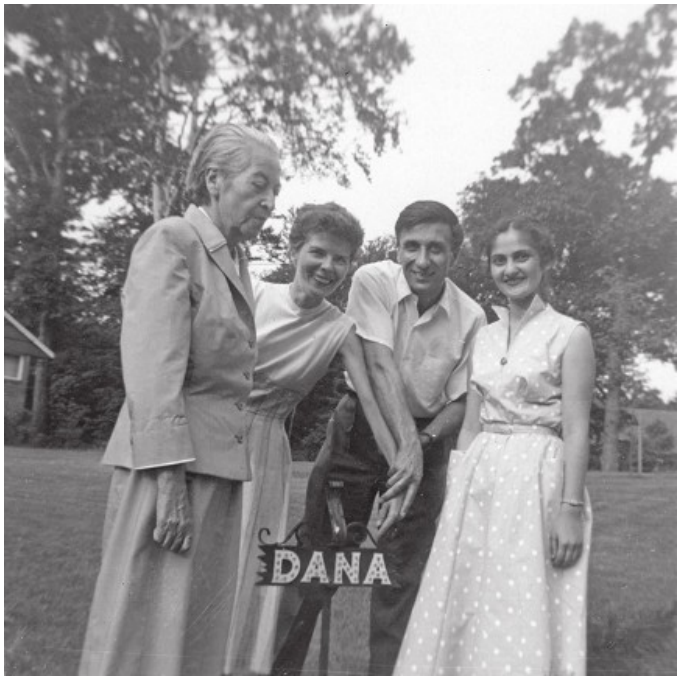
A bordo del Santa María, 1954.

Rumbo a Chile, 1954.

Saludando desde la Intendencia de Valparaíso, 1954.

Llegada a Chile, 1954.

Nueva York, ca. 1955.



Nueva York, ca. 1955.

Nueva York, ca. 1955.

Nueva York, ca. 1955.

Nueva York, ca. 1955.

1 La académica Licia Fiol-Matta denomina a Gabriela Mistral «La madre queer de la nación chilena» en su libro *A Queer Mother for the Nation*, donde examina la relación entre el Estado de Chile y Gabriela Mistral. Publicado por la Universidad de Minnesota en el 2002, el libro generó ríspidas reacciones en el circuito literario nacional, todavía empecinado en silenciar parte de la experiencia vital de Mistral o en definirla desde un paradigma que reconduce sus relaciones con mujeres a vínculos maternales, paternales o de amistad.

2 La imagen a la que me refiero fue creada por Fabián Ciarolo y pintada como mural en las paredes del Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM), en el centro de Santiago. El pañuelo verde es símbolo, tanto en Chile como en Argentina, de las demandas colectivas por el aborto seguro, legal y gratuito. Curiosamente, el diseño que hoy está grabado en la versión chilena de ese pañuelo está basado en un grabado de la artista chilena Laura Rodig, quien fuera pareja de Mistral, para el Primer Congreso Nacional del MEMCH, en 1937.

3 Juan Miguel Pablo Godoy Mendoza, Yin-Yin, hijo biológico de Carlos Miguel Godoy Vallejo, medio hermano de Mistral, fue criado, tras la muerte de su madre biológica, por la poeta. Mistral llevó a Yin-Yin consigo a sus innumerables viajes y se encargó de su crianza y educación, es decir, fue su indudable figura materna. Este aspecto de la vida de Mistral, que fuera madre sin haber gestado a ese hijo, acentúa una lectura queer de la biografía de la poeta, donde los lazos afectivos no sanguíneos conforman una familiaridad que rebasa las normas convencionales de filiación, conformadas exclusivamente por la sangre.

4 Me refiero, entre otros, a *Las renegadas* (Lumen, 2019), *Toda culpa es un misterio* (La Pollera, 2020), *Por la humanidad futura* (La Pollera, 2020), *Cuentos inéditos y autobiográficos* (Libros del Cardo, 2019), *Iniciática, astral y precursora* (Libros del Cardo, 2020); así como a *Vivir y escribir: Prosas autobiográficas* (Ediciones UDP, 2013), *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral* (Fundación Banco Santander, 2020), entre otros.

5 La primera edición de las cartas entre Mistral y Dana generó revuelo en Chile no tanto por la publicación de epístolas de carácter privado, sino por despejar el supuesto misterio en torno a la orientación sexual de Mistral.

6 Francis Scott Fitzgerald, *Cartas a mi hija*. Prólogo de Scottie Fitzgerald (Alpha Decay, 2013).

7 Rosa Luxemburgo, *Dime cuándo vienes*. Cartas de amor 1893-1917. Prólogo de Diamela Eltit (Banda Propia, 2020).

1 *The Barnard Bulletin*, 13 de mayo 13, 1946, p. 4.

2 Gilda Péndola, Carta a Doris Dana, Nueva Orleans, 19 de febrero de 1955, Colección Biblioteca Nacional.

3 El 23 de abril de 1949 escribe a Doris contándole que encontró cartas escritas el 12 de ese mes y las envía. Lo mismo ocurre el 24 de mayo en que envía cartas escritas días antes. En ambos casos se respetó el orden en que fueron enviadas.

1 También mencionada como Coni o Consuelo Saliva. Fue secretaria de Mistral hasta 1949.

2 Esta carta es probablemente un apunte para otra carta que no forma parte de la colección de la Biblioteca Nacional.

3 Escritora mexicana, muy cercana a Mistral durante su estadía en México. Mistral le dedica el poema «La abandonada» de *Locas mujeres*. Su presencia provocará cierta inquietud en Doris. Como se verá en esta correspondencia.

4 Esta es la primera alusión a M. de Puebla, M.M. o M. Según comenta Velma García-Gorena en *Gabriela Mistral's Letters to Doris Dana* (p. 371), se trataría de la escritora, profesora y académica costarricense Margarita Madrigal, quien habría sido pareja de Doris.

5 Como puede inferirse en las cartas de Palma a Doris, se refiere a Tulia, quien apoyaba en tareas domésticas en ese momento.

6 Quien reemplaza a Tulia en el trabajo doméstico.

7 Se refiere al Hotel Fortín de las Flores, propiedad de Antonio Ruiz Galindo y su esposa.

8 Durante su estancia en Puebla, Margarita Madrigal vivió con su hermana, Marcela Madrigal de Artasánchez.

9 En varias cartas del periodo, Mistral menciona al psiquiatra con el que aparentemente Doris mantuvo una relación. Será un tema recurrente, al igual que M. de Puebla.

10 Esta carta, a diferencia de las otras, está mecanografiada. El texto en cursivas está escrito con tinta roja.

11 También en tinta roja.

12 Escritora, periodista, poeta y traductora mexicana. Esta visita correspondería, según cartas de Palma Guillén a Doris, a una de muchas visitas durante este periodo. Uno de los borradores del poema «La desvelada», que se conservan en la Biblioteca Nacional, está dedicado a ella.

13 Como propone Velma García-Gorena —en *Gabriela Mistral's Letters to Doris Dana*— la advertencia de no inquietarse por las visitas y del lugar en donde Emma duerme podría explicarse por la preocupación de Doris ante su presencia. En carta de Emma a Mistral del 17 de agosto de 1951, escrita a raíz de una discusión entre ambas, le escribe «Vea, pospongo y pospongo mi matrimonio. Aunque no la única, una de las razones más fuertes es que, una vez casada, mis relaciones con usted se dificultarían inifinitamente más. Guárdeme el secreto, las gentes no lo entenderían, porque ni yo lo entiendo». Y, más adelante: «No es exaltación histérica. Ya pasó el tiempo en que la muerte de mi madre me agitó hasta casi enloquecer. En ese estado de ánimo fue cuando la conocí a usted y creo que me sigue juzgando con la primera medida que le presenté. No; ya soy persona tranquila. Usted lo ha visto con sus propios ojos y me lo ha dicho desde la antepenúltima de mis visitas (fin de año). Mi afecto por usted es ahora algo reposado, aunque profundo. No quiero ofenderme con su carta. Mejor pienso que es natural le haya quedado la impresión calenturienta de nuestros primeros meses y a esa Emma loca va dirigido su látigo».

14 Palma Guillén, diplomática mexicana. Fue, quizás, una de las más grandes y cercanas amigas de Mistral, acompañándola durante toda su vida y siendo un pilar fundamental para la crianza de Yin Yin. La relación entre ambas fue recogida por Pedro Pablo Zegers en el libro *Hijita querida. Cartas de Palma Guillén a Gabriela Mistral*.

15 Se conocieron, probablemente, hacia 1927 en París. Mistral le dedicó varios textos, entre ellos «Teresa de la Parra (Gente Americana)», además de dos recados.

16 United Nations Organization.

17 Hacia 1947 se desempeñaba como profesora jefe de Lenguas Romances en Santa Bárbara College (sección Berkley), donde probablemente conoció a Mistral. Fue bastante cercana a Gabriela, acompañándola en variadas ocasiones y prestando apoyo para distintos asuntos logísticos y administrativos. Mistral le dedica el poema «Amapola de California».

18 Probablemente, Rose Kerr, a quien menciona en «Sobre las ciudades: Númenes» (Palabras en un desayuno ofrecido por el alcalde y fiscal de Long Beach). Según correspondencia de los años 1946 y 1947 habría apoyado a Mistral en distintos asuntos formales y administrativos.

19 Se refiere al *Poema de Chile*.

20 Probablemente, Luis Enrique Délano, que trabajó con Mistral en el consulado en España entre 1933 y 1935 y fue cónsul en Nueva York entre 1946 y 1949.

21 Amigo de Doris, mencionado también en algunas cartas dirigidas a ella de Palma Guillén.

22 Margarita Madrigal.

23 Eda Ramelli. En alguna de sus cartas Mistral la identifica como Ida o I., probablemente para diferenciarla de Emma Godoy.

24 Probablemente, Manuela Mota Gómez, esposa de Alfonso Reyes, poeta, ensayista y diplomático mexicano, amigo de Mistral. Manuela visita frecuentemente a Mistral junto con Palma y Emma durante este periodo.

25 Ante la preocupación de Mistral sobre el extravío de cartas, Doris le propone enviar cartas marcadas con letras. La carta B corresponde al 21 y 22 de abril de 1949.

26 El siquiatra con quien Doris aparentemente mantuvo una relación.

27 Posiblemente Manuela Mota, esposa de Alfonso Reyes, referida anteriormente.

28 Poeta español exiliado en México desde 1938 hasta su muerte en 1968.

29 Ignacio Chávez Sánchez, cardiólogo mexicano.

30 Alfonso Grez, cónsul general de Chile.

31 Inconclusa en el original.

32 Carta que forma parte del envío del 24 de mayo. En este caso se mantuvo el orden en que fueron enviadas.

33 Escrito en diagonal en la esquina superior izquierda de la página.

34 Rafael Murillo, amigo de Mistral y del presidente Miguel Alemán y propietario de la hacienda el Lencero.

35 Posiblemente, Sri Aurobindo (Aurobindo Ghose), maestro de yoga y filósofo indio, autor de *La madre*, *La síntesis de las yogas* y *La vida divina*. Mistral escribe sobre él en «Algo sobre Aurobindo».

36 Carmela Echeñique, casada con el diplomático chileno Carlos Errázuriz Ovalle. Parte de la correspondencia con ambos fue recogida por Luis Vargas Saavedra en *Vuestra Gabriela. Cartas inéditas de Gabriela Mistral a los Errázuriz Echeñique y Tomic Erráruriz*.

37 Apoyaba a Mistral con el trabajo doméstico.

38 Podría tratarse de Paulita Brook, escritora y profesora mexicana, amiga de Mistral.

39 Amiga de Mistral, considerada por ella misma como «la mayor patrona de la educación femenina de Chile» por su labor benéfica que permitió que entre 1925 y 1930, el Santiago College proyectara un plan que albergaría salas para 500 alumnas y un internado para 150 niñas. Mistral escribe sobre su obra en «Los maestros de» conservado en el Archivo del Escritor.

40 Escritora y teósofa rusa. Según propone Pedro Pablo Zegers, Mistral recibió en 1913, de regalo de Carlos Parrau, presidente de la Logia Destellos de Antofagasta, un volumen de *La voz del silencio* de Blavatsky. Parrau le habría explicado en una oportunidad algunos aspectos escenciales de la teosofía.

41 En carta del 19 de diciembre de 1949, Palma escribe a Doris, contándole lo ocurrido: «Tú sabes que cuando yo llego me ocupo en seguida en ordenar papeles, clasificar correspondencia, copiar originales, revisar cuentas, etc. Ese y no otro es mi trabajo aquí. Esta vez no he podido hacer nada. Aquel día en que Gabriela me dijo que yo hurgaba en sus bolsillos para leer tus cartas, Eda, no yo, revisó las libretas de los bancos y le dijo que se había gastado mucho dinero [...] Varias veces al querer, por hábito, entrar a su cuarto (es Emma García, la señorita de Pachuca, amiga de las Bustamante la que duerme en su habitación) y verlo vacío, me he devuelto por miedo de que me grite».

42 Probablemente, Alfonso Reyes.

43 Daniel Cosío Villegas, historiador y ensayista mexicano, fundador del Fondo de Cultura Económica, y su mujer, Emma, amiga y confidente de Mistral.

44 Poeta cubana. Las primeras cartas entre ella y Mistral datan de 1948. La relación entre ambas resulta algo compleja, primero por la visita de Mistral a su casa hacia 1953, cuyos detalles relata a Doris en cartas siguientes, y luego por diferencias de opinión, hacia 1954, surgidas a partir de la solicitud de apoyo de la escritora cubana y la española Carmen Conde a la postulación de Concha Espina al Nobel. Mistral desiste de otorgar su apoyo porque ya estaba comprometida con Alfonso Reyes.

45 Luis Nicolau d'Olwer, diplomático e historiador español, casado con Palma Guillén.

46 Este párrafo está escrito al reverso de la carta.

47 Probablemente Gabriel González Videla.

48 Marie Romain Rolland, escritora francesa casada con Romain Rolland. Hacia 1946, Marie escribe a Mistral invitándola a participar del grupo de amigos y enviándole los últimos libros de su marido.

49 Carta inconclusa en el original.

50 Amiga de Mistral. También cercana a Palma Guillén y Ema García.

51 Escritora y profesora argentina. Fue amiga cercana de Mistral y su representante legal en Buenos Aires. De su amistad dan cuenta numerosas cartas conservadas en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

52 Con fecha 24 de junio de 1950, Enrique Gajardo le notifica sobre su designación como cónsul en Veracruz.

53 Monika Mann, hija del escritor Thomas Mann, amiga de Doris.

54 Seudónimo de Hernán Díaz Arrieta, crítico literario chileno. Se conocieron, según propone Luis Vargas Saavedra, hacia 1917, cuando él visita a Mistral en Temuco, impresionado por su participación en los Juegos Florales. En 1952 la vuelve a visitar en Nápoles y surgen grandes diferencias entre ambos. Muchos de estos episodios están recogidos en las cartas de Mistral a Palma Guillén.

55 Gila Péndola, amiga y asistente de Gabriela Mistral entre 1950 y 1955, aproximadamente.

56 Giovani Papini, escritor italiano. Mistral incluye su texto «El sermón de la montaña» en *Lecturas para Mujeres*. Además, escribe varios textos sobre él hacia 1924. En carta del 11 de junio de 1951, Papini le agradece por los 12 kg. de café.

57 Escritor, académico y traductor francés. Según propone Elizabeth Horan en *Esta América nuestra: Correspondencia 1926-1956*, Callois resulta fundamental en la relación entre Victoria Ocampo y Mistral. Se conocieron en 1939 en Cannes, por intermedio de Victoria. Más tarde se encontraron en 1944 cuando la visita en Brasil luego de la muerte de Yin Yin por solicitud de Ocampo. Se reencuentran en París hacia 1946 y al año siguiente en California. Roger e Ivette Callois estuvieron a cargo de las traducciones de Mistral publicadas por Gallimard según cartas conservadas en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional.

58 Radomiro Tomic Romero, abogado y político chileno. Amigo, confidente y asesor en diversas materias de Mistral. Era el encargado de apoyarla en gestiones tanto dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores como en asuntos contables, manejo de contratos con editoriales chilenas y otras gestiones administrativas. Al poco tiempo de conocer a Doris, se transformó también en un apoyo para ella. La esposa de Tomic, Olaya Errázuriz, fue también muy cercana a Mistral.

59 Emelina Molina, hermana de Gabriela Mistral.

60 Probablemente, la escultora boliviana Marina Núñez del Prado, con quien Doris estaba de viaje.

61 Hoja faltante en el original.

62 Adjunta dos notas sobre el terremoto en California. Dos terremotos habían sacudido a California poco antes de esta carta, el primero, el 21 de junio, de magnitud de 7,7 grados en la escala de Richter, y el segundo, 7,3, el 21 de julio.

63 John James Audubon, ornitólogo y naturalista francés.

64 Según el *Diario de acontecimientos mundiales del tercer trimestre de 1952*, «Agosto, 19: Procedente de Atenas llega a Nápoles el secretario norteamericano de defensa, Frank Pace, quien se entrevista en la isla de Ischia con el ministro italiano de defensa» (p. 108).

65 Velma García-Gorena, en *Gabriela Mistral's Letters to Doris Dana*, propone que pudiera tratarse de Eleanor Roosevelt, la madrastra de Doris, que formaba parte de su círculo social.

66 Fecha indicada en un papelito adjunto a la carta, escrito por Gilda Péndola, en el que comenta que recibieron su cable y esperan sus cartas y pregunta si recibió carta enviada por Mistral informando del poder que Doris debe hacer en California.

67 Se refiere a Manuel Vega, autor de «Una gloria de pacotilla» publicado en *El Diario Ilustrado* (Santiago), 11 de octubre de 1935.

68 Neruda.

69 En una tarjeta en el mismo envío.

70 El 13 de septiembre de 1952, Radomiro Tomic le escribe pidiendo confirmación del envío de US$3.420. También, el 26 de ese mes, le envía un detalle de cuentas que incluye derechos de autor, premio nacional y arriendos. En ambas cartas le da absoluta tranquilidad respecto de su situación ante la elección de Ibáñez.

71 Texto escrito por Mistral en noviembre de 1950. Fue publicado y ampliamente difundido durante 1951 y años siguientes causando una profunda impresión: *Repertorio Americano* (Costa Rica, enero, 1951), *Letras del Ecuador* (Quito, nº 66, 1951), *El Siglo* (Santiago, 13 de enero, 1951). Según diversas referencias habría sido también publicado como folleto por el MEMCH en 1951 y 1953, entre otras publicaciones posteriores.

72 Las páginas adjuntas que menciona como parte del envío no parecen ser las destinadas a Eda Ramelli, es posible que no formen parte de la colección de la Biblioteca Nacional.

73 Sixtina Araya, amiga de casi toda la vida de Mistral. Se conocieron hacia 1918 en Chiloé. Sixtina mantuvo una atenta y dedicada relación epistolar con Mistral. Siempre estuvo pendiente de ella y colaboró en los más diversos asuntos, desde suscripciones, envíos de libros, recortes y material para *El poema de Chile*, hasta gestiones respecto de sus designaciones y permisos. Si bien, por la correspondencia no resulta claro su lugar de trabajo, es presumible, por sus buenos contactos y conocimiento del aparataje burocrático del Estado, que haya sido funcionaria de algún ministerio. En cartas del 7 y 24 de diciembre de 1952, le cuenta sobre las gestiones para el nombramiento, ya que ella estuvo involucrada.

74 Eduardo Barrios, novelista chileno. Fue ministro de Educación del primer gobierno de Ibáñez. En carta del 12 de noviembre de 1952, le cuenta a Mistral de su compromiso para apoyar las gestiones de su traslado y del inicio de estas gestiones. Barrios mantuvo correspondencia durante muchos años con Mistral, la que fue recogida y comentada por Luis Vargas Saavedra en el *Epistolario de Gabriela Mistral y Eduardo Barrios*.

75 Probable se trate de un error porque la tercera conferencia es para el viaje a Cuba y el telegrama de Sixtina es, como se lee en las cartas anteriores, sobre Florida.

76 Posiblemente la gran Niebla de Londres entre el 5 y el 9 de diciembre de 1952.

77 Familia de Benedetto Croce, a quien Mistral conoció en la ceremonia de entrega del Nobel. Su hija Alda entabló amistad con ella y Doris.

78 Posiblemente, Mercedes Cabrera del Río. Su correspondencia con Mistral está dirigida a «cotovía chilena» y firmada por «cotovía veracruzana». En carta de noviembre de 1952, le comenta que se alegra sobre su viaje a Cuba y que está haciendo preparativos y que solo necesitaría un poco de dinero para ir. La correspondencia entre ambas fue recogida, junto con otros textos, por Gladys González en el libro *Gabriela Mistral: iniciática, astral y precursora*.

79 Dulce María Loynaz.

80 Escritora, traductora, editora e intelectual argentina. Comenzó su relación epistolar con Mistral, como propone Elizabeth Horan, hacia fines de la década del veinte. Se conocieron personalmente en diciembre de 1934. La profusa correspondencia entre ambas fue recogida por Elizabeth Horan en el libro *Esta América nuestra*.

81 Carta escrita en hojas arrancadas de un cuaderno.

82 Carta en hojas arrancadas de un cuaderno.

83 Inconcluso en el original.

85 El 23 de mayo de 1953 se le informa que se ha recibido el decreto por el cual se le nombra cónsul de Chile en Santiago de Cuba.

86 Así llamaba Mistral a Victoria Ocampo.

87 En agosto de 1953 es nombrada cónsul adscrito en la ciudad de Nueva York.

88 Inconclusa en el original.

Edición en formato digital: febrero de 2021

© 2021, Gabriela Mistral
© 2021, © 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566058199

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl